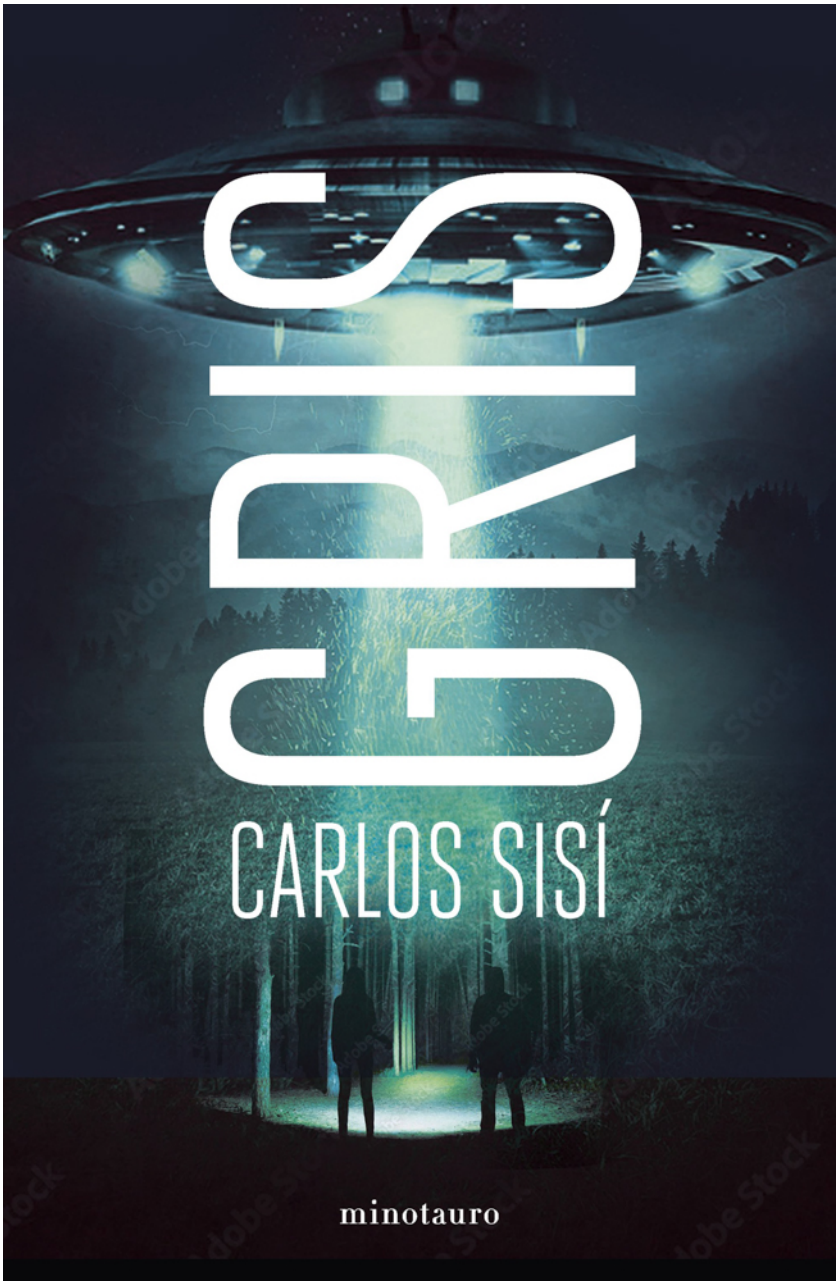
GRIS
CARLOS SISÍ
minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1. Außerirdische
Capítulo 2. Una reunión inesperada
Capítulo 3. El recuerdo de un recuerdo
Capítulo 4. El Centro Horizonte
Capítulo 5. El sótano B4
Capítulo 6. La primera teoría de Ward
Capítulo 7. El Gran Peligro
Capítulo 8. El huevo de Pascua
Capítulo 9. El elemento 115
Capítulo 10. Traición
Capítulo 11. Ezekiel Brimstone
Capítulo 12. Profesor ancestral
Capítulo 13. Eneágonos
Capítulo 14. La Prohías
Capítulo 15. Bill usa su móvil
Capítulo 16. El elipsoide
Capítulo 17. El dios equivocado
Capítulo 18. El fuego fuego la llama el infierno
Capítulo 19. El grupo de comunicación
Capítulo 20. El tiempo se agota
Capítulo 21. La Llama
El siguiente artículo...
LO QUE HEMOS APRENDIDO. Por Chase Ward, doctor en Astrofísica

Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

El Doctor Chase Ward, el astrofísico más reputado de toda la comunidad científica, recibe una visita de una agencia del gobierno que precisa de su conocimiento para colaborar en un proyecto relacionado con su campo de investigación.

Mientras trabaja enfrentándose a un misterio palpable e inconmensurable que les hace plantearse numerosas preguntas sobre el Universo y la naturaleza del Hombre en él, la Humanidad asiste con estupefacción a la llegada de unas gigantescas naves extraterrestres que irrumpen, inesperadamente, en la atmósfera terrestre, con todo tipo de consecuencias.

GRIS es una dura reflexión sobre cómo la llegada de una especie alienígena a nuestro planeta, en este día y siglo, impactaría sociológicamente en nuestro devenir vital.

Gris

Carlos Sisí

minotauro

Para Diego, Kratos, Anais, Tània, Pedro,
Victor…
y todos mis compañeros y amigos de Survival
Zombie.

«La ausencia de evidencia no significa la prueba de la ausencia.»

Carl Sagan

Capítulo 1

Außerirdische

Todo cuanto se veía hasta donde alcanzaba la vista era polvo, de tal manera que hasta las plantas ralas que languidecían entre los edificios medio derruidos parecían esculturas de arenisca vieja.

Solía llover a menudo en esas latitudes de Bélgica, sobre todo en aquella época del año, pero habían transcurrido varias semanas desde que el cielo se abriera por última vez. Todo aquel polvo que se pegaba a las botas, a los uniformes, al casco y a las grietas de las palmas de las manos venía de las ruinas. El lugar había sido ampliamente devastado por las explosiones y el fragor de la guerra, y eso generaba polvo de cemento, polvo de ladrillo, de astillas de madera, de madera de vigas, de postes, de lo que no hacía tanto habían sido hogares de familias alemanas, refugiados de otras nacionalidades, exiliados políticos, un confuso y exagerado arcoíris de más de setenta nacionalidades diferentes.

Todo eso era polvo.

Clive Herrington sabía del polvo. Era británico, desde luego, Dios salve a la Reina, pero se había criado en Arizona y las tormentas de polvo no le eran desconocidas. Los paisajes secos, despejados y áridos, tampoco. Estaba acostumbrado a sentir arenilla en la boca, estaba familiarizado con el pesado proceso de respirarlo y no pocas veces lo había tosido durante los días cálidos y las noches templadas, pero aun así estaba saturado del ambiente gris que todo lo homogenizaba. Y hacía que el barboquejo del casco le raspara el cuello. De hecho, en aquel momento miraba al cielo esperando ver nubes, nubes inglesas preñadas de lluvia, o incluso nubes belgas, grandes y oscuras, apareciendo por alguna parte. Deseaba con verdadera intensidad volver a sentir el rostro

limpio y despejado, las botas limpias, el suelo y el aire húmedos.

Su compañero de fatigas, Henry Fletcher, lo sacó de sus cavilaciones.

—Bueno, Clive, muchacho —dijo mientras se volvía, con su remarcado acento de Ohio—, parece que yo tenía razón.

Clive se ajustó la correa de su fusil soltando un bufido. Detestaba que lo llamara *muchacho*, quizá y precisamente debido a su juventud, pero también se sentía molesto cuando Henry terminaba por tener razón, especialmente después de una disputa.

—Está bien —soltó—. ¿A qué te refieres, exactamente?

—Ya lo sabes —exclamó Henry mientras le tendía los binoculares. Se habían hecho con unos M3 a los que llamaban los *Seis Por Treinta*, porque contaban con un aumento de seis y un diámetro de lente de treinta milímetros, ligeros y compactos, y Henry había estado oteando la distancia desde su posición en el suelo, entre los escombros.

—Cuéntame qué has visto —protestó Clive aún con cierto fastidio. Sabía demasiado bien que su colega de Ohio no vería gran cosa a esas horas del día, sobre todo no a tanta distancia.

Henry sonrió vagamente, pero con un fondo de amargura. No tenía buenas noticias.

—Oficialmente —dijo—, estamos detrás de las líneas enemigas.

Clive sacudió la cabeza.

—¡Que no puede ser! —chilló—. ¡No es posible!

—Echa un vistazo, hombretón —dijo Henry mientras se recostaba en el suelo para descansar la cabeza y el cuello. Últimamente, el cuello le dolía bastante cuando lo sometía a esfuerzos, en especial en un área de observación como aquella.

Pero Clive sabía que no necesitaba echar un vistazo. Algo en el tono de voz de su colega le decía que estaba más que seguro de lo que decía.

—¿Qué has… visto? —graznó. Tenía la garganta seca y la cantimplora prácticamente vacía.

—Cascos negros, hombretón. Infantería…, cincuenta hombres o más. *Kartoffen* moviéndose por el linde del bosque, y no

precisamente corriendo. Están tan relajados que parecía que van a un baile. Un StuG. Al menos tres 251 aparcados.

—Vale —dijo Clive, rindiéndose.

Se rascó la frente sucia con la mano mugrienta, pensativo y fastidiado, dejando una mancha oscura.

—¿Cómo… cómo ha ocurrido? —preguntó en voz baja, la voz encogida por un deje de amargura.

Henry se encogió de hombros mientras empezaba a revisar su M1. El condenado se había atascado un par de veces en los últimos días y sabía que no tardaría demasiado en necesitarlo.

—Vete a saber —soltó—. Quizá nos hemos despistado…

—No nos hemos despistado —se apresuró a decir Clive con rotundidad.

—Puede que sí, hombre —admitió Henry—. Puede que sí. Los últimos días han sido una locura. Hemos corrido hacia un lado y luego al otro… Hemos perdido y recuperado la misma posición como… ¿una docena de veces, quizá?

—Una docena de veces —admitió Clive mientras se movía el casco sobre la cabeza, sin quitárselo, para asentarlo y que la cabellera respirara un poco.

—Llevamos en este condenado sitio unos diez días. Es como si toda la maldita guerra se desarrollara aquí. Aquí mismo, quiero decir. ¿Qué decían los mandos? —preguntó pensativo, más para sí mismo que para su compañero.

—Después de Caen, está todo hecho… —susurró Clive.

—Exacto. Eso es. ¡Eso mismo! Después de Caen… está todo hecho. Pero aquí estamos. Dando vueltas a Aquisgrán. Te dije que esos nazis no iban a soltar su primera ciudad tan fácilmente. ¿Te lo dije o no, Clive?

—Lo dijiste —confirmó Clive en voz baja. El desánimo empezaba a apoderarse de él. Estaba cansado, estaba agotado. Necesitaba dormir un poco, necesitaba comer algo caliente, quitarse las botas y hasta los calcetines. Dios, estaba harto de aquellos calcetines de campaña. Si pudiera, cavaría un agujero, los metería dentro y no miraría nunca atrás.

—Todos lo dijimos —dijo Henry, ahora visiblemente molesto

—. Hasta Tom lo dijo. ¿Qué sabe Tom de… casi nada? No distinguiría su pala de un cernícalo aunque estuviera picándole la puñetera nariz. Pues Tom lo sabía. «No va a ser fácil», es lo que dijo. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo —dijo Henry mientras miraba al suelo.

—Pues claro. Y eso es lo que ha pasado. Todas esas… puñeteras calles, los nidos, tantas ventanas, recovecos… Un día terminas el trabajo y dices: vale, ya está, hasta aquí es nuestro. ¿Ves todo esto? Pues es suelo americano, no más esa mierda nazi. Hasta podemos poner una bandera y llamarlo Nuevo Sacramento, o Albuquerque, porque esto empieza a parecer un desierto. Pero al día siguiente te levantas, echas una meada y Albuquerque es otra vez Berlín, y la bandera la han usado para envolver remolacha, y otra vez a repetir lo mismo…

Clive soltó un sonoro bufido.

—Bueno —dijo—. Está bien. ¡Está bien! Nos han envuelto y nos han dejado tirados. Está claro. ¿Cómo vamos a volver con los demás?

Henry miró al cielo.

—No haremos nada hoy —respondió el hombre de Ohio—. Por mucho que pronto sea de noche. No tiene sentido. Dos hombres solos en medio de vete a saber qué. Tenemos que movernos, flanquearlos —añadió, levantando la cabeza para mirar a uno y otro lado—. Tal vez por…

Clive negó con vehemencia, moviendo la cabeza con rapidez.

—Negativo —soltó—. No vamos a flanquearlos. Han hecho un emparedado con nosotros, Henry. Ellos nos han flanqueado, no nosotros. Y ahora no sabemos qué hay alrededor. No tenemos ni idea. No sabemos qué hay por allí ni… ni qué hay por allí. Ya casi puedo oír las cadenas de sus Panzer y esos… ladridos espantosos con los que hablan. Si nos movemos, seremos dos patos sentados a tiro.

Henry suspiró.

—Es lo que hay —dijo.

—Bueno —se apresuró a decir Clive—. Puede que estés harto y quieras que te metan una bala en la espalda, y quizá prefieras

avanzar porque… es lo que hay. Pero yo pienso volver a casa. No voy a apresurarme ahora. Vamos a buscar un sitio donde escondernos. Y cuando mañana los chicos vuelvan a dar guerra. Bueno, quién sabe. Igual Berlín vuelve a ser Albuquerque y podemos reunirnos otra vez.

Henry asintió pensativo.

—Punto de reunión, ¿eh?

—Esperamos al punto de reunión —confirmó Clive.

—Bueno —soltó Henry despacio—. Me parece bien. Un buen plan, como cualquier otro. Oye…. Yo que sé. Puede que esté cansado, realmente.

—Pues recupérate, hombre —exclamó Clive.

Henry miró su fusil. El cerrojo. El pistón. El cargador de gas. Le preocupaba que aquel trasto fuera a dejarlo tirado en el momento más inoportuno.

—Tengo que limpiar este cacharro, de todas maneras.

—Eso siempre te ha relajado —observó Clive.

—Me gusta —admitió Henry—. Pero me he quedado sin kit de limpieza.

—Le has puesto tanto lubricante que ahora hay residuos, con tanto polvo.

—¿Te queda alguno? —preguntó Henry, como si no lo hubiera oído—. Un cepillo al menos. Un trapeador. Si tuvieras un parche, eso sería…

Clive le dio una palmada en la pierna.

—Ya veremos —dijo, incorporándose con precaución, mirando alrededor—. Vamos a buscar un agujero donde meternos para pasar la noche. Esos *Kartoffen* están tan ocupados que podríamos escondernos debajo de sus culos y no lo notarían.

—Estaba pensando cuánto me gustaría meterme en el culo de un *Kartoffen*, precisamente —soltó Henry, ceñudo.

—Vamos —siguió diciendo Clive—. Hay que moverse, de todas maneras. ¡Vamos, Henry! ¡A sobrevivir otro día!

Henry soltó un gruñido quejumbroso.

2

De los antiguos edificios no quedaba demasiado por aquella zona: esqueletos monumentales de tonos ceniza sin fachada que revelaban un laberinto de habitaciones estériles, descoloridas, con algunos muebles rudimentarios asomando o colgando de los suelos destrozados. Muchos de aquellos muebles habían sido utilizados como barricadas a pie de calle, y alrededor había cadáveres de soldados y cuerpos de civiles masacrados que habían sido sorprendidos por la refriega; todos cubiertos de polvo de escombro.

Clive y Henry se arrastraron casi en cuclillas por allí, aprovechando todo recoveco que pudiera ofrecerles una mínima protección. Tenían que mirar al frente y también hacia arriba, en todas direcciones, por los francotiradores, aunque confiaban en que la mayoría se hubiera desplazado al frente. Sin embargo, más que el miedo que se destilaba de la posibilidad de recibir un impacto en la cabeza en cualquier momento los afectaba el silencio.

No era un silencio completo; había, de hecho, un estruendo diáfano, difuso, que formaba parte de cada instante, en todo momento, y que venía de la contienda que se producía en la distancia, entre las calles, entre las fuerzas estadounidenses y las alemanas. Fuego de artillería, de los cañones de los tanques, de los morteros…, ráfagas de ametralladoras y las pequeñas descargas de los fusiles. El sonido retumbante de alguna granada seguida de la cascada casi musical pero aterradora de los cristales y los escombros precipitándose hacia la calle. Pero aprendías, con el discurso de la guerra, a ignorar esos sonidos, y Clive y Henry no hubieran podido escapar de ese hecho aunque hubieran querido.

Por lo demás, las calles de Aquisgrán se habían constituido en cementerio y mausoleo de horrores que nadie en toda Alemania hubiera imaginado tras las promesas de Adolf Hitler.

Pasaban en aquel momento junto a los restos aún humeantes de un semioruga, un M3 de los muchos que se habían desplegado por la zona. Uno de los suyos. El metal estaba doblado y enrollado como si hubiera habido una explosión interna, y, probablemente, así había sido; había rastros de tonos oscuros esparcidos entre la

herrumbre. Sangre, parcialmente cubierta de polvo y ceniza. Y para dar mayor testimonio, un casco abollado tirado en el suelo. El forro interior tenía también el mismo color sanguinolento.

Tanto Clive como Henry ya no prestaban atención a esos detalles. Habían visto suficiente horror. No solo cadáveres, también trozos. Los trozos en especial tendían a volverse oscuros y a despedir un hedor dulzón en muy poco tiempo, y al agusanarse empezaban a sacudirse con ligeros temblores como si estuvieran dotados de vida propia.

La noche caía rápidamente y la posibilidad de encontrar un lugar idóneo disminuía por momentos. ¿Cómo permanecer ocultos en una ciudad donde cada construcción exhibía más agujeros que cualquier queso que hubieran visto nunca?

—Señor, señor —susurró Henry—. Empiezo a preguntarme por qué te hice caso.

Clive no dijo nada. Admitía, en su fuero interno, que la situación no parecía prometedora en absoluto. No tenían visibilidad, no conocían el terreno; podían ir a parar a un pequeño nido de víboras que hubieran dejado en la retaguardia para hacer tareas básicas de vigilancia, o podían acabar siendo el objetivo de algún francotirador apostado en una torre, un tercer piso o un tejado. Y desde luego, quedarse por allí significaba no poder hacer absolutamente ningún ruido, en ningún momento, durante todo el tiempo que estuvieran escondidos en algún rincón.

No eran perspectivas muy halagüeñas.

—Tendremos que empezar a pensar en salir de aquí —dijo Clive.

—Alejarnos de la ciudad.

—Un poco, al menos.

—Es buena idea, ¿no?

—Es buena idea —confirmó Henry.

La tarea de capturar Aquisgrán se encomendó a la Trigésima División de Infantería del XIX Cuerpo del General Corlett y a la Primera División de Infantería del VII Cuerpo de Joseph Collins. El 1 de octubre, sin embargo, más del setenta por ciento de los hombres de la Primera División de Infantería eran tropas nuevas;

las dos últimas semanas de septiembre, de hecho, se dedicaron a entrenar a esos hombres en materia de lucha y armamento. Clive y Henry, sin embargo, habían estado allí desde el principio, directos desde las playas de Normandía. Habían tomado parte en bastantes trifulcas y habían visto caer a muchos compañeros, constituidos veteranos a marchas forzadas. Eso les daba cierta seguridad a la hora de tomar decisiones, sobre todo en lo que se refería a mantenerse con vida.

—Vámonos, muchacho —susurró Henry—. Cuanto más nos alejemos de aquí, mejor me sentiré.

Clive soltó un bufido.

3

La noche ya había caído cuando los dos soldados empezaron a sentirse más o menos a salvo.

Había sido una marcha fatigosa y muy muy lenta. Marcha de serpiente la llamaban, todo el rato agachados, deteniéndose cada cierto tiempo para escuchar, observar, mirar. En silencio. Si encontraban un camino tenían que desviarse o recular para alejarse de él porque los caminos podían traer compañía inesperada con muchísima rapidez, y porque los caminos podían tener encima más de dos ojos atentos. Pero al menos habían dejado atrás el polvo de escombro y podían respirar de nuevo el frescor de la hierba lozana de los campos belgas. A no ser que hubieran andado demasiado en la dirección incorrecta y estuvieran otra vez en Alemania.

Después de un rato, Henry, que iba delante, se paró en seco y levantó el brazo de forma enérgica, con el puño cerrado. Era una señal para detenerse y mantenerse en silencio; era una señal de alerta inminente. Clive se clavó en el sitio, el fusil fuertemente cogido en las manos. Sus manos solían sudar cuando se ponía tenso, así que pasó la palma por el pantalón, pero la humedad nocturna no ayudaba demasiado a la hora de secar nada.

Esperaron un poco mientras Henry movía la cabeza, como si estuviera observando. Finalmente, se echó a un lado y se giró para

indicar a Clive que se acercara.

Clive obedeció.

—Mira eso —susurró Henry.

Pero Clive ya lo había visto.

Ahí delante había una estructura de un material que reconocía: era el hormigón fuerte y rudo que usaban los alemanes. Había visto moles como aquella repartidas por toda la playa cuando iniciaron el desembarco y las había visto en muchas otras partes. Construían esas defensas y fortificaciones con una mezcla de concreto reforzado. Esta mezcla de concreto no era diferente a la composición típica que incluía cemento, agua, arena, grava y agregados, pero era robusta por los refuerzos con barras de acero y mallas metálicas que las convertían en titanes contra los ataques y bombardeos.

Y aquella cosa que se desplegaba ahí delante tenía un tamaño considerable.

—¿Qué opinas? —quiso saber Henry.

Clive sacudió la cabeza.

—Menuda fortaleza…

—Bueno. No es precisamente… menuda —bromeó Henry.

Clive sacudió la cabeza.

—Parece uno de esos búnkeres especiales que usan para poner a salvo a ese canalla de Hitler.

—He pensado lo mismo —dijo Henry—. ¿No sería fantástico? Estamos aquí y vemos a Hitler salir de esa cosa. Montando en bicicleta. Nos ocupamos de él y se acaba la guerra.

Clive no lo escuchaba. Era como si fuese capaz de detectar su tono de broma, normalmente espoleado por su nerviosismo, y pudiera aparcar todo lo que salía de su boca.

Estaba mirando el lugar. Era un búnker colosal, eso seguro. Achaparrado pero consistente, como una fortaleza baja. Las grandes puertas de hierro estaban abiertas y su interior era oscuro; imposible ver nada desde su posición, a altas horas de la noche. Lo maravilloso de toda aquella zona era que la contaminación lumínica era prácticamente inexistente, así que cuando los ojos se acostumbraban a la oscuridad, uno podía ver bastante y desde

cierta distancia.

Clive vio un montón de cajas contenedores, todas de madera oscura, apiladas en el exterior. Vio un camión sin ruedas y con el capó abierto, y varios focos conectados por cables gruesos que pendían de pequeños soportes metálicos. Había una batería de motos junto a la puerta, y…

Y varios cadáveres. Cadáveres de soldados alemanes.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Clive.

—Alguien ha estado dando guerra…

—No es posible —dijo Clive—. Estamos demasiado al oeste, si no me he orientado mal…

—Quizá nos hemos orientado mal. No habrían construido ese monstruo tan al oeste, ¿no crees?

Clive chasqueó la lengua. Su colega tenía razón. Debían haber errado el rumbo con tanto requiebro y se habían internado más en Alemania.

De repente sintió un escalofrío.

—Pues vámonos —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Henry de repente—. ¡Espera! Mira ese monstruo. Su tamaño. Eso se ha construido para algo importante. Mira la malla que tiene por encima. Es la malla que usan para entretejer ramas y confundir a los bombarderos. Ahí dentro hay algo importante. Un objetivo, Clive. Y escucha… ¡no hay nadie!

—Y tú… ¿tú qué sabes? —quiso saber su compañero.

—¿Acaso estás ciego? ¡No hay nadie, Clive! No hay focos, ni luces, ni soldados, ni centinelas… No se oye nada, no se ve un alma…

—¿Y qué sabes tú de lo que hay dentro?

Henry sonrió.

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo.

Clive pestañeó varias veces.

—Oye…, ¿qué?

—Recuento de munición —dijo Henry, enérgico, mientras se palpaba los bolsillos del cinturón y del uniforme.

—¿Qué…?

—Cuatro cargadores fácil —añadió Henry—. Y la cámara llena. Treinta y dos de esas Springfield al menos, deberían darnos para un buen rato.

—Oye —interrumpió Clive—. No vamos a entrar ahí, ¿vale?

—¡Clive! —exclamó Henry—. ¡Escucha! Ahí hay algo gordo. Lo han dejado desprotegido porque están en el frente, donde necesitan todos los hombres que tienen. Es una… ¡es una oportunidad! ¡Toda una oportunidad para un par de tipos como nosotros!

—Es una especie de suicidio programado —susurró Clive, apesadumbrado. A esas alturas de la conversación, aunque fuera de una manera inconsciente, sabía por el tono de voz de su colega que terminarían entrando en el búnker.

—Recabamos inteligencia para los nuestros. ¡Piensa un momento! Mapas. Apuntes estratégicos. Planos con despliegues de tropas. Planes para futuras batallas, posiciones de artillería… Recabamos todo eso y volvemos con los nuestros como héroes. ¿Quién te dice que esa información no podría ser nuestro billete de vuelta a casa?

—Somos soldados, Henry —insistió Clive—. No hacemos ese tipo de cosas.

Henry insertó un cargador con cartuchos y accionó el cerrojo con un movimiento rápido para amartillar el arma automáticamente. El rifle era un prodigio; no necesitaba amartillado manual, y eso era algo que aún maravillaba a Henry.

—Pues yo haré lo que haga falta para volver a casa —exclamó —. Y sabes que tú vendrás conmigo.

Clive sacudió la cabeza con enfado.

—Un día, Henry —soltó—, te vas a encontrar solo en esta guerra.

—Eso será cuando te metan una bala en el cuerpo —respondió él.

Clive chasqueó la lengua y escupió al suelo.

Era su manera de alejar los malos augurios.

4

Caminaron en silencio, al abrigo de la oscuridad de la noche. El suelo estaba lleno de hojarasca, pero había caminos marcados por donde las tropas alemanas habían transitado. Los pequeños detalles como las marcas de las orugas de los blindados no se les pasaban por alto, pero de esas había pocas; lo que más se veían eran registros de las ruedas grandes y pesadas de camiones, lo que podía indicar que, tal vez, habían estado trasladando cosas.

Clive pensaba que, quizá, los alemanes habían rendido ya esa posición y se habían llevado lo que fuera que hubieran guardado allí.

«Obras de arte», pensó en un momento dado. Sabía que los nazis habían estado robando y acumulando obras de arte por toda Europa, seguramente con la intención de enriquecer el patrimonio cultural alemán. Ese saqueo sistemático incluía pinturas, esculturas, reliquias históricas, objetos religiosos y colecciones privadas extraídas de museos, galerías y colecciones privadas. Sin embargo, aquel era un enclave extraño para acumular arte; todo ese material debería estar viajando hacia Berlín, y estaban todavía lejos de la capital del Reich.

Examinaron los cadáveres cuando tuvieron la primera oportunidad. Henry torció el gesto cuando se arrodilló junto al cuerpo caído de un soldado, tendido sobre su torso con los brazos extendidos hacia delante. Miró a Clive después de voltearlo para estudiarlo. Tenía el rostro tranquilo y apacible, como si lo hubieran asesinado sin enterarse.

Clive también lo vio. No había marcas en el cuello, en la cara, ni presentaba heridas en el cuerpo. No había sangre, no había agujeros de bala y el uniforme estaba intacto hasta donde podía verse.

Henry le tomó el pulso; ciertamente parecía un hombre desmayado más que un cadáver, pero estaba muerto.

Arrugó la nariz.

¿Qué había matado a aquellos centinelas, por el amor de Dios?

Algún tipo de gas mortal, tal vez, pensó. No de los suyos, por cierto, porque las únicas variantes de que disponían, como el gas mostaza, dejaba quemaduras en la piel o las volvía rojas y contraídas, y el rostro no presentaría rasgos apacibles sino un rictus de horror producido por la asfixia, ojos y boca abiertos de par en par, etcétera. Pero incluso ese gas estaba sujeto a regulaciones muy severas bajo convenciones internacionales que, hasta donde él sabía, se respetaban escrupulosamente, así que tal vez se trataba de algún tipo de gas nazi. Los nazis hacían cosas horribles, y podía imaginarlos saltándose todas las regulaciones establecidas por el mundo civilizado donde cosas como el honor aún tenían validez.

Torció el gesto, pero Henry ya estaba agitando la mano en señal de avance hacia las puertas, y se pusieron en marcha. Mientras caminaba, aún agazapado y tratando de no hacer ruido, Clive decidió que, para él, estaba bastante claro que allí no había nadie.

Llegaron a las puertas, abiertas de par en par. Ese sencillo hecho era otro elemento extraño en toda la escena: eran puertas de búnker y eran sólidas y extraordinariamente pesadas, construidas con acero y hormigón reforzado para resistir cosas como impactos de proyectiles, explosiones o intentos de asalto. Aquella contaba, además, con un sistema de cierre múltiple, y estaba llena de pernos y cerrojos distribuidos en varios puntos alrededor del marco. Esas puertas no se dejaban completamente abiertas en ninguna circunstancia porque hacían falta varios hombres para volver a cerrarlas y asegurar todos los cerrojos en un tiempo razonablemente corto, y eso… eso parecía confirmar la sensación de que se encontraban en un lugar definitivamente abandonado.

Clive trató de captar la atención de Henry clavando una mirada inquisitiva en él, pero su compañero estaba concentrado en el interior del túnel. Tenía una extraña expresión fascinada. Esa, por cierto, era una de las particularidades de la guerra, una de esas cosas inexplicables que no figuraban en ningún manual ni se te adiestraba en ello durante la instrucción pero que, sin embargo, existían; los soldados a menudo desarrollaban un sentido de

camaradería tan grande que les bastaba con mirar a la nuca de un compañero para que se volviera.

Henry no lo hizo. Se adentró en el túnel observando los cuerpos caídos de los soldados, ninguno de los cuales presentaba heridas visibles. El silencio era espectral, como si estuvieran adentrándose en el interior del apacible mausoleo revestido de mármoles fríos de una antigua familia, y el frío no ayudaba a pensar en otra cosa. Un frío sepulcral, más intenso incluso que en el exterior.

Clive pensó en fantasmas. Tenía sangre inglesa en el cuerpo y estaba inevitablemente preñada de viejas supersticiones europeas que cabalgaban por sus venas.

Se estremeció.

Henry se pegó a él para susurrarle casi al oído.

—Demasiado oscuro —dijo.

Henry tenía razón. La luz del exterior terminaba justamente allí, y en el interior había un abrumador despliegue de Nada. Por cuanto sabía podía haber allí al fondo una ametralladora montada apuntándolos directamente a la cara sin que se hubieran dado cuenta.

Y la oscuridad y los fantasmas no eran una buena comparación.

—¿Arriesgamos con un poco de luz? —preguntó Clive.

—No creo que haya opción —respondió Henry.

Clive asintió. Sacó su linterna, que era parte del equipo estándar, y se alegró de haberla usado solamente una o dos veces durante toda la campaña, porque las pilas que utilizaba tenían una vida muy corta.

Probó a encenderla cubriendo el vidrio de la cabeza con la mano y fue liberando presión para ver cuánto alcanzaban a ver. Le gustó comprobar también que aquellas pilas proporcionaban muy poca energía y que la luz era trémula y apagada. Luego extendió el brazo para alejar la linterna. Era un pequeño truco que había aprendido a las malas, porque el enemigo siempre tendía a disparar a la fuente de luz, y no al lado.

Ahora, en todo caso, veían mejor.

Una entrada diáfana de techos altos, suficiente para dar entrada a un camión grande, como un garaje. En efecto, a un costado, vislumbraron barriles de combustible apilados y más cajas con material, todavía cerradas.

Llegaron al final del túnel de entrada, que se bifurcaba a ambos lados, y decidieron descender por las escaleras de la derecha, pues por allí discurrían unas tuberías sujetas al techo. Las conducciones eléctricas y de agua siempre llevaban a alguna parte. Clive estaba observando que las tuberías estaban instaladas de una manera extraña, como si las hubiera emplazado alguien sin ningún conocimiento de fontanería. Giros zafios. Abolladuras en toda su línea, como si hubieran utilizado un martillo para darles curvatura allí donde había sido necesario. Incluso los cables de luz, gruesos y negros, colgaban de las paredes describiendo arcos irregulares, con clavos toscos sujetándolos de tanto en cuanto. También la construcción era burda y apresurada, paredes toscas de hormigón visto, como si hubieran levantado aquella enorme construcción con verdadera celeridad. El haz de luz arrancaba altos contrastes de los pegotes y salientes en la superficie. Comparativamente, pensó Clive, hasta los búnkeres de la playa de Omaha tenían ciertos acabados refinados.

Sonrió.

Ya no pensaba que allí hubiera gran cosa de valor. Desde luego no salas de mapas llenas de datos importantísimos que condujeran a la victoria. Más bien parecía un almacén, un lugar donde guardar material, listo para ser distribuido donde hiciera falta. Un fortín, tal vez. Uno grande, a juzgar por el tamaño de la fortificación, pero almacén al fin y al cabo. Incluso los fortines podían ser muy útiles si los nazis habían dejado cosas dentro. Cosas como pólvora o munición.

En secreto, rezó por un almacén de alimentos; había pasado un día y medio desde que se llevó algo decente a la boca.

Continuaron descendiendo, todavía sigilosos, y encontraron un par de habitaciones llenas de catres; camas plegables de campaña que consistían en simples marcos de metal con una tela resistente. Sin embargo, había otra cosa…

—Eh… —llamó Henry—. Mira eso.

Clive miró.

Eran los estantes, construidos con ladrillos sobre las paredes de hormigón. Estaban llenos de cosas, en especial mochilas de campo que debían pertenecer a un buen número de soldados. Clive contó por encima.

—Al menos cincuenta hombres —susurró.

Henry asintió.

—Cincuenta hombres o más. Parece que no se han ido…

—Están… —susurró Clive, mirando alrededor y hacia la puerta—, ¿siguen aquí, en alguna parte?

Henry negó con la cabeza.

—No lo creo, hombretón —dijo despacio, señalando las lámparas frías y muertas que pendían del techo—. A menos que los nazis hayan aprendido a moverse en la oscuridad.

Clive asintió.

La verdad era que, de repente, se sentía algo aliviado.

Quizá, pensó, se habían quedado sin suministro eléctrico. Cosas de la guerra: los tendidos eran uno de los primeros elementos en ser eliminados, sobre todo por parte de los que ejercían el asedio.

Pero eso no explicaba los cadáveres, pensó.

Cadáveres sin heridas.

«Un infarto generalizado —pensó divertido, y luego añadió—: demasiadas patatas.»

—Vamos —dijo Henry—. A ver qué más encontramos.

Localizaron más salas en esa misma planta: una suerte de sala de cocina con un comedor anexo, una oficina con mesas maltrechas y variopintas, seguramente sacadas de la ciudad, sillas de distintos tipos y tamaños, pero ningún material relevante más que ciertos documentos escritos, por supuesto, en un alemán que no podían entender. Había un telégrafo y un par de máquinas de escribir, del tipo campaña, que podían transportarse con ayuda de un asa.

Y tazas de café.

Y más cadáveres.

Jóvenes auxiliares sentados todavía en sus sillas, o caídos en el suelo, con las mangas remangadas a pesar del frío.

Clive se pasó un dedo por la nariz.

—Esto es raro, Henry —susurró, más para sí mismo que para su compañero—. Es muy muy raro.

La rapidez con la que un cadáver comienza a oler mal depende de varios factores, como la temperatura ambiente, la humedad, las condiciones del entorno y el estado del cuerpo en el momento de la muerte, pero, por lo general, el proceso de descomposición comienza poco después de la muerte, y los olores desagradables asociados suelen desarrollarse dentro de las primeras veinticuatro a setenta y dos horas. En esa etapa se produce la liberación de gases y la descomposición bacteriana que, sin duda, generan olores fuertes y muy desagradables.

Habían encontrado ya demasiados cadáveres.

Cadáveres enterrados en una tumba de hormigón con sistemas de ventilación rudimentarios, tal vez accionados por mecanismos eléctricos que debían estar apagados.

Sin embargo, no olía mal.

—¿A qué te refieres? —preguntó Henry.

—Al olor…

Henry miró los cuerpos, pensativo. Había comprendido a qué se refería su compañero.

—¿Demasiado… recientes? —preguntó.

—Demasiado, ¿no te parece?

—Es… posible —confirmó Henry, mirando alrededor con aire inquisitivo, como si pudiera detectar nubes de gas tóxico prendidas en el ambiente.

—Aquí hace muchísimo frío —observó después—. El calor hace que los cuerpos huelan antes. El frío…

—El calor pudre, el frío conserva —admitió Clive—. Aun así, aquí parece que murieron todos a la vez. Mientras estaban trabajando.

Iluminó una taza llena hasta la mitad de un café negro, denso y oscuro. Prácticamente le faltaba humear.

—Que me aspen —soltó Henry.

—Quizá estamos arriesgando demasiado.

—Ojalá hubiéramos traído las M1.

—Me sentiría más seguro con una M2 al menos.

Henry se ajustó el casco sobre la cabeza, visiblemente preocupado.

—Henry —dijo Clive—. ¿Y si nos vamos? Tal vez estemos arriesgando demasiado. Mira, cinco o diez *Kartoffen* en un pasillo es algo que podemos manejar, ¿vale? Hacemos una Tres Cinco o lanzamos un poco de fuegos artificiales…, lo que sea; es algo que podemos manejar. Son situaciones normales. Cosas que podemos ver con los ojos. Se puede ganar ante eso. Pero ¿gas invisible, *inoloro*, que sale de alguna parte y se te mete dentro sin que te des cuenta?

Henry sacudió la cabeza.

—Inodoro. Gas inodoro —corrigió.

—Lo que sea —dijo Clive con fastidio.

—No hay tal cosa como gas inodoro. La convención de Ginebra…

Clive se revolvió con impaciencia.

—Henry —dijo, apretando los dientes—. Estamos en la puñetera Alemania nazi. Usan esas cosas. Gas cianuro de hidrógeno, por ejemplo. No tiene olor. No te jode hasta que es tarde.

—No es eso —dijo Henry—. Tengo una… especial sensibilidad para esas cosas. Me pica la lengua en seguida. ¿Recuerdas a Henderson? Podía oler sus pedos antes de que abandonaran su culo…

—Hen… ¿Henderson? —preguntó Clive, confundido. Tardó unos segundos, pero sí, se acordaba de Henderson. Aquellos días de barracón e instrucción en casa se le antojaron de repente muy muy lejanos, como si hubieran ocurrido en otra vida. Cuando era joven y tenía aún ilusión por ciertas cosas y creía que vendría a Europa, participaría en una batalla épica contra los horrores nazis y luego volvería a casa a tiempo para comer un estofado con pan caliente —. Sí. Maldita sea, Henry. Te estoy hablando de un peligro mortal y me sales con los pedos de Henderson.

Pero Henry ya se dirigía hacia la puerta.

—¿Quieres iluminar aquí, por favor? —pidió con cierto tono burlón—. Quiero ver qué hay abajo.

«En el fondo, —pensó Clive mientras pestañeaba con rapidez — en el fondo es la puñetera curiosidad. Como siempre. Un día moriremos porque Henry querrá saber cómo lavan los calzoncillos nazis en el interior de un cuartel y no parará hasta que lleguemos al fondo del barracón y tengamos la nariz metida en el culo del enemigo.»

«Quiero ver qué hay abajo», había dicho Henry.

«La Muerte», pensó Clive, lúgubre.

Pero iluminó hacia la puerta y no lo dijo.

5

La siguiente sección, en el piso de abajo, se abrió ante ellos tan pronto descendieron por una rudimentaria escalera de caracol construida con metal. La linterna de Clive no contaba con demasiada potencia, así que lo único que alcanzaron a distinguir fue la sensación de enormidad de la sala: las vigas de acero que cruzaban la sala de lado a lado y los volúmenes en el suelo, unos diez metros más abajo, que se difuminaban en la distancia.

Ninguno de los dos esperaba ver unas instalaciones con ese tamaño en la profundidad de aquel búnker.

—Válgame el cielo —soltó Clive, sobrecogido.

—¡Clive! —decía Henry—. Clive, ¿con qué hemos dado?

Clive no lo sabía.

Una fábrica de guerra, tal vez, a juzgar por las cadenas de hierro y las grúas que pendían de las vigas. O un hangar subterráneo. Debía haber una salida para vehículos en algún lugar, más adelante, de lo contrario era difícil justificar el tamaño desorbitado de aquel lugar. Ese sitio podía albergar aviones, y no solo aviones, sino toda la parafernalia exterior que un avión necesitaba no solo para su reparación, sino para su construcción. Y una cosa era segura: tenían que haber tardado bastante tiempo en

construir aquellas instalaciones a tanta profundidad.

—Este sitio te deja sin aliento —exclamó al fin.

Cuando faltaba poco para llegar abajo, siempre descendiendo por la escalera, vieron más cuerpos en el suelo. Solo eran más hombres muertos, y de esos habían visto ya demasiados, pero en aquel lugar resultaban ominosos, como los custodios dormidos de un misterio que parecía garantizar un Gran Peligro.

—¿Dónde estamos? —insistió Henry. Estaba visiblemente impaciente—. Ojalá tuviera todavía la linterna…

—¿Dónde fue a parar tu linterna? —quiso saber Clive mientras miraba alrededor.

—Ese espagueti de Larusso me la pidió y jamás la volví a ver. No sé qué hacen los italianos con las linternas. Se las comen…

Clive enfocaba ahora un grupo de mesas distribuidas en hilera. Abrió mucho los ojos cuando vio lo que habían dispuesto encima.

—¿Eso son…? —preguntó.

Henry asintió con gravedad.

—Gramófonos —dijo—. Pero ¿cuántos gramófonos necesita esta gente para montar una fiesta?

Había un buen montón de ellos, todos diferentes. Clive reconoció en seguida un HMV, His Master's Voice, con su icónico logotipo de un perro escuchando un fonógrafo. Había también varios Columbia e incluso unos Victrola con aspecto vetusto y otros que no reconocía más que por la reconocible forma de la trompeta y el plato giratorio.

Cada uno tenía un pequeño cartel con un número. Clive contó la hilera y, hasta donde pudo ver, la cifra llegaba hasta el diecisiete.

—¿De qué… de qué va esto? —quiso saber.

—¿Piezas de colección? ¿Arte robado, saqueado?

Clive sacudió la cabeza.

—Son… son gramófonos comunes —explicó—. Mi madre tiene uno como ese.

—Pero… ¿por qué? ¿Por qué?

Clive iluminó bajo la mesa. Había varias cajas llenas de

vinilos formando hileras.

—Que me aspen —volvió a decir Henry.

Clive se acuclilló y repasó los volúmenes con el dedo.

Había grabaciones de himnos, canciones patrióticas alemanas, marchas militares del tipo que promovían el nacionalismo y el espíritu de guerra, y también canciones folclóricas tradicionales. Levantó uno en el aire.

—Wagner —dijo.

—Ahí veo a Mozart. Y Beethoven.

—No me fastidies —soltó Henry mirando la caja de al lado. Extrajo un vinilo y levantó las cejas—. Bing Crosby. El puñetero Bing Crosby aquí en la Alemania nazi.

Clive asintió.

Ahí estaban también Duke Ellington, Benny Goodman… y el popular *In the Mood* justo al lado de Chattanooga Choo Choo, y muchos más, discos bailables de grandes bandas, música popular, música romántica… Un repertorio completo.

—¿Hemos dado con el comité de fiestas del Führer? —preguntó Henry divertido.

—¿En… este sitio? —preguntó Clive, iluminando el techo.

Pero en ese momento vieron algo más.

Allí, suspendida del techo, había una esfera de un tamaño gigantesco, titánico, de un tono negro mate que no reflejaba la luz de la linterna.

—Válgame el cielo —escupió Henry.

Clive no dijo nada. Estaba perplejo, y bastante desorientado.

—Ese es un adorno festivo como no he visto en mi vida.

Clive calculó que debía medir unos diez metros de lado a lado. Una esfera colosal, con ásperas rugosidades recorriendo su superficie.

—No es un adorno… —susurró.

—Eso ya lo veo, hombre —dijo Henry—. Pero por todos los santos, Clive…, ¿qué… qué es? ¿Una mina? ¿Minas submarinas para barcos?

—No sé mucho de eso, Henry —dijo Clive en voz baja—. Pero diría que hasta las minas más grandes, las de varias toneladas,

deben tener un diámetro de un metro y medio quizá. Sí, una longitud de varios metros…

—Bueno —dijo Henry—. Sabemos que los *Kartoffen* son megalómanos. Esos cañones que montan en trenes… Quizá estaban construyendo aquí la madre de todas las minas.

Clive tuvo que aceptar la propuesta de Henry. No se le ocurría qué otra cosa podía ser. Pero las minas que había visto no se parecían en nada a aquella cosa; ¿dónde estaban las espoletas que propiciaban la detonación?

«En la parte superior», pensó.

Clive empezó a caminar alrededor de la esfera. Estaba suspendida a tanta altura que podía pasar directamente por debajo con holgura. Por qué estaba colgada del techo era toda una pregunta, desde luego…, al fin y al cabo, ¿cuánto debía pasar algo de ese tamaño? El exterior parecía metálico, aunque no lo tenía demasiado claro por el aspecto extraño que presentaba la superficie. ¿Algún tipo de aluminio, quizá? ¿Podía ser caucho, como el que se usaba para los neumáticos y algunas partes del sistema de suspensión? Porque si se trataba de acero…, si se trataba de acero, mucho quería ver qué tipo de cadenas mantenían el artefacto colgado del techo.

Sin embargo, cuando pasó por debajo se sacudió con una suerte de escalofrío y retrocedió con rapidez.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Henry.

Clive le dirigió una mirada sorprendida.

—Jesús —soltó.

Se remangó el uniforme en el brazo y lo iluminó con la linterna. Henry vio que todos sus vellos estaban erizados y se mantenían rígidos, gruesos y negros como las cerdas de un cochino de granja.

—Por todos los cielos, hombretón —susurró Henry—. ¿Estás asustado?

—Estoy asustado como un niño pequeño en casa de la peor abuela del mundo —admitió Clive—. Pero no es eso, retrasado. ¡Ponte debajo de esa cosa!

—¿Qué…?

—¡Pasa por debajo de esa cosa!

—¿Qué? No pienso…

Clive bufó con vehemencia, lo tomó del brazo y lo condujo hasta la esfera. Tan pronto pasó por debajo, Henry dio un respingo y aceleró para llegar al otro lado.

—¡Por mis muelas! —soltó—. ¡Qué latigazo!

Empezó a sacudir los brazos y luego se quitó el casco. Tenía el pelo corto y rubio completamente erizado.

Clive miró hacia arriba.

Era pura estática, como la que provoca la fricción. Un clásico juego de niños que terminaba con sus cabellos apuntando a todas direcciones, pero a un nivel tan alto que casi se sentía como una corriente eléctrica.

—¿Qué demonios? —preguntó Harry—. Oye…, ¿no será una especie de bomba gigante?

Clive entrecerró los ojos. Había oído los rumores, por supuesto. Se decía que su Gobierno había comenzado una iniciativa de desarrollo encaminada a la producción de una bomba gigante, un proyecto de tecnología increíble que podría estar culminado en unos cuantos años. Siempre había tratado de imaginar eso: una bomba gigantesca, y ahora se preguntaba si no estaría delante de un invento similar, salida de las mentes científicas alemanas.

Pero tuvo que aceptar que no era el caso.

No en aquel lugar, tan cerca de la frontera, y desde luego no abandonada sin nadie que la… «Vigilara», iba a decir. Pero no estaba vigilada. No había nadie por allí. Los que estaban por allí estaban muertos.

Muertos recientes.

Muerte inadvertida.

Se rascó la cabeza y estaba a punto de exponer sus reflexiones cuando Henry se le adelantó.

—Clive. ¡Clive! —dijo—. ¿Se puede matar gente con electricidad? Electricidad a distancia…, como cuando frotas algo con otra cosa mucho tiempo a gran velocidad.

—No lo sé —admitió Clive.

—¿Crees que estaban fabricando un… arma nueva? —insistió Henry, prácticamente dando botes sobre un mismo sitio.

—Henry… Ponte el casco —dijo.

Había visto caer a demasiados compañeros por una estupidez como aquella.

Henry obedeció, pero miraba fascinado la esfera negra, como si estuviera viendo al mismísimo Papá Noel descender en su trineo cargado de botellas de whisky.

Clive iluminó los alrededores.

Había muchos más megáfonos dispuestos alrededor y pequeñas instalaciones de servicio con focos, ahora apagados, que debieron estar apuntando a la esfera. Y vio otros aparatos que no pudo identificar. «Parafernalia científica», como la llamaba su hermano, que por cierto debía andar también por alguna parte de Europa dando guerra. Y vio una estructura grande con un par de pizarras grandes, como las que usaban en los colegios, con dibujos y fórmulas matemáticas. En un lado había unos pentagramas musicales con lo que parecía ser algún tipo de notación musical. Clive no era un entendido en música, pero si se trataba de una canción anotada, resultaba verdaderamente caótica y apretada, con flechas y números.

Al fondo vio unas escaleras de mano que ascendía hacia unas pasarelas que recorrían toda la pared.

—¡Eh, Henry! —dijo Clive—. ¡Aquí, mira!

Señaló las escaleras.

—Ven… Vamos a echar un vistazo desde un poco más arriba. Quiero ver esa cosa al completo.

—Sí, señor —exclamó Henry.

Mas cuando subieron y luego volvieron a subir hasta un segundo nivel y aún más arriba, hasta un tercero, dirigieron el haz de luz hacia la esfera y se quedaron…

Se quedaron inmovilizados.

Perplejos.

—Clive… —dijo Henry.

Clive no respondió.

Henry pestañeó varias veces, pero por mucho que abría y

cerraba los ojos, seguía viendo lo mismo.

—Clive…, ¿por dónde está sujeta… esa cosa?

Clive negó con la cabeza.

No lo estaba. El haz iluminó la parte superior, tan redonda y exenta de detalles como la parte de abajo. No había anclajes, ni cuerdas, ni enganches, ni espoletas… No había nada de nada, en absoluto, en ninguna parte.

—Tiene que estar anclada por el otro lado.

—¿El otro lado? —preguntó Henry, con la mirada fija en la espera, como hipnotizado.

—¡Hay andamios también al otro lado! —dijo Clive—. ¡Vamos!

Volvieron a bajar y cruzaron la sala hasta llegar al otro lado, y allí, tal y como había dicho Clive, había más andamios. En realidad no había visto nada por ese otro lado, pero con el tiempo había llegado a comprender cómo funcionaba la mente alemana. Si había andamios por un lado, en un objeto tan evidentemente simétrico como aquel, debía haber andamiaje en el otro. Matemático. Eficiente. Infalible.

Mientras subían, Clive estaba bastante seguro de lo que iban a ver.

—Nada —exclamó Henry, fascinado.

Nada. Ningún asa, cuerda, cadena o estructura.

La esfera estaba flotando en mitad del hangar.

Flotando en el aire.

Clive no respondió tampoco esta vez.

—Por todos los cielos, Clive —añadió Henry—. ¿Qué narices se traían entre manos los *Kartoffen*?

—No lo sé… —respondió, ceñudo.

Se sentía inquieto. Preocupado. Alerta. Había nacido en Inglaterra y se había criado en América durante los años veinte y treinta. Sus padres se habían aficionado a una nueva tendencia musical, el jazz, que emanaba optimismo y libertad, y él bailaba con su madre en el salón de su casa mientras su padre trabajaba fuera durante todo el día. Aunque vivió la Gran Depresión, leía libros, escuchaba la radio, participaba en eventos comunitarios y

en eventos familiares, porque no había familias más unidas que las de aquellos años, y jugaba con juguetes caseros. Y en toda aquella armonía y tranquilidad, no hubo ni una sola cosa que fuera insólita o se saliera de la línea imaginaria de la normalidad. Por eso miraba la esfera con aversión. Era una…

Era una anomalía.

Lo era.

Era una esfera que debía pesar…

De repente pestañeó varias veces.

—Pues claro —dijo al fin, esbozando una sonrisa—. Somos idiotas, Henry.… ¡Eres el soldado más idiota de Ohio, y yo tu segundo de abordo!

—Espera —protestó Henry—. ¿De qué boñigas de caballo hablas?

Clive soltó una carcajada. El eco de su voz retumbó por todo el hangar, levantando ecos cavernosos, y se contuvo poniendo la mano sobre su boca, sin poder contenerse.

—¿Quieres explicarme? —interrogó Henry.

—¡Es un globo! —dijo Clive—. ¡Un globo que intenta aparentar ser otra cosa!

—¿Qué…?

—¡Un globo! Recuerda la instrucción cuando nos enseñaban fotos tomadas desde un avión. Nos dijeron que muchos de los recursos que se veían desde el aire eran triquiñuelas, artificios construidos por los nazis hechos de cartón y otros materiales baratos para aparentar que disponían de más efectivos de los que tenían.

—Clive… —dijo Henry, sacudiendo la cabeza, el ceño fruncido.

—¡Es un globo! ¡Por eso flota! ¡Un resistente y colosal globo lleno con algún tipo de helio o aire caliente, cuidadosamente equilibrado para que se quede ahí en medio! ¡Una mano de pintura, brea quizá, algo alquitranado, y tenemos el efecto óptico perfecto!

—Clive, eso no es…

—Una fiesta —siguió diciendo Clive, alegre y entusiasmado,

como si encontrar una justificación razonable para lo que veía, un desafío para la razón y la lógica, fuese motivo de celebración—. Eso es. Por eso los gramófonos. Debían estar preparando algún tipo de festival. Quizá se anticipaban al éxito hasta que les dimos caña y abandonaron este sitio… —y añadió riendo—, ¡se acabó la fiesta!

—Clive —dijo Henry en voz baja y despacio—. Eso no es un globo. Te juro que…

Clive sonreía y asentía, los ojos fijos en la esfera. Henry ni siquiera estaba seguro de que estuviera escuchándole.

Por fin, sacó su pistola reglamentaria del cinturón, extendió el brazo, apuntó a la esfera y disparó; tan seguro estaba de que se encontraban solos en aquellas instalaciones.

El disparo produjo un pequeño trueno en la cámara, seguido de un eco retumbante que, sin embargo, se extinguió rápidamente. Sin embargo, la esfera no se inmutó. No explotó. No se resquebrajó ni se movió lo más mínimo.

No pasó nada.

Clive mudó la expresión del rostro. Su lengua asomaba por entre sus labios, furtiva, porque de repente tenía la boca seca. Era, más bien, un desierto atroz, y al pasarla por los dientes o el paladar se quedaba pegada y raspaba.

Ni siquiera se enfadó por lo imprudente de su acción. Habían revelado su posición, y por lo que sabían, aquella cosa podía ser, efectivamente, una bomba. ¿Qué tipo de retrasado disparaba a algo que podía ser, potencialmente, una bomba del tamaño de una colina?

—¿Por qué… flota? —preguntó Clive.

—Qué carajos sabemos —dijo Henry, resignado—. Es un invento alemán. Un invento del demonio. Como las novelitas de ciencia ficción. Algún tipo de… antigravedad. ¿Has leído los cómics de Flash Gordon? Algo así. Imagina lo que podrían hacer con esto. Planchas de acero reforzado que flotan de manera descabellada por encima de nuestras ciudades, por encima de las cabezas de la gente, Clive. Comandos especiales volando, provistos de ametralladoras. Solo tendrían que dejar de asomarse por el borde para alejarse de los disparos que les lanzaríamos desde

abajo. Hasta podrían… hasta podrían lanzar granadas de mano sin que pudiéramos hacer nada.

Clive, pensativo, sacudió la cabeza.

—No… Algo no me cuadra —dijo despacio.

—¿Qué es lo que no te cuadra?

Clive extendió el brazo y señaló con el dedo índice.

—Lo tenemos ahí delante —dijo—. Pero… no lo hemos visto hasta ahora. En ninguna parte.

—Quizá estaban desarrollándolo todavía.

—Aquí. En la frontera —dijo Clive.

—¿Qué pasa con la frontera?

—Un invento como este estaría mucho más cerca de su lugar más protegido —explicó Clive—. Berlín. Algún lugar así. Y con mucha más vigilancia.

—Quizá solo es una unidad que trajeron y que estaban preparando…

—Si ese fuera el caso —susurró Clive, pensando en voz alta—. Si ese fuera el caso…

Chasqueó la lengua y corrió hacia la escalera de mano.

—¡Clive! —llamó Henry.

Pero Clive ya descendía a toda velocidad por la escalera. La última vez que Henry le vio moverse tan rápido, Clive escapaba de un edificio derruido donde unos alemanes habían arrojado una granada. Henry estuvo riendo durante veinte minutos sin parar; decía que había corrido «como alma que lleva el diablo».

Le siguió por el hangar hasta el extremo del final. Clive iluminaba las paredes, que él recorría con movimientos rápidos, como si diera latigazos de luz a las paredes. Pero después de solo unos instantes, Henry terminó por comprender.

Clive estaba buscando las puertas. Las enormes y desmesuradas puertas que debían poder abrirse para dar entrada, y salida, a una esfera de aquel tamaño.

No había ninguna, como Clive había supuesto.

Se volvió a su colega con la respiración agitada y cierta desesperación en el rostro.

—¿Trajeron la unidad, Henry? —preguntó con un graznido—.

¿Por dónde la metieron? Y dime otra cosa, ¿por dónde pensaban sacarla?

—No lo sé, Clive —susurró Henry—. Eso no…

—¿Eso no qué?

—Vale —pidió Henry con suavidad—. Tranquilo, hombre. Quizá tenían planeado echar abajo el muro para sacarlo de aquí.

—Quizá no estaban pensando sacarlo por ningún lado —exclamó Clive con cierto tono burlón—. Porque quizá sí que es una bomba. ¿Qué te parece?

—Una bomba… flotante…

—Una bomba flotante. Exacto. Eso es. Quizá tiene un sistema de detonación programada en su interior, ¿no? ¿Qué te parece? —preguntó, todavía alterado—. Quizá, una vez construida, no te deja posibilidad de escapar a ninguna parte, ni siquiera en avión, porque la devastación que deja es —hizo un gesto vago con los brazos— ¡espectacular!

Henry asintió despacio, súbitamente asustado.

—¡Una sorpresa para cuando llegáramos aquí! ¡Boom!

—Pero los soldados muertos…

—¡Exacto! ¡Esto lo explica! ¡Un buen doctor nazi administró un veneno en el agua, por la mañana, o con el pan negro asqueroso que comen, que les produjo un ataque de corazón! Porque no podían escapar de todas maneras. ¿Qué te parece? ¡Los nazis saben de esas cosas!

—Inglés como… como Watson Holmes.

—Sherlock Holmes —corrigió Clive. Y después de decir eso se movió de un lado a otro, como si se sintiera mareado, y se dejó caer en el suelo y empezó a llorar.

La linterna rodó por el suelo e iluminó su cuerpo contraído.

Henry se sintió torpe y confuso.

Había visto otros hombres derrumbarse, pero nunca había sabido cómo actuar.

—Vamos… —exclamó en voz baja—. Es solo una… conjetura. No tenemos ni idea de qué es ni qué va a pasar.

—Está flotando —sollozó Clive—. Flota en el aire, Henry, maldita sea.

—Flota. ¿Eso es lo que te… tiene tan destrozado?

Lo era, en cierta medida. Otra medida era la incertidumbre. Habían oído rumores sobre nuevos avances tecnológicos que los alemanes podían sacarse de la manga en cualquier momento. La guerra, sobre todo en el escenario europeo, era cuestión de combates encarnizados por las calles de las poblaciones diezmadas, pero también de avances. Una pequeña ventaja hábilmente distribuida en cualquier aspecto del combate podía desequilibrar la balanza en favor del régimen nazi, y todos sabían lo que eso podía significar. La Alemania nazi no era un enemigo cualquiera; la Alemania nazi era la puñetera encarnación del mal, un régimen dictatorial fascista que garantizaba el fin de la vida tal y como la conocían.

Su victoria era el horror.

Y eso… eso sí que le daba miedo.

—A lo mejor solo es una especie de contenedor de gas mortal —dijo Henry—. No una explosión cataclísmica. A lo mejor pensaban soltarlo si conseguíamos llegar hasta estas latitudes para que fuera extendiéndose desde aquí. Quizá hubo un escape en algún momento, mientras lo preparaban, y…

Clive negó con la cabeza.

Había otra cosa.

Una tercera medida en la fórmula del terror y la desesperación que sentía.

Una sensación. Una intuición. Y en el contexto de la guerra, el combate y la supervivencia, los hombres desarrollaban una intuición que no debía desdeñarse en absoluto.

Una sensación poderosa.

La de que aquella cosa, fuese lo que fuese, no había entrado, ni había sido construida en aquel lugar, a juzgar por la ausencia de maquinaria de metalurgia, hornos y otro tipo de máquinas y aparatos necesarios para forjar algo tan titánico como aquello.

La habían encontrado. Tal vez en el cráter dejado por una bomba o al excavar una trinchera, o al intentar emplazar un cañón antiaéreo de gran calibre: uno de aquellos monstruos de los que había hablado Henry hacía un rato.

La habían encontrado allí, enterrada o parcialmente enterrada, y habían construido un búnker alrededor para estudiarla con tranquilidad, hasta que llegó la guerra.

O hasta que ocurrió algo… algo inexplicable, que acabó con todos en el acto.

Y aún había una cuarta medida, que bullía en su mente como si intentara escapar, rebotando por las paredes de su cerebro.

Una palabra.

Una palabra que había visto de manera inconsciente, tal vez, escrita en la pizarra donde había registrado las partituras musicales y todas las fórmulas matemáticas.

La palabra, garabateada a mano en la parte superior, y encerrada en un círculo rápido y torpe. La palabra que solo Dios sabía por qué se acordaba de ella.

La palabra.

Außerirdische.

Clive no tenía ni idea de alemán, pero de haber sabido lo que significa, se hubiera deslizado abruptamente por un túnel que conducía, de manera inequívoca, hacia la locura.

Significaba *extraterrestre*.

—Vamos, Clive —dijo Henry, extendiéndole la mano—. Levántate del suelo. No soporto verte así, hombre. Aún nos queda guerra que dar, y no quiero ir por ahí con una niña pequeña, bobalicona y llorosa, cubriéndome las espaldas. Vámonos. Encontraremos a los nuestros, informaremos al mando y… Y eso será todo.

—Eso será todo —repitió Clive mientras se pasaba el antebrazo por la cara para retirar las lágrimas.

De repente, se sentía torpe y algo avergonzado. Ni siquiera alcanzaba a comprender qué le había pasado. Henry se había tomado el descubrimiento como algo alucinante y estaba seguro de que, de haber hecho ese descubrimiento estando con el pelotón, habría habido risas y bromas, y un par de buenos comentarios ingeniosos o tres.

Cosas de la intuición, tal vez.

Miedo a lo desconocido.

Por unos momentos, hasta le dio risa. Miró a Henry como disculpándose y él le devolvió un gesto vago pero sincero, una señal de amistad, en un mundo en guerra que agonizaba y cuyo eje central, por espacio de unos minutos, había sido una esfera que flotaba en medio de un hangar.

Pero mientras se incorporaba, la palabra seguía esparciendo ecos por los vericuetos de su mente, diáfana, abisal, cósmica.

Extraterrestre.

Capítulo 2

Una reunión inesperada

El doctor Chase Ward conducía su Toyota en dirección a la Universidad de Princeton a primera hora de la mañana. La humanidad, decía siempre, se divide en dos grandes grupos de personas: los noctámbulos y los que preferían madrugar. Chase era de los segundos. Nada le gustaba más que ver clarear el cielo por el amplio ventanal de su cocina mientras disfrutaba de una taza de café (con mucha leche y mucha azúcar) humeante en la mano. Se sentía… anticipado. Mientras la mayor parte del mundo aún dormía, él tenía tiempo para prepararse, para disfrutar de la mañana, para planear el día con un margen suficiente para manejarse con cierto nivel de relax.

Ward era, entre otras cosas, un renombrado astrofísico. Con el tiempo, sus estudios habían revolucionado la comprensión del universo, específicamente la materia oscura. Había sido una herencia paterna, sin duda. Ward recibió su primer telescopio cuando contaba con solo siete años y desde aquel momento empezó a interesarse por los mundos distantes que observaba a través de su pequeño gran juguete.

Tras obtener su doctorado en Astrofísica Teórica en Princeton, Ward se dedicó a estudiar la estructura y evolución del universo, centrándose en la naturaleza de la materia oscura. Sus innovadoras investigaciones lo llevaron al descubrimiento de un nuevo modelo teórico que explicaba la interacción entre esa materia y la materia visible en el cosmos. El modelo Ward fue aplaudido y reconocido por toda la comunidad internacional y despejó algunas dudas sobre el sentido de la existencia natural de las cosas por el hecho de existir. Además, había dedicado su vida a la divulgación, tenía

varios volúmenes publicados, más de un centenar de artículos publicados en prestigiosas revistas, había participado y producido numerosos documentales que tenían un maravilloso enfoque común: todos eran emocionantes y accesibles para el público en general.

Ese aspecto era importantísimo para Ward.

Siempre había sido muy consciente de que su pasión por los pilares invisibles del cosmos era una consecuencia directa del impulso educativo de su padre. En los vericuetos de sus estudios siempre se encapsulaba el amor y la paciencia con la que su padre le explicaba cosas sencillas sobre el cosmos. Esa sonrisa tanto en los labios como en los ojos, sus manos grandes, arrugadas y velludas señalando el cielo, el olor de su loción tras el afeitado, le habían hecho amar e interesarse vivamente por las cuestiones cósmicas que le habían llevado a tener una vida que amaba, así que la divulgación científica ocupaba gran parte de su tiempo. Quizá por eso había fundado programas educativos para fomentar y promover la investigación científica entre estudiantes con talento.

Con todo, Ward había conseguido ser una verdadera celebridad científica a nivel global. En un mundo donde los que eran considerados héroes publicaban vídeos extraños sobre cuerpos hermosos en gimnasios, bailes en mitad de un supermercado y sesiones de cocina que solían acabar en desastre, Ward conseguía atraer la atención (y hasta el cariño) de la gente, aunque fuera en las redes sociales. Y eso… eso era mucho, como decía su amigo Albert, el director de Princeton: eso era muchísimo.

Y, además, era también un devorador de tiempo.

Aún no había conseguido encontrar tiempo para formar una familia y era algo que deseaba mucho más que mucho. Se sentía pleno, contento y realizado, pero a sus cincuenta y dos años, el viejo deseo de contar con la compañía y la ayuda de una pareja que le hiciera disfrutar de los momentos de… nada, de maravillosa y embelesada ausencia, empezaba a quedar atrás; por no hablar de criar a un par de pequeños beligerantes que rieran y corrieran por el jardín delantero durante casi todo el día.

Su verdadero amor, decía también Albert, era, por supuesto, la materia oscura.

Ward quedó verdadera y pasionalmente fascinado por esa esquiva y enigmática forma de materia. Los planetas, las estrellas…, todas esas cosas estaban bien. Existían, tenían un orden natural y eran observables, físicos, tangibles. Durante un tiempo fue curioso aprender que Saturno, por ejemplo, contaba con un núcleo rocoso compuesto de materiales como silicatos, hierro y níquel, y que estaba rodeado de capas de hidrógeno y helio en un estado extraordinariamente comprimido debido a la presión enorme; y con el tiempo fue genial añadir más y más detalles a su pequeña biblioteca de conocimientos, como que los anillos estaban compuestos, sobre todo, de partículas de hielo, roca y polvo.

Pero la materia oscura…

El hombre siempre ha desarrollado un romance ardiente y eterno con lo desconocido, pero si Ward era Romeo, la materia oscura era Julieta. Se sacó la licenciatura en matemáticas con un doctorado en Matemáticas Aplicadas y obtuvo la licenciatura también en Física, con su posterior doctorado, para poder entender cosas como la física de partículas, la astrofísica, desde luego, pero también la física teórica y la física cuántica, todo para poder sumergirse en ecuaciones avanzadas y formular teorías con coherencia relacionadas con su gran pasión.

La materia oscura es un nombre ocurrente para algo que se había mantenido alejado de la vista durante muchísimo tiempo. No emite ni refleja lo suficiente para ser detectada, así que los científicos antecesores de Ward se habían visto obligados a detectarla por la observación de su influencia gravitacional en objetos observables. Chase solía explicar esta parte con una potente carga de humor y en los últimos tiempos había añadido referencias a *Star Wars* que la gente joven recibía con agrado e interés. «Vaya. Ahí no se ve nada, —decía— pero mirad..., mirad… ese planeta gira como si en ese espacio de ahí hubiera un cuerpo con una masa determinada, así que… ¡no lo vemos, pero en ese hueco debe haber algo!». La gente se reía. Y escuchaba.

Pero la materia oscura no era fascinante para Ward solo por

ser invisible. Además, no se comporta como materia ordinaria, no como los átomos, moléculas o partículas subatómicas que son los pilares fundacionales del cosmos conocido. Tiene mucho más que ver con su relación con la fuerza gravitatoria, que consigue afectar la manera en la que la materia visible se organiza y en cómo evoluciona y funciona el universo.

Ward había estudiado y trabajado con todas o casi todas las hipótesis existentes. La de las partículas exóticas llamadas WIMPs, la de los axiones y, sobre todo, había trabajado de manera intensiva con las teorías de la gravedad de Einstein, con bastantes modificaciones, y cuanto más trabajaba en eso, más se daba cuenta de lo largo que era todavía el camino para entender esa argamasa casi mágica, inalcanzable, inaprensible, que sin embargo tenía una influencia gravitacional fundamental para mantener unidas las galaxias y estructuras cósmicas a gran escala. Era una tarea titánica, sobre todo porque la humanidad no había desarrollado aún la tecnología para estudiar o medir ciertas cosas; pero quizá… quizá el hecho de saber que moriría dejando sus estudios inacabados para que otras generaciones pudieran continuar donde él lo dejó…, quizá ese hecho incuestionable y factual era lo que, precisamente, lo mantenía siempre disciplinado, atento y productivo.

Esa mañana, mientras escuchaba un *cover* de *Take Me Home Country Roads* de la familia Petersen en su coche, se dirigía a Princeton a dar una charla maestra iniciática sobre su pasión. Las había dado por todo el país, había hablado sobre ello en la televisión y había vertido sus conocimientos en libros que se habían publicado con bastante éxito, pero de todas esas experiencias, la que más lo llenaba de entusiasmo eran las clases en Princeton. Porque estudió allí, y mantenía círculos de amistad con casi todo el mundo.

Experimentó esa sensación burbujeante y agradable cuando entraba en el *parking* reservado al profesorado, y cuando salió del vehículo respiró el aire agradable, fresco y renovado de las horas más tempranas de la mañana. Aún tenía tiempo, así que se dejaría caer por la biblioteca, sacaría algún libro y esperaría en la

cafetería, tal vez con un desayuno un poco más contundente. No sabía por qué, pero las tartas de manzana de la cafetería de Princeton, a pesar de que eran evidentemente industriales, tenían un sabor especial. Quizá incluso nostálgico.

Pero esa mañana, el director Albert Conor Wilson, que apenas le sacaba cinco años, le esperaba en recepción.

Chase se encaminó hacia él adelantando la mano y mostrando una sonrisa sincera.

—¡Albert! —exclamó—. ¡Has madrugado hoy!

Albert asintió sonriendo, aunque era una sonrisa afectada. Chase lo detectó al instante.

Intercambiaron un saludo apretando las manos.

Albert Conor Wilson era todo un personaje. De hecho, empezaron a ser amigos porque el director de Princeton tenía todo el aspecto del profesor J.R.R. Tolkien, el mítico creador de *El Hobbit* y del monumental *El Señor de los Anillos*, dos obras que Chase Ward amaba con locura y cierta obsesión. Se vestía como en la Inglaterra de los años cuarenta y tenía ese rostro abigarrado y bondadoso que exhibía el profesor en vida, hasta su pelo era blanco y canoso a pesar de estar a caballo entre los cincuenta y los setenta. Era amable, educado, y con el tiempo había resultado ser todo un amigo y una parte importante de la vida de Ward. Ward le regaló una réplica de la pipa que fumaba Tolkien en una de sus fotografías más reconocibles y, por algún motivo, sobre todo debido al hecho de que Albert no fumaba, había encontrado el regalo impretendidamente hilarante.

Eran amigos, sí, y aunque los separaban pocos años, cuando tomaban una pinta en algún bar, podían pasar por padre e hijo. Chase se mantenía joven y podía pasar por alguien mucho más joven. Estaba en forma sin practicar ningún deporte en concreto, como no fuera algo de natación ocasional, un poco de bicicleta por el placer de pedalear y llegar a alguna parte, y largos paseos por el campo, algo que lo reconciliaba con la vida. Le gustaba la naturaleza, lo enamoraban los aromas naturales de las plantas, los gloriosos efectos del sol desgranando variopintas tonalidades en las flores y arbustos. Y, en secreto, se admiraba del prodigio de las

matemáticas que formulaba todos aquellos patrones de propagación y crecimiento procedurales, inadvertibles para nadie que no estuviera bien instruido en la materia.

—Buenos días, Chase —respondió Albert—. Sabía que vendrías temprano.

—Vidente embaucador… ¡Siempre lo hago! Dime…, estás… ¿estás bien?

Albert sacudió la cabeza.

—No lo sé… —admitió, carraspeando de manera incomoda y mirando alrededor. Algunos alumnos empezaban ya a pulular por la recepción, así que Albert condujo a Ward hacia un lado poniéndole la mano en la espalda con un gesto amistoso y cortés—. Dime, Chase…, ¿te has metido en algún lío?

Chase levantó ambas cejas, pero su expresión era divertida. No, por descontado que no se había metido en… ningún lío, en absoluto. Se hubiera preocupado mucho más si Albert le hubiera confiado, en un plano estrictamente confidencial, que no había sido capaz de encontrar ninguna corbata limpia esa mañana.

—¿Qué ocurre? —preguntó Chase con curiosidad.

Albert sacudió la cabeza.

—Escucha… —dijo—. Han venido a verte. Hace como media hora. Un par de tipos en un coche oficial.

—¿Un coche… oficial? —preguntó Chase.

—Han dejado otros dos ahí fuera. Diría que son guardaespaldas, agentes especiales. Tipos del Gobierno…

—Tipos del Gobierno —dijo Chase, cada vez más risueño—. En realidad debería hablar con mi asesor fiscal… Tal vez se me olvidó presentar algunas facturas en la declaración…

Albert arrugó el ceño.

—Chase… No bromees con esto. Han venido aquí, a la universidad, me han reclamado hasta el punto de hacerme venir más temprano y han exigido que te convoque. Les he preguntado...: «¿Quieren que lo llame para que venga antes?». Pero han dicho que no, que esperarán a que llegues y que te reúnas con ellos tan pronto lo hagas…

—Vaya —exclamó Chase. Normalmente tenía un

extraordinario don de gentes, pero en aquel punto de la conversación, no sabía realmente qué decir. Empezaba a estar confundido. Tenía la impresión de que su amigo Albert estaba más molesto porque lo hubieran hecho ir temprano y luego no hubieran querido molestarlo a él que por otra cosa.

—No te tomes esto en vano, Chase —advirtió Albert.

—No lo hago —se defendió Chase—. Pero… pero, Albert, ¿qué tipo de… gente del Gobierno son? ¿De qué oficina? ¿Te han dicho qué tema quieren tratar?

—Me han dicho que es confidencial. Asuntos de Seguridad Nacional. Y eso me ha confundido…

—Seguridad Nacional —susurró Chase, cada vez más sorprendido—. Vaya. Son de… ¿Son de la NSA? Realmente no sé qué pensar o decir, Albert.

—De eso precisamente quería advertirte —dijo Albert, mirando otra vez alrededor. Afortunadamente, en aquellos tiempos, todos los alumnos caminaban por el salón de recepción mirando sus móviles y nadie reparó siquiera en ellos—. Llevo aquí muchísimos años y cuando alguien se presenta con un cartel que dice *Seguridad Nacional*, la cosa nunca es… baladí.

—No, desde luego… Pero…

—Escucha —dijo Albert—. Tengo un abogado. Uno muy bueno. Le pago todos los meses para que se ocupe de…, bueno, mis asuntos, ya sabes. En todos los ámbitos. Dado que me han involucrado a mí en esto, el asunto me concierne.

—Albert… —empezó a decir Chase.

—No, espera… —interrumpió Albert—. Lo tienes a tu disposición. Maldita sea, debí haberlo llamado ya, ahora que lo pienso. ¿Quieres que lo llame? Te representará en esto…, te asesorará…

Chase levantó las manos.

—Albert… —exclamó—. Tranquilo. De verdad, estás… estás exagerando las cosas. Oye, me conoces desde hace años, somos amigos, me conoces… Conoces mis hábitos, mi rutina, mi trabajo, mi vida. Normalmente estoy en la cama a las diez de la noche, y todos mis excesos son… una comida rica en carbohidratos de tanto

en cuando. ¿De verdad estás preocupado?

Albert sacudió la cabeza.

—Con esa gente nunca se sabe —susurró—. Hazme caso. Llamo al abogado y…

De repente, una voz grave y severa los interrumpió.

—¿Doctor Ward?

Albert y Chase se volvieron a la vez, como si fueran dos niños sorprendidos robando galletas en la despensa de la abuela. Era un hombre alto, vestido con chaqueta y corbata, y un corte de pelo severo. Tan severo como la dureza de su rostro. Mantenía una postura neutral, los brazos extendidos hacia abajo y una expresión hierática.

—¿El doctor Chase Ward? —volvió a preguntar.

—S-sí… —balbuceó Chase.

—Ah —exclamó Albert, interrumpiéndole de nuevo—. Agente Phillips…, estaba recibiendo al señor Ward y hablándole de sus requerimientos.

—Phillips está bien —dijo el hombre, levantando la palma de la mano. Luego la bajó y la dirigió hacia Chase.

Chase recibió el saludo y asintió con afabilidad.

—Sí, soy Ward —dijo—. ¿Y usted es…?

—André Phillips —exclamó—. Represento a una oficina de Estados Unidos. Me gustaría mucho tener unas palabras con usted, en privado. Su director ha tenido la amabilidad de asignarnos una sala para nosotros, si me acompaña…

Chase sonrió.

—Vaya. ¿Me he metido en un lío? —preguntó, parafraseando a su amigo.

Albert se removió en su sitio, incómodo.

—No, no, no… —se apresuró a responder Phillips—. No se trata de… No es una conversación en ese sentido, se lo garantizo.

—Bueno —respondió Chase—. Eso me alivia.

—¡Nos alivia! —intervino Albert, con su mejor sonrisa.

—Nos estábamos preguntando si necesitaríamos… un abogado para afrontar esta charla —reveló Chase, todavía sonriendo.

Phillips compuso una expresión divertida.

—No, señor Chase —dijo despacio—. Le aseguro que no estamos aquí para interrogarlo o incomodarlo. Su trabajo no merece otra cosa que nuestra admiración y reconocimiento.

Ese comentario hizo que Albert volviera a respirar de nuevo. Extendió los brazos, con una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Excelente! —exclamó—. Dígame, señor Phillips, ¿necesitan de mi presencia en su… reunión o puedo atender otros asuntos?

—Gracias, señor Conor —dijo Phillips—. Puede, por supuesto, atender sus obligaciones. Ha sido más que amable.

Retrocedió dando giro al cuerpo y extendió el brazo, indicando el camino.

—Pues…, muy bien —dijo Chase—. Vamos, entonces.

2

La sala que Princeton les había brindado estaba ocupada por otros tres hombres con aspecto imponente, enchaquetados y consultando unos terminales parecidos a teléfonos móviles que cada uno llevaba. Uno de ellos estaba levantando el aparato sobre su cabeza, como si buscara cobertura. Estaban repartidos por la sala que, por cierto, no era demasiado grande y estaba coronada por una mesa redonda en el centro. Ward pensó divertido que había pasado innumerables horas en aquella institución y nunca había estado o visto aquella sala de reuniones en ningún momento.

Los hombres se volvieron cuando Phillips y Chase entraron.

—¿Caballeros? —preguntó Phillips.

—Todo en orden, señor —dijo uno de los hombres. Y, en el mismo momento, salieron de la sala dirigiendo a Ward un cortés saludo inclinando la cabeza.

Chase miró a Phillips con una interrogación dibujada en el rostro.

—Es una… formalidad —explicó con cierto desdén—. No se preocupe.

Chase asintió.

«Están buscando micrófonos», se dijo a sí mismo, y ese pensamiento volvió a producirle cierta hilaridad disimulada. Chase era muy dado a llevar una vida rutinaria y ordenada, pero aquella mañana estaba resultando bastante interesante, para variar.

Se sentaron en dos de las sillas, a una distancia cómoda el uno del otro, y el agente del Gobierno juntó las yemas de las manos sobre la mesa, preparándose para el diálogo. A Chase no se le pasó por alto; había leído algo sobre lenguaje corporal en alguna parte y le había parecido interesante porque casaba con sus experiencias personales tratando con gente en reuniones o conversaciones. Si no recordaba mal, juntar las yemas significaba que el interlocutor estaba pensando, evaluando información o bien expresando seguridad en sus ideas. En algunos contextos también podía significar sentido de autoridad.

—En primer lugar, señor Ward —empezó a decir Phillips—, gracias de nuevo por atendernos. Como le he dicho, represento a una oficina del Gobierno de Estados Unidos que se encuentra, en estos momentos, en una situación satélite de la Agencia de Seguridad Nacional.

—¿La CIA, el FBI? —preguntó Chase.

—No…, es otro tipo de oficina… Tanto la CIA como el FBI, o la Agencia de Seguridad Nacional, son agencias muy importantes dentro del aparato de inteligencia de Estados Unidos, pero desempeñan diferentes roles y áreas de enfoque. No se puede decir que una esté a un nivel superior que la otra, porque sus funciones son complementarias.

Chase escuchaba con cierta fascinación.

—Pero su oficina…

Phillips se revolvió, ceñudo.

—Definitivamente, diría que nosotros funcionamos a una instancia un poco más alta que estas agencias, en cierto modo, aunque no en otros —sonrió—. Es un poco más complicado de lo que parece…

—Bueno —dijo Chase—. Y esta oficina… ¿tiene un nombre?

Phillips negó.

—Sí y no, de nuevo. No hay un nombre oficial, pero con el

tiempo, diferentes… colectivos e individuales nos han puesto algunos nombres, algunos más ocurrentes que otros.

Chase iba a preguntar algo, pero Phillips levantó ligeramente la mano y se adelantó.

—En todo caso, señor Ward —dijo—. Me gustaría explicarle los motivos por los que nos hemos acercado a interesarnos por su trabajo y su… especial capacidad para tratar con temas científicos, especialmente cuando se trata de estudiar cosas que… no son estudiables. No todavía —carraspeó—. Discúlpeme si me equivoco, doctor Ward…, creo que leí esa declaración de usted en alguno de sus libros, documentales o declaraciones.

Chase abrió mucho los ojos.

—Sí…, sí, sí, sin duda. Es absolutamente mi opinión sobre todo esto… Discúlpeme usted… Me he quedado sorprendido de que haya… revisado mi trabajo. ¿Es usted de algún departamento científico dentro de su agencia? Quiero decir, ¿hablo con un colega en el campo?

Phillips sonrió.

—No… —admitió—. No, nada de eso. Soy más bien… un director de operaciones. Piense en mí como en ese tipo que tiene el cuadro general de las cosas, pero no los detalles de cada operación. Para eso contamos con personal especializado que hace lo que tiene que hacer, y lo hacen muy bien.

—Entiendo —exclamó Ward con suavidad. Empezaba a sentirse a gusto con aquel hombre—. Sin embargo sí ha estudiado mi trabajo.

Phillips asintió, con una sonrisa. Se reclinó hacia atrás en la silla y adquirió una postura mucho más cómoda y relajada. Chase tuvo la sensación de que, sin pretenderlo, acababa de superar una especie de filtro del que no conocía su existencia.

—Su nombre estaba en una lista. El primero, por si quiere saberlo. Es nuestra primera opción. Estudié los nombres de esa lista con mucho cuidado; ese es mi trabajo. Y revisé su trabajo. Otro departamento lo estudió a usted, sus logros pasados, sus interacciones en redes sociales, sus opiniones, relaciones familiares, amigos…, todo el material que pudimos encontrar y

también parte del material que nadie que no tenga acceso a nuestra oficina podría encontrar jamás.

Chase soltó una carcajada.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. ¿De veras han hecho todo eso?

—Hemos hecho todo eso, doctor Ward, porque el asunto que nos trae aquí es… verdadera… y realmente… importante.

Chase carraspeó. Sentía una vívida curiosidad.

—Bueno —dijo—. ¿De qué se trata, entonces?

Phillips asintió.

—Una de mis películas favoritas, doctor Ward, es… *Matrix*. Me fascina el concepto de un mundo ficticio en el que nosotros, los seres humanos, vivimos ignorantes de lo que subyace bajo la superficie. Cuando se trabaja en una oficina como la mía, no puedes evitar tener una sensación parecida en algunos momentos.

—Puedo… imaginarlo —observó Chase.

—Entiende lo que le digo —dijo—. El cine es muy pródigo en representar la situación en la que vivimos. Eres ebanista y trabajas con maderas…, haces tu trabajo, compras tu comida, llegas a casa, te entretienes con lo que sea que te haga feliz, el móvil, la televisión, internet, vídeojuegos o entrenar a tu perro en tu garaje para que gane algún concurso, si es lo que te gusta. Pero detrás de toda esa normalidad que… funciona, de hecho, hay demasiadas inquietudes, movimientos en las altas esferas, decisiones que determinarán que el ebanista pueda seguir pagando sus impuestos o su hipoteca, etcétera, etcétera.

—Es justo lo que estaba imaginando —exclamó Chase.

Phillips volvió a asentir con gravedad.

—Pues le diré lo que Morfeo le dijo a Neo en la película —afirmó con cierta solemnidad—. Lamentablemente, no se puede explicar con palabras qué es Matrix.

Ward le dirigió una mirada suspicaz.

—Quiero decir, doctor Ward, que he venido a decirle que su Gobierno lo necesita. Estados Unidos lo necesita. Hasta diría que… el mundo lo necesita.

Ward carraspeó. De repente, se sintió a las puertas de algo.

Algo grande. Unas monumentales puertas de pizarra negra fruncida, grandes y ominosas. Visualizó sin pretenderlo las plantas y los arbustos de sus paseos, tocados por los rayos del sol, y se preguntó, de manera inconsciente, cuánto tardaría en volver a pasear por esos lugares con la misma tranquilidad de espíritu, desconocedor de que, por debajo de su fastuosa representación, había algoritmos informáticos designando cómo debía funcionar todo.

Matrix.

—Estamos en una situación en la que se requiere un análisis minucioso y capaz de alguien con sus conocimientos y habilidades —seguía diciendo Phillips, aunque Chase tardó unos momentos en retomar el hilo—. Es algo que… nos supera, doctor Ward. Y de repente tenemos cierta urgencia por llegar a una conclusión.

Chase se pasó la mano por el mentón. Se había afeitado a conciencia, como siempre, y estaba suave y agradable; la fricción había hecho emanar vapores de la colonia que utilizaba.

—Muy bien —dijo—. Pero mi… especialidad es la astrofísica. ¿Es por mis… colaboraciones con la NASA? ¿Se trata de eso? ¿Han encontrado algo en el espacio?

Phillips sonrió.

—Es usted muy perspicaz —dijo.

—Bueno, cuando sumas dos más dos, no debe extrañarte vértelas con un cuatro…

—No puedo decirle de qué se trata —dijo Phillips—. Por eso la referencia a Matrix. En realidad, no puedo decirle mucho más de lo que le he dicho, por ahora. Lo necesitamos. Lo necesitamos mucho, doctor Ward. Es un asunto… bastante peculiar, y serio, que podría tener repercusiones importantes.

—Me deja usted en ascuas.

Phillips volvió a hacer un movimiento asertivo con la cabeza.

—Pero… —siguió diciendo Chase—. ¿Cómo espera que lo ayude si no puede… contarme de qué se trata?

—Bueno. Es un poco más complicado de lo que parece. Verá, lo que necesito contarle, en caso de que acepte, es información… altamente clasificada. Es información que muy pocos activos de

este país conocen. Me refiero a información secreta privilegiada al más alto nivel. Ha habido presidentes dirigiendo nuestra nación, doctor Ward, que han terminado su legislatura sin conocer estos datos.

—Datos —susurró Ward—. Ahora es usted un poco más preciso.

El agente sonrió.

—Para revelarle esos… datos, usted deberá firmar una serie de documentos. Son una especie de acuerdos de confidencialidad, muy severos, los cuales son inviolables. Su vulneración conllevaría penas de cárcel bajo los acuerdos descritos en las actas de alta traición a su país.

—Vaya —exclamó Ward, sorprendido—. ¿Dónde dice que tengo que firmar?

Phillips compuso una mirada sorprendida, pero Ward rompió a reír.

—Discúlpeme… —dijo—. Era… era una broma, naturalmente. Pero permítame describirle la situación, tal y como la he entendido, solo por ver si estamos en la misma página del libro.

—Adelante —invitó Phillips.

—Usted me presenta unos acuerdos de confidencialidad y yo los firmo. Y, al firmarlos, me comprometo a guardar silencio sobre los datos que me presentarán. De los cuales quieren mi… estudio, análisis u opinión. Y si revelo esos datos a alguien, seré acusado de alta traición. Por cierto…, creía que eso de la alta traición era algo de las películas o, al menos, algo que se menciona en caso de guerra.

El agente sacudió la cabeza.

—Siempre estamos en guerra con alguien, doctor —exclamó —. De todas maneras, es una forma de hablar. La alta traición está recogida en la Constitución. Artículo tercero, sección tres. De cualquier modo, se pondrá en efecto en este caso. Lo consideraríamos terrorismo y el alcance de esas cláusulas nos permitiría imponerle penas máximas prácticamente sin límite. De todas maneras…, por favor, se lo ruego, no piense en eso. Lohemos estudiado en profundidad y no nos preocupa que haya evasiones de

información confidencial. Eso no nos preocupa. Y a usted tampoco debería preocuparle.

—No me preocupa, realmente —dijo—. No tengo ninguna intención de publicar nada clasificado en ninguna parte. Ni siquiera… uso ya las redes sociales. Hace algún tiempo que me aburrí del perfil de los usuarios.

—Es usted cabal —opinó Phillips—. Menciono todo esto para que comprenda el tipo de información de que se trata.

—Lo entiendo. Debe ser algo serio.

—Lo es —confirmó el agente—. Pero hay otras consideraciones. Como comprenderá…, no podemos enviarle esos datos a su casa o a su despacho, ni siquiera aquí. Eso no va a ocurrir, de ninguna de las maneras. Si acepta, doctor, tendrá que venir a unas instalaciones militares de alta seguridad que se encuentran en otro estado y no podrá abandonar el recinto hasta que termine el trabajo, o, simplemente, desista y manifieste su intención de abandonarlo.

Ward hizo un movimiento con la cabeza.

«Vale —pensó—. Esto es algo».

El agente de la oficina sin nombre se refería a… mudarse a una instalación militar. Durante una cantidad de tiempo indeterminada. Sin poder seguir con su vida. Sin poder salir, solo trabajando cotejando datos.

Eso era, definitivamente, otra cuestión.

Con los años, Ward había construido un hogar que amaba profundamente. No había ningún plan en el mundo que lo atrajese más que pasar una tarde de domingo en su salón viendo una película o leyendo un libro en su butaca, a ser posible con lluvia intensa en el exterior o nieve, aunque la posibilidad de ver una buena nevada se había disipado en los últimos años.

Pero mudarse… a otro estado para trabajar con el Gobierno…

Con militares.

Ward detestaba la parafernalia militar en todas sus formas y protocolos.

—No lo sé, agente Phillips —se escuchó decir—. ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

Phillips se encogió de hombros.

—Eso dependerá enteramente de usted, doctor. De usted y de un pequeño grupo de científicos y profesionales en varios campos que trabajarán con usted en este proyecto. Si pueden darnos material útil y resolutivo que podamos manejar a partir de esos datos en una semana…, nos despediremos bien pronto y ustedes recibirán una generosa gratificación del Gobierno que podrá emplear en sus fundaciones y proyectos educativos… o en comprarse calcetines para doscientas vidas. Lo que usted prefiera.

Ward sonrió, pero era una sonrisa velada.

—Si, por el contrario, requiere más tiempo…, lo tendrá. Es cuanto puedo decirle. Un mes. Seis meses. Un año…

—Un año… —exclamó Chase con la boca repentinamente seca.

—Es un decir, doctor. Lo que quiero expresar es que el Gobierno cubrirá sus investigaciones durante un año, quizá incluso más, siempre y cuando, naturalmente, veamos trabajo realizado en sus quehaceres, de lo cual no albergamos duda alguna.

—Entiendo —exclamó Ward. Su cabeza era un hervidero de sensaciones y pensamientos. Por un lado, sentía una verdadera curiosidad por el alcance y especificaciones de ese trabajo. La materia oscura era realmente fascinante de por sí, pero su capacidad de maniobra estaba limitada. En los últimos años había dedicado más tiempo a dar charlas sobre lo que ya se sabía que en avanzar en cualquiera de las muchas direcciones que se le presentaban, y eso en parte era debido a las limitaciones tecnológicas de las que disponía. Necesitaría un sistema de observación del espacio profundo de las características del Telescopio James Webb, y quizá ni siquiera entonces. Unos años atrás se había emocionado vivamente con los primeros artículos sobre ordenadores cuánticos que prometían capacidades de computación disparatadas, esenciales para dar un verdadero empuje a sus modelos de simulación del universo, pero estos aún no se habían materializado.

Quizá un proyecto como aquel podía ser, otra vez, un incentivo profesional e intelectual.

Quizá podría tener acceso a algún tipo de recurso avanzado.

Quizá…

—No…, no pretendemos que lo decida ahora, doctor Ward —dijo Phillips al detectar su ensimismamiento—. Solo déjeme decirle que…, personalmente, creo que encontrará este proyecto como un… desafío alucinante. Es algo muy grande, doctor. Creo que estará encantado de descubrir de qué se trata y creo que se pondrá a trabajar inmediatamente para resolver el pequeño puzle que le presentaremos. Trabajará con colegas científicos, los más destacados cada uno en su campo. Será una colaboración sin igual en un área tan estimulante que renovará su visión creativa sobre el ámbito científico. Eso —añadió, señalándole con el dedo—, se lo garantizo.

Ward se quedó mirando el dedo durante unos instantes.

Eso. Se lo garantizo.

Ward arrugó el ceño.

—Dígame, señor Phillips. Ha mencionado unas instalaciones militares. ¿Por qué? ¿Nuestro trabajo tiene algo que ver con el desarrollo de… armas de algún tipo?

Phillips inclinó ligeramente la cabeza.

—No puedo, con honestidad, garantizarle qué hará el Gobierno de Estados Unidos o cualquier otro gobierno, para el caso, con lo que ustedes descubran con su trabajo. Esa es la pura verdad, doctor. Pero sí puedo decirle que el objeto principal de sus estudios no irá dirigido al diseño o fabricación de armas. El hecho de que su trabajo se haga en unas instalaciones militares es puramente por seguridad. Es la única manera de estar seguros de que no habrá filtraciones de ningún tipo.

—Entiendo —dijo Chase despacio.

Se produjo un breve silencio.

—Piénselo, doctor —dijo Phillips al fin—. Necesitaré que tome esa decisión en los próximos cuatro días. No podré esperar más. Si decide declinar…, tendré que recurrir al segundo nombre de la lista.

—¿Quién es el… segundo nombre de la lista? —quiso saber Ward, por pura, genuina y espontánea curiosidad.

—Eso, doctor, no puedo decírselo.

Ward no dijo nada.

—Piénselo. Se lo ruego —dijo extendiéndole una tarjeta donde, curiosamente, solo aparecía un número de teléfono con unos elegantes caracteres tipográficos. Llámeme antes del lunes a las nueve de la mañana. Puede llamar a cualquier hora, del día o de la noche. Si no lo atiendo yo, lo atenderá alguien que estará al tanto del todo. Incluso podrá hacer preguntas, si las tiene.

—De… acuerdo —dijo Ward—. Todo esto suena muy como de espías —aventuró, intentando aportar algo de humor.

Phillips se limitó a sonreír.

—Está bien —dijo Ward—. Lo pensaré. Le aseguro que lo pensaré muy detenidamente.

—Me alegra oírlo. Créame, doctor. Le va a encantar.

Lo dijo arrastrando mucho las palabras.

Le va a encantar.

Se despidieron cordialmente y Chase se quedó de pie, junto a la mesa y la silla, mirando cómo se alejaba por el pasillo, con esas últimas palabras describiendo peripecias acrobáticas por las paredes de su mente. Por ahí pasaba Juliette Brooks, casualmente. Llevaba un par de libros en los brazos, como si fueran un fardo de leña, y una tablet que miraba como si fuera un agujero negro. La había visto antes, siempre asistía a sus charlas y, muy de vez en cuando, arrojaba una o dos preguntas interesantes.

Nunca se imaginó que, un día, volvería a mirarla con una suerte de nostalgia anticipada.

Se preguntó si volvería a verla.

Si quería volver a verla.

Porque, como ciertos soldados durante la Segunda Guerra Mundial, cierta medida de intuición en su interior le decía que su vida acababa de cambiar.

Capítulo 3

El recuerdo de un recuerdo

Chase vio a Juliette Brooks quizá por última vez durante su charla, aquella mañana. No estuvo muy lúcido porque tenía la mente en el agente Phillips y en todo lo que le había dicho, y a su discurso le faltó el usual entusiasmo. Hubo asistentes que terminaron echando vistazos furtivos a sus móviles y hubo quien se quedó mirándolo con cierta estupefacción, preguntándose quién había cambiado al genial doctor Ward por aquella máquina fría e insensible de recitar textos.

Pero Ward no se dio cuenta.

Su mente trabajaba febrilmente en las posibilidades.

¿Para qué requería el Gobierno de Estados Unidos su presencia?

Ni siquiera había sabido qué decirle a su amigo Albert, aunque se había mostrado muy consternado con la posibilidad de perder no solo a su amigo, sino a uno de sus mejores ponentes. Se habían ido a un bar cerca de la universidad para tratar el tema, aunque con todo ese asunto de la alta traición y la confidencialidad, Ward se sentía ya algo incómodo tratando siquiera el tema, como si estuviera hablando demasiado.

—¿Otro estado? —había graznado Albert cuando le contó lo que se había hablado en la reunión—. ¿Qué estado, por el amor de Dios?

—No lo sé —admitió Chase, algo ido y pensativo.

—No es lo mismo California que Maine, Chase —protestó Albert—. Demonios. Yo habría preguntado ese dato en primer lugar. Dime algo…, ¿crees que puedes llamar ahora y preguntar a qué estado tendrías que… mudarte?

—Pues…, supongo que podría.

—Entonces, llama —dijo Albert, levantando su pinta de cerveza brevemente en el aire.

—Bueno, Al… —dijo—. Ya lo haré… Por ahora…, tengo que pensar.

Le va a encantar, había dicho el agente Phillips.

Le. Va. A. Encantar.

La mayor parte del tiempo pensaba más en el asunto de que se trataría que en la duda de aceptar o no. A Chase no le gustaban nada las sorpresas, ni los imprevistos, ni la incertidumbre. Le gustaba la anticipación. Le gustaba conocer los datos. Tenerlos. Disponer de ellos. Para poder tomar decisiones que le hicieran sentirse satisfecho.

—¿De qué crees que tratará el trabajo? —le preguntó a su amigo.

Albert se encogió de hombros.

—Pues… ¿De qué crees tú? No creo que hayan pensado en ti para diseñar cojines con palmeras de Malibú, Chase. Será un trabajo relacionado con tu trabajo, por supuesto.

—¿Relacionado con… la seguridad nacional?

—Quizá quieran que hagas un modelo teórico…, una simulación para predecir algún fenómeno que hayan observado y los tenga preocupados. ¿No dijo que era… algo global?

—Sí —admitió Ward.

—Algo en el espacio —aseveró Albert—. Algo que no comprenden bien y quieren a una celebridad como tú para dar respaldo a su examen. Un agujero negro, tal vez. Uno que quizá esté lo bastante cerca de este planeta de Dios como para hacerles sentir cierta… congoja.

—Congoja —repitió Chase, y sonrió.

Albert sacudió la cabeza.

—¿Cómo dicen ahora? ¿Hacerse… caquita en los…?

Chase le puso una mano en el hombro.

—Al… —susurró con una sonrisa amable—. Déjalo.

Albert levantó su pinta de nuevo, suspiró y dio un largo trago.

—Chase —dijo al fin—. No lo sé. Odiaría… no tenerte por

aquí. Estos pequeños desahogos que nos regalamos de tanto en tanto, las charlas cuando vienes a casa a comer carne asada… y desde luego echaré de menos tus… regalos, esas ideas locas que se te ocurren y que siempre me sorprenden. Creo que he recibido más regalos tuyos en estos años que de mi mujer en toda nuestra vida de casados.

Chase soltó una carcajada.

—Pero, en serio…, amigo… —dijo—. Creo que podría ser…, siento que tal vez esta sea… una verdadera oportunidad para ti. No me preguntes por qué. Tengo una mente tan científica como la tuya, pero la intuición… es la intuición. Sobre todo a nuestra edad.

Chase asintió.

—La intuición es la intuición…

Era, al decir suyo, una buena frase.

—Recuerda, amigo, esa película que tanto nos gustó… —dijo Albert mientras le ponía una mano en el hombro y se acercaba a su rostro para susurrarle. El aliento le olía a cerveza—. ¿Cómo se llamaba?

—¿Cuál de ellas?

—La de Tom Cruise. La los samuráis.

—*El último samurái* —dijo Chase.

—Exacto. *El último samurái*. Cuando Tom está entrenando y se acerca el japonés y le dice: «¡Tú mucho pensar! Piensa esto. Piensa lo otro… ¡No pensar!».

—Recuerdo ese momento, pero…

Albert sacudió la cabeza.

—Quiero decir, amigo… Estamos tan acostumbrados a manejar datos, a buscar patrones, a buscar una justificación para cada conclusión, una evidencia…, el mejor valor final para una serie de formulaciones, que solemos olvidar lo importante.

Chase pestañeó varias veces.

—A qué… ¿A qué te refieres?

—A veces, amigo, hay que dejar de pensar tanto y utilizar… el corazón.

Chase no respondió, sopesó sus palabras.

—Oye, no creo que…

Albert levantó una mano para interrumpirle.

—Voy a hacerte una pregunta —dijo—. Y quiero que respondas con la mayor celeridad. No te tomes ni un segundo. ¿Vale? Responde en el acto…

—Al… —protestó Chase—. Mi mente no funciona así, yo no…

—¡Vamos! —insistió Albert—. Venga. Dale un buen sorbo a la cerveza y deja toda una vida de protocolos de investigación y estudios a un lado. Intenta ser… otra persona, por un instante. Solo responde. Con el corazón en la mano.

—De… acuerdo… —dijo Chase, entre confuso y divertido. Pero obedeció y dio un buen sorbo a su pinta.

Ward no solía beber más que cuando se reunía con Albert, y para su amigo era lo mismo. No conocía a nadie en el mundo que disfrutara tanto con el fermento de la cebada y aun así bebiera tan poco. Estaba fresca, era agradable y por descontado parecía una buena pista de aterrizaje para la pregunta de su amigo.

—Pues ahí va… —dijo Albert—. La pregunta es… ¿Quieres aceptar ese trabajo?

—Sí —dijo Chase en el acto.

Se quedó sorprendido.

Había dicho…

Sí.

Sin pensarlo. Sin darle vueltas. Sin hacer valoraciones pormenorizadas y sin llamar para preguntar en qué estado era, qué tipo de ropa debía llevar, si haría frío o calor, qué tipo de material de estudio debía llevar consigo, dónde iba a dormir y si habría máquinas expendedoras que sirvieran agua mineral con gas en los pasillos.

Solo…

Solo había dicho sí.

Albert levantó su pinta de nuevo, en señal de brindis, y la extendió hacia él.

—Te echaré de menos, amigo.

Se la terminó de un trago.

2

Esa noche, Chase tardó mucho en dormirse.

Tenía una regla para eso. Si se acostaba y no se quedaba dormido unos veinte segundos después de que la cabeza tocara la almohada, salía de la cama y aprovechaba el tiempo con cualquier cosa, casi siempre, leer utilizando su tablet. Lo llamaba *quemar los ojos*.

Pero tenía demasiadas cosas en las que pensar como para levantarse. De hecho, de una manera inconsciente, no quería hacer nada más que pensar.

Para empezar, no entendía por qué se preocupaba tanto. Había viajado mucho y durante mucho tiempo, a destinos muy dispares, para hacer trabajos de todo tipo, y aquella propuesta no era diferente. No era como… aceptar un compromiso de trabajo con un contrato que le exigiera un tiempo garantizado. Phillips no había dicho nada de eso, sino todo lo contrario: podía probar, desde luego, y decidir si quería quedarse o regresar a su casa y seguir con su vida.

Solo tenía que probar.

Unos días.

Unas semanas.

Podía abandonar cuando quisiera.

Entonces, ¿por qué sentía que era tan… importante?

«Le va. A. Encantar», había dicho Phillips.

Estuvo tumbado en la cama, tumbado de lado, con los ojos cerrados, los engranajes de la cabeza dando vueltas y más vueltas hasta que se quedó dormido.

Se quedó dormido y tuvo un hermoso sueño con su padre, un sueño que, curiosamente, era más bien un vívido recuerdo que su mente había escarbado de algún pozo de su mente.

Y fue algo curioso, de hecho, porque hacía décadas que no soñaba con él.

3

El pequeño Chase estaba más que entusiasmado. Ahí delante tenía un flamante Celestron C8: un telescopio reflector catadióptrico de ocho pulgadas de apertura, suficiente para la observación de planetas, estrellas… y quizá hasta nebulosas y galaxias. Era un regalo alucinante para un pequeño muchacho de siete años.

A Ward le fascinaba su forma.

Parecía algún tipo de plataforma lanza cohetes. Se imaginaba subiendo a horcajadas a su superficie y saliendo despedido hacia el horizonte. Sentiría el viento en la cara, y el calor del fuego abrasador de la propulsión en las piernas. Gritaría como un vaquero mientras ascendía a los cielos y entraría, gradualmente, en el espacio y el horizonte dejaría de ser azul para convertirse en un mosaico negro cuajado de estrellas.

Era una buena imagen, sí, pero, por el momento, debía conformarse con mirar por la ranura para ver formas de planetas distantes asomarse por la lente.

Como la LU-NA.

¡La Luna!

Chase solía mirar la luna desde el jardín trasero de su casa. Las noches de luna llena solían ser siempre un acontecimiento. «¿Ya es luna llena, Chas?», preguntaba su padre en los días previos. Él siempre lo llamaba Chas y lo pronunciaba como si diera un latigazo con la lengua. ¡Chas! Y él corría presuroso fuera, miraba al cielo con ojos entrecerrados y contestaba: «¡Aún no, papi! ¡Le falta un poquito!».

Era la expectación y la espera lo que hacía maravilloso todo el proceso. Hasta que llegaba el día, y él y su papi se tumbaban en el jardín y miraban la forma fascinante y evocadora de la luna, centelleando en el cielo como el haz del foco de un estadio.

Y ahora la tenía en grande en aquel aparato. Hasta se podían ver los detalles…, las formas grises oscuras y las claras, las protuberancias de las formaciones geográficas, los cráteres producidos por los impactos de los meteoritos.

—¡Vaya! —decía Chase mientras miraba—. ¡Mira todo eso, papá! ¡Se ve más cerca que los patos del lago!

—¿Te imaginas mirar a un pato del lago con esto? —preguntó

su padre, divertido.

Chase empezó a reír.

—¡Se le verían…, se le verían hasta las venas de los ojos!

—¡Por descontado! —dijo su padre mientras le revolvía el pelo en la cabeza.

Se lo veía feliz, contento, y sorbía con verdadero deleite una humeante taza de café bien caliente. Había tenido todo el día libre de trabajo y también el día siguiente, y eso no ocurría a menudo. Sabía que mamá había planeado una excursión al lago para ese día y habría emparedados, filetes, puré y tarta de manzana. Habría juegos y unas cuantas buenas risas, eso seguro.

Chase podía pasarse todo el santo día comiendo tarta de manzana, por cierto; lo maravilloso de la tarta es que siempre sabía diferente. Si una persona hacía tarta de manzana, tenía un sabor determinado, pero ese sabor era distinto a la tarta preparada por otra persona. Un día, desayunando, Chase había dicho: «Cada persona tiene una tarta de manzana dentro, pero no puedes conocer el sabor hasta que te hagas muy amigo de esa persona, lo bastante amigo para que haya confianza suficiente y te haga su tarta de manzana. Entonces, ya has conocido bien a esa persona». Papá y mamá se quedaron perplejos y (por alguna razón) rieron con ganas durante un buen rato.

Estaba razonablemente seguro de que esa frase había acabado en un cuaderno de notas que tenía papá. En la portada había escrito: EL LIBRO DE FRASES DE CHAS.

Ahora miraba la luna, fascinado, y tenía preguntas, desde luego. Chase siempre tenía muchas preguntas.

—Papi…, ¿en la luna hay gente?

Papi dirigió una mirada divertida a la luna.

—Bueno…, debería haber, ¿verdad? Eso sería bueno. Pero no, hijo…, me temo que… estuvimos allí en el sesenta y nueve, y lamento decirte que allí no hay nadie. Es una… especie de pelota de polvo espacial gigante.

—¡Polvo espacial! —dijo Chase.

—Bueno, es un decir. ¿Sabes cómo se creó la luna?

—¡No! —dijo Chase con rapidez—. ¡Ni siquiera sé cómo se

creó este planeta!

Papi asintió, contento.

En secreto, le entusiasmaba responder las preguntas de su hijo y estaba más que contento de ser capaz de responderlas. Llegaría el día en el que no tendría más respuestas para él y estaba seguro de que, un día, sería él quien tendría que recurrir a Chase para que le respondiera un par de preguntas. La vida era así.

—Bueno…, este planeta se creó como todos los demás, hijo. Cuando el universo era joven había fragmentos flotando por el espacio y, con el devenir de los años, se fueron juntando unos con otros. ¿Te acuerdas cuando hablamos de la gravedad?

Chase dio unos cuantos saltos sobre sus pies, a modo de respuesta.

—¡Sí! —dijo.

—Pues en el espacio pasa lo mismo. La gravedad de los trozos más grandes va atrayendo a los trozos más pequeños y acaban pegándose unos a otros, hasta que dejan de atraerse y se quedan flotando, cada uno en su sitio, a una distancia de equilibrio perfecta. Como un baile, ¿sabes?

—Ah, sí —dijo Chase, pensativo—. Ya me lo contaste una vez.

Papi asintió, la taza caliente entre las manos.

—Pues la luna ahí arriba… fue diferente. Un meteorito gigante vino del espacio profundo y… ¡bum! Chocó contra la tierra e hizo un buen estropicio. Le arrancó un buen pedazo, ¿sabes?

—Un buen pedazo… —repitió Chase, escuchando maravillado.

—Unos buenos pedazos. Salieron despedidos por efecto del impacto y se alejaron de la tierra. Bueno, pasaron miles de años… puede que decenas de miles… y esos trozos fueron…

—¡Atrayéndose los unos a los otros! —se apresuró a decir Chase.

Papi lo miró, asintiendo mucho con la cabeza.

—Eso es. ¡Lo has pillado! Así que… se creó una segunda tierra, que quedó atrapada por la gravedad de esta…

Chase se quedó mirando la luna con una expresión alucinada en el rostro.

—Pero… Pero, entonces, eso es la tierra también…

—Podría decirse, sí…

—Pero, entonces…, ¿por qué no hay gente?

Papi meneó la cabeza a uno y otro lado.

—Pues, verás…, cuando la luna se separó de la tierra, este planeta era… una bola de fuego. Todos los fragmentos que la compusieron estaban calientes…, muy muy calientes, así que una cosa te puedo decir: aquí no había agua, ni nubes, ni oxígeno…, ni nada más que rocas frías, estériles, que habían estado flotando en el espacio sin…

—Es… ¿estériles? —interrumpió Chase.

—Quiero decir, sin vida. Esos trozos habían estado en el espacio durante muchísimo tiempo y allí no crecía nada. Sin agua, sin oxígeno… no puede existir la vida.

—Zánganos —soltó Chase. Estaba contento por haber hecho una pregunta con unas respuestas tan fascinantes. Hacer preguntas era como buscar oro en las profundidades de la tierra. A veces tenías suerte y encontrabas una buena veta llena de información fascinante… y otras veces encontrabas una respuesta vaga, sin interés. Si tenías mala suerte, en cambio, y hacías la pregunta equivocada, podías conseguir que papá y mamá se enfadaran y respondieran malhumorados, como cuando le preguntó a mamá por qué no podía tener un hermanito o una hermanita. Pero, como decía papi, así era la vida.

—Pero… Pero, entonces… Papi, ¿de dónde…? ¿De dónde salió tanta agua?

—Bueno, Chas… —dijo despacio—. Esa… es mi parte favorita, ¿sabes? Porque verás…, según se dice, hubo una lluvia de meteoritos que venían del espacio profundo y, como la tierra no tenía atmósfera, impactaron todos contra el suelo y explotaron en mil millones de pedazos, esparciéndose por todas partes y creando grandes y profundos valles…

—¿Y de ahí… salió el agua?

Papi sonrió. Su hijo era muy listo, eso lo diría con la mano en el fuego, pero en ocasiones se le olvidaba que solo tenía siete años.

—No, Chas… —explicó—. Recuerda que la tierra era un roca

enorme, sin vida, con una intensa actividad volcánica. Había lava, había fuego, todo era…

—Estéril —interrumpió Chas.

—Ese es mi chico —dijo Papi—. Todo era estéril, sin vida. Pues escucha, que aquí viene lo bueno… Resulta que en aquellos meteoritos viajaba un polizón inesperado.

—¿El agua?

—¡El agua! ¡Exactamente! Pero el agua no puede viajar por el espacio, porque se… desparramaría. Y el espacio está helado…, hace un frío tremendo. Así que lo que contenía esos meteoritos era… hielo.

—Hielo… —dijo Chase en voz baja.

—Providencial, ¿verdad? —dijo su padre, sorbiendo otro poco de su café. Le gustaba con mucha leche y mucho azúcar.

—¡Providencial! —admitió Chase—. Por eso no hay vida en la luna…, porque no hay… agua.

—Algo así.

—Pero, entonces, papi…, resulta que la luna es menos extraterrestre de lo que pensaba. Es como mirar una escombrera con unos prismáticos. Y *sin embargo* ahora resulta que cuando abres el grifo, lo que sale de ahí… ¡es lo más extraterrestre que se puede encontrar por aquí!

Papi le dirigió una mirada rápida y la mantuvo sobre él por espacio de unos instantes. Luego soltó una carcajada sonora y alargada en el tiempo, tanto que hasta Chase se unió.

—¡Esta sí que es buena! —consiguió decir al cabo—. ¡El agua es extraterrestre!

—Pero papi… ¡Es lo que has dicho! —respondió Chase, riendo, con los brazos encogidos y las palmas extendidas.

—Sí, sí…, demonios. Qué diablo de chico… ¡Vaya si tienes un coco trabajando ahí dentro! ¡Espero que un día trabajes en algo relacionado con astronomía porque vas a darle sopas con ondas a todos!

Chase siguió riendo, sobre todo porque le gustaba mucho más que mucho ver reír a su padre.

Astronomía.

Nunca había escuchado antes esa palabra, pero, de repente, le sonaba fascinante. Y tenía preguntas. Las buenas respuestas siempre hacían germinar preguntas en su cabeza.

Por ejemplo, ¿de dónde habían venido los meteoritos que trajeron el agua, en primer lugar? ¿De otro planeta, quizá? Y si había agua en ese otro planeta, por muy remoto que estuviera, ¿habría…? La pregunta se formó en su interior como una tímida semilla que se abre en una cueva oscura y embarrada, amparada por un único rayo de luz que descendía de un agujero abierto en el techo de roca. ¿Habría… vida allí?

Le preguntó a su padre.

—Es una buena pregunta —dijo—. Pero escucha una cosa, hijo. El agua en sí no genera vida por sí sola. No es que puedas dejar… un lago en alguna parte y puedas sentarte a esperar que surjan… peces, o cebras, o caballos de ahí.

Chase rio con la sola idea.

—Ocurrió algo fascinante. Agárrate porque aquí sí que viene lo bueno. Cuando en este planeta se hubieron formado los océanos y los mares, hubo… una segunda lluvia de meteoritos. De hecho, es posible que hubiera varias acometidas. Cuerpos celestes que trajeron cosas de todas partes del universo. En unos había aminoácidos, que son unos compuestos que pueden formar proteínas, hidrocarburos… y también hidrógeno, y otros elementos que, combinados, empezaron a crear las primeras tentativas de vida, que empezó a abrirse paso en este planeta.

Chase escuchó todo eso con creciente interés.

—Vaya —susurró—. Qué… qué suerte…, supongo…

—Suerte, sí —admitió papi—. ¿No es… curioso?

—Entonces…, debe ser difícil que haya más gente en otros planetas… —exclamó Chase, con un tono algo decepcionado.

—Bueno, Chas —dijo papi rápidamente—. Hay más gente en este planeta de la que conocerás jamás, así que… ¿para qué quieres que haya gente… en otros planetas?

Chase se quedó pensando unos instantes y luego soltó una carcajada. A veces se reía como si explotara por dentro: un arcoíris de fuegos artificiales. Era difícil verlo reír y no quedar atrapado en

el proceso al mismo tiempo.

Después, se quedaron mirando la noche sin estrellas, con la luna llena reclamando toda la atención en el cielo nocturno parcialmente azulado.

—Sabes, Chas —dijo papi despacio—. Yo creo que ahí fuera…, en alguna parte…, sí que debe haber gente.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué, papá?

—Porque… hay un… profundo misterio ahí arriba —dijo con suavidad, hablando despacio y en un tono soñador—. Uno más grande y profundo del que nuestras cabezas puedan imaginar ahora mismo.

»Hubo más cosas de las que hemos hablado que permitieron la vida en este planeta. Por ejemplo… —dijo, señalando al luminoso satélite en el cielo—, la luna. La luna tiene un influjo en la tierra del que no se sabía nada hasta no hace mucho. Por ejemplo, su atracción gravitatoria influye en las mareas. Son importantísimas para la vida marina, y sin la vida marina la vida del hombre en este planeta estaría en juego. Tiene un impacto esencial en el clima y en los ciclos biológicos del hombre. Si no existiera la luna…, créeme…, no estaríamos aquí mirando el cielo con un telescopio Celestron C8 flamante y nuevecito.

—Vaya —exclamó el pequeño Chase, genuinamente sorprendido.

—Y hay más cosas. Por ejemplo, la distancia que nos separa del sol. El sol es esencial para la vida. Estamos situados en un punto que no queda ni demasiado cerca, porque haría tanto calor que no podríamos vivir, ni demasiado lejos, porque haría demasiado frío. Y los dos sabemos que las plantas y los cultivos no prosperan con demasiado frío.

—¡Sí! —dijo Chase.

—Luego, estamos nosotros. Los seres humanos. La vida, en general. No hablo solo de la biodiversidad alucinante que se encuentra en este planeta… y no solo animal, también del increíble ecosistema en general que se autorregula y es puro equilibrio,

todos con todos. Hablo del… maravilloso, delicado, increíble equilibrio que somos los seres vivos.

Chase lo escuchaba con fascinación.

Lo maravillaba cuando su padre hablaba de aquella manera…, despacio, con cierta parsimonia elegante, más para sí mismo que para mantener una conversación. Cuando se perdía de aquella manera, dejaba entrever cierta pasión en su tono de voz; mucha ensoñación, un deje de fe en la creencia, firme e incontestable, de que todavía había cosas inexplicadas incluso en el aire que respiraban en ese momento.

Muchos misterios.

Misterios fascinantes.

—Somos un prodigio, Chas. La ciencia dice que somos hijos de una evolución lenta, casual, caótica. Empezamos como formas de vida microscópicas, básicas, elementales, nadando en una especie de sopa primigenia… y de ahí evolucionamos a formas más complejas. Peces. Luego otras cosas. Luego escapamos del agua y seguimos evolucionando, milenios tras milenios, hasta desarrollar sentidos y habilidades cada vez más sorprendentes. Adaptándonos. Sobreviviendo. Hasta… hoy.

»Pero mira, Chas. Mira estos… organismos prodigiosos que son nuestros cuerpos. Los órganos. El cerebro. Hoy día están construyendo computadores electrónicos que pueden calcular cosas muy rápidamente… y tenemos lentes como la de este telescopio que pueden ver muy lejos…, pero nada de eso es remotamente comparable a lo que pueden hacer nuestros cerebros, o a la óptica de nuestros ojos. Solamente la arquitectura y la ingeniería orgánica del oído o del tobillo, que adapta la posición del pie cuando caminamos por un terreno escarpado, harían que te explotara la cabeza. Si estudias medicina algún día, lo sabrás.

Chas asintió, sin saber qué decir.

—La ciencia dice que toda esta… maravilla es producto del caos. Del azar. Una cosa llevó a otra cosa y luego a otra cosa, hasta nuestros días. Pero dime, Chas…, ¿qué clase de modelo puedes dejar sobre una mesa y esperar que mejore por sí solo? Hablo en sentido figurado. ¿Cuándo el caos más absoluto y básico ha

generado este tipo de orden supremo, tan lógico, espectacular, equilibrado?

Miró a su hijo, que lo miraba a su vez, como si estuviera perdido en lo más profundo de un pozo, y sacudió la cabeza.

—Perdona, Chas —dijo riendo—. Me he… ido por las ramas. Me he enrollado como una persiana. Menudo tostón te estoy dando.

Chas pestañeó, saliendo de la diligente y apasionada concentración con la que lo escuchaba.

—No…, yo… —balbuceó.

—Perdona, hijo. Es que a veces… me quedo ensimismado con todo eso y… Me hace pensar, ¿sabes?

—¡A mí también!

—Claro —dijo papi, sonriente—, eres mi hijo. Se supone que debes ser una especie de… suave evolución. Una mejora, de algún tipo.

Chase sonrió.

—La profesora Schultz dice que todo lo que hay en el mundo y el universo lo ha creado Dios.

Papi estaba dando un sorbo a su café, del que ya no quedaba demasiado ni estaba tan caliente como le gustaría, y tuvo que interrumpirse para no espurrear el contenido de la taza sobre el telescopio nuevo.

—Vaya —dijo papi—. Eso dice, ¿eh?

Chase asintió vigorosamente.

—Bueno, hijo. Mira…, entre tú y yo, y de esto no le digas ni una palabra a mami…, no lo sé. Es posible. Quién sabe. Todo eso de Dios es un verdadero… acto de fe. Si lo piensas, son un montón de circunstancias excepcionales las que nos han hecho llegar hasta aquí, así que cabe pensar que, efectivamente, podría haber una especie de mano todopoderosa actuando en alguna parte. Un creador. Alguien o algo planeó todo esto, alguna vez, en alguna parte… Y, si te soy sincero, reconozco que esa explicación resulta más fácil de creer que el hecho de que todo lo que vemos, todo lo que somos, sea producto del… azar.

El pequeño Chase consideró las palabras de papi y terminó

asintiendo.

—Así que… quién sabe, Chase. No me gusta entregar mis conclusiones a actos de fe porque mi mente no funciona de esa manera. Sería como confiar en el hecho de que, un día, el agua de una cascada va a subir por una pared de piedra en lugar de bajar. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué evidencias tenemos de que eso puede llegar a ocurrir más que… unas palabras escritas en un libro que viene de tiempos históricos?

A Chase, la ocurrencia de la cascada le pareció muy divertida.

—Volvemos a la primera casilla —siguió diciendo—. No lo sé, Chase. Puede que exista Dios. Puede que sea… otra cosa. Prefiero mantenerme abierto a todas las opciones. No descarto que haya un Creador celestial que nos ama y nos protege, aunque eso suena un poco descabellado y difícil de creer dado lo que ocurre en algunas partes del mundo… pero, en realidad, te digo lo mismo de hace un momento…

Señaló el cielo con el brazo extendido y un dedo firme apuntando al firmamento, a un fragmento de cielo nocturno alejado de la luna.

—Ahí fuera hay un Misterio. Ahí fuera… está la respuesta. En alguna parte. Quizá sea Dios, quizá sean… otras personas, u otra cosa que no podemos imaginar. Dios es una palabra, según creo yo. Es un concepto. Es la aseveración del hombre que intuye que hay un Misterio, pero no sabe explicarlo. Pero está ahí, seguro. En alguna parte. Quizá parte del juego sea llegar a amasar conocimientos y tecnología que nos permitan llegar hasta esa… casilla final, completar el puzle y decir: «¡Vale! ¡Lo hemos entendido!». Y quizá cuando el hombre llegue a esa casilla final, en algún momento del futuro, y lo sepa todo sobre… todo, quizá podamos decir: «Ahora crearemos nuestro propio universo en otra parte».

Chas abrió mucho la boca.

Papi fue a beber de su taza, pero descartó la idea. Ya no estaba caliente, y el café tibio le parecía tan desagradable como una montaña de papeles pendientes en la mesa de la oficina.

—Qué tonterías dice tu padre —susurró al fin, riendo entre

dientes. Luego le dirigió una mirada y dijo—: Bueno. Quién sabe. Sigue mirando por el telescopio. Observa. Piensa. Aprende. Quizá algún día, Chas, puedas llegar a aprender alguna cosa. Algo que no sepa nadie todavía. Y quizá ese algo sea… otro pequeño peldaño que nos lleve a la casilla final. ¿Te gustaría?

Chase asintió con vigor, ilusionado.

Papi sonrió, y lo recogió con el brazo para acercarlo a él.

Chase lo abrazó.

—Eres un buen hijo, Chas —dijo—. Y los buenos hijos acaban convirtiéndose en hombres extraordinarios, de los que descubren cosas.

Por un tiempo, ninguno de los dos dijo nada más, pero Chase siguió pensando en El Misterio durante muchos, muchísimos años, hasta que se diluyó en su mente y acabó formando una capa estructural esencial de la que no llegó a saber nada, pero terminó conformando la base primigenia básica que constituyó la esencia del hombre en el que se convertiría.

4

Al día siguiente, después de haber tenido ese sueño, Chase llamó al número que aparecía en la tarjeta. No recordaba casi nada del sueño, por cierto. El recuerdo de aquella noche con el telescopio nuevo se iría desgranando con el tiempo, mientras crecía, y se había adornado y transformado, como suele ocurrir, hasta convertirse en el recuerdo de un recuerdo.

Pero llamó, de todas maneras, y dijo:

—Acepto.

Quizá papi, de haber seguido vivo, le habría dicho que el hecho de que su mente reconstruyera aquella memoria prácticamente borrada, justo aquella noche, en aquella disyuntiva, era parte del Misterio.

Pero nunca podría saberlo.

Capítulo 4

El Centro Horizonte

Chase descubrió que el asunto debía ser algo serio cuando un coche especial pasó a recogerlo a su casa, lo llevaron al aeropuerto y accedieron directamente a la pista de aterrizaje donde un helicóptero militar, un espectacular Sikorsky Super Stallion lo esperaba en un hangar de la zona reservada militar.

Se sentía como en el interior de una película.

¿Cuántas veces había visto películas que empezaban así?

«Doctor Ward. Tiene que acompañarnos lo quiera o no», decían los generales militares uniformados, acompañados de cuatro o seis hombres armados. Y cuando el científico llegaba a las instalaciones militares, un búnker subterráneo lleno de mamparos de acero supersofisticados, lo miraban con gravedad y un gesto hosco y hostil, y le soltaban: «Queda menos de una semana para que el mundo explote debido a una inversión cuántica en los polos magnéticos. Ahí tiene tres ordenadores, una pizarra blanca y todos los emparedados que quiera. Resuélvalo o moriremos todos».

Se reía, sí, de su propia cadena de pensamientos, pero la verdad era que el asunto parecía…

Preocupante.

Tal vez.

Tal vez el aparato del Gobierno de su país utilizaba esos helicópteros alucinantes para cualquier cosa relacionada con… sus cosas. Quizá transportaban a su personal de un lado a otro en aquella cosa monstruosa, aunque parecía un aparato diseñado para el transporte pesado y no para un profesor de universidad que podía pesar, tal vez, ochenta kilos.

Se instaló en el asiento que le asignaron y le aseguraron el

cinturón de seguridad. Eso le pareció curioso. Se sintió otra vez como el pequeño Chas de nueve o diez años, cuando voló por primera vez a la soleada California en unas vacaciones familiares.

Debía ser un viaje largo. Durante su llamada le habían informado de que el destino era el estado de Nebraska. Había visitado Lincoln, por supuesto, porque era una ciudad universitaria por excelencia y había sido convocado más de una y más de dos veces para dar alguna charla, pero no había tenido oportunidad de hacer mucho turismo. En todo caso, Nebraska estaba lejos de Princeton. Muy. Muy lejos.

—Disculpe —dijo Chas al oficial, vestido con uniforme ligero de campaña—. ¿Cuánto dura el vuelo?

—Unas seis horas, señor.

Chas suspiró.

—Me imaginaba que sería algo así…

—Bastante rápido, diría yo —dijo el oficial—. Algo más de trescientos kilómetros por hora, ya que viajamos sin carga.

—Gracias —respondió Chase.

A Chase no le parecía «bastante rápido», pero como estadounidense estaba más o menos acostumbrado a que los viajes en avión fueran de larga duración. Los aviones eran aburridos, en general; básicamente era una cuestión de sentarse y, luego, permanecer sentado, y luego de eso, seguir sentado durante… demasiado tiempo. Lo peor era la espera. La incertidumbre de lo que lo esperaba. Sabía que no podría, simplemente, leer un libro o incluso dormitar un poco, porque hasta los vellos de los brazos los tenía tan tensos que un violinista podría interpretar *Czardas* usándolos como cuerda, así que pensó en aprovechar las circunstancias para tratar de obtener algún tipo de información sobre lo que lo esperaba.

—Ah —dijo—, disculpe…, por favor…

El oficial se volvió.

—¿Sí, señor?

—Me preguntaba… si podría decirme algunas cosas sobre… el desempeño de mis tareas cuando lleguemos a destino.

El oficial lo miró con un gesto confundido.

—Soy oficial de vuelo, señor. Mi trabajo consiste en lllevarlo a su destino y garantizar su seguridad y su bienestar durante el tránsito. Lamento no disponer de información alguna sobre el desempeño de sus tareas.

—Entiendo —dijo Chase mientras asentía con gravedad—. Muchas gracias, de todas maneras.

El oficial hizo un gesto de asentimiento y se retiró.

«El mundo se va a acabar», siguió diciendo la voz del general con el pecho lleno de méritos y medallas en su cabeza.

El mundo se acababa, de todas maneras. En ocasiones, estudiando los diferentes fenómenos cósmicos, Chase se lamentaba de que la industria aeroespacial no hubiera contado con mucho más presupuesto para conseguir avances de una manera más rápida, porque el destino de la tierra, en su opinión, estaba más o menos decidido. No era un experto en el tema, pero por lo que había podido leer, el cambio climático, en su opinión, ya era irreversible. Las próximas décadas serían, cuando menos, interesantes, a falta de una palabra peor. Aumento de temperaturas, cambios en los patrones de precipitación, con sequías e inundaciones constantes allí donde no procedía, elevación del nivel del mar, eventos climáticos extremos, presión sobre la seguridad alimentaria y la salud…, así que…

Sacudió la cabeza y se pasó la mano por la frente. Era un gesto que solía hacer cuando tenía pensamientos con los que no se sentía a gusto. Una manera consciente de apartarlos con determinación. Después de eso, su mente había sido entrenada para pensar otra cosa en el acto.

«Bueno, —se dijo—. Quizá haya un peligro más inminente. Acuciante. Prioritario». Y se dijo que, si podía hacer algo por mantener el planeta describiendo órbitas por el espacio… por todos los demonios, sin duda…, lo haría.

2

Resultó que, finalmente, sí pudo dormir durante el trayecto.

Despertó cuando el oficial de vuelo le sacudió el hombro con suavidad, hablando en un tono de voz relajado y suave, indicándole que iban a iniciar el descenso.

—Puede haber turbulencias durante el descenso —le dijo al doctor que lo miraba con ojos enrojecidos y confusos, como si fuera un marciano—. No quería que se sobresaltara.

—Gra… gracias —musitó.

Chase se desperezó, sintiendo algo de vergüenza. No había pretendido dormir tanto; ahora tendría la cara abotargada y los ojos enrojecidos, y puede que afectara un poco a su coordinación y a sus discursos.

Chasqueó la lengua y se volvió para mirar por la ventana del Super Stallion.

Y ahí estaba.

Chase había hecho los deberes el día anterior. Cuando le informaron de que iría a Nebraska, utilizó internet para curiosear sobre sus bases militares. Había varias, aunque no todas eran bases activas. Había una en Bellevue, donde, al parecer, estaba el Centro de Guerra Cibernética de la Fuerza Aérea. El solo concepto de «Guerra Cibernética» le pareció tan evocador como escalofriante. Estaba la de Ashland, aunque esas instalaciones las utilizaba la Guardia Nacional para operaciones de entrenamiento y tenía pinta de ser un área de seguridad elevada como había sugerido Phillips. Luego estaba la base de Lincoln, que se destinaba sobre todo a operaciones aéreas. Sin embargo, aunque había localizado en la red fotografías de esas instalaciones mientras intentaba encontrar alguna pista (como una antena de radar enorme), al mirar por la ventana tuvo que reconocer que no la identificaba con nada que hubiera visto.

Sin embargo, supo más o menos dónde se encontraba.

Nebraska estaba ubicada en la región de las Grandes Llanuras, así que todo el terreno allí era relativamente plano. Hacia al oeste había extensas llanuras verdes, terrenos abiertos exuberantes de vegetación. Pero un poco más al norte se encontraba la región conocida como Sand Hills, las Colinas de Arena, conocida por su geología de dunas parcialmente cubiertas de pastizales. Y eso era

cuanto veía desde la ventana, parches dispares de áreas verdes y marrones creciendo con tranquila parsimonia sobre un océano de colinas tan suaves que nadie, con el corazón en la mano, las calificaría como tales.

«Sand Hills», pensó.

No había leído nada sobre instalaciones militares en Sand Hills, pero se dijo que, seguramente, las oficinas del Gobierno de alto secreto no aparecían en los buscadores.

Había edificios. Al menos cinco de ellos, insulsos, de aspecto aburrido, como pequeños bloques grises de LEGO. Y varias carreteras distribuidas entre ellos, con zonas de aparcamiento donde descansaban coches civiles comunes y camiones militares con su distintivo color verde. Vio también otros edificios desparramados por la zona, alguno era oscuro y redondo, rodeado por una cinta gris, como una de esas brújulas comunes que se vendían en todas partes.

También había un perímetro de seguridad en forma de valla, en unas partes gruesas y altas, levantadas con cemento, y en otras una doble alambrada cimentada cada pocos metros con soportes de algún tipo.

Acostumbrado a los hermosos campus universitarios, el aspecto general de aquel sitio era algo deprimente. No había áreas ajardinadas ni de recreo, no había pistas de baloncesto…, como si cualquier elemento que pudiera parecer remotamente estético hubiera sido eliminado a conciencia.

Era gris. Era triste como un reformatorio especializado en niños muy muy malos y recordaba más a una cárcel que a otra cosa.

Y era…, iba a ser, su hogar, por un tiempo indeterminado.

«Bueno. Aquí estamos», suspiró.

En ese momento, el helicóptero dio una última acometida y descendió hasta tomar tierra con una sonora protesta neumática.

Sí. Allí estaba.

Ward fue conducido hasta una especie de cabina de control, un edificio pequeño de un solo pisto que estaba ubicado a poca distancia de la pista. Su equipaje se alejó, transportado en un pequeño coche de carga parecido a un carrito de golf. En aquella sala había un único mostrador con un operario trabajando en varios monitores y unas sillas dispuestas a lo largo de la pared.

Austero. Eficiente. Militar.

Aún estaba retirándose la arena y el polvo de la cara que las aspas del helicóptero habían levantado a su alrededor cuando se encontró con una oficial en uniforme. Los brazos, pulcramente recogidos a la espalda.

—Bienvenido, doctor Ward —dijo en tono cordial mientras le extendía la mano—. Soy Lauren Patel, secretaria ejecutiva del Centro Horizonte. Es un placer tenerlo con nosotros. ¿Ha tenido un buen vuelo?

«Centro Horizonte», pensó Ward mientras articulaba la respuesta. Le parecía un nombre evocador y hasta apropiado.

—Sí… —respondió él, algo balbuceante—. Buenos días, muchas gracias. Se me ha hecho corto, en realidad…

—Lo celebro. Tan solo una formalidad. ¿Me permite ver su documento de identidad?

—Eh…, sí —dijo—. Claro, por supuesto.

—Es para generar su permiso de acceso —dijo.

Ward asintió, extrajo su documento de la cartera y se lo entregó.

—Imagine que… no lo hubiera traído… —dijo con una sonrisa.

La auxiliar Patel esbozó una sonrisa mientras examinaba brevemente el documento y se lo entregaba al operario, quien empezó a teclear con una mirada ceñuda.

—No se preocupe —dijo—. Lo habríamos arreglado. Acompáñeme para las formalidades mientras preparan su acreditación, por favor, doctor.

Se retiró un par de pasos y se giró de una manera que resultaba extrañamente armoniosa y elegante, adelantando un brazo, abriendo una sencilla puerta de madera y haciendo un gesto

de invitación con el otro.

Chase pasó para encontrarse en un despacho pequeño e impersonal, revestido de paredes de un rojo borgoña. Lo único que llamaba la atención allí era un exuberante potos que dejaba descolgar sus muchas ramas desde lo alto de un archivo.

La secretaria Patel pasó a su lado para sentarse en un extremo de la mesa y Ward tomó asiento.

—Doctor Ward —dijo—. En primer lugar, de acuerdo con las leyes federales, debo requerir su consentimiento para grabar esta conversación y todas las conversaciones en las que participe desde este instante hasta el fin de su ejercicio en estas instalaciones. ¿Está de acuerdo?

—Sí —dijo Ward, removiéndose en el asiento.

—Gracias. La grabación comienza… ahora. En segundo lugar, ¿declara ser usted una persona física, un civil? Es decir, ¿declara no ser miembro activo de las fuerzas armadas ni otras fuerzas de seguridad, ni está involucrado en actividades militares o policiales en servicio activo?

—Sí —repitió Ward.

—Doctor Ward, su desempeño en estas instalaciones le confieren acceso de seguridad de Alto Nivel. Está sujeto a las más altas restricciones de seguridad que existen.

Chase asintió.

—Yo… Firmé los documentos de confidencialidad que me enviaron. Incluso los hice revisar por un abogado y se los envié mediante su aplicación en…

—Los tenemos —interrumpió ella—. Pero necesitamos este último control, de viva voz, por cuestiones de gestión administrativa y legales.

—Sí —dijo Ward suspirando—. Claro. Lo entiendo. Adelante.

—Es importante que comprenda que su acreditación, que funciona como una llave para entrar en diferentes zonas de estas instalaciones —continuó diciendo ella—, le dará acceso a lugares en los que el noventa y cinco por ciento del personal militar o civil, incluyendo los rangos más altos, no han estado nunca, ni tienen conocimiento de los contenidos de esas áreas, ni saben las tareas

que allí se llevan a cabo.

Ward carraspeó brevemente.

—Sí… Vaya. Suena… intimidador.

—Solo sí o no, por favor, señor Ward. Es para el registro.

—Sí.

La secretaria Patel asintió.

—Gracias, doctor Ward. Debo recordarle que su nivel de seguridad lo ata a las restricciones más severas de las que dispone el Gobierno de Estados Unidos. Cualquier información que se le proporcione desde este momento hasta el fin de su servicio, que le será notificado por escrito, es información clasificada y debe ser tratada como tal en todo momento y lugar, sin excepciones de ninguna clase, en modo alguno, nunca.

—Sí —dijo Ward.

La secretaria Patel estudió su rostro por unos instantes y, de repente, adquirió una postura algo más relajada y adelantó el rostro.

—Doctor Ward… —dijo con suavidad—, es importante que comprenda el alcance de estas cláusulas. Todo lo que aprenda, todo lo que escuche, lea, todo conocimiento que obtenga, que usted mismo desarrolle… es clasificado para cualquier personal, incluso militar, que no esté en el área de excepción restringido de su nivel de acceso. Cuando empiece su trabajo, si alguien le dice que son las seis de la tarde, será información clasificada. Si abandona el área de excepción de su nivel y otra persona le pregunta qué hora es en ese momento, usted deberá contestar «no lo sé».

—Oh…

—¿Lo ha entendido, doctor Ward?

—Lo he entendido. Quiero decir… Sí.

La secretaria Patel sonrió.

—Si lo he entendido… —se atrevió a decir Chase—, usted misma, siendo secretaria ejecutiva, no conoce el alcance de mi trabajo en esta base.

Patel asintió.

—Lo ha entendido, doctor Ward. No lo sé ahora y, si todo va

bien, no lo sabré nunca.

—Entiendo —dijo—. Pero… ¿cómo sabré… cuál es el… área de excepción?

—Las zonas de excepción están debidamente indicadas en todos los accesos. Ningún pase o llave abre esas zonas sin que hayan sido aprobadas previamente.

—Y si… ¿alguien me roba el pase de acceso?

—Los accesos que dividen las zonas no se abren automáticamente con un sistema digital o similar, habrá personal militar que comprobará su pase y su correspondencia con su identidad visual.

—Ah —exclamó Ward—, lo entiendo.

La conversación duró unos diez minutos más y, mientras se producía, Chase empezó a entender, ahora de verdad y casi por primera vez, la seriedad del asunto. No sabía aún de qué se trataba, pero una cosa había quedado clara: todo era sorprendentemente hermético. Férreo. Y como ya había dicho antes, intimidador.

Imaginaba que le iba a resultar muy difícil manejarse con tanto sigilo y tantas precauciones. Él era un divulgador. Todo lo que había hecho en su vida era aprender de los demás, observar, pensar y repartir todo lo que había aprendido, cuanto más lejos y más a menudo mejor.

Ahora, en cambio, se trataba de lo contrario. Y…

Y no sabía si sería capaz de hacer eso.

Pero una cosa estaba clara.

Se moría de ganas por saber de qué demonios se trataba todo aquel asunto, de una vez por todas.

4

Resultó que la espera iba a ser un poco más larga de lo que había pensado. Al parecer, el director André Phillips se reuniría con él y el resto del equipo al día siguiente, a las siete treinta de la mañana, no antes. No sabía que el agente Phillips, con el que había hablado

en la universidad la primera vez, era el director. Y debía ser un director importante porque Patel había añadido *en persona*. El director Phillips en persona. Se preguntó si debía sentirse honrado, con su pase de excepción y siendo captado por el señor Phillips En Persona.

—Vale…, ya… está bien —se dijo en voz alta.

Estaba un poco nervioso y un poco decepcionado de que la espera aún se hiciera más larga. Si su curiosidad fuera un cáncer ya se habría caído al suelo convertido en un montón de pedazos renegridos.

Pero ahora tenía el resto del día para… ¿Cómo había dicho la secretaría ejecutiva Patel?

Aclimatarse.

Ward no quería aclimatarse.

No pensaba que pudiera aclimatarse en diez mil años.

Lo único que quería era saber de qué se trataba y decidir si él podría hacer algo. Y en base a eso, quedarse, o marcharse, porque incluso si decidiera marcharse, ya estaba siendo la experiencia más alucinante que había vivido jamás.

Ward fue llevado a uno de los edificios. Era una especie de residencia que contenía habitaciones, como las de un hotel. La habitación no estaba tan mal como había imaginado… No se trataba de literas en un barracón abarrotado de soldados de veinticinco años, como había llegado a pensar alguna vez. Por supuesto, tampoco era un hotel de cinco estrellas en Lincoln o en otra parte, pero era… un agradable término medio. Había un ventanal amplio por donde entraba luz abundante, una cama de matrimonio y una mesa con un ordenador para su uso personal. Y un cuarto de baño con ducha para su uso exclusivo, gracias al señor por los pequeños favores.

Su equipaje estaba ya allí, pero no tenía ganas de deshacerlo ni distribuir su ropa por el armario y los cajones a su disposición; tenía ganas de moverse. De curiosear. Se dijo que si encontraba un gimnasio o algo parecido en alguna parte, uno en cuya puerta hubiera un rótulo con alas doradas y un latinajo al estilo militar en plan MENS SANA IN CORPORE SANO, se dejaría los huesos allí

durante un par de horas para descargar tensión. Así que salió fuera para ir a la planta baja, donde se le había dicho que había salas de… ¿Cómo las habían llamado? Salas de uso y disfrute. Salones sociales.

Y encontró el primero de ellos en seguida, porque estaba emplazado en el centro del edificio y era lo bastante grande como para ocupar casi toda la planta. Era una especie de comedor cafetería, lleno de mesas y unos sofás y butacas de aspecto confortable.

Y había un grupo de gente, reunida y dialogando afablemente alrededor de una de las mesas.

Tan pronto entró en la sala, se volvieron para mirarlo, como si nunca antes hubieran visto a un ser humano. Chase se sintió incómodo, tenía la sensación de haber accedido a un área reservada y de haber interrumpido una reunión militar de alto nivel…, pero aquellos hombres y mujeres llevaban ropa de civil; y estaba claro que el lugar era lo que parecía: una sala de… de uso y disfrute.

Ellos lo miraban, y él los miraba a ellos.

Finalmente, uno de ellos levantó una mano y le hizo señas para que se acercara.

—¡Eh! —dijo—. ¿Eres del equipo científico?

—Ah —exclamó—. Pues…, supongo que sí.

Todos asintieron y empezaron a hablar entre ellos con risas y gran algarabía.

—Per… perdone —dijo el hombre que lo había saludado—. Estábamos celebrando porque… nos decíamos que faltaba uno en el equipo. Somos un número impar y algunos de nosotros sosteníamos la hipótesis de que… para la mentalidad militar, un número de efectivos impar es… raro. ¿No te parece?

Chase sonrió, empezando a relajarse.

—Bueno…, no soy un experto en mentalidad militar, pero… podría ser, sí.

Contó a los asistentes.

Él hacía el número seis.

—¡Así es! —dijo el hombre—. Además, la presentación será

mañana. Seguramente lo estaban esperando a usted… —se interrumpió—. Oh, pero… mis modales. Me llamo Sanz, David Sanz. Soy lingüista y criptógrafo, pero no digital… No me encargo de encriptación informática, sino de… códigos y cifrados antiguos. Esos de ahí son algunos amigos recientes…, demonios, chicos —dijo volviéndose—. Aún no me sé los nombres de todos… —Señaló a uno de ellos y dijo tentativamente—: Bill. ¿Bill?

—Eh…, será mejor que cada uno se presente, otra vez —dijo el hombre. Era un tipo grande y rollizo que no debía pasar de los… treinta y cinco o cuarenta, tal vez, con una camiseta con el escudo del Capitán América—. ¡Hola! Yo soy Bill. Bill Valve. Soy…, bueno, entre otras cosas, soy científico matemático. Ya sabe. Resuelvo problemas.

—¡Hola! Yo soy Chase Ward. Soy astrofísico. Entre otras cosas.

—¡Astrofísico! —exclamó Ward—. Vaya. Eso… eso es interesante.

—Hemos estado jugando a averiguar para qué se nos ha convocado aquí, basándonos en lo que hace cada uno —explicó Bill. Tenía los ojos azules hundidos en el rostro generoso.

—Ah… ¿Habéis sido… contratados por…?

Casi todos levantaron sus pases llave de alto acceso, sus acreditaciones personales sujetas por un cordón azul a sus cuellos, iguales a la que Chase llevaba puesta.

—Vaya —exclamó él—. Bueno… Esto es… fascinante.

—¡Siéntate, Chase! —pidió David—. En seguida vendrá alguien para que ver qué quieres tomar…

—Todo es gratis —dijo Bill complacido.

—Muy bien… Seguiré yo con la presentación —dijo la mujer que estaba al lado. Tenía ciertos rasgos asiáticos, pero por su acento debía haber nacido al lado del estadio de los Yankees—. Soy Sloane Harrison. Soy física.

Chase saludó con un movimiento de cabeza.

—Makayla Cooper —dijo la otra mujer. Era rubia y a través de sus gafas se vislumbraba una mirada profunda e inteligente. Chase la identificó inmediatamente como alguien con gustos

refinados, acomodada, probablemente—. Soy ingeniera aeroespacial.

—Vaya —dijo Chase.

—Fascinante, ¿verdad? —dijo Sanz—. Hemos pasado la última hora intentando descubrir para qué estamos aquí.

—Es evidente —dijo Bill, resolutivo—. Aliens —declaró.

—No estoy diciendo que sean aliens —bromeó Sloane—. Pero son aliens.

Bill rio con ganas.

—Bueno —dijo Chase—, desde luego, es una posibilidad.

—No creo que sean aliens o avistamientos, en el sentido que la opinión pública suele tener sobre el tema —opinó uno de los caballeros que aún no se había presentado—. Y no digo que el Gobierno no tenga conciencia de que existan otras… civilizaciones extraterrestres en alguna parte, o incluso… que hayan tenido contactos con ellos. Pero jamás revelarían tales cosas a civiles como nosotros. El Gobierno no ha hecho eso nunca y nunca lo hará, así que podemos descartarlo.

Chase consideró sus palabras y tuvo que aceptar que tenían bastante sentido. En secreto, acalló las palpitaciones que le había producido la sola idea de que el asunto central de todo aquel montaje fueran… los extraterrestres.

—Por cierto —añadió el hombre levantando la mano—. Me llamo Easton Hammond, soy doctor en Historia Antigua por la Universidad de Le Havre, Francia.

Chase parpadeó varias veces.

—Curioso, ¿no es cierto? —preguntó Sanz, sonriendo—. Yo por eso opino más bien que podría tratarse… tal vez… de un fascinante hallazgo. Algo como… las puertas de Stargate, un portal que conduce a un momento histórico, tal vez…

—¡Ay, Sanz! —exclamó Sloane—. ¡No otra vez!

—¡Él no ha escuchado mi teoría! —protestó David.

—Porque no tiene sentido —exclamó Easton.

—Sin embargo, ¡explica su presencia aquí! —observó David, señalándole con el dedo—. Un doctor en Historia Antigua…, un lingüista…

—Imagino que tendré que diseñar algún tipo de vehículo que nos permita sobrevolar Alejandría cuando aún era la joya de Egipto en el 330 antes de Cristo —observó Makayla.

Chase rio con ganas.

—Eso sería… fascinante… —dijo—, pero no sé si ese sería realmente mi campo. Dudo que en la antigua Alejandría tengan telescopios muy potentes.

—No habéis pensado en Sanz —observó Sloane—. Además de lingüista es criptógrafo. Es posible que se trate de… un mensaje codificado que venga del espacio profundo. Tal vez.

—Como en *Contact* —dijo Bill.

Sloane asintió.

—Espero que la parte de la construcción de la nave espacial sea verdad —comentó Makayla con un tono de voz quedo—, porque si no, no sabría qué hago yo aquí.

—Eso no lo había pensado —comentó Sanz con el rostro iluminado por la emoción—. El proyecto SETI, claro… Yo más bien había pensado en un hallazgo en algún planeta. La NASA está siempre lanzando sondas y analizando el espacio…

—No siempre —corrigió Hammond.

—Bueno, más o menos —dijo Sanz—. Quizá algo que les haya dejado alucinados. Una pirámide azteca precolombina en una luna a cincuenta años luz de la tierra. Por eso está aquí Hammond… ¡Vaya! Eso sí que sería alucinante.

—Alucinante es lo que te fumas —dijo Bill riendo.

Rieron y aportaron varias ideas más durante un rato, hasta que la mecha de ese tema de discusión empezó a apagarse paulatinamente.

—En todo caso… —dijo Bill haciendo aspavientos con las manos—. Todo esto es… alucinantemente excitante… Y no lo digo solo por la pasta.

—Eso mismo —exclamó Sloane de repente, y luego añadió —: Deberíamos hablar entre nosotros sobre cuánto va a percibir cada uno. En estas cosas, siempre lo hago fatal. Me apasiono con mi trabajo y soy terriblemente mala negociando mis honorarios.

—Mis honorarios están bien, gracias, no quiero que nadie los

negocie —dijo Bill, riendo entre dientes.

Sloane le dirigió una mirada ceñuda.

—¡Oye! —protestó—. ¿Cuánto ganas tú?

—Parece que más que tú —soltó.

Sloane le dio un codazo y Bill rompió a reír.

Chase estuvo un rato escuchándolos, sintiéndose relajado, pero un poco fuera de sitio. Quizá estaba acostumbrado a tratar con personas diferentes, de otro tipo. Un poco más… «estirados», diría Albert. Bill parecía un friki, aunque posiblemente contase con amplios conocimientos sobre su campo y, posiblemente, un coeficiente intelectual abrumador dado que había sido seleccionado para estar en ese lugar. Sloane tampoco debía pasar de los treinta. Y David… parecía un hombre extraordinariamente extrovertido y simpático, pero era… un lingüista. ¿Cómo debían colaborar un astrofísico con un lingüista?

Chase siempre había sido un observador de segundo plano. El chico que se mantenía apartado del grupo, escuchando, casi sin participar, observando el comportamiento de los demás, sin ninguna intención de obtener protagonismo ni llamar la atención. Una querida amiga le dijo, hacía ya demasiado tiempo, que hubiera sido un buen escritor. No era el más popular, eso era cierto, pero de aquella manera aprendió cosas sobre los demás. Por sus intervenciones, por sus reacciones, por sus gestos. Por sus risas o la ausencia de ellas.

Era un grupo de lo más variopinto, eso por descontado, pero resultaba algo deslavazado. Inconexo.

En secreto, sin decir nada, rezó para que André Phillips supiera lo que estaba haciendo.

Capítulo 5

El sótano B4

Chase Ward se acostó tarde, y aunque no estaba convocado hasta las siete y media de la mañana, se despertó demasiado temprano, incluso para él; a las cinco de la mañana. Cinco menos cuarto, para ser exactos.

Se vistió e intentó ir a la cafetería, pero como sospechaba, estaba cerrada. Esas eran las cosas que no soportaba de los hoteles y lugares similares. ¿Y si uno quería tomar una taza de café a una hora intempestiva?

«Si necesita algo, no dude en solicitarlo, doctor Ward», le había dicho la secretaria ejecutiva en su primera reunión. «Pues bien, sí que necesito algo», se dijo. Mentalmente, anotó que pediría una cafetera superautomática para instalar en su habitación, con boquilla para leche. «No, cualquier marca de leche servirá, muchas gracias», se imaginó diciendo.

Pensó que, tal vez, fuera del edificio, habría algún lugar con servicio veinticuatro horas. Al fin y al cabo, en una base militar debía haber actividad constante a todas horas del día.

Pero cuando llegó a la puerta de acceso al edificio, comprobó que estaba cerrada y custodiada por un soldado uniformado y armado.

—Buenas noches —dijo, tentativamente.

—Señor, buenas noches, señor —respondió el soldado.

—Me estaba preguntando… si tal vez habría algún lugar en la base donde tomar un café… Dormí demasiado en el helicóptero que me trajo aquí y…

—Lo siento, señor —dijo el soldado—. No hay ningún lugar como el que describe en las instalaciones de la base. La cafetería

abre a las siete de la mañana. Es la opción más cercana de la que dispone.

Chase asintió.

—Está bien. Gracias… Me ha ahorrado un paseo nocturno…

—Señor, buenas noches, señor.

Fastidiado, Chase regresó al interior del edificio y de vuelta a su habitación.

Un buen sueldo, eso seguro, pero si no podía tomar una taza de café bien caliente cuando despertara, a la hora que fuese, ¿para qué servía?

Había pasado demasiado poco tiempo como para que toda la instalación empezara a sentirse como claustrofóbica.

2

—Buenos días, damas y caballeros —saludó André Phillips cuando se reunieron en la sala de recepción del edificio. Eran las siete treinta en punto y Chase, con un café caliente en el estómago, se sentía otra vez emocionado e ilusionado, con fuerzas para ser recipiente del Gran Secreto Gubernamental de la base Centro Horizonte—. Espero que hayan tenido sueños reparadores y satisfactorios porque… ha llegado el día. Hoy les informaré del asunto del que se trata, el motivo por el que se les ha pedido que vinieran aquí y se los ha invitado a estas instalaciones que, por cierto, se han construido especialmente para hospedarlos —terminó diciendo, extendiendo los brazos y mirando las paredes en un gesto extremadamente teatral.

Chase lo había advertido, hasta cierto punto, y, a la vez, no había llegado a formular un pensamiento consciente sobre ello. Pero Phillips tenía razón; todo era nuevo. Hasta el retrete era nuevo, los grifos lo eran, las puertas, el ascensor. Ahora que lo mencionaba, hasta había un vago aroma a madera, a polvo de ladrillo, a pintura fresca, que aún flotaba por doquier.

Pero en el edificio había demasiadas habitaciones. Más o menos veinte por planta y había tres plantas. Y no eran para los

soldados o los oficiales, porque desde que estaba allí, no se había encontrado con absolutamente nadie más…

La voz de Phillips lo sacó de su ensimismamiento.

—Me han… dicho que están más que impacientes por empezar a ser informados del alcance de su trabajo. Lo entiendo. Yo tenía preparado un pequeño discurso para presentarles lo que están a punto de ver y que fueran asimilando poco a poco el alcance de su cometido, pero mientras venía hacia aquí, esta misma mañana, lo he pensado… peor.

Miró al equipo, uno por uno, con una sonrisa algo traviesa en el rostro.

—¡Vamos, suéltalo ya, Phillips! —exclamó Bill—. Va a darme un infarto.

—Hay más lágrimas vertidas por los deseos concedidos que por los no concedidos, señor Valve —exclamó Phillips—. Pero como quieran… Empecemos el trabajo. Si hacen el favor de seguirme…

«Vamos allá», pensó Chase.

3

Fuera del edificio los esperaba una elegante furgoneta como las que usan algunos *resorts* para trasladar a los huéspedes entre sus instalaciones; de hecho Chase pensó que, en cierto modo, uno podía sentirse como un turista con un jefe de operadores de tours, profesional, enchaquetado, a punto de llevarlos por la ruta de los volcanes de Kona. «¡Pasea por la playa de arena negra de Punalu'u y busca tortugas verdes marinas desde la orilla mientras aprendes sobre la cosecha y el proceso de molienda de los deliciosos cafés de Kona!», pensó divertido.

—Este transporte y otros similares —dijo señalando—, están siempre dispuestos para ustedes. Los llevará desde el centro de trabajo hasta sus habitaciones, siempre que lo deseen.

Chase miró. Había un *parking* cercano donde esperaban otras furgonetas como aquella y había también cuatro…, no, cinco

minibuses blancos, sin ninguna identificación exterior, debidamente aparcados. Chase volvió a decirse que allí había demasiadas plazas para un grupo tan pequeño, pero no le dio importancia. Podía ser personal administrativo con el que no se había cruzado todavía. Podía ser cualquier cosa.

El autobús los llevó hasta otro edificio, aunque este era, básicamente, una puerta, redonda para más señas.

—¡Vaya! —exclamó Bill, fascinado.

No le faltaba razón. Era una colosal y enorme puerta de varios metros de altura y otros tantos de anchura, emplazado en un bloque de hormigón reforzado. Era tan grande que la estructura en la que estaba emplazada quedaba ridículamente pequeña, desproporcionada incluso. Estaba cruzada por barras reforzadas de un aspecto cromado, tan pulido y bruñido, que arrojaba destellos bajo el sol matutino.

—Vengadores, reuníos —exclamó Bill.

La puerta se abrió, deslizándose hacia abajo. Sorprendentemente, lo hizo con gracilidad y bastante velocidad, y por lo que podía decir desde el interior del vehículo, hasta en silencio. Chase solo podía intuir cómo serían los fascinantes sistemas de goznes que accionaban esa puerta, que debía pesar decenas de toneladas, y la hacían desplazarse con esa velocidad. Serían de acero de alta resistencia o de aleaciones metálicas reforzadas que conformarían los engranajes enclavados en un soporte estructural necesario para manejar el peso y tamaño de la puerta, con seguridad asistidos por un sistema motorizado potente. Todo eso, se dijo, suponía un buen montón de dinero.

«Dinero de los contribuyentes», pensó.

Observó que Hammond, el historiador, debía estar pensando lo mismo, a juzgar por su expresión ceñuda.

En muy poco tiempo, el vehículo avanzó hacia la puerta y progresaron por un túnel descendente que continuó durante unos buenos cien metros. Todo el mundo miraba alrededor, fascinado, observando las paredes reforzadas. La carretera tenía una buena inclinación, así que la profundidad de las instalaciones era considerable.

Por fin, el vehículo se detuvo en una cámara redonda de gran tamaño.

«Ah —pensó Chase—. Por fin, la gente...»

El personal que había echado de menos estaba allí, en efecto, caminando de un lado para otro por carriles marcados para peatones. Otros carriles aledaños estaban preparados para vehículos más pequeños y utilitarios que el personal de la base conducía despacio. Algunos de aquellos hombres y mujeres llevaban cascos amarillos y otros iban vestidos con monos grises, monos azules y ropa informal civil de todo tipo.

—¡Qué movida! —exclamó Bill.

—Es… impresionante —dijo Sanz—. ¿Alguien más tiene la sensación de haber aterrizado, de repente, en una película de ciencia ficción?

Chase la tenía, de hecho.

Se trataba, claramente, de un centro de recepción distribuidor, con una medialuna para permitir a los vehículos que accedían por la entrada descargar, y dar la vuelta. El suelo estaba pintado con carriles y marcas de todo tipo, en un potente tono amarillo. El techo era una maraña de tuberías y canaletas de conducción de cables cuidadosamente distribuida.

—Este será su recorrido diario —anunció Phillips—. Lo único que deben hacer, cuando lleguen a este punto, es dirigirse a ese ascensor de allí.

—¡Es alucinante! —insistió Bill, mirando alrededor.

—Señor Valve, por favor —dijo Phillips—. No se distraiga.

—¡Alucinante al máximo! —respondió.

Entraron al ascensor y Phillips señaló el botón marcado como B4. Era el último de todos.

—Esta es su planta —dijo—. Solamente esta planta. Sótano 4. No hay nada que les pueda ser provechoso para su cometido en cualquiera de las otras plantas. No vayan a las otras plantas —añadió con severidad—. No vayan. A las otras plantas.

—Entendido —dijo Hammond con voz queda.

Phillips pulsó el botón y al ascensor se movió con suavidad. Era rápido, como la puerta de entrada, y llegaron en seguida.

Chase seguía pensando en la dotación de dinero de la que debía disfrutar aquella base. Y las cosas que debían hacer allí. «No vayan a las otras plantas», había dicho el director Phillips. Sonaba ominoso. Hasta evocador. ¿Qué tipo de estudios e investigaciones debían hacer allí dentro, además del sótano B4? ¿Y por qué tan… secreto?

El Gobierno de Estados Unidos tenía diversos departamentos involucrados en investigación y desarrollo. El Departamento de Energía, por ejemplo, estaba distribuido por Los Álamos, Oak Ridge, Argonne…. y se dedicaban a la investigación en ciencias nucleares, energías y seguridad nacional. Pero había otros. El Departamento de Defensa administraba varios laboratorios también…, el de la Fuerza Aérea, el Naval… Estudiaban cosas relacionadas con tecnología aeroespacial, cibernética, defensa… y desarrollo de armas. Y estaba la NASA, por supuesto.

Entonces…, ¿de qué iba todo aquello?

La cabeza empezaba a darle vueltas.

Mientras estaba sumido en sus pensamientos y Bill soltaba comentarios frikis, como si estuviera visitando el mítico Edificio Baxter, base de los Cuatro Fantásticos del universo Marvel, atravesaron un par de puestos de vigilancia con puertas protegidas con accesos privilegiados y llegaron a una oficina diáfana que contaba con cubículos, áreas comunes, una sala de reuniones, y áreas de esparcimiento con butacas cómodas y modernas, del tipo que Chase nunca hubiera elegido para, simplemente, estar cómodos. Phillips les enseñó todo eso y se plantó delante de una última puerta, protegida por hasta tres soldados de mirada adusta que les exigieron sus pases. Incluso a Phillips.

André se volvió para mirarles, antes de cruzar.

—Hemos llegado —dijo con suavidad—. Lo que van a ver aquí, es el quid de la cuestión. El meollo del asunto. El motivo por el que ustedes se encuentran hoy en este lugar. Lo que hay dentro… los afectará, probablemente, tanto y tan profundamente, que tendrán que reconfigurar sus puntos de vista antes de que consigan aceptarlo. Estos hombres que ven aquí —exclamó señalando a los soldados—, han sido seleccionados entre millones

de hombres y mujeres activos de los que dispone el aparato de las Fuerzas Armadas de nuestro país, por su expediente intachable, sus méritos y su lealtad sin igual. Para ellos, damas y caballeros, es un honor servir en este puesto, día tras día, garantizando que el secreto que se esconde dentro… sigue siéndolo.

Chas se sentía como si estuviera a punto de descubrir qué originó el mismísimo universo.

—Si están listos…

La puerta se abrió.

4

—¿Qué…? —graznó Bill.

Habían accedido a otra cámara de gran tamaño, redonda para más señas. Las paredes se extendían hacia el techo, que culminaba en una bóveda unos veinte metros por encima de sus cabezas. La luz era omnidireccional, fría, como la de un quirófano, y había diversos aparatos dispuestos pródigamente alrededor de…

Una suerte de esfera negra de un tamaño considerable, de un material rugoso y opaco, que flotaba ingrávida en el centro de la sala.

Flotaba, perfectamente inmóvil, sin que se viera allí ningún soporte o estructura que la sostuviera.

Aquella visión podía tener una infinidad de explicaciones. Podían estar usando imanes superconductores o campos magnéticos para contrarrestar la gravedad. Chase había leído al respecto: se enfriaban imanes a temperaturas extremadamente bajas y estos empezaban a exhibir propiedades magnéticas que repelían los campos magnéticos externos, consiguiendo sostener, teóricamente al menos, una esfera.

O podía tratarse de… algún tipo de levitación acústica avanzada, donde ondas sonoras generarían puntos de presión que permitieran a la esfera flotar en el aire.

U otras cosas. Aquellos ámbitos tecnológicos no eran la especialidad de Chase.

Sin embargo, lo supo en cuanto mantuvo la mirada fija en la esfera por espacio de unos segundos.

Supo de qué se trataba.

Lo que era.

El Misterio.

—Qué… qué estamos viendo —soltó Sloane—. ¿Anti… antigravedad? No es…, no es posible con la tecnología actual… No con ese… tamaño.

—Antigravedad, claro —soltó Hammond mientras se reía entre dientes—. Madre mía. Por unos momentos me he dejado llevar por la imaginación…

—Es… Es… ominoso —susurró Sanz.

Phillips no decía nada. Los miraba uno a uno con una expresión difícil de leer.

—¿De qué material está hecho? —preguntó Sloane—. ¿Es… un truco, un artificio?

—No es un truco —dijo Makayla despacio. Se había quitado las gafas con verdadera parsimonia para examinar el objeto, como quien admira por primera vez al David de Miguel Ángel en el Louvre.

—No es un truco —repitió Chase.

Estaba casi sin aliento.

Phillips sonrió.

—¿Algún comentario más? —preguntó—. ¿Qué les dice… con el corazón en la mano, su intuición?

—¿Es real? —preguntó Bill—. ¿Tecnología holográfica hiperrealista con drones?

Phillips se pasó la mano por la nariz. Parecía divertido.

—Si hubiera contratado a varios escritores de ciencia ficción —exclamó—, no habría obtenido observaciones tan… variopintas. Sí, es real —añadió, señalando a Bill—. No, no es un truco —dijo después, señalando a Sloane—. Y sí, señor Ward…, a juzgar por su expresión, sus sensaciones… son correctas.

»Damas y caballeros, lo que tienen delante… es, inequívocamente, un objeto de origen extraterrestre.

Bill abrió mucho los ojos y la boca.

—No me…jodas —soltó.

David Sanz se sentó en el suelo y hundió la cabeza entre las manos.

Capítulo 6

La primera teoría de Ward

Chase Ward estaba más que fascinado.

Superado, en todo el fabuloso alcance de la palabra.

Había pasado su vida analizando las características del espacio, maravillándose al explorar los misterios del universo y tratando de comprender la inaprensible inmensidad del cosmos. La complejidad de cada fenómeno astronómico que se revelaba ante él lo hacía sentirse más y más pequeño, construía el rompecabezas de las respuestas, e impulsaba más y más su curiosidad y su deseo de comprender…, de comprender… la naturaleza fundamental del universo. Hubo desafíos y obstáculos, naturalmente, pero superaba cada dificultad con una pasión irrompible, una que, hasta ese momento, no había sabido de dónde venía.

Del amor por su padre, de un instante de conversación una tranquila noche junto a un telescopio nuevo, flamante y caro, por añadidura. Del Misterio.

De la pregunta básica, necesaria e inevitable de si el hombre está solo en el universo y de la formulación teórica inconsciente que subyacía tras cada aprendizaje, tras todo logro…, la pregunta de quién o qué está al final del camino que se teje entre las estrellas.

Pero esa casilla final de juego, la meta, por así decirlo, acababa de adelantarse hasta su peón. Estaba allí mismo. Delante de él, ingrávida y elegante en la representación geométrica de la perfección que era la esfera.

La esfera, por supuesto. Simétrica en todas direcciones desde su centro como símbolo de equilibrio, armonía y uniformidad. Sin bordes ni esquinas; sin aristas, dando una idea de completitud, de

totalidad. La esfera, el paradigma de la belleza matemática con propiedades geométricas intrínsecas. Básicamente, un conjunto de puntos en un plano que están a una distancia constante de un punto fijo central. Un matemático de corazón no podía mirar una esfera sin pensar en la asombrosa definición del número pi, único por su naturaleza no repetitiva y no terminante. Era la rueda. El engranaje. La polea. Todos los avances significativos de la humanidad… eran un hermoso… círculo.

Por supuesto que un objeto extraterrestre no era un platillo. Era una esfera.

—Este fascinante objeto lleva con nosotros desde la Segunda Guerra Mundial —explicó Phillips mientras miraba, soñadoramente, la esfera—. Puede que parezca un pedazo de roca, un… meteorito que haya sido moldeado por caprichosas fuerzas físicas para darle una forma esférica, pero, como verán más tarde, les aseguro que su interior es complejo y mecánico, y ha sido construido con un propósito. Fue arrebatado a los nazis que lo mantenían —para su estudio— en un búnker nazi en la Francia ocupada, un tiempo después del desembarco en las playas de Normandía, al abrigo de la operación Overlord. Aunque se han hecho increíbles y desmesurados esfuerzos por averiguar más sobre su verdadera procedencia, nunca se ha podido averiguar más que lo que sabemos, que estaba en un búnker. No sabemos si lo interceptaron o si, simplemente, lo encontraron y, en caso de haberlo encontrado, si lo desenterraron y llevaba mucho tiempo olvidado en este planeta, o si…, por así decirlo, lo encontraron posado sobre un prado cualquiera en alguna parte.

Suspiró.

—Sobra decir… que hubiéramos dado un ojo de la cara y todo el oro del que disponemos en la Reserva Federal, si hubiéramos podido descubrir el origen del objeto. Pero no se pudieron encontrar registros de esto en literalmente ninguna parte. Se movió cielo y tierra en la Alemania posguerra, tanto en la República Democrática como en la República Federal, y cuando el canciller Konrad Adenauer llegó al cargo se hicieron sutiles indagaciones para acceder al resto de los registros de la guerra, sin resultado.

Nadie sabía nada de esta… esfera, ni se halló una sola línea en ningún informe, como si nunca hubiera existido.

»Todo parecía indicar… que los oficiales que lo encontraron y comenzaron con su estudio, no dijeron absolutamente ni una palabra. A nadie.

—Fascinante —susurró Hammond—. Estos temas, como sabe, son una pequeña pasión personal…, la evidencia de testimonios relacionados con presencias extraterrestres a lo largo de la historia…

—Lo sabemos, doctor Hammond —dijo Phillips—. Por eso se encuentra usted aquí. Nos interesa mucho esa faceta suya en particular. Pero permítame que termine mi introducción, para ponerlos en contexto.

Hammond adelantó una mano, indicando que continuase.

—En los tiempos de la Segunda Guerra Mundial nadie llegó a pensar… o sospechar siquiera… que estaban tratando con un objeto fabricado fuera de este planeta. Pensaban que habían sustraído un invento nazi, uno de sus avances tecnológicos, similar al desarrollo de los motores de los cohetes V1 y V2. El artefacto quedó sepultado en una ubicación secreta y no fue hasta muchos años más tarde cuando, por primera vez, unos ojos adiestrados en el campo científico observaron lo mismo que ustedes…, que no disponemos de la tecnología adecuada para conseguir lo que este objeto hace con tanta facilidad.

—¿Siempre está así, flotando…? —preguntó la aeronáutica Makayla Cooper.

Phillips asintió.

—Siempre. Está. Así. Como lo ven. Ingrávido. Indolente. Indiferente. Quizá por eso, aunque históricamente se le han puesto muchos nombres y muchos nombres en clave, en los últimos años la conocemos como… La Snitch.

—Harry Potter —dijo Bill sonriente.

—Así es, señor Valve —dijo Phillips.

—Antes mencionó que era mecánico —preguntó Sanz a continuación—. ¿Cómo…? ¿Cómo lo saben? ¿Se puede… acceder a su interior?

Phillips negó con la cabeza.

—No. La Snitch es hermética, por el momento. Y hemos intentado usar varios métodos no destructivos para acceder a imágenes de su interior, sin resultado. Radiografías, técnicas de sónar controladas comunes y diversos métodos de tomografía computerizada.

»Esto no siempre ha sido así —continuó—. Tenemos diferentes testimonios de interacciones con la Snitch en los que esta ha variado su… comportamiento. Lamentablemente, no hemos podido replicarlo.

—¿Qué otros comportamientos ha tenido? —quiso saber Sloane.

—En marzo de 1979, un equipo de investigadores realizaban algunas investigaciones sobre la esfera. En la sala había un total de once personas. De pronto, según testimonios, la esfera produjo un tono grave y breve que hizo que todos en la sala dieran un respingo y, acto seguido, se abrió por la mitad, por espacio de medio minuto. Fue solamente una franja de medio metro que emitía una luz rojiza, y en cuyo interior pudieron ver diferentes mecanismos que, según palabras de los observadores, no se parecían a nada que hubieran visto antes. Afortunadamente, uno de los ingenieros tuvo tiempo para sacar algunas fotografías antes de que la Snitch volviera a cerrarse.

—Mil millones… de galaxias —soltó Bill.

—Antes de que lo pregunten: sí, naturalmente, disponemos de esas fotografías. Además, recientemente hemos podido procesarlas informáticamente mediante técnicas asistidas por IA y se ha conseguido una mejor resolución de la imagen. Estas imágenes, todo lo que hemos hablado y la información que tenemos sobre la Snitch está disponible para su consulta en la base de datos de conocimiento que podrán consultar cuanto deseen.

—Fantástico —soltó Bill.

—Simpatizando con su curiosidad —añadió Phillips—, he separado esas imágenes para mostrárselas a ustedes en este momento, como parte de esta presentación.

Phillips miró a la izquierda y una pantalla de televisión de

tamaño considerable, emplazada en la pared, se encendió al instante.

Todos se acercaron a mirar. En sus expresiones cabalgaba la curiosidad y la fascinación.

—Ahí está, damas y caballeros, el interior de la Snitch. Al menos, una franja de casi medio metro.

—Necesitaré estudiar muy detenidamente esas imágenes —exclamó Sloane.

—Naturalmente —asintió Phillips—. Todos las tendrán.

Chase miró la franja. Su interior era de un tono rojo, sin duda, y, como fotógrafo aficionado, sabía que la calidad de la película con la tecnología de los setenta no debía mostrar tonos tan rojos como debieron haberse observado presencialmente, en aquel año. Y se veían cosas. Filigranas grandes y diminutas, pequeños conductos parecidos a cables o tuberías pequeñas, protuberancias y hendiduras, partes oscuras y otras brillantes, de un tono casi dorado. Había diminutos bloques poligonales como dientes de un mecanismo distribuidos por todas partes. Chase tuvo una sensación extraña, como si hubiera visto algo así, antes, en alguna parte.

—Es… es fascinante… —exclamó Hammond, dando pasos tentativos para acercarse aún más a la pantalla—. Necesito… necesito ampliaciones de todo eso…

—Lo tendrá en formato digital, profesor —dijo Phillips—. Podrá ampliar y procesar las imágenes tanto como desee.

—Pero… ¿se da cuenta? —preguntó—. Es…, mire esas hileras…, el diseño general de esos salientes y dentales… son claramente precolombinos…, presentes en los mayas, los incas…, los olmecas…, hasta los toltecas…

—Veo que nos será usted útil, doctor —dijo Phillips—. Pero de todo eso nos ocuparemos en los próximos días, semanas o meses, y nos informará puntualmente de ello.

—S-sí —dijo Hammond fascinado—. Estoy deseando empezar.

—También preliminarmente, ¿alguien quiere hacer alguna observación inicial?

—Es como el cubo de Hellraiser cuando se abre… —comentó Bill.

Sloane rio con ganas.

—Bueno, señor Valve —exclamó Phillips, divertido—. Espero que este aparato no abra la puerta del infierno, en todo caso.

—Ese instante de… medio minuto —dijo Chase despacio—. ¿Fue la única vez que la esfera se abrió?

—La. Única. Vez —dijo Phillips—. Naturalmente, durante muchos, muchos meses, se intentó todo para que la Snitch se volviese a abrir. Se interrogó al personal y se hicieron esfuerzos notables y continuados para reproducir las condiciones que pudieron activar la esfera, incluyendo condiciones de temperatura, humedad, hora, disposición de la sala, hora…, todo, sin resultado.

—¿Preguntaron a sus hombres en qué estaban pensando? —preguntó Hammond.

—¿En qué… pensaban?

—Sí —dijo Hammond—. Secuencias cerebrales determinadas. Patrones de pensamiento. Telepatía. Esas cosas están muy relacionadas con el ámbito de lo extraterrestre.

Phillips asintió.

—No que yo sepa —dijo al fin—. Desde luego, no hay nada parecido en los informes y, créame, me los sé de memoria. Pero es un dato interesante, señor Hammond, digno de estudio.

—¿Qué día de marzo ocurrió? —preguntó Chase entonces.

—Pues…, el 28 de marzo. De 1979.

Chase asintió, pensativo.

—Fue el día del desastre de la planta nuclear de Three Mile Island.

Phillips lo miró, hierático.

—¿Cómo dice?

—El 28 de marzo del 79. Fue el día en el que el núcleo del reactor de la planta nuclear de Three Mile Island se sobrecalentó. Hubo una fusión parcial. No fue un desastre tan grave como el de Chernóbil o Fukushima, pero aun así…

Phillips pestañeó, pensativo.

—Eso es… bastante significativo —dijo Phillips—. Lo investigaremos en profundidad, inmediatamente. Gracias, señor Ward. Gracias, señor Hammond. Definitivamente me voy a alegrar

mucho de tenerlos con nosotros.

—¿Fue esa la única vez que se abrió, entonces? —preguntó Sloane a continuación—. Ha mencionado que hubo varios casos…

—Varios incidentes, sí —dijo Phillips—. El otro fue un poco más… divertido y, al mismo tiempo, aterrador. Pero esa evidencia les dará una idea, tal vez, del alcance y capacidad de la Snitch, y de la tecnología que encierra.

—¿De qué se trata? —preguntó Bill.

—Este suceso ocurrió un poco más tarde, en 1984. Entenderán que no se ha trabajado en ella de manera constante durante todo este tiempo. El estudio de la Snitch se ha interrumpido en muchas ocasiones, a veces por periodos largos, que han durado lustros e incluso décadas, en particular durante la guerra de Vietnam, la crisis de bahía de Cochinos, debido a cambios en el Gobierno, periodos intranquilos como el que siguió al 11-S y un largo etcétera. Pero en 1984 se trabajaba en la Snitch con nuevas metodologías científicas y un renovado espíritu investigador y, en un momento dado, con las cámaras de seguridad activadas, todo el equipo presente en la sala, esta vez compuesto de cuatro personas, simplemente, desapareció.

Sloane dio un respingo.

—De… ¿desapareció? —graznó.

—Un momento… —dijo Makayla—. ¿Qué quiere decir con que… desaparecieron?

—Cuando se observa la grabación en las cámaras, en un fotograma estaban ahí atendiendo sus quehaceres y en el fotograma siguiente, no había nadie.

—¿Desaparecieron del todo? —preguntó Chase.

Phillips sonrió.

—Del todo. Absolutamente. Por completo. A los treinta y dos minutos del suceso, sin embargo, se recibió una llamada en las instalaciones donde se estaba trabajando en la Snitch. Eran los investigadores que habían desaparecido. Llamaban desde la preciosa y evocadora región de Alsacia, una región histórica en el valle del río Rin situada al noreste de… Francia.

Sanz se cubrió la boca con ambas manos.

—Por todos los cielos… —soltó Bill.

—Señor André Phillips —dijo Makayla Cooper, visiblemente molesta—. Cuando nos contrató, se le olvidó mencionar que este trabajo no está lo que se dice exento de riesgos laborales. Riesgos plausibles, inevitables, inesperados… y, por lo que sé, hasta potencialmente letales.

—Es… es cierto —dijo Phillips con suavidad—. Debí haberlo mencionado.

—Sí que debió —exclamó ella—. He trabajado muy duro para tener la calidad de vida que tengo ahora y no pretendo ponerla en riesgo por un pedazo de roca alienígena que sacaron del fragor de la Segunda Guerra Mundial.

—Me disculpo, señora Cooper… —dijo Phillips.

—Señorita Cooper —corrigió ella—. Cooper es y seguirá siendo siempre, mi apellido de soltera.

Phillips pestañeó, algo afligido.

—Discúlpeme de nuevo, señorita Cooper. He hecho lo que he hecho, y he dicho y no he dicho, por un motivo concreto. En primer lugar, porque no podía desvelar el propósito del estudio, la Snitch. Y, en segundo lugar, he hecho lo que hecho porque el mundo… los necesita con cada vez más desesperación.

—A… ¿a qué se refiere? —preguntó Chase, confuso.

Phillips suspiró lentamente y miró al suelo por unos instantes.

—Los he llamado para que nos ayuden con este… rompecabezas esférico y gigante, y, créanme…, me ha costado verdaderos esfuerzos conseguir los permisos para abrir un poco la caja y dejar que ustedes, personal civil, accedan al interior de este pequeño salón de juegos. Me ha costado… años de charlas, presentaciones, estudios y demostraciones, y puede que una década de conversaciones en despachos privados, en los grandes salones de gente muy poderosa en la estructura de poder de este país. Y, durante mucho tiempo, todo fue infructuoso. La postura oficial siempre ha sido la misma y da igual que nos representen republicanos o demócratas, en este sentido, el pensamiento es del todo conservador. Su Gobierno piensa que lo que haya en el interior de la Snitch, sea lo que sea, debe permanecer oculto, por si

estamos tratando con… —hizo un movimiento vago con la mano— una Caja de Pandora o un Caballo de Troya.

»Pero… si he conseguido traerlos, es porque las circunstancias han cambiado en los últimos años.

—Cómo… ¿cómo han cambiado? —quiso saber Chase.

—Odio hacer esto, de veras —dijo Phillips, ahora algo apesadumbrado—. Los he traído para trabajar juntos y he conseguido autorización para compartir con ustedes un montón de información sobre el pasado de la Snitch, lo que se sabe y lo que no, y creo en el trabajo honrado, transparente y compartido. Cuatro ojos ven más que dos, y, lo que yo no sé, lo saben ustedes y al revés. Sin embargo, no puedo por el momento revelarles en concreto lo que ha cambiado en estos años. Sencillamente, no me lo permiten, eso es todo.

Bill dejó escapar una expresión inaudible de fastidio.

—Pero puedo decirles una cosa —dijo Phillips—. El tiempo juega en nuestra contra. Por el momento estamos razonablemente bien, pero… hay una roca pequeña precipitándose por una ladera, siempre en movimiento. No sabemos cuándo golpeará a una roca más grande y esta a otra más grande, hasta que provoque un alud que nos… sepulte a todos.

—¿De qué… demonios está hablando? —preguntó Bill—. No puede no contarnos eso…

—Puedo. Y lo haré —objetó Phillips—. Se nos acaba el tiempo, damas y caballeros. —Y luego repitió—. Se nos acaba. El tiempo. Necesitamos saber qué es la Snitch. Cualquier cosa — levantó una mano y empezó a enumerar con los dedos mientras hablaba—. Qué hace. Por qué está aquí. De dónde viene. Si podemos conseguir que reaccione a nuestros comandos. Si… hay otras como ella y dónde.

—Disculpe, Phillips —dijo Makayla—. Eso no hace menos peligroso el trabajo.

—Desde los años cuarenta, un gran número de personas han trabajado cerca de la Snitch —dijo Phillips—. Un grupo de cuatro investigadores fueron teletransportados a la vieja Europa, y fueron atendidos y cuidados en todo momento hasta que fueron devueltos

a su país en un vuelo comercial seguro con pasaje de primera clase y una cena de hotel de cinco estrellas en el estómago. Como comprenderá…, creo que estamos… razonablemente a salvo. Pero si considera que el trabajo es peligroso, recuerde siempre que tiene la opción de abandonarlo, por mucho que me duela pensarlo siquiera.

Makayla inclinó la cabeza, pero no dijo nada.

—Diría que estaremos bien, sí —dijo Bill.

—Eso no puedes saberlo —replicó Makayla en voz baja.

—¿Se han registrado más incidentes? —quiso saber Sloane en ese momento.

—Ninguno en absoluto —dijo Phillips—. Pero… les recuerdo. La Snitch ha pasado largos años encerrada en un almacén oscuro, casi siempre, sin un sencillo sistema de grabación con simples cámaras de seguridad.

—En… ¿en serio? —preguntó Makayla, sorprendida.

—Señorita Makayla…, la Snitch es un… secreto incómodo para la administración. Los que saben de su existencia tienen que desviar fondos presupuestarios de partidas que no le corresponden. Por encima de nosotros se hacen investigaciones relacionadas con temas de agricultura que son una tapadera para desviar fondos aquí. Es un engaño, una mentira, como la esposa que sabe que su marido la ha engañado pero tiene que aparentar ante sus amigas y hablar bien de él. Muchas administraciones han preferido… no hacer nada con ella, sobre todo en tiempos de crisis. Olvidarla. Relegarla al olvido. Solo les pido que no olviden este hecho porque puede haber habido otras activaciones o fenómenos durante ese tiempo, de los que no sabemos ni sabremos nunca nada.

—Es demasiado… —dijo David—. Es brutal.

—¿Es seguro… estar cerca de ella? ¿Tocarla, por ejemplo?

—Durante un tiempo, los operarios utilizaban trajes de seguridad herméticos, se depuraba el aire y se utilizaban sistemas de limpiado y desinfección, pero nunca ha habido ninguna razón para pensar que su proximidad pueda ser peligrosa. He estado cerca de ella mucho y a menudo, en innumerables ocasiones, y me encuentro en un perfecto estado de salud. Hasta creo que… esta

preciosa esfera alienígena podría haberme curado ciertas dolencias crónicas que tenía en la espalda.

—¿Qué? —graznó Bill.

Phillips rio con disimulo. Chase pensaba en los huevos alienígenas curativos de la película *Cocoon*.

—Es… es una pequeña broma —dijo Phillips—. No, en serio. Si quieren tocarla…, adelante. Tendrán que hacerlo en algún momento, me parece, de todos modos. Por la parte de atrás hay una plataforma donde pueden subir para estar a su altura. Pero si van a hacerlo ahora… pasen por debajo. Hay una sensación única que pueden experimentar.

—¿Una sensación única? —preguntó Makayla con las cejas arqueadas.

—Yo ya tengo una erección bastante potente —bromeó Bill. Pero nadie le rio la broma.

Sloane fue la primera en moverse para situarse debajo de la esfera y, tan pronto lo hizo, levantó las manos y se volvió, con la boca formando una *o* perfecta y un deje de sonrisa en el rostro.

—¡Me cago en la leche! —exclamó.

Su cabello empezó a flotar en el aire, como cuando se frota un peine de plástico con fuerza durante mucho tiempo.

—Es… estática —observó Makayla.

—Es estática con esteroides —dijo Sloane riendo—. ¡Se nota en el estómago, es… es efervescente! Madre mía.

—Pero… ¿siempre está ahí? Ese campo de… —preguntó Bill.

—¿Es un campo magnético? —interrumpió Hammond.

—Es estática —dijo Sloane—. Pero… ¿cómo?

Sanz avanzó para situarse debajo de la esfera, y también empezó a sonreír.

—¡No me toques, Sanz! —advirtió Sloane—. ¡O nos daremos un latigazo eléctrico de consideración!

—¿Cómo sabía que pasaría eso? —preguntó Makayla mirando directamente a Phillips.

—Lo sabía porque… siempre está ahí, respondiendo a su pregunta, señor Valve.

—Espere. ¿Siempre? —quiso saber Sloane.

Phillips asintió.

—Eso es raro… —dijo Sloane.

—¿Por qué es raro? —preguntó Hammond.

—Porque… porque la carga estática es, básicamente, un desequilibrio en la distribución de cargas eléctricas —respondió Sloane mientras daba vueltas sobre sí misma, despacio—. Se ganan o pierden electrones, ¿vale? Pero aunque en términos generales un campo eléctrico puede mantenerse de manera permanente, en ciertas circunstancias…, en la práctica…

—Tiende a disiparse —continuó Bill—. La carga estática se disipa a otros materiales o al mismo entorno.

—Entonces… —empezó a decir Hammond.

—Entonces…, es evidente. Hay algo ahí dentro que está generando un campo masivo de estática —dijo Bill—. Como esos juguetes…, esas esferas que utilizan el principio de Van Graaff.

—Sí —dijo Sloane—. Pero esos juguetes utilizan una correa móvil y rodillos para transportar la carga eléctrica a la esfera.

—Bueno —dijo Phillips—. Ahí lo tienen. Como ven, es evidente que, en el interior de la Snitch, siempre está ocurriendo algo.

—Interesante —dijo Ward—. Es…, es bastante curioso.

—¿El qué es curioso?

—Eso de que… haya algo dentro que… genera un campo de estática constante. ¿Ocurre en todas direcciones o solo hacia abajo?

—Solo hacia abajo —informó Phillips.

—Bueno —dijo Ward—. Parece un… Se me ocurre que quizá podría ser un problema. No me imagino una esfera que haya viajado hasta aquí desde Dios sabe qué galaxia… emitiendo estática como si fuera un…

—Un escape —dijo Makayla—. Sí, sí, desde luego. Como ingeniera aeronáutica, no dejaría que un aparato diseñado para el vuelo espacial emitiese emisiones de estática tan elevadas como esa. La estática es problemática. No es… en absoluto deseable, sino todo lo contrario, es potencialmente peligrosa. Apoyo la teoría de Ward.

—Qué les parece —dijo Phillips sonriendo—. En menos de una hora ya tenemos la primera teoría de trabajo. La Teoría de Ward sobre la Snitch Defectuosa.

—Cabe otra explicación —dijo Sanz—. Dado que solo emite estática hacia abajo y parece estar en buen funcionamiento por su flotabilidad constante… sin que se desplace hacia arriba o abajo ni un solo milímetro, diría que quizá eso tenga que ver con su fascinante capacidad antigravedad.

—¿Cargas estáticas para… obtener antigravedad? —preguntó Makayla con cierto desdén—. Explíqueme cómo funcionaría eso. Quisiera volar a American Airlines o Delta para firmar un contrato…

Phillips se giró con rapidez y le dirigió una mirada dura.

—Era un decir, por el amor de Dios.

—No lo sé —dijo Sanz—, pero… quisiera aprovechar la ocasión para hacer un ruego al grupo. No caigamos en la trampa de perpetrar humanismo en este proceso…

—Hu… ¿humanismo? —preguntó Hammond, confuso.

—Quería decir… antropocentrismo. Eso es.

—¿Qué es el antropocentrismo? —preguntó Sloane, que había salido ya del campo de estática y se estaba mesando los cabellos para aplacarlos.

—Es la doctrina que sitúa al ser humano como medida y centro de todas las cosas. En el campo de la ciencia lo he visto mucho. Es el infinito ego del ser humano. Si algo no se puede medir, no existe, ¿no es eso? Si nuestra ciencia de juguete del siglo XXI no ha sabido descubrirlo, medirlo y categorizarlo, es risible, desdeñable…

Ward asintió. Entendía a qué se refería Sanz porque había tratado durante muchísimo tiempo con cosas difíciles de medir o detectar. Como la materia oscura.

—Si no se puede medir o probar, no es ciencia, por definición —declaró Makayla.

—Solo quiero decir… ¡que tengamos una mente abierta! Ahí tenemos un aparato que flota en mitad de una habitación, ignorando las fuerzas de la gravedad a las que todos hemos tenido

que obedecer y tener en cuenta en todo momento. Especialmente usted, Makayla.

Makayla se vio obligada a asentir.

—Si esta mañana le hubiera dicho si era posible que una esfera de ese tamaño, con un peso probable de… cientos de toneladas… flotase a varios metros del suelo por espacio de al menos más de setenta años, habrías dicho…

—Imposible —terminó Bill, sonriendo.

—Exacto —continuó Sanz—. Y sin embargo, ahí está.

—Ahí está —repitió Chase, sonriendo.

Phillips les escuchaba mirando al suelo, con los brazos recogidos en el pecho, aparentemente indiferente, pero le gustaba mucho cómo estaba funcionando el equipo. Se dijo que, probablemente, podrían llegar a tener resultados. Probablemente.

—Ahora mismo no sabemos qué tiene que ver una carga estática con la antigravedad, pero… ¿qué sabemos realmente? Electrones que se pierden y se ganan, que se transfieren…, quizá ahí dentro haya un aparato que captura y procesa la carga estática del entorno mediante un sofisticado sistema de conversión y amplificación. Quizá genere pulsos electromagnéticos específicos que podrían interactuar con el campo gravitacional.

Makayla no dijo nada.

De repente, la idea no parecía tan descabellada.

Para ser tecnología alienígena, claro.

De repente, Phillips empezó a aplaudir.

—Estupendo —dijo—. No solo tenemos ya dos teorías de trabajo, sino el primer equipo de colaboración. La señorita Makayla Cooper y el señor David Sanz trabajarán juntos en estudiar la naturaleza de esa carga estática y cómo se comporta la gravedad a su alrededor.

Sanz exhibía una amplia sonrisa en el rostro.

—Si eso llega a determinarse —dijo Bill, pensativo—. La antigravedad… Madre mía…

—Podría… cambiar el mundo —susurró Ward.

Ward no era un hombre de negocios, un comercial o un ingeniero práctico para calcular con precisión el impacto de algo

así, pero le bastaron unos pocos segundos para tener una ligera idea del impacto transformador que tendría en casi todos los aspectos de la vida humana. Se dio cuenta de que cambiaría de una radicalmente la manera en la que el hombre interaccionaba con su entorno.

—La revolución del transporte —apuntó Makayla—. No solo los vehículos o los aviones… Las naves espaciales podrían hacer viajes más rápidos y eficientes… Sin los requisitos y los problemas de la propulsión, el espacio es un desafío mucho menos estresante…

—Sin carreteras… —dijo Sloane.

—Sin combustible, quizá —indicó Ward—. Imaginad solamente eso…

—El ahorro inaudito en costes de creación y mantenimiento de infraestructuras, no solo carreteras, hablo de toda la industria del petróleo… —apuntó Sanz.

—Hasta las ciudades cambiarían para siempre en cuanto a formas y disposición de edificios —aventuró Hammond—. Los procesos de construcción serían mucho más rápidos y sencillos.

—Es mucho más que eso —añadió Phillips—. La capacidad de contrarrestar la gravedad tendría implicaciones… impensables… en ámbitos de investigación médica y científica.

—Madre mía, sí —dijo Sloane en voz baja, calculando las implicaciones—. Hay… temas pendientes, obstruidos por el problema de la gravedad, en biología, física…, simulaciones en entornos de gravedad alterada.

—El impacto social y cultural sería abrumador —añadió Hammond despacio—. No creo que estemos preparados ahora mismo para pensar en ello. Cada avance significativo en la historia de la humanidad ha abierto y desplegado increíbles ramificaciones nuevas en el árbol tecnológico del desarrollo. Si la revolución industrial cambió el mundo para siempre, y cosas como la electricidad permitieron avanzar en direcciones impensables para la época…, imaginad algo como… —señaló la esfera, flotante e indolente, en el centro de la cámara—. Nuevas formas de vida, industrias emergentes, redefinición de la vida cotidiana…

Sloane se desplazó hacia una de las mesas de trabajo y se dejó caer en una silla.

—Demasiado para mí —dijo Sloane—. La cabeza me da vueltas y me… tiemblan las piernas —añadió con una pequeña risa entre dientes.

—Es comprensible —dijo Phillips despacio—Aún están en periodo de *shock*, se lo aseguro. Pasarán el día haciéndose preguntas y reflexionando sobre lo que se ha dicho y lo que se dirá esta mañana, aquí, ahora. Pero esta noche, cuando regresen a la soledad de sus habitaciones, se den una ducha y se tumben en sus camas con la intención de dormir, descubrirán… lo que su mente les está ocultando en este momento. El verdadero shock y el impacto que supone… el conocimiento inequívoco, la aseveración factual de que, finalmente, hay civilizaciones más avanzadas que la nuestra. Les aseguro que será algo tan impactante y por momentos tan fascinante y tan aterrador a la vez que tardarán unos días en empezar a asimilarlo.

Nadie dijo nada por unos instantes, sumidos en sus propias reflexiones.

Fue Bill quien rompió el silencio.

—Lo hemos visto, lo tenemos delante…, pero ¿qué… qué es en realidad? ¿Es una nave? ¿Un transporte? No parece un transporte. Si nunca lo han visto por dentro y no han podido acceder al interior, ¿es posible que en su interior se escondan los restos de un… extraterrestre?

—Es una buena pregunta y una pregunta necesaria —dijo Phillips con cierta gravedad—. La respuesta es sencilla. No lo sabemos. No lo sabemos. Y no lo sabemos —hizo una pausa—. Solo se puede teorizar y teorías hemos tenido muchas a lo largo de los años.

Miró a la esfera.

—¿Es una nave? Podría serlo. Sin duda. También podría no serlo. Eso depende de cómo fueran sus tripulantes y ante eso debemos mantener una mente mucho más abierta incluso de lo que la ha tenido la ciencia ficción popular. Podrían ser hombrecillos grises, pero también podrían ser seres concebidos en circunstancias

tan especiales que podrían incluso manejarse en un ámbito no tridimensional, como el nuestro. Podrían ser seres de luz.

»Bajo ese prisma… es imposible calcular la función de lo que tenemos delante. Podría ser un transporte, en efecto, pero también un pequeño juguete de una raza de gigantes, como un… fantástico, divertido… e inútil… Cubo de Rubik.

Bill soltó una pequeña carcajada.

—¿Una raza de gigantes, en serio? —preguntó Makayla con desdén.

—En realidad, no es descabellado —sugirió Ward—. El universo es inconmensurablemente gigante y está abigarrado de mega clústers que contienen clústers con millones de galaxias, y en cada galaxia, planetas con propiedades específicas muy diferentes. Una especie de titanes gigantes podría darse en un planeta con una gravedad muy baja que permitiera el desarrollo de estructuras corporales enormes. Podría tener una concentración óptima de oxígeno y otros elementos esenciales, necesarios para la respiración y el metabolismo de organismos tan grandes… y…, bueno, otra serie de características.

Phillips parecía pensativo.

—Gracias, doctor Ward…, creo que necesitaremos quizá un biólogo en el equipo… Por cierto —añadió—. Sin duda el equipo irá creciendo en los campos que precisemos. No se preocupen.

«Las habitaciones vacías. Los minibuses y las otras furgonetas», pensó Ward. Eso lo explicaba. Sonrió. Le gustaba comprobar que las cosas tenían un poco de previsión a largo plazo por ahí delante.

—Señora Sloane —dijo Phillips mirándola—. ¿Se encuentra ya algo mejor?

—Ah, estoy bien —dijo Sloane—. Mejor que bien, gracias. Solo necesitaba sentarme un rato. Todo esto es… bueno, lo que ha dicho antes sobre asimilarlo. ¡Vaya si tiene razón! Pero, por cierto, ya que lo ha mencionado —añadió—. También soy señorita.

Ward entrecerró los ojos.

Makayla no tenía esposo o familia. Sloane tampoco. Hammond no tenía pinta de ser alguien en cuyo hogar esperara

una estirada señora Hammond. Bill y Sanz eran quizá demasiado jóvenes, y él… por descontado, no había encontrado la manera de compaginar su trabajo con la pequeña gran aventura de formar una familia o explorar los vericuetos del amor, para el caso. El universo ya le ofrecía suficientes incógnitas para llenar varias vidas, muchas gracias.

Phillips debía haber calculado eso. La gente con familias, esposas o esposos, especialmente con hijos, podía ponerse muy nerviosa si estaba apartada de ellas durante periodos prolongados de tiempo.

Makayla miraba la esfera, daba vueltas alrededor de ella.

—Es regular en todos sus lados —dijo en voz baja—. Simétrica. Perfecta. Con el ojo desnudo no se detectan hendiduras ni parcelaciones en su estructura, ni partes móviles. Si esta cosa se desplaza con algún sistema de propulsión…, estaría muy sorprendida.

—Eso me lleva a una pregunta más —dijo Sanz—. Quiero decir… En algún momento alguien tendrá que… preguntarlo, así que creo que seré yo, en este momento, a falta de uno mejor.

Phillips lo miró con curiosidad.

—Desde que puedo recordar siempre ha circulado por ahí que especialmente nuestro Gobierno ha mantenido contacto con extraterrestres. Hablo de la famosa autopsia de Roswell, en Nuevo México, por ejemplo, pero también avistamientos más recientes. El Área 51, todo eso.

Phillips asintió sonriendo.

—Quiero decir… —dijo Sanz—. Sería muy útil saber qué hay de cierto en todo eso… para poder comparar nuestra Snitch con los testimonios o evidencias que existan por ahí. Aceleraría bastante los procesos de trabajo. Comparaciones, etcétera.

—Esa es una buena pregunta —dijo Bill—. ¿Puede compartir esos datos con nosotros?

—Podría, seguramente —dijo Phillips—, si tuviera conocimiento de ellos. Mi respuesta oficial es: clasificado.

—¡Ay, demonios! —soltó Sanz.

Una exclamación de decepción se extendió entre todos.

—Tranquilícense —pidió Phillips—. Comprendan que, por lo que hemos hablado, la liberación del conocimiento que extraigamos de aquí es un tema bastante… bastante delicado. Es sencillamente demasiado revolucionario y el mundo… el mundo necesita asimilar los cambios, poco a poco, sobre todo si son cambios que pueden alterar potencial y literalmente la vida de absolutamente todos los individuos que caminan sobre la tierra. Si desentrañamos aunque sea un pequeño porcentaje de los misterios que debe esconder nuestra Snitch, como usted la ha llamado, señor Sanz, tendremos que estudiar mucho y muy cuidadosamente cómo lo liberamos al mundo.

—Entonces…, hay algo —dijo Sanz, perspicaz—. Es «clasificado», no un «no».

Phillips negó con la cabeza.

—No, escuche —dijo—, clasificado es clasificado, no una declaración de que no pueda hablar de algo. Significa que, hasta donde yo sé, no tengo evidencias de ningún contacto abierto con extraterrestres o de la existencia de tecnología extraterrestre embargada por Estados Unidos en algún otro hangar. Por lo que sé —continuó diciendo—, no existe una versión alternativa de otro André Phillips, hablando con un equipo de trabajo alternativo en otra parte del mundo, en este momento. Quizá en un universo paralelo sí —dijo, bromeando—. Tal vez en ese universo paralelo, la única diferencia visible podría ser que ese André Phillips… fuese un hombre blanco.

Bill rio entre dientes.

—Es bastante decepcionante —dijo Sanz—. Habría jurado que había algo…

—Ahora, en serio —añadió Phillips—. Hay ciertos testimonios, naturalmente, y no son precisamente un secreto. Tenemos una extensa colección de documentos, firmados por nuestros pilotos, que han documentado testimonios visuales y técnicos, grabados en sus sistemas de radar. Hablo de… bastantes testimonios. Diría que cualquier piloto del cuerpo y gran cantidad de pilotos de vueltos comerciales, tienen al menos una incidencia de este tipo en sus registros.

»Oficialmente, nuestro Gobierno ya admitió que han registrado numerosas evidencias de aparatos aéreos, los denominados UAP, con una movilidad, características y capacidades que no son posible con la tecnología de la que disponemos. Giros que, en cualquiera de nuestros aparatos, generarían suficientes fuerzas G como para destrozar los cuerpos de los pilotos. Pero nunca se ha podido seguir, rastrear, identificar o comunicarse… con esas manifestaciones.

—Recuerdo aquel comunicado —dijo Bill—. Decía algo así como…: «Hay elementos de superioridad en nuestros cielos y no son nuestros».

Phillips asintió.

—Hay otros muchos casos, algunos notables, pero ninguno concluyente —dijo—. Seguro que han oído hablar de la *Batalla de los Ángeles*.

—Ah, sí —dijo Bill emocionado—. ¿Esa… era verdad?

Phillips sonrió.

—Ocurrió en el fragor de la Segunda Mundial —dijo—Lo menciono porque, como ya saben, coincide en el tiempo con el momento en el que nuestra Snitch, fue recuperada.

»Esta vez fue en Los Ángeles, California. Hubo avistamientos masivos de objetos voladores no identificados en la costa del Pacífico, que, naturalmente, desencadenaron una respuesta de defensa antiaérea. Durante las primeras horas hubo mucha confusión y todos los ojos se dirigieron a Inteligencia. ¿Cómo habían podido llegar hasta allí aeronaves enemigas, sin que nadie las hubiera advertido?, ¿por dónde se habían colado? Como comprenderán, era algo… muy grave, sorprendidos en el corazón de nuestro país. Sin embargo, no hubo ningún bombardeo, ningún ataque… y por descontado, no se encontró ninguna evidencia de aeronaves derribadas, lo que como pueden sospechar, debido al número de baterías antiaéreas desplegadas, era bastante inusual, por no decir, estadísticamente imposible.

»Cuando todo terminó, se revisó la posición de nuestros efectivos, unidades desplegadas, patrullas de alerta y reconocimiento… y, al menos internamente, se decidió que el

ataque, sencillamente, no pudo haber ocurrido y, además, no tenía ningún sentido.

—Vaya… —dijo Ward, que no conocía en absoluto la historia. Con el tiempo, había quedado relegada a ensalzados comentarios en blogs ufológicos, que no eran precisamente el tipo de literatura que él prefería o acostumbraba a leer.

—¿No se llegó a determinar la forma de aquellas aeronaves? —preguntó Sanz.

—No —declaró Phillips.

—Además de eso —siguió diciendo Phillips—, y esto es importante, hay algunos casos interesantes que nos hicieron formular una especie de teoría o hipótesis. Particularmente, si les interesa mi opinión, creo que esos datos y esa teoría podrían estar relacionadas con… —levantó al brazo para apuntar a la esfera—, nuestra misteriosa Snitch.

Hammond se acercó a Sloane y tomó también una de las sillas. Makayla se cruzó de brazos, el gesto adusto en su expresión atenta.

—El océano Pacífico —dijo Phillips—. Estamos hablando de unos ciento sesenta y cinco millones de kilómetros cuadrados, una extensión suficiente como para garantizar que es casi casi la mayor parte de la tierra, el cuarenta y seis por ciento de la superficie del océano global. En la actualidad, incluso con los avances de que disponemos, se ha explorado menos del cinco por ciento del fondo marino. Es, por lo tanto, el mayor contenedor de misterios que existe en el mundo.

—Lo sabía —dijo Sanz, entusiasmado—. ¡Siempre he pensado que los extraterrestres utilizan el mar para esconderse!

—No se precipite en sus conclusiones, señor Sanz —siguió diciendo Phillips—. Lamentablemente, no hay evidencias empíricas que nos lleven a aseverar que, bajo el agua, hay…, como usted ha dicho, seres extraterrestres. Aunque hay algunas imágenes y grabaciones de objetos entrando y abandonando el océano, no se pueden tomar como pruebas o evidencias de nada. Los procesos digitales de manipulación de imágenes y vídeo hace tiempo que arruinaron la posibilidad de que algunos de esos testimonios

puedan conformar una evidencia de ninguna clase. Todo lo que se ha registrado son rastros técnicos provenientes de señales de radar y otros sistemas de detección, incluyendo, y esta es la más interesante, extrañas marcas térmicas apareciendo y desapareciendo en el fondo marino.

—¿Marcas térmicas? —preguntó Hammond.

—Se refiere a la firma de calor que emite un objeto —informó Makayla—. Generalmente debido a sistemas de propulsión. Puede ser detectada por sensores térmicos o sistemas infrarrojos. Pero…, director, ¿esa marca térmica se ha detectado en los informes de pilotos de aviación militar cuando los registraron en sus radares?

—No… —dijo Phillips—. Bien visto. Por eso nos llamó la atención registrarla en diferentes puntos del fondo marino, de manera intermitente.

—Entonces…, esas marcas… ¿a qué se deben? —preguntó Ward.

—No lo sabemos. Pero se extienden a lo largo del tiempo, como las evidencias en los radares y otros sistemas de detección instalados en nuestros aviones y barcos militares, lo cual nos lleva al punto que quería transmitirles. La teoría del Gran Silencio, o la Paradoja de Fermi, pues fue el físico italiano Enrico Fermi quien planteó la pregunta originalmente en 1950.

—¿Qué… qué pregunta? —quiso saber Hammond.

—La Teoría del Zoo —dijo Hammond despacio.

—Efectivamente, señor Hammond —dijo Phillips asintiendo.

A Ward le sonaba haber escuchado algo similar, alguna vez, en alguna parte.

—Esta teoría pone de manifiesto una cuestión importante. Se basa a su vez en la ecuación de Drake. El señor Drake estableció una ecuación donde se consideraban varios factores: la tasa de formación de estrellas en nuestra galaxia, la fracción de esas estrellas que tienen planetas y la cantidad de planetas que podrían albergar vida… Incluso, la fracción de esos planetas donde la vida podría evolucionar hacia civilizaciones tecnológicas con capacidad para emitir señales detectables.

»Como resultado, la ecuación estipulaba que podría haber,

potencialmente, millones… o incluso miles de millones de civilizaciones en nuestra galaxia.

—Cielo santo —dijo Ward.

—Naturalmente, esto no se corresponde con la realidad —dijo Phillips—. El horizonte del universo visible cada vez es más amplio, se han enviado señales diseñadas específicamente para viajar por el espacio profundo con la esperanza de que lleguen a alguien… o a algo… Y se han observado y escuchado numerosas estrellas y planetas mediante el sistema SETI…, siempre sin resultado.

—No pinta bien, ¿eh? —preguntó Bill.

Phillips no dijo nada.

—Por eso, tuvimos que hacer la pregunta. El Gran Silencio. Si potencialmente hay tantas civilizaciones en el universo…, la conclusión más clara es que, intencionadamente, no han querido responder o revelarse de algún modo. La tierra es ruidosa, caballeros. Lanzamos un montón de señales de todo tipo al espacio continuamente, de radio, de comunicaciones, digitales, etcétera. Sería laborioso y caro, conseguir que esas señales no escaparan al espacio, revelando nuestra presencia. Por eso pensamos que las civilizaciones avanzadas más cercanas tienen métodos para mantenerse ocultas a nuestros escrutinios, y, con probabilidad, no han querido revelarse a nosotros por el motivo que sea.

»Sin embargo, todos esos datos registrados, las señales de radar, los testimonios de pilotos y, por supuesto, la existencia tangible y palpable de nuestra Snitch, indican lo contrario.

—Por eso prosperó la Teoría del Zoo —dijo Hammond con una sonrisa.

—Bueno, ¿cuál es esa teoría? —quiso saber Sloane.

—La teoría básica dice que las civilizaciones extraterrestres que, intencionadamente, no se dejan ver, pero que parecen estar por aquí, consideran este planeta como un… zoo —hizo una pausa —. Somos objeto de estudio o investigación, y, según los datos, hasta parece que somos merecedores de… sus cuidados.

Sanz pestañeó repetidas veces, perplejo.

—¿Por qué dice eso? —quiso saber Sanz.

—En periodos y zonas de crisis importantes, como zonas de guerra, zonas de pruebas nucleares, pruebas de misiles…, la actividad registrada en radares y sensores aumenta de manera que determinan un patrón evidente. Se podría por tanto interpretar que, a nuestros cuidadores, les preocupan de manera notable nuestros métodos de destrucción.

—¿No es un poco… aventurado pensar eso? —preguntó Sanz —. Puede que, simplemente, estén observando. La consecución y el uso posterior de la energía nuclear debe ser un hito tecnológico importante en cómo una civilización se mide por sus capacidades evolutivas.

—Es posible —dijo Phillips—. Como he mencionado, esta es tan solo una teoría. Hay otras. En algunas, naturalmente, se dibuja a los visitantes como… entidades indiferentes. En algunas, incluso hostiles.

—¿De qué evidencias nace esa… teoría? —quiso saber Makayla.

Phillips suspiró sacudiendo la cabeza.

Chase frunció el ceño.

«Está intentando concentrarse en el aspecto positivo», pensó. «Quiere… quiere que tengamos una visión bondadosa de la esfera. Quizá para que no trabajemos con miedo o con suspicacia…»

No dijo nada, pero le pareció una medida inteligente por su parte.

—Está bien, damas y caballeros. Pondré todas las cartas en la mesa para que puedan tener todas las piezas del puzle.

Hizo una pausa, pensativo.

—En ocasiones, se han hecho esfuerzos por perseguir y acotar, de alguna manera, la procedencia de esos registros y marcas de calor. A veces, nos hemos acercado… bastante. Esta información es potencialmente confidencial, más incluso que el resto. Ténganlo en cuenta.

Nadie respondió, estaban expectantes.

—Toda vez que ha ocurrido eso, que parecía que estábamos más cerca o que acortábamos la distancia entre nosotros y ellos… nuestros aviones, fueron destruidos.

Makayla soltó un bufido.

—¿En… serio? —preguntó Sanz. Y acto seguido, dirigió una mirada dura a la esfera—. ¿Y cómo fueron… destruidos? ¿Una colisión? ¿Rayos láser, un haz de luz? Porque diría que estamos… bastante cerca.

Phillips negó con la cabeza.

—No se registró absolutamente nada —dijo—. Simplemente, dejaron de responder y después de eso no hubo nada más. Los intentos de rastrear los restos fueron del todo infructuosos. Ni un pedazo de metal. Ni humo. Ni fuego. Ni… nada.

Se produjo un pequeño silencio.

—Bueno —dijo Sanz—. Imagino que si un león escapa de su jaula, los cuidadores utilizarán métodos bastante explícitos para devolverlos a sus jaulas.

—Eso no resta validez a la Teoría del Zoo —añadió Ward, intentando colaborar con la estimación de Phillips—. Sanz tiene razón. ¿Qué son… un par de individuos cuando su trabajo es velar por un planeta con unos ocho mil millones de individuos?

—¿En serio alguien dijo que eran hostiles por eso? —preguntó Sloane—. Es como pensar que nuestra intención es erradicar a las hormigas porque matamos a las que se han subido al plato con los emparedados durante un pícnic.

Phillips sonrió.

—Coincido con ustedes, señor Ward, señorita Sloane. Creo que una actitud positiva sobre el estudio de la esfera nos conducirá a mejores resultados.

—Bueno —dijo Makayla—. Por el momento, creo que nos convendrá… ser precavidos, en todo caso.

—Creo que Makayla no va a tocar la esfera… —dijo Bill riendo.

—¡Es cierto! —dijo Sloane—. ¡Nos ofreció tocarla! ¡Lo había olvidado!

—¿Aún quieren… hacerlo? —preguntó Phillips con amabilidad.

—Por el amor de Dios —soltó Sloane—. ¡La duda ofende! ¿Dónde dijo que estaba esa plataforma?

Bill y Sanz rieron con ganas.

2

Subieron a la plataforma, en la parte de atrás. Estaba provista de una sencilla palanca que extendía la plataforma desde su base para acercarles. Con el fin de no poner en peligro el equilibrio, la plataforma se movía con cierta parsimonia y lentitud, así que tuvieron la sensación de que la esfera se acercaba a ellos, y no al revés, y fue, en verdad, una sensación rara.

Hammond fue el primero que reparó en los pequeños surcos que cubrían su superficie: un minúsculo entramado de canales circulares que se enredaban unos con otros formando filigranas en apariencia delicadas, como el esforzado y especializado trabajo del orfebre de un Rey en una pieza verdaderamente especial.

—Fascinante —dijo.

—¿Se ha percatado? —preguntó Phillips—. Me alegro. Pensé que usted y David Sanz podrían rastrear todos esos símbolos y sacarles una interpretación, por si coinciden con vestigios históricos de alguna cultura antigua. Tal vez la señorita Cooper pueda ayudar en su campo. Quizá esos grabados tengan una función en temas aeronáuticos.

—¿Surcos de un tamaño milimétrico en la superficie? —preguntó ella, sujetando sus gafas por un solo lateral—. Lo dudo mucho.

—Sin embargo, debe tener alguna función —aventuró Ward, recalcando mucho el verbo de la frase—. Sea lo que sea, parece… funcional. No veo que haya otros elementos decorativos o artísticos en ninguna parte.

—Bien visto, doctor —dijo Phillips.

—Madre de Dios —soltó Sanz—. ¿Se… se sabe de qué material está hecho?

—Esperaba que me lo pudieran decir ustedes.

—¿Nunca han podido… seccionarlo, con algún láser, extraer un pedazo, aunque sea pequeño? ¿Analizarlo con una

espectroscopia de algún tipo?

—Encontrará ese proceso fascinante cuando ustedes mismos intenten acometerlo —dijo Phillips con cierto aire de misterio—. Sus antecesores no tuvieron demasiada suerte con eso.

Bill asintió.

—Un desafío…

—Debe ser una aleación de algún metal —añadió Makayla—. Probablemente… desconocido. Debe ser extremadamente resistente, superconductor, resistente al calor extremo… y, sin duda, con capacidades *stealth* para radares y sensores. Estoy deseando analizarlo. Podría… podría usar nanoestructuras o nanomateriales que le darían una enorme resistencia…, una fuerza importante a escala molecular. Quizá incluso… capacidades de autoensamblaje para realizar reparaciones.

Phillips compuso una expresión extraña pero, en cierto modo, satisfecha, que a Ward no se le pasó por alto.

—Mencionó que iba a contratar a un biólogo —dijo Makayla.

—¿Sí? —se interesó Phillips.

Makayla asintió.

—Estábamos trabajando en nuevos materiales, materiales biológicos o híbridos, para su aplicación en aeronaves. Se supone que deberían imitar ciertos principios de la biología para fines técnicos, como… la resistencia a impactos o la adaptabilidad a diferentes entornos. Necesitaré trabajar con uno para no descartar nada.

—Lo tendrá, Cooper —dijo Phillips—. Se lo garantizo.

En ese momento, la plataforma se detuvo.

La *Snitch* estaba, por fin, al alcance de la mano.

—Bueno —dijo Sloane, nerviosa—. Qué… Qué momento, ¿no?

—Desde luego —dijo Sanz.

—¿Seguro que es… seguro? —preguntó Makayla.

Phillips suspiró y extendió la mano, entrando en contacto con la esfera.

—Le aseguro, señorita Cooper, que he hecho esto tantas veces que me ha sido imposible mantener la cuenta. Y le prometo que, al

principio, llevaba un registro mental. Yo y muchas otras personas a lo largo de estos ochenta años.

Chase, como todos los otros, tenía una sensación especial en el pecho. En una entrevista le preguntaron cuál era, para él, el hito más significativo en su carrera. Contestó que el mayor hito en su carrera, o en la carrera de cualquier otra persona, debía ser necesariamente el momento en el que el primer astronauta abandonó su planeta natal para llegar al espacio. Dijo que, ese momento, ese fulgurante instante, coronaba toda la evolución humana, cada pequeño avance, cada pequeño progreso, desde la concepción de los cohetes V2 por parte de los ingenieros alemanes hasta la introducción de las ceras sintéticas, como la cera de soja o la de origen vegetal, habían sido contribuciones significativas que habían llevado hasta aquel glorioso momento. Y ahora tenía delante un artefacto adelantado a sus logros decenas, cientos o miles de veces, fabricado por manos o tentáculos o robots de otro planeta, ubicado tal vez a millones de años luz de la tierra. Un *spoiler* evidente de lo que la humanidad conseguiría, algún día, si conseguía sostenerse en su periplo vital.

Algo parecido sentían todos.

Como Phillips había dicho, acababan de empezar a ser…

Realmente.

Conscientes.

De lo que tenían delante.

Se quedaron callados unos momentos, quizá como permitiendo que el instante dejara su huella en la memoria. Creando sin pretenderlo un recuerdo imborrable.

Por fin, con lentos movimientos, colocaron su mano sobre la esfera.

No estaba fría, ni tampoco particularmente caliente, y el tacto era suave; las filigranas eran tan pequeñas que no se percibían con las yemas de los dedos. Suave. Agradable. Pero, bien fuera por el conocimiento que tenían sobre su naturaleza o por otra cosa, todos reconocieron que había cierta sensación… electrizante.

—Sí —confirmó Phillips—. Creo que ya han podido notarlo.

—Es como… ¿más estática?

—Es posible —dijo Phillips—. Pero hay algo más aquí, algo que quizá no les guste demasiado a sus mentes adiestradas para los procesos científicos.

—Madre mía —dijo Bill.

Sloane se rio.

—Tengo la mente más abierta de lo que cree, André —dijo.

—Y… ¿de qué se trata? —quiso saber Sanz.

Phillips compuso una expresión difícil de interpretar, entre pensativo y ceñudo.

—Creo firmemente…, y esto es una opinión personal…, que la Snitch establece algún tipo de vínculo íntimo entre ella y los individuos que están en su proximidad. Particularmente, entre los que establecen un contacto físico continuado con ella.

—Bueno —dijo Hammond—. No sería… descabellado, en mi opinión.

—Espere —se metió Bill—. ¿A qué se refiere con un… vínculo? ¿Qué clase de vínculo?

Phillips paseaba la mano por la superficie, algo distraído, como acariciando el artefacto. Sloane debió percibir algo extraño, porque interrumpió el contacto en el acto.

—Esto no es ninguna evidencia científica, pero es algo que… intuyo en el corazón. Me gustaría que establecieran contacto físico con la Snitch, al menos una vez cada día. Hagan un registro de posibles cambios en sus patrones de sueño, sensaciones, intuiciones, pensamientos inusuales y los comparamos en un par de semanas.

—Qué está diciendo… —soltó Makayla.

—Esto es una petición personal —dijo Phillips—. No es obligatorio. Si no desean participar en este experimento, pueden ignorarme.

—Vale —dijo Sanz—. Yo me apunto.

—Yo también —exclamó Bill.

—No tienen que decidirlo ahora —añadió Phillips. A esas alturas, todos habían retirado el contacto—. Dentro de un par de semanas, los que hayan decidido proceder con este pequeño experimento podrán compartir sus notas conmigo. Será un pequeño

anexo en sus procesos de investigación basados en protocolos científicos.

—Pero… ¿en qué se basa para pedirnos algo así? —preguntó Sanz.

—En varias experiencias pasadas —dijo Phillips—. Incluso personales.

—Espere… —soltó Bill sonriendo—. ¿Tiene un vínculo con… esta bola?

—Puede jugar con la construcción de las palabras para darle un tono jocoso o incluso burlón, señor Valve —exclamó Phillips—. Pero como he dicho, hay cosas que gravitan alrededor de la línea convencional de pensamiento que produce la razón. Y dado el tema con el que tratamos, manifiestamente desconocido, que bucea por terrenos que ahora clasificamos como imposibles, no quiero pasarlo por alto. No quiero… dejar nada dentro de la caja.

—Es realmente misterioso —opinó Ward.

—Aquí, señor Ward, todo lo es —exclamó Phillips con aire solemne—. Permítame que insista: debemos mantener una mente abierta a posibilidades que ahora relacionamos más por la literatura y el cine fantásticos. Cosas que no nos parecen posibles, pueden ahora serlo, ahí dentro —dijo, mirando la esfera—. Escondidas de la vista. Cosas que asociamos son supercherías y patrañas, podrían ser un pilar más de la fundación de la realidad. Por favor, téngalo muy en cuenta.

«El Misterio», pensó.

—Por supuesto —dijo Ward—. Me he especializado en materia oscura. Al principio, cuando su estudio comenzó, también era un tema que muchos desdeñaban, precisamente por la dificultad para medirla o detectarla siquiera. Hoy día es un tema serio de investigación racional.

Phillips sonrió.

—Creo que esto es todo por ahora —dijo—. Tienen suficiente información que procesar y ha sido un buen inicio. Les sugiero que vuelvan al edificio donde están sus habitaciones y pasen el resto del día pensando en todo lo que se ha hablado. Denle reposo. Consideren sus implicaciones. Dejen que su mente científica haga

preguntas. Pueden anotarlas y las repasaremos mañana por la mañana, a la misma hora. Estoy seguro de que, para entonces, las preguntas nos llevarán una jornada entera.

—Ah, no —dijo Sanz—. Estaba deseando empezar…

—Yo también —coincidió Sloane—. ¡Qué demonios! Abre la puerta tres y nos dice: ¡es un platillo volante! ¿Y, entonces…, cierra la puerta?

Phillips soltó una carcajada; Bill, Ward y Sloane se unieron a las risas.

—Lo siento, señorita Sloane. Esta interrupción es obligatoria. Necesitarán cuarenta o setenta y dos horas para poder empezar a pensar en cómo van a afrontar siquiera el trabajo. Sea paciente. Este artefacto lleva, probablemente, casi cien años esperando, si no más. Puede que miles de millones de años, por lo que sabemos. Haga lo que le pido, por favor; habrá tiempo de hacer trabajos en profundidad.

Hubo más protestas, y algunos comenzaron a hablar entre ellos, de forma atropellada, sobre sus ideas para los primeros procesos de análisis. Todo el mundo sentía que tenía demasiado trabajo en sus manos.

Ward no sabía, honestamente, cómo iba a empezar a trabajar con aquella cosa. Su trabajo y su conocimiento estaba relacionado con el espacio profundo; utilizaba datos observacionales, modelos teóricos y simulaciones para investigar cosas como la evolución estelar, la formación de galaxias, la cosmología… y, si tenía suerte, la naturaleza del espacio-tiempo. Sus herramientas eran los telescopios, no los microscopios.

Pero al ver al equipo hablar entusiasmado, no pudo evitar sonreír.

«Le va a encantar», había dicho Phillips.

Y por todos los millones de estrellas en el cosmos…

Ya le estaba encantando.

Capítulo 7

El Gran Peligro

El doctor Chase Ward, como los demás, regresó al edificio dormitorio, pero aunque los demás fueron directos a la cafetería para hablar del tema, él (y Hammond, en realidad) prefirieron estar un rato a solas.

Cuando llegó a la habitación, se tumbó sobre la cama (que alguien había hecho ya, por cierto, un clamoroso aplauso para el Hotel Horizonte) sin quitarse siquiera los zapatos. Ese hecho en apariencia insignificante era muy elocuente: cualquiera que lo conociera podía decir, sin ningún género de dudas, lo atribulado que estaba.

Ward tenía la mente desordenada, llena de pensamientos caóticos que se solapaban y se pisaban, y no estaba acostumbrado a tener su mesa de trabajo mental tan desordenada. Su padre le habló en cierta ocasión sobre cómo se manejaban las reflexiones y las ideas.

—Lo malo de pensar es que nadie te instruye sobre cómo debe hacerse. Se da por hecho, ¿sabes? Así que la manera en la que tú piensas y cómo manejas la información en tu cabeza puede ser única, diferente a como lo hace cualquier otra persona, y así para todo el mundo. Es un proceso autodidacta, y se da por sentado cuando eres todavía muy pequeño, así que… imagínate el caos.

»Lo malo de los pensamientos es que son… difusos, abstractos. Creemos que el hombre lleva siendo hombre tanto tiempo que está acostumbrado a razonar, pero no es así. No hemos tenido tiempo de aprender, evolutivamente, a manejar nuestro cerebro.

»El truco, Chas, es acostumbrarte a discurrir de manera que

siempre puedas responder, inmediatamente, a la pregunta: ¿en qué estás pensando? Cuando te preguntan algo así, en un momento cualquiera del día, normalmente tienes que procesar un poco y ordenar tus ideas antes de responder. Entrena tu mente para que sea una agenda ordenada, consultable, como si tuvieras que poner tu cerebro en una mesa y fuese a ser leído por otras personas.

A Chase, ese pequeño discurso le pareció muy acertado, y siempre trató de respetar su principio. El problema surgía cuando se manejaba demasiada información, recibida de manera masiva y en poco tiempo. Le costaba compartimentalizarlo todo, ordenar sus cajones y archivos, clasificarlo. Una línea cada vez. Una etiqueta después de otra etiqueta. Porque cada vez que inspeccionaba un elemento en su mente, esta deseaba desesperadamente crear vínculos y relaciones con los otros nuevos elementos, y, a su vez, estos llenaban pizarras enteras de preguntas.

Suspiró mientras se tomaba una pausa para concluir que el cerebro humano sí que era un prodigio.

«Producto de la azarosa y simple evolución», se dijo con una sonrisa, recordando a su padre. Se preguntó qué pensaría él de aquella situación. De la certeza de que había otros planetas con vida inteligente, en alguna parte, y muy inteligentes al parecer.

De hecho, le gustaría bastante hablar con él.

Ver su reacción.

Sus disquisiciones.

Su padre había sido viajante toda su vida. Se subía en el coche y viajaba por el estado ofreciendo sus productos a cualquier oficina y comercio que pudiera encontrar, sin olvidar visitar los lugares que ya eran clientes, por si querían hacer otro pedido. Vendía de todo, desde papel a productos para la alimentación de bebés. Chase siempre pensó que no era un trabajo a la altura de su capacidad intelectual. Su padre era muy listo. Perspicaz. Sagaz. Tenía sus propias ideas sobre casi todo, depuradas de su propia observación y reflexión. No en pocas ocasiones, Chase encontraría trabajos y pensamientos de grandes celebridades que ya había escuchado de boca de su padre, y estaba razonablemente seguro de que él no había accedido a esa información porque su padre no leía

nada, no miraba la televisión, ni tenía amigos más allá de su propia familia.

Así que sí…, le hubiera encantado disfrutar de los comentarios frescos y originales de su padre.

Después de un rato, Chase decidió que estaba demasiado excitado para seguir tumbado en la cama. Pensó en un cigarrillo. Era un hábito espantoso, por descontado, pero para él tenía ciertas connotaciones de festejo. La gente celebraba con alcohol, pero él detestaba el alcohol; si había alguna manera de desordenar rápida y fulminantemente todos sus archivos y registros, era con alcohol. El cigarro…, bueno; había cierto misterio ritual en llenar sus pulmones con humo, como los antiguos indios americanos, y al fin y al cabo, uno al año no podía ser tan malo.

Pero algo le decía que no había ni un solo sitio donde encontrar tabaco en toda la base, como no fuera el bolsillo escondido de algún soldado, en alguna parte.

Pensó en llamar a Albert.

Le… encantaría… llamar a Albert.

Sonrió solo con pensar su reacción. Chillaría, a buen seguro, con una especie de graznido heredado de sus ancestros irlandeses, y haría exclamaciones sacadas de una película de época. Empezaría a hacer mil preguntas y a construir una larga larga lista de precauciones. «Eso puede ser potencialmente peligroso, Chase…, deberíamos…, deberíamos llamar a un experto».

Pero no podía hacer tal cosa, por supuesto. Se lo advirtieron en la primera reunión, la que tuvo con la secretaria ejecutiva Patel: los mensajes, *e-mails* y llamadas, toda comunicación con el exterior, sería monitorizada, leída o escuchada, grabada, almacenada. Si detectaban cualquier cosa, en el transcurso de una llamada, que les pareciera que podía interpretarse como un elemento que pudiera, remotamente, conducir a algún tema relacionado con «el asunto», cortarían la comunicación, y se estudiarían medidas disciplinarias tras un examen exhaustivo de la infracción.

Podía llamarlo, sí. Le gustaría escuchar su voz. Podrían hablar de otra cosa… Pero tal y como estaban las cosas, no podía asegurar

que pudiera mantenerse al margen. Tenía todo el asunto a flor de piel. Diría algo así como…: «¡Hola Albert! ¡Te he echado de menos! ¡Adivina lo que tienen aquí escondido en un sótano, no te lo vas a creer, Albert, te juro que no!».

Sacudió la cabeza, riéndose entre dientes. Con un par de movimientos rápidos, salió de la cama.

No. Iría abajo, a ver si aún quedaba alguien con quien hablar del asunto. Alguien divertido, como Bill, Sloane… o Sanz. Sanz le gustaba. Makayla… parecía una mujer dura, algo agreste. Imaginaba que una ingeniera aeronáutica debía trabajar en un sector muy competitivo, veloz, donde los resultados de su trabajo, a diferencia del suyo, iban encaminados a fines comerciales. Eso debía añadir bastante presión. Y Hammond… aún tenía que hablar con él en persona, a ver de qué estaba hecho.

Se miró al espejo antes de salir.

—Qué te parece, Ward —dijo a la imagen reflejada—. Extraterrestres…

Cuando abandonó la habitación, estaba sonriendo.

2

Ward se sintió afortunado cuando entró en la cafetería. La mayor parte del equipo debía haberse retirado y solo quedaba Sanz. Estaba disfrutando de una lata de refresco y miraba con aire pensativo por el ventanal, que presentaba un bonito paisaje de las llanuras de Nebraska.

—¡Eh, doctor! —dijo.

—Hola, David —saludó él—. Quizá deberíamos dejar de llamarnos… doctor esto, doctor aquello —añadió—. Aquí todos somos doctores en algo…

Sanz sonrió.

—¡Tiene razón! —dijo—. Madre mía…, ¿se da cuenta de la de veces que nos diremos eso unos a otros, en los próximos meses? ¡Tiene razón! ¡Usted tiene razón! ¡Toda la razón!

Chase se rio, divertido.

—¡Bueno! —exclamó—. ¡Eso… eso espero! Llámame Chase —pidió.

—Sí, claro. David. —dijo en voz baja—. Todo bien…

—Estás… ¿estás bien? —preguntó Chase.

David se volvió para mirarle.

—Que si… ¿estoy bien? —preguntó—. Por todos los cielos, Chase. Estoy… estoy en una nube. Estoy emocionado, estoy increíblemente eufórico. Estoy maravillado y hasta asustado. Si me pinchas y sacas un poco de mi sangre ahora mismo, podrías sintetizar una droga que haría que la cocaína pareciera harina sin gluten.

Chase soltó una carcajada.

—En… entiendo —dijo—Me siento… me siento igual. He estado tumbado en la cama, ordenando…, ya sabes…, los pensamientos. Pero oye… —añadió, fingiendo que miraba a uno y otro lado—. ¿Crees que es seguro… decir *cocaína* por aquí?

David compuso una expresión confusa, pero casi al instante, rompió a reír.

—Oiga —dijo—. ¡En serio! Ahora que lo dice… No va a creerse lo que me ha pasado. He intentado hacer una especie de diario, tomar notas de todo, ya sabe, de todo lo que se ha dicho, de lo que he visto… en el ordenador de la habitación…, y cuando he empezado a escribir en el documento… se ha borrado. Desaparecido. En el acto.

—Ay, Dios mío —exclamó Ward, dándose cuenta de que lo que había hecho Sanz estaba prohibido.

—He pensado que…, bueno, que debía ser una castaña de ordenador, ¿sabe? Pero luego me he dicho…: «Estás en un sitio donde tienen una puerta redonda que debe costar como… diez kilotones de millones de euros, así que...».

—No…, espera… —interrumpió Chase—. Es por la… confidencialidad, ¿sabes?

—Claro —dijo Sanz—. Lo sé…, pero… era mi habitación. Mi habitación privada.

—No, pero… recuerda que la única zona donde podemos hablar libremente de esto es… dentro del Área de Excepción a la

que nos dan acceso nuestros pases. No fuera. No podemos… procesar datos fuera de ella. No podemos extraerlos. No podemos…

—Ah, vale, vale —dijo Sanz apresuradamente—. Pues… Pues, claro. ¡Otra vez tiene razón! —añadió sonriendo—. Si la verdad es que… lo sabía. Tengo la cabeza hecha puré, ¿sabe? Cielo santo. Mi primer día y la cago en eso…

Chase volvió a reír.

—No creo que deba preocuparse. A lo mejor, la secretaria ejecutiva Patel le da una charla de refuerzo, pero… es normal que al principio…

—Bueno, es una cosa seria —dijo Sanz—. Vaya. —Miró alrededor, confirmando que no había nadie en la sala además de dos miembros del servicio de restauración que debían estar dentro, en la cocina, a bastante distancia. Luego se acercó a Chase en tono confidencial —Oiga…, ¿cree que podemos hablar del asunto aquí, entre nosotros?

Chase miró alrededor.

—No veo a nadie por aquí —dijo en voz baja—. Así que, si mantenemos un tono de voz confidencial, creo que es razonablemente seguro.

—Vale —dijo Sanz—. Qué alivio. Creo que si no hablo de esto con alguien, me volveré loco.

—Es comprensible —dijo Ward con amabilidad—. Me pasa lo mismo, no creas. He subido a mi cuarto, me he tumbado en la cama y he estado intentando ordenar mis ideas. Siempre se me ha dado bien, ¿sabes? Es como… como funciono. Pero no he podido. Son demasiadas cosas, demasiados interrogantes… y tan relacionado con mi objeto de estudio que… estoy convencido de que va a ser una experiencia que cambiará mi vida.

—¡Desde luego! —dijo Sanz—. ¿Cómo mirar al cielo nocturno, lleno de estrellas, sin preguntarse… cuál de ellas podría ser el hogar de… seres extraterrestres? Imaginar… naves espaciales viajando silenciosas por el espacio, pensar en cómo serán las ciudades y los hábitos de vida de esos seres…

—Sí —dijo Chase pensativo—. Es… Bueno, no he llegado tan

lejos todavía. Por ahora creo que me concentraré en la Snitch antes de pensar en todo eso.

—Claro —dijo Sanz, sonriendo—. Soy… soy un gran fan de la ciencia ficción, en concreto, del espacio. *Dune*, *Star Wars*, *Starship Troopers*…, la lista es… es interminable.

—¡Por supuesto! —dijo—. Creo que a todos los que nos dedicamos a esto nos gusta… escapar un poco de la realidad, de vez en cuando. De pequeño veía *Star Trek*, *Galactica*, *Space: 1999*… Aquellas series eran increíbles. Ya no las hacen.

—*Space 1999* —exclamó Sanz riendo—. Es gracioso cuando la realidad alcanza la ficción y la sobrepasa…

—Imagino que, en aquel entonces…, hablo de los años setenta, mil novecientos noventa y nueve sonaba realmente lejano.

—A los visionarios de la ciencia ficción les falta, según parece, un poco de miras a largo plazo, ¿eh?

—Qué paradójico —respondió Chase.

—A propósito de todo esto, Chase… Tenemos un… experto en historia de la humanidad, un astrofísico, un lingüista, una física, una ingeniera aeroespacial y un científico matemático…, pero… ¿no cree que al equipo le falta la incorporación de un… ufólogo?

Chase dio un respingo, los ojos muy abiertos.

—Un experto en temas extraterrestres, UAP, cosas como avistamientos, etcétera —explicó Sanz.

—Sé… sé lo que es un ufólogo —dijo Chase rápidamente—. Es solo que… creo que entiendo al director Phillips en su decisión de no incorporar a uno en este proyecto.

—¿Ah, sí?

—Bueno, sí. Para empezar está el tema de la confidencialidad. Los ufólogos están siempre divulgando y acusando al Gobierno de ocultarnos cosas. Lo tienen tan interiorizado, que puedo imaginarlos saliendo de aquí con un montón de vídeos robados sobre lo que aquí se esconde…

—Oh, sí —dijo Sanz—. Muy cierto… Pero me refiero, a alguien serio. Alguien… confiable. No lo sé. Me consta que a nosotros nos han investigado. Nos han evaluado. Seguro que han metido todos esos datos en un ordenador y han calculado la

posibilidad de que nos vayamos de la lengua.

Ward asintió.

—Es posible —dijo—. Pero los ufólogos…, por lo general, por lo que he podido curiosear por ahí, seguramente en sitios como Reddit, son demasiado… entusiastas. No tienen límites en la cantidad de cosas que pueden creer, ¿me explico? Cualquier evidencia mínima que huela remotamente a UAP acaba en su pequeño cajón de trucos…, entonces, su aportación para explicar lo que tenemos aquí puede desviarse, perderse por vericuetos, en ocasiones, demasiado inconexos, extraños… e irremediablemente… incorrectos.

Sanz asintió.

—Vaya —dijo—. Puede que… ¡puede que tenga razón!

Rieron juntos.

Sanz miró hacia la cocina.

—Vaya —dijo con una sonrisa—. Lleva aquí ya diez minutos y no ha venido nadie a preguntarle qué quiere tomar. Se supone que todo es gratis, pero… es como el truco de los bufetes de TODO LO QUE PUEDA COMER. En realidad es más bien TODO LO QUE NOS DÉ LA GANA SERVIRLE HASTA QUE SE HARTE Y SE MARCHE.

Chase volvió a reír.

Luego carraspeó. Habían estado jugando con todo tipo de preliminares, pero era hora de enfocar de nuevo la conversación.

—David —dijo despacio—. ¿Qué te dice el corazón sobre ese artefacto? ¿De qué crees que se trata?

Sanz entrecerró los ojos. Ahora miraba de nuevo al panel.

—No lo sé —admitió—. Cualquier cosa que… digamos, será solo una conjetura sin base alguna, así que…

—Desde el corazón —pidió Chase—. Hablo de tu intuición más pura.

—Entiendo —dijo Sanz. Pensó durante unos instantes, concentrado—. Creo que se trata de… algún tipo de dron explorador. O un dron de alguna clase, pero no creo que haya sido diseñado para ser conducido por pilotos… No parece tener ningún tipo de entrada, abertura, y cuando se abrió… en las imágenes que nos mostró el director… me pareció ver cavidades como…

contenedores.

—¿En serio? —preguntó Ward—. No me fijé.

—Puedo estar equivocado —explicó Sanz—. No vimos las imágenes durante demasiado tiempo. Estoy deseando poder examinarlas en profundidad… con una buena herramienta de *zoom*, ¿sabe lo que le digo?

—Por supuesto —dijo—. Pero veamos… Pensemos en esto por unos momentos… Has aventurado algo con el corazón, pero el corazón, por mucho que los románticos insistan en lo contrario, no contribuye en absoluto a la línea de pensamientos —dijo con una sonrisa—. Así que lo que has hecho es… tirar de una línea de pensamientos que subyacen a las premisas con las que trabaja tu mente. Has dejado la razón por otra serie de elementos que tienen quizá menos sentido y han sido «descartados». ¿Qué tipo de conclusiones descartadas te han hecho aventurar esa hipótesis?

Sanz pestañeó.

—No estoy seguro, doctor…

—Chase, por favor.

—No estoy seguro, Chase. De verdad que no…

—No pasa nada —dijo Chase—. Veamos. Aceptemos por un momento esta premisa como cierta: la Snitch es un dron. ¿De acuerdo?

Sanz asintió.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Nos… examina —dijo Sanz—. Nos investiga.

Chase movió la cabeza con suavidad.

—Creo que… —empezó a decir— una raza alienígena que ha tenido la capacidad de hacer llegar un dron hasta aquí y que, en palabras del director, puede hacer giros en L a velocidades alucinantes, que ignora la fuerza de la gravedad sacando energía del… del aire al parecer, ya que permanece funcional por un espacio de ochenta años o más, seguramente, tiene tecnología para examinarnos sin lanzar drones al aire. No necesita interaccionar con el terreno. Nosotros mismos tenemos telescopios con los que podemos observar a miles de millones de años luz de distancia, como el GMT. Tenemos sensores de rayos X, tenemos imágenes

térmicas a distancia… Podemos, con un sistema de guiado por vídeo desde satélites emplazados en órbita, colar un misil por el hueco de una chimenea…

—Sí —admitió Sanz.

—Entonces, si es solo para observarnos, el dron no es necesario. Debe estar haciendo algo más…

Sanz lo miró, pensativo.

—¿Recoger muestras?

—Es una tarea razonable —dijo Ward—. Concordaría con su observación de que el dron tenía cavidades cuando se abrió. Para las muestras. Pero eso implicaría que el dron acababa de venir a trabajar a la tierra cuando lo encontraron porque, admitámoslo, ¿cuántas muestras necesita de este planeta una raza con una tecnología tan avanzada? Entre 1969 y 1972 nosotros recogimos… casi cuatrocientos kilos de rocas lunares durante las misiones Apollo, pero nuestros sistemas de análisis eran burdos e ineficientes por entonces, y las muestras debían repartirse en un montón de lugares diferentes para análisis muy distintos. Creo que esta raza, presumiblemente, no debe tener los problemas que tenemos nosotros, y sus análisis deberían ser mucho más completos y rápidos.

»Y hay otra cuestión en contra de esa teoría —siguió diciendo Ward—. Phillips dice que esos avistamientos y registros se han estado manteniendo incluso en la época actual. Prácticamente dijo que cada piloto militar tiene al menos un informe de UAP en su historial…

—Sí —dijo Sanz, fascinado.

—Eso son muchos drones. Drones que entran y salen del mar continuamente y se las apañan por mantenerse en secreto, o tan en secreto como pueden, a medida que nuestra tecnología aumenta.

—Demonios, sí —dijo Sanz.

—¿Para qué tantos drones, trabajando febrilmente durante décadas, recogiendo muestras… o, quizá…, recolectando recursos?

Sanz abrió mucho los ojos.

—Por los cielos, Chase —dijo Sanz—. La marca térmica.

—La marca térmica bajo el agua… —dijo Chase con los ojos

brillantes.

—Actividad… actividad industrial. No propulsión. Los drones no necesitan ese tipo de propulsión, eso ha quedado demostrado. Solo había marcas térmicas bajo el agua. ¿Un… módulo constructor sumergido? —aventuró.

—¿Hablas con la mente o con el corazón? —preguntó Chase, divertido.

—No tengo ni idea —admitió Sanz—. Pero… me suena bien.

—¿Y qué construyen bajo el agua? —preguntó Chase, guiándolo por sus cadenas de pensamiento.

—Lo que sea que construyen, no es una instalación permanente —dijo Sanz soñador—, porque la mueven de un sitio a otro a medida que el aparato militar los va cercando…

Chase lo señaló con el dedo.

—Bien visto.

—Es algo móvil…

—Veamos —dijo Chase—. Tiene que ser algo extraordinariamente complicado de construir, dado que lleva aquí tanto tiempo. En la antigüedad, un herrero experto podía tardar varios días, incluso semanas, en producir una sencilla espada de combate. En la actualidad, una fábrica de montaje puede tardar unas doce horas en producir un coche más o menos sencillo. Por lo tanto, es fácil deducir que esta raza misteriosa debería tardar muchísimo menos en producir algo.

—No lo sé —dijo Sanz—. Puede ser algo… espantoso. Como una máquina de terraformación que pueda adaptar el planeta a sus necesidades.

Chase rio con ganas.

—Pero el universo es enorme, Sanz —dijo—. Estoy seguro de que nuestra raza alienígena debe haber encontrado millones de planetas donde pueden vivir sin dedicar tanto esfuerzo y sin tener que esconderse de habitantes indeseables, como nosotros. Si por ejemplo su organismo procesa hidrógeno y helio para respirar, podrían simplemente elegir Júpiter. Si lo que necesitan es dióxido de carbono, podrían instalarse en Venus. Personalmente creo que deben venir de… bastante lejos. El director Phillips sostiene que se

ocultan de manera intencional de nosotros, pero… el universo observable es cada vez mayor, David. Hemos rastreado nuestra periferia con verdadera intensidad, con el espíritu explorador que nos caracteriza… sin que hayamos detectado ni una señal remota, ni un movimiento de absolutamente nada…

—Entiendo —dijo Sanz, reflexivo. Chase no lo veía, pero por debajo de la mesa batía la pierna como un martillo percutor, de puro nerviosismo.

—Se me ocurre que, tal vez, no estén construyendo algo grande que lleve mucho tiempo… sino a lo mejor, muchas cosas pequeñas, que completan aquí, y luego envían a alguna parte… Como componentes quizá.

—Claro… —dijo Sanz—. ¡Eso es!

Chase volvió a reír.

—No, espera —dijo—. Solo… solo estamos jugando a teorizar… No sentemos cátedra tan pronto.

—Pero tiene sentido —dijo Sanz—Tiene mucho sentido. Quizá las características de este planeta, la presión del agua, o el uso de agua, cosas como la gravedad, incluso la temperatura o la cercanía del sol, podrían ser propicias para fabricar ciertos componentes que, en su planeta natal, requieren esfuerzos más costosos…

—Es perfectamente posible —admitió Ward.

—¿Qué dijo Makayla? —preguntó el lingüista—. En algún momento de la charla, hace un rato. Dijo… que estaban investigando componentes biológicos para la fabricación de estructuras. ¿No es cierto?

—Sí —confirmó Chase.

—Entonces, a lo mejor tienen un… criadero de peces o criaturas marinas, allí abajo… las cuidan, para su proceso, en aras de la sostenibilidad. O las cazan, simplemente. Tal vez por eso mueven su módulo constructor de un lado a otro.

—Eso… eso también es plausible.

—Vaya… —dijo Sanz—. Esto va a ser… alucinante.

—Y complicado —observó Sanz—. Podemos pasar muchas veladas agradables teorizando sobre estas cosas. Inventar es…

rápido es barato… pero respaldar con evidencias esta teoría, incluso suponiendo que sea la correcta…, eso va a ser costoso, y va a requerir mucho mucho tiempo.

»Vaya guasa —siguió diciendo Sanz—. ¿Se imagina? Si estuvieran… saqueando poco a poco este planeta para llevarlo a alguna otra parte.

—Podríamos formular una serie de teorías, supongo. Ir registrándolas una por una y luego analizarlas con cuidado, en particular cuando se combinan con otros elementos de conocimiento de los que ya disponemos —opinó Chase, que casi no había escuchado a Sanz, sumido en sus propias reflexiones—. Por ejemplo, Phillips mencionó que el número de avistamientos aumenta en épocas de crisis como las guerras. Particularmente, cuando hay pruebas nucleares, desastres nucleares, pruebas de misiles…

—Bueno, esa parte casa con nuestra teoría —aventuró Sanz—. Si están usando este planeta como base de operaciones para sus intereses de construcción, es lógico que, en ocasiones, asomen la cabeza cuando detectan ruido fuera. Sería como un pequeño taller en un barrio malo. Estás trabajando… y, cuando fuera escuchas disparos, peleas, tumultos… dejas de trabajar y te asomas para ver si tus intereses están en peligro.

—De acuerdo —dijo Chase, pensativo—. Esa parte encaja. Muy bien. Habría que hacer una base de datos relacional. Podría crear unos criterios para casar teorías con hechos, todos los hechos, y ver si funcionan.

—Pondríamos todo lo que sabemos… —dijo Sanz.

—Todo. Esa parte es importante.

—¿Incluyendo la parte de que son hostiles?

—Bueno… —carraspeó Chase—. No diría que son… necesariamente hostiles. Diría que son… neutrales.

—¿Legales neutrales? —preguntó Sanz.

—Sí…, legales neutrales —exclamó Chase—. ¿También jugabas a *Dungeons & Dragons*?

—Mucho, sí.

—Era genial… Ya hace tiempo —dijo, soñador—. Pero…

sigamos. Por favor. Legales neutrales en cuanto a que nos dejan en paz hasta que los acorralamos. Entonces…, eliminan la amenaza. Es justo y hasta comprensible. Solo la amenaza puntual. Una raza caótica neutral eliminaría quizá la amenaza global, que es el conjunto de los seres humanos, especialmente cuando jugamos con los fascinantes horrores de la energía nuclear.

—De acuerdo —dijo Sanz.

—Sin embargo… —dijo Chase, reflexivo—. Hay otra cosa…

—¿Qué otra cosa?

—Algo que dijo Phillips. Dijo que se nos acaba el tiempo.

Sanz mutó la expresión del rostro.

—Eso dijo. Estamos en peligro. Se nos acaba el tiempo.

—Sí —graznó Sanz.

—¿Cómo casa eso con… nuestra teoría?

—Bueno —dijo Sanz—. Creo que… deberíamos preguntarle al director Phillips.

Chase negó con la cabeza.

—No lo dirá —dijo—. No dirá nada que tenga como clasificado o lo habría dicho ya. De hecho me ha sorprendido que haya puesto sobre el tapete tanta información no estrictamente relacionada con el objeto del estudio.

Sanz asintió. Se pasó las dedos por entre el cabello alborotado.

—Es desalentador —exclamó—. Lo que me gustaría saber…, lo que necesitamos saber es… cuál es el Gran Peligro.

—Diría que es importante, en efecto —susurró Ward.

Trató de pensar, un poco.

¿De qué datos podía disponer Phillips para decir eso?

No era una conjetura.

Era un hecho fáctico.

Por eso, se dijo, por eso habían abierto la investigación a civiles. Tantos recursos, tanto presupuesto…

«Lo tendrá, se lo garantizo», había dicho Phillips cuando Makayla sugirió que necesitaba un biólogo.

«Tendrán todo lo que necesiten.»

Phillips dijo que la esfera había dormido desatendida en

oscuros almacenes, sin que hubiera una triste cámara de vigilancia monitorizándola.

Pero eso había cambiado.

Pensó en la puerta de diez kilotones de millones de euros, como había dicho antes Sanz bromeando. Pero la evidencia estaba ahí y era clarísima. Allí había una inversión millonaria y la única forma en la que podían haber pasado de un almacén birrioso a esto era que…

El Gran Peligro existía de una manera clara.

—Quizá debamos ajustar nuestra teoría —dijo Sanz—. A lo mejor no están terraformando. A lo mejor están… construyendo un arma.

—¿Un arma para qué?

—Para… nosotros, claro —dijo Sanz.

—No —dijo Chase—. Eso no tiene sentido. Somos una raza extremadamente débil con múltiples debilidades. Necesitamos oxígeno para vivir y el oxígeno tiene una particularidad: es un huésped colosal cuando se trata de invitar a virus de todo tipo a convivir. El COVID-19 demostró lo vulnerables que somos. Si quisieran eliminarnos no les costaría nada rociar la atmósfera desde la estratosfera con cualquier tipo de virus mortal.

—¿Para otras civilizaciones?

—Mmm… —susurró Chase—. Bueno, tenemos que aceptar esa posibilidad. Aunque incorpore elementos cada vez más complicados a la formulación. Veamos. Al menos dos civilizaciones avanzadas en guerra y una de ellas está construyendo algún tipo de arma intergaláctica para tratar de obtener la supremacía.

Sanz lo observó mientras Chase hablaba.

—Diría que es posible, Sanz —siguió diciendo—, pero debemos poner en funcionamiento uno de los puntos que ya hemos tratado. No me creo que tarden… más de ochenta años, en producir una suerte de… cañón de rayos, con la tecnología con la que deben contar.

—Bueno —dijo Sanz—. Es un alivio.

—Y hay otra cosa. Si se trata de un cañón para usar contra otra civilización…, no sé por qué eso representaría… un Gran

Peligro.

—Vale —dijo Sanz—. Descartado. ¿Qué otra cosa puede ser?

Chase no lo sabía.

De hecho, pensaba que no había manera de que pudieran saberlo.

Quizá habían localizado algo con sus sistemas de detección del espacio profundo. Quizá habían encontrado alguna evidencia. O interceptado una señal. Una con una declaración de guerra.

Quizá les ocultaban una pieza clave.

Fuera lo que fuese, aun en el peor de los casos, no pensaba que fuera demasiado urgente. Phillips había estado relajado y había mencionado que el proyecto podía durar meses o años. La amenaza, aunque claramente existía, era solo potencial o estaba calculada para dentro de mucho tiempo.

Se relajó un poco y respiró profundamente.

Pensó que Phillips había sido inteligente para ocultar al equipo ese aspecto de las circunstancias. Y pensó después que quizá había sido… imprudente… al exponer el tema directamente con Sanz.

«Soy un bocazas», se regañó.

—Sabes, no creo que podamos llegar a nada concluyente con los datos de que disponemos —admitió, estirándose en la silla—. Pero propondré al equipo la construcción de esa base de datos donde recoger esta y todas las teorías que se nos vayan ocurriendo.

—De acuerdo —dijo Sanz—. Pero hazme un favor.

—¿Sí? —preguntó Chase con curiosidad.

—Haz administrador a Phillips y, por el amor de Dios…, que vaya rellenando los huecos, por el bien de todos.

Ward soltó una carcajada.

Capítulo 8

El huevo de Pascua

La semana siguiente, el trabajo comenzó.

O mejor dicho, explotó.

De unos días relajados de largas conversaciones y planificación, división de las tareas, pasaron al inicio de los diversos estudios y procedimientos. El edificio dormitorio se vio ocupado con personal nuevo. Makayla consiguió su equipo de biólogos, pero no trataba con ellos porque, aunque estaban informados de lo que ocurría allí, no disponían de acceso directo a la sala de la Snitch ni se les permitió verla siquiera.

Sloane se ayudó de otro equipo para realizar sus trabajos y llenó una de las salas aledañas con equipamiento nuevo que se trajo con urgencia en helicóptero. Empezaron con espectrómetros de rayos X y espectrómetros de infrarrojos que proyectaban una luz sobre la esfera y estudiaban su refracción, pero por alguna razón indeterminada los resultados simplemente no se obtenían.

Tras ese fracaso, usaron espectrometría de masas. Básicamente, se bombardeaba la superficie con haces de iones. Estos incidían en la superficie y debían volver cargados con información sobre la composición de la superficie, pero el casco atrapaba los iones o bien regresaban sin ninguna información en absoluto. Los expertos no tenían ninguna explicación del porqué de esa circunstancia.

—¡Qué demonios le pasa a esta cosa! —protestaba Sloane cuando sus intentos por progresar eran constantemente bloqueados —. ¡La física es la física! ¡Si no vas a respetar eso, pueden darte por el puñetero culo!

Pero Sloane no se rindió. Ayudada por Bill, solicitó e instaló

dispositivos para realizar procesos de calorimetría diferencial y, más tarde, cuando eso también fracasó, hicieron estudios de termogravimetría. La teoría era que los cambios de temperatura en el casco podría dar información sobre su composición y estabilidad térmica, pero la realidad fue que el casco, sencillamente, no afectaba ningún cambio.

—Si me hubieras preguntado a mí, te habría dicho que eso no funcionaría y te habrías ahorrado el tiempo —comentó Makayla—. Debe ser como la primera característica esencial para esta cosa, si es que está hecha para volar, no digamos ya el vuelo espacial. El casco tiene unas características térmicas prodigiosas.

—En cuanto arranquemos un pedazo te doy un poco —dijo Bill.

—Ay, sí, por favor —dijo Makayla.

—Para eso…, para saber cómo cortarlo, debemos averiguar de qué está hecho —dijo Sloane, visiblemente molesta—. Quién sabe. A lo mejor resiste el láser más duro de los que disponemos, pero puede que se derrita con una compota de pepino y sal.

Bill soltó una carcajada.

En los día siguientes, intentaron otro enfoque. Esta vez, la idea vino de Bill.

—Microscopía electrónica —dijo—. De barrido o de transmisión.

—Pues, claro —exclamó Sloane, asintiendo con gravedad—. Eso… eso puede funcionar.

—Pasamos las imágenes por una aplicación —dijo Bill—. Analizará los resultados y nos dirá qué componentes hay engastados en ese huevo de Pascua gigante.

—¡Vamos a ver por el microscopio de qué están hechos esos surcos! —soltó Sloane, súbitamente eufórica.

Los aparatos, de nuevo, llegaron tan rápidamente que aún estaban diseñando el protocolo para hacer los estudios cuando fueron entrados en la sala. La peor parte de todo aquel secreto era que tenían que instalar los aparatos ellos mismos, lo que podía ser una tarea bastante complicada, que normalmente realizaban técnicos especializados.

—Podían tapar el huevo con una sábana y hacer pasar a los operarios —dijo Sloane, que empezaba a sentirse agotada.

—¡Me gustaría ver el tamaño de esa sábana! —opinó Bill.

Chase estaba por allí, echando una mano, aunque esos días había estado construyendo su base de datos sobre teorías y enlazándola con la base de datos de conocimientos de la Snitch, de la que Phillips les había hablado.

—¿Desde cuándo lo llamamos *el huevo*? —preguntó.

—Es un nombre temporal de trabajo —dijo Bill con una sonrisa.

—No está mal traído —dijo Chase—. Aunque la mayoría de los huevos son ovalados, por su paso por el conducto reproductor cuando aún son blandos, los de pingüino, por ejemplo, son bastante esféricos.

Sloane y Bill se pararon y le dirigieron una mirada divertida.

—¿Has desayunado Wikipedia, Chase? —preguntó Sloane.

—¿Có… cómo? —preguntó Chase, confuso.

Bill soltó una sonora carcajada.

—A veces me siento como si estuviera en el Show de Truman —añadió ella—. ¡Compre estos extraordinarios huevos de pingüino! ¡Su forma esférica les permite rodar en círculos en lugar de alejarse de sus nidos!

Bill siguió riendo y Chase empezó a comprender.

Rio también.

Chase no estaba acostumbrado a trabajar en esos ambientes tan… distendidos. Pero le gustaba. Le gustaba mucho. Estaba comprobando que esos momentos de asueto y gracietas hacía el trabajo más llevadero y, a la larga, eran más productivos. Lo que le hacía pensar en Hammond.

Easton Hammond era un poco más estirado. Trabajaba solo, además, afincado en un despacho del Área de Excepción que había reclamado para sí. Se había hecho rodear de una serie de volúmenes de Historia y una terminal donde recababa, de manera concentrada y exhaustiva, referencias históricas a posibles interacciones del hombre con esferas de toda clase. A Chase le parecía una tarea ardua… Al fin y al cabo, había innumerables

referencias a esferas en el arte porque la forma esférica se asociaba con lo celestial y representaba los cielos, los planetas, la perfección cósmica y, en la mitología griega, los dioses se representaban sosteniendo esferas o globos, que simbolizaban su dominio sobre el universo.

Pero Hammond se tomaba su trabajo muy en serio.

«Busco ooparts: objetos fuera de lugar y tiempo», había comentado al grupo. «Por ejemplo, en el cuadro *Madonna Col Bambino e San Giovinnino*, se muestra un objeto esférico en el cielo bastante peculiar e interesante. Es un óleo del Renacimiento. Podría representar una evidencia de que, en la antigüedad, hubo avistamientos y quizá hasta contactos. Entre otras cosas.»

Nadie en el equipo tenía mucha idea de aquello, así que durante la mayor parte del tiempo, Hammond trabajaba solo.

Invirtieron el resto del día en terminar de instalar y configurar el sistema de microscopía, y tenían grandes esperanzas en los resultados. Incluso Hammond se unió al equipo cuando las primeras imágenes empezaron a desfilar por las pantallas de monitorización.

El sistema no estaba diseñado para ver simplemente imágenes ampliadas como por un microscopio convencional. Se trataba de microscopía analítica de transmisión, basada en electrones. Se suponía que los electrones debían interactuar con el casco de la Snitch y revelar detalles sobre la estructura y composición a nivel atómico.

—Primero voy a configurarlo —dijo Sloane—. Vamos a ver en pantalla esos canales como fotografías ampliadas. Iré ampliando la muestra hasta que el ordenador de este cacharro pueda empezar a darnos información.

—¿No debería estar Phillips aquí? —preguntó Hammond.

Sloane lo miró.

—No es nuestro primer intento, Hammond —dijo Sloane—. Y todos han fracasado. Es como si esa cosa protegiera activamente sus secretos. ¡Pero me encanta que tengas tanta confianza en que esta vez será diferente a la primera!

Hammond asintió sonriendo y hasta ruborizado. Parecía, por

alguna razón, complacido, como si le hubieran dirigido las más altas alabanzas.

—Si no funciona, no hay de qué preocuparse —observó Bill—. Aún nos quedan muchos cartuchos. Este sistema permite hacer lo que se llama una espectroscopia de Auger. Permite detectar electrones emitidos por átomos excitados después de unas pasadas de electrones de alta energía. Eso nos permitirá tener información sobre… propiedades mecánicas y magnéticas del huevo.

—De pingüino —observó Chase.

—De pingüino —repitió Bill, riendo entre dientes.

—Vamos a ver…, probemos con… una imagen de test.

El aparato, que era de un tamaño considerable por su naturaleza industrial avanzada, empezó a emitir un zumbido. Disponía de un brazo extensor con una cámara de aspecto complicado, como la cabeza de un robot en una película de ciencia ficción, que se proyectaba hacia la esfera.

Chase recordó de pronto el testimonio de Phillips cuando mencionó los aviones que, simplemente, habían desaparecido. Y los investigadores que fueron transportados a la vieja Europa sin ningún tipo de aviso. Y se preguntó si la Snitch no tendría sus propios sistemas de defensa pasiva, como la alarma de un coche. Miraba cómo el brazo acercaba la cámara a la superficie, cada vez más y más, mientras los sistemas hidráulicos giraban y producían sonidos suaves de rodamientos funcionando con precisión. Notó un escalofrío.

¿Y si la Snitch se sentía… amenazada?

¿O investigada?

Pensó que la raza alienígena que la había construido debía haber instalado sistemas que protegieran el secreto de su tecnología. Probablemente.

Se estremeció por segunda vez.

—Tal vez… ¿no tan cerca? —se escuchó decir.

Sloane lo miró, sorprendida.

—La cámara tiene que estar donde tiene que estar…, como en una fotografía con lente tipo macro. Ni muy cerca, ni muy lejos.

—De… de acuerdo —musitó.

El brazo se detuvo y esta vez la cabeza provista con el sistema de cámaras giró sobre sí misma. En el centro de la cabeza, una fina línea de minúsculas protuberancias debía iniciar el baño de electrones, que por supuesto, no verían.

Casi en el acto, la pantalla mostró el resultado.

Sloane volteó la cabeza de manera instintiva, intentando comprender.

—Guau —soltó Bill.

Lo que veían era una superficie rugosa y poligonal, como un micromundo secreto. Los colosales bloques representaban escarpados acantilados con fondos abisales, grietas hostiles, desnudas, frías y estériles, de un tono azulado oscuro.

—Una vez vi una imagen de un peine ampliada por un microscopio electrónico —dijo Sloane mientras escribía en el teclado del aparato—. Era prácticamente lo mismo. Vamos a ver qué puede mostrarnos este aparato. Os juro que es la primera vez que André miró disgustado el presupuesto al ver el coste de este chisme.

Chase sonrió.

—Bueno, siempre hay un límite para todo.

—¡No para este chisme! —dijo Sloane—. Vamos a ir un poco más cerca.

—Va a ser como… Ant Man entrando en el mundo cuántico subatómico —comentó Bill, pendiente de la pantalla.

La imagen cambió.

Todos se quedaron mirando la imagen, incapaces de pronunciar palabra.

—Espera…, ¿qué? —exclamó Bill.

—¿Qué es eso? —preguntó Chase.

—¿Por todos los cielos? —susurró Bill.

La imagen mostraba una hilera de símbolos ordenados, muy simples en apariencia, pero claramente conceptuales, como iconos vectoriales de una colección de imágenes que puedes descargarte de internet.

—¿Es una… broma? —preguntó Hammond—. ¿Os estáis riendo de mí?

—¿Qué…? —preguntó Bill.

Hammond señaló la pantalla.

—¿Eso sale de… una imagen ampliada del interior de los surcos de la esfera? —preguntó Hammond con voz ronca.

—Que me aspen —dijo Sloane—. Sí. Eso es, exactamente.

—¿No es un error? —preguntó Chase—. Quizá…, no lo sé.

—¿Qué error? —preguntó Sloane—. La imagen sale o no sale. Puede haber variaciones en el tono, puede… verse borroso, puede… puede haber errores evidentes. Esta luz verde de aquí dice que, por lo que se trata de los análisis de la lente, la imagen es… Es buena.

De repente, tenía la boca seca.

Había un círculo con otro círculo dentro y una raya vertical que lo cruzaba. De ese círculo surgían cuatro líneas más, como patas de araña. El círculo de al lado recordaba a una representación minimalista de la cornamenta de un ciervo: una medialuna sobre la que cabalgaban líneas verticales y, el de más allá, una pirámide con otro círculo en su interior. Así, sucesivamente.

—No lo… entiendo —dijo Chase—. ¿Cuánto… cuánto estamos ampliando en esta imagen?

Sloane sacudió la cabeza.

—Es un proceso test todavía… No hemos llegado a niveles atómicos para el análisis de composición, que ronda los dos millones de veces. Un poco menos. Quizá un millón o un millón y medio de veces.

Chase abrió mucho los ojos.

—Pero… Hammond —dijo Bill de repente—. ¿Por qué…? ¿Por qué ha pensado que nos reíamos de usted?

Hammond tardó todavía unos instantes en responder.

Tenía una expresión fascinada en el rostro.

—Porque…, señores y señoritas —dijo con los ojos llenos de fascinación—. Eso son… petroglifos.

Chase recibió la declaración como el impacto de una flecha en el corazón. Hasta… hasta tuvo la sensación de que se le paraba. Un poco.

Sloane miró a todos, uno por uno.

—¿Qué demonios es un petroglifo?

2

El equipo original estaba reunido al completo en la sala principal, sentados alrededor de una gran mesa de color blanco. Ward, Sloane, Makayla, Sanz, Hammond, Bill y, por supuesto, el director André Phillips. Ahora había más gente trabajando en diferentes tareas, pero aquella era, como Sloane los había bautizado, la Cúpula del Trueno. Las paredes, de un tono azulado sucio, y la iluminación suave que emanaba por debajo de las cenefas emplazadas cerca del techo, hacían de la sala un lugar muy agradable.

Miraban una secuencia de imágenes en galería, como las antiguas diapositivas, que se mostraban en el televisor gigante emplazado en una de las paredes.

Phillips sonreía y meneaba la cabeza de un lado a otro, una pierna sobre la otra, la mano sobre la boca y bajo la nariz, en actitud satisfecha y relajada.

—Señores… —dijo al fin—. Estoy… muy muy satisfecho de su descubrimiento. Mi más sincera y alucinada enhorabuena. Hemos tenido la Snitch bajo nuestra custodia durante décadas —exclamó, con gran énfasis en la palabra—, y aunque hemos tenido estos medios a nuestro alcance… ninguno de sus antecesores tuvo la sensatez, la capacidad o los conocimientos… para llevar a cabo ese sencillo proceso.

— Y no hemos hecho más que empezar—dijo Bill con una sonrisa.

Phillips asintió.

—Ya lo veo —dijo—. Dirigió la mirada a Hammond—. Doctor Hammond… creo que es… su turno de ilustrarnos.

Hammond carraspeó.

Se le veía eufórico.

—Esos símbolos —empezó a decir— son extremadamente

parecidos a los petroglifos. La palabra deriva del griego *petra*, que significa «piedra», y *glyphein*, que significa «tallar, grabar o cincelar». Nosotros lo conocemos generalmente como *grabados rupestres*, pero, específicamente, cualquier experto identificará estas formas como *petroglifos*.

—Pinturas rupestres —dijo Chase—. Discúlpenme. La cabeza… me da vueltas.

—Creo que a todos nos pasa lo mismo —dijo Phillips—. Continúe, doctor.

—Pues bien, son una temprana forma de expresión artística y de comunicación visual que ha sido utilizada por diversas culturas en todo el mundo. Se encuentran en muchas regiones del planeta y han sido valiosos para comprender la historia, la cultura y las creencias de civilizaciones pasadas. Quiero señalar… que el parecido es realmente extraordinario. Por favor, subrayen *extraordinario* en sus cabezas. Son prácticamente la misma cosa. No he podido comparar ejemplos de petroglifos encontrados, en concreto, pero estoy razonablemente seguro de que hallaré similitudes y hasta equivalencias.

—Haga ese estudio cuando pueda, por favor, doctor —pidió Phillips.

—Por supuesto. Quiero mencionar que, curiosamente, siempre han circulado teorías especulativas sobre la relación entre los petroglifos y las civilizaciones extraterrestres, pero evidentemente, todo eso carece de pruebas sólidas y científicas que lo respalden.

—Hasta ahora —dijo Chase.

Hammond le dirigió una mirada llena de ilusión.

—¿Se da cuenta? —preguntó—. Si pudiéramos publicar esta información…, imaginen la repercusión que tendría. Se hablaría de ello durante años. Se iniciarían múltiples trabajos de investigación subvencionados por…

—Lamentablemente —interrumpió Phillips—, eso no es posible, así que dígame qué necesita para continuar con su trabajo.

—Bueno… Necesitamos una biblioteca detallada y completa de cada uno de esos símbolos para distribuirlas en un modelo tridimensional de la esfera, cotejar su ubicación exacta en el

perímetro de la esfera…

—Espere, doctor —interrumpió Sloane—, asumiendo que los símbolos están presentes en cada surco, en toda la superficie de la esfera…, que espero que no, pero no creo que hayamos tenido tanta suerte… Dese cuenta. ¿Puede imaginarlo? No… no he hecho los cálculos, pero comprenda que en una sola fotografía de una ampliación de más de un millón de aumentos obtuvimos hasta seis símbolos diferentes. Hablamos de una porción de surco de… un milímetro cuadrado o mil micrómetros cuadrados… Un millón de aumentos son… diez elevado a quince micrómetros… ¿Se da cuenta de la superficie que tendría que fotografiarse? Del trabajo exhaustivo de manipulación de la cámara para cubrir toda la superficie, cada surco, considerando que son curvos y retorcidos y giran enredándose unos con otros.

—Es una tarea… abrumadoramente titánica —dijo Bill.

—Desbordante.

Phillips suspiró.

—Entiendo que ese trabajo, hecho de manera manual, es impensable. Y sujeto a más errores de los que se podrían corregir en una vida. Puede… ¿Puede diseñarse un programa informático que se ocupe de esa tarea? Que mueva la cámara correctamente a lo largo de cada surco y vaya registrando cada símbolo en una base de datos, con su ubicación, giro, ángulo, etcétera.

Bill asintió.

—Sí —dijo—. Es la única manera. Obviamente.

—Obviamente —dijo Phillips.

Sloane levantó las manos y compuso una expresión de aceptación en el rostro mientras se recostaba en el asiento.

—Pues, perfecto —dijo.

—Me ocuparé de eso —dijo Phillips—. ¿Qué más necesitará?

—Bueno, ya he hablado con David Sanz sobre esto —dijo—. En su calidad de criptógrafo, asistirá con la tarea de buscar… cosas escondidas en la distribución de esos símbolos.

Sanz asintió, satisfecho.

—Vamos a ello —dijo.

—Nos vendría bien la colaboración de otro antropólogo

cultural, si es posible —añadió Hammond—. Creo que la tarea que tenemos por delante puede ser… demasiado extensa para un solo hombre.

—Se lo conseguiré —dijo Phillips—. Pero como ocurre con el resto del equipo, recuerde que ese nuevo efectivo no podrá acceder al interior de la sala en cuestión. Tendrá que ir suministrándole material para que le ayude. Será, a todos los efectos, su asistente.

Hammond volvió a sonreír, otra vez complacido. Inclinó la cabeza y dio las gracias.

Phillips miró al resto del equipo.

—Bien —dijo—. ¿Qué se les ocurre respecto a esto?

—Es evidente —empezó Chase—. El tamaño.

—El tamaño —corroboró Sanz.

—Si esos símbolos hubieran estado grabados por toda la superficie de la esfera, habría sido… más que interesante, desde luego, aunque solo sea por la concordancia con los símbolos rupestres. Podría dar fe y ser evidencia de una relación entre el hombre primitivo, el hombre de las cavernas y la civilización en cuestión. Pero es más que eso. Es el tamaño. ¿Qué sentido tiene… grabarlos por todo el perímetro del casco a un tamaño infinitesimal? Hemos necesitado una máquina muy especializada y muy costosa para verlos. Dudo que hace cincuenta años hubiéramos tenido la tecnología para hacerlo.

—Los surcos en sí ya eran un misterio —dijo Makayla.

—Exactamente —dijo Phillips—. ¿Y entonces? ¿Por qué nuestros amigos del espacio se tomarían la molestia de ocultar esa información en el interior de los surcos? ¿Qué sentido tiene?

—Bueno… —dijo Sanz—. No deberíamos… dar nada por sentado. Quiero decir. A lo mejor para nosotros están ocultos, pero a lo mejor para ellos… no. Quizá tienen capacidades naturales para ver a tamaño microscópico. A lo mejor sus ojos han ido evolucionando y son sistemas orgánicos de una precisión increíble.

Phillips señaló a Sanz brevemente con el dedo.

—Es una opción —exclamó—. ¿Qué otra cosa se les ocurre?

—Eso daría por sentado que son elementos estéticos… —intervino Sloane—. Creía que habíamos dejado esa opción de lado.

—Nunca —soltó Phillips— dejamos nada de lado. Si hay que retroceder y volver atrás por alguna nueva evidencia, lo hacemos. Si tenemos que volver a la casilla inicial, eso haremos.

—Ah, bueno —respondió ella.

—No sería extraño que fueran recursos estéticos —dijo Sanz —. Incluso… podemos sentir alivio de ser cierto. La estética por la estética se relaciona con el arte, y la capacidad para apreciar y crear arte se puede asociar con una serie de cualidades como la sensibilidad, incluso con la bondad, en cierto modo. Una sociedad escrupulosamente tecnóloga concentrada solo en la eficiencia práctica… Quizá sean unos vecinos algo inquietantes.

—Puede ser otra cosa —dijo Bill.

—Adelante, señor Valve —pidió Phillips.

—Usted dijo que mantuviéramos la mente abierta —exclamó Bill—. Así que aquí va, por… tener en cuenta todas las opciones.

Sloane agachó ligeramente la cabeza, intentando contener la risa.

Bill se dio cuenta, pero se limitó a fruncir ligeramente el ceño.

—Magia —soltó.

Sloane empezó a reír.

A Phillips le faltó poner los ojos en blanco.

Sanz lo miraba con una expresión de vivo interés.

—¿A qué se refiere… con *magia*, señor Valve? —preguntó Phillips.

—Lo sé —se defendió—. Sé cómo suena. Pero el hombre ha imaginado cosas como esta esfera en… innumerables obras de ciencia ficción. Es casi un standard… Un misterioso objeto alienígena del que nadie sabe nada, pulsando en mitad de una sala por un espacio de tiempo alucinante e impensable… y aquí está. Lo tenemos ahí. El hombre también ha imaginado otras cosas. ¿No le suenan de nada los iconos… arcanos, misteriosos, que permiten a los hechiceros de ficción canalizar su poder? Símbolos mágicos. Hechizos.

—Hechizos —repitió Sloane, divertida.

—¡Basta, *Slow*! —dijo Bill—. Es una opción. Usted mismo lo

dijo. No demos nada por sentado.

—Sí, desde luego —dijo Phillips—. Una sociedad alienígena que ha desarrollado un vínculo con… poderes misteriosos escondidos en la naturaleza que permiten prodigios como hacer que un trozo de roca levite. Bueno, es posible. Me vale por ahora, aunque espero que no sea el caso, porque si esas capacidades existen, debe ser una capacidad de su raza específica, algo innato en su composición orgánica y química porque dudo que el ser humano tenga esos talentos.

Bill asintió, complacido.

—Se me había ocurrido algo… —intervino Sanz entonces—. Pensé que era una tontería, pero si vamos a hacer *brainstorming*, entonces…, ¿puedo?

Phillips estaba apretando tanto los dientes que se le notó cómo endurecía el mentón en el rostro. Chase fingió rascarse la frente con los dedos para no tener que seguir mirando cómo se drenaba rápidamente su paciencia.

—Ilumíneme —pidió.

—Bueno… En nuestra charla, el primer día, alguien mencionó que quizá la esfera fuera, simplemente, el juguete de un niño de una raza de seres galácticos gigantes. Creo que fue Chase quien teorizó sobre cómo podría ser un planeta que soportara esa vida. Pues…, dado el tamaño de esos surcos y lo que contienen, planteo el caso contrario. Una raza de seres diminutos. Para su tamaño, los grabados podrían no estar tan ocultos.

—La esfera podría ser su gigantesca y colosal nave universo —aventuró Bill.

—Como Galactus —exclamó Sanz.

—Como Galactus —repitió Bill.

—Señor Ward —dijo Phillips—. Apunte esa hipótesis en su base de datos de hipótesis. A ver cuánto aguanta.

Chase carraspeó.

—Con todos los respetos, señor Phillips… —dijo—, yo no desdeñaría esa teoría tan pronto. En teoría, claro, es concebible que existan formas de vida inteligentes hasta microscópicas en otros lugares del universo. Quizá las características de su planeta

natal no propiciaron que la vida evolucionara a formas más complejas, más grandes. Quizá pudieron haber desarrollado sistemas de comunicación, aprendizaje o habilidades cognitivas avanzadas, a su propia escala.

—Además, eso explicaría que no hayamos sido capaces de detectarlos en todo el universo observable —añadió Sanz.

Phillips arrugó el entrecejo.

—¿De veras lo creen posible? —preguntó Phillips con suavidad.

—Es teóricamente posible —dijo Ward—. Los seres vivos de este planeta tenemos estas dimensiones, altura, tamaño, por las características naturales de este planeta. Eso incluye su composición, gravedad, atmósfera y presión y condiciones ambientales. En el universo hay planetas titánicos. El más grande descubierto hasta ahora es un exoplaneta que tiene el doble en tamaño respecto a Júpiter, que es… bastante grande. Unas trescientas veces mayor que la tierra…

»Piense una cosa, Phillips —siguió diciendo Ward—. Habrá leído más de un millón y más de dos millones de veces una coletilla que siempre ponen a todo cuando se habla de especular sobre formas de vida en el espacio. Esa coletilla es: Vida.

—Está bien —dijo Phillips—. Si seguimos progresando quizá falte un biólogo en el equipo.

—Ojalá lleguemos a eso —exclamó Ward.

—Si ese huevo-mundo se abre y dentro hay millones de bichos microscópicos flipando, voy a necesitar un camión de insecticida —soltó Sloane de repente.

Todos rieron.

—Bueno… —dijo Phillips al cabo—. ¿Alguna otra teoría sobre esos símbolos? ¿Señor Ward? Usted es el que más tiempo ha pasado observando el cosmos.

Ward asintió, sonriendo.

—¿A qué nos enfrentamos? —preguntó Phillips.

—En realidad, lo que acaba de decir Sloane… me ha dado una idea.

—¿El insecticida? —preguntó ella con una expresión

divertida.

—No, no… A cómo habéis estado llamando a la esfera. Desde que mencionasteis la forma de huevo de pingüino, se me ha quedado un runrún en la cabeza. Me pregunto… ¿Y si es realmente… un huevo?

Todos se miraron. Phillips parecía perplejo.

—Un huevo de Pascua —aclaró—, en el sentido moderno digital de la palabra. Un huevo de Pascua es un mensaje oculto, una función, broma, un contenido secreto que se esconde de manera intencional en cosas como películas, vídeojuegos, software, incluso sitios web.

Phillips asintió. Había cierta admiración en su mirada. Abandonó su postura relajada y se incorporó sobre la silla.

—Continúe —dijo.

—Bueno. Es posible que nuestra Snitch sea algo parecido. Un huevo de Pascua. Un… dispositivo, perfectamente hermético, dejado aquí intencionadamente, en un punto de la civilización en el que seres de otra galaxia han determinado que podríamos tener la tecnología suficiente para abrirlo y descubrir el mensaje que oculta.

Se quedaron callados unos instantes.

—Oh, vaya —soltó Sanz.

—Eso es… Espera. Eso… lo he visto o leído en alguna parte.

—Estoy seguro de que alguien ha debido jugar con la idea antes, en algún momento, en ámbitos de… ciencia ficción. Pero podría ser cierta ahora. La Segunda Guerra Mundial fue un periodo de destrucción, por supuesto, pero también fue una época de grandes avances. Computación, comunicación, aeronáutica, hasta en medicina y salud.

—El proyecto Manhattan —añadió Bill.

—Los cohetes V1 y V2 —aportó Sanz.

Chase asintió.

—Quizá dejaron la Snitch en ese momento. La primera prueba podrían ser esos hipogrifos. Una de las primeras muestras de comunicación e inteligencia desarrolladas por nuestros ancestros. A lo mejor contienen un mensaje, o una pista, de cómo seguir

abriendo el huevo hasta que… lleguemos a su interior.

—¿Y qué hay en el interior? —preguntó Sloane con sinceridad, como si esperara que Ward ya tuviera la respuesta.

Chase negó con la cabeza.

—Quizá sea un mensaje intergaláctico de bienvenida a una suerte de superconfederación espacial, como en el libro de Carl Sagan, *Contact*.

—Peliculón —dijo Bill.

—Sí —admitió Ward—. O quizá contenga, simplemente, unas coordenadas que nos emplacen en algún punto remoto del espacio, a donde la humanidad deba dirigirse a bordo de alguna supernave, para cuando tengamos la tecnología para construirla. Eso sería bonito, ¿no creen? Que la única manera de poder construirla fuera… con una estrecha colaboración entre naciones. Una manera de superar su examen. Que podamos reunirnos con el resto de civilizaciones habiendo demostrado que tenemos no solo la inteligencia y la tecnología, sino la capacidad de estar unidos ante las adversidades.

Las palabra de Ward parecieron tener un impacto profundo en los asistentes. Hasta Makayla, que se había mantenido en silencio y se había limitado a tomar notas en un cuaderno convencional, levantó la cabeza para mirar a Chase.

—Bueno —dijo al cabo—. Es solo una idea.

Sloane tenía el ceño fruncido.

—Es bueno, Chase —dijo Bill—. Pero, si esperan que el mundo trabaje unido…, creo que van listos.

Phillips se revolvió en su asiento, visiblemente incómodo.

—Está bien —dijo Makayla por fin—. Son unos conceptos… preciosos. Pero, director, usted no nos ha dado toda la información… Mencionó, en nuestra primera reunión, que se nos acababa el tiempo. Así lo dijo y lo repitió: «Se nos acaba el tiempo». Dijo que había una rueda rodando en alguna parte.

»Pues he estado echando un vistazo a la base de datos de teorías que inició Ward y no he visto el concepto de Peligro asociado a las diferentes premisas. Por ejemplo, la maravillosa teoría cooperativa y paternal del huevo de Pascua que acaban de

montar, se desmonta rápidamente si hay motivos para pensar que la esfera es una amenaza.

—Tiene razón —dijo Bill—. Joder. La tiene.

Sloane asintió.

—No dijo de qué peligro se trataba —continuó diciendo Makayla—. Pero solo pueden ser dos cosas: que haya un margen de tiempo para trabajar en esto y se termine, bien por cuestiones de presupuesto, lo que se dice *cerrar el grifo*, o bien porque algún senador, en alguna parte, se haya cagado de miedo cuando se ha enterado que tenemos una especie de bomba misteriosa en un hangar y quiera… destruirla o devolverla al espacio.

Bill rompió a reír.

—Lo veo —exclamó Hammond.

—Hay otra posibilidad —bromeó Bill—. Que Elon Musk haya comprado la esfera…

Chase rio en un registro bajo, disimulado.

—¿Y la otra cosa? —preguntó Phillips, que no quería perder el hilo del discurso de Makayla.

—La otra cosa —contestó ella— es que hayan detectado, en los últimos años, una amenaza relacionada con la esfera. Una amenaza relativamente lejana en el tiempo es posible porque lugares como este no se planifican y se construyen de la noche a la mañana. Pero si hay una amenaza de repente, de un tiempo a esta parte…, su estudio es urgente…

—¡Qué…! —exclamó Makayla.

Chase suspiró lenta pero largamente.

En realidad, él también había pensado algo así.

—Lo que quiere saber… —dijo Phillips despacio—, lo que está preguntando es… ¿qué ha motivado la frase «se nos acaba el tiempo»?

—Sí —dijo ella.

—Clasificado —respondió Phillips con suavidad, mirándola a los ojos.

Makayla asintió.

—Entonces, es una amenaza —exclamó, con una sonrisa algo torcida.

—Puede ser otra cosa —dijo Chase.

Makayla bajó la cabeza y volvió a sus notas.

—No —dijo—. Es una amenaza.

—¿No deberíamos saber… qué tipo de amenaza es? —preguntó Sanz—. Quizá podríamos canalizar el estudio en esa dirección.

—Más que eso…, podría orientarnos en el trabajo —dijo Bill —. Saber de qué se trata podría darnos pistas, bases concretas sobre la naturaleza del huevo.

Phillips juntó las yemas de los dedos y miró al suelo con un gesto hosco. Parecía un marido discutiendo con su pareja.

—Clasificado —dijo.

—Pero André… —empezó a decir Makayla.

—Escuchen —dijo, volviéndose hacia ellos con un gesto rápido—. Y escuchen atentamente porque no volveremos a discutir este tema. Se nos acaba el tiempo. Eso es cierto y es lo que les he dicho, pero no puedo revelarles nada acerca de los detalles de esa cuestión. No me lo permiten y eso es todo.

—Solo puede ser una amenaza —repitió Makayla.

—Puede serlo y puede ser otra cosa. Ni confirmo ni desmiento nada. Solo necesitan saber que precisamos conocer todo lo que podamos sobre la naturaleza de la esfera, nuestra Snitch. Ya… está —dijo, con el dedo índice apuntando a nadie en particular, los ojos entrecerrados en la piel oscura de su rostro—. Ya. Está.

—Trabajen —dijo Phillips—. Hagan lo humanamente posible por resolver ese desafío. Dejen las… posibles amenazas… al Departamento de Defensa de su país. Ese no es su trabajo.

Dicho eso, Phillips se levantó, se despidió cortésmente y abandonó la sala de reuniones. Chase sacudió la cabeza. Comprendía a Phillips. Sus tribulaciones. El equilibrio que debía mantener para sostener el proyecto y a sus jefes, fueran quienes fueran. Qué decir, dónde decirlo, cuándo no, a quiénes.

Debía ser una gran carga.

Se quedaron todos todavía un rato, sin decir gran cosa, sumidos en sus reflexiones.

Capítulo 9

El elemento 115

Después de la esfera, que ahora llamaban a menudo *el huevo*, el mayor descubrimiento en la historia de la vida de Chase Ward fueron las Tortillas Denver.

Eran, básicamente, tortillas tradicionales pero con relleno, que por lo general incluía cosas como pimientos, jamón, cebollas… y, por supuesto, queso.

Chase las desayunaba casi a diario, siempre acompañadas de café (con mucha leche y mucha azúcar) y, en ocasiones, zumo de naranja. Se daba cuenta de que ahora pasaba la mayor parte del tiempo escondido en un búnker, bien lejos de cualquier rallo del sol. Básicamente, entraban a primera hora de la mañana y no se iban hasta la noche. El hombre del espejo, el que lo saludó aquel día lejano diciendo: «¡Ahí vamos!», lo miraba ahora con una tez tan pálida que parecía un fantasma.

Pensó que unas vitaminas extra ayudarían.

Chase siempre era el primero en llegar a la cafetería; al menos, el primero del equipo original, la Cúpula del Trueno. Para entonces había mucho personal de asistencia, administrativo, que trabajaba también en el proyecto sin estar en la sala donde ellos solían trabajar, junto a la esfera. Por lo tanto, apenas los conocía, tampoco tenía demasiada ocasión. Hablar con ellos en la cafetería o el salón social resultaba incómodo, porque no podía tratar ningún tema confidencial con ellos. Ninguno en absoluto. Así que los evitaba. Todo era: «Buenos días, señor Ward», «Un placer, señor Ward», «Hasta la vista, señor Ward».

Aquel día, Sanz llegó poco después. Chase celebró la perspectiva de tener compañía durante el desayuno.

—¡Buenos días! —saludó Chase—. ¡Has madrugado hoy!

—Sí… —dijo él, sentándose a la mesa—. Estoy tan cansado que ni siquiera he podido dormir bien.

—Ah. Conozco esa sensación… Podrías tomarte un descanso.

—No… —dijo Sanz—. Estoy ayudando a Bill y Sloane con los análisis. Phillips empieza a parecer impaciente. Si paro…, entorpeceré su trabajo. Habrá retrasos. No quiero que ese huevo se abra de repente, haga… ¡plop! y agite una banderita roja que ponga: TIEMPO AGOTADO.

Chase rio con ganas.

—Eso sería bueno —dijo.

—No lo sé, Chase, estoy… cansado…, de verdad.

Chase levantó la vista de su plato.

—¿En serio? —preguntó—. Eres joven. No deberías estar tan cansado. Quizá deberías solicitar una visita médica…, podría deberse a algo. Justo hace un momento estaba pensando en eso —dijo, levantando su vaso de zumo—. Pasamos mucho tiempo encerrados sin que nos dé el sol, y eso… eso no es bueno. El aporte de sol en la piel es necesario. Vitamina D, nada menos. Mejora el ánimo. Sintetiza la melanina… ¿Has dicho que no duermes bien? El reloj interno del cuerpo se desajusta cuando no recibe la luz del sol… Deberías…

—No, no —interrumpió Sanz—. Es un… cansancio de otro tipo. Es cierto malestar general, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—Bueno. Es por la… política de las cosas.

—La política…

—Mira. Justamente ayer estábamos hablando sobre un tema de… análisis de partículas mediante haces de electrones. Entendemos el concepto básico teórico de nuestro trabajo, Chase, pero en el fondo… no tenemos una gran experiencia trabajando con muchas de las máquinas que tenemos. Son complicadas de cojones. Apuesto a que están diseñadas por ingenieros que creen que saben cuáles son los procedimientos científicos en el ámbito de la investigación, porque no son… intuitivas. La usabilidad es una mierda. Bill comentó que le encantaría contar con un experto en el

tema, un técnico con experiencia.

—Puedes pedírselo a Phillips —dijo Chase.

—Lo hicimos. Pero ellos no pueden acceder al interior de la sala y nosotros no podemos estar desenchufando los malditos aparatos y sacándolos fuera para que nos expliquen cómo se reinicia un TSM cuando la consola se queda colgada.

Chase sonrió.

—Ya, lo entiendo —dijo—. Este trabajo puede ser frustrante a veces.

—Pero… ese es el tema —dijo Sanz—. Es frustrante no por el trabajo en sí, sino por… esa política.

—El… secretismo —dijo Chase.

—El secretismo —corroboró Sanz—. Estoy muy cansado de eso. Imagina si pudiéramos poner la esfera en terreno neutral y hacer que las mentes más brillantes de todo el planeta pudieran trabajar en eso a la vez. Científicos alemanes, suecos, finlandeses, franceses…, hasta chinos o japoneses. ¡De todas partes! Hay mentes brillantes repartidas por el mundo…

—Bien lo sé, David… —susurró Chase.

—Imagina lo que progresaríamos…, mil veces más ojos, más manos, más cerebros pensantes. Incluso podrían teletrabajar, aportar sus impresiones simplemente colgando fotografías, documentos, abriendo tu base de datos al mundo…

—Es… es una idea maravillosa —susurró Chase, ahora algo alicaído—. Pero, lamentablemente…

—El Gobierno y sus puñeteros… secretos —dijo—. ¿Y para qué? Dime, Chase, ¿para qué?

—Bueno. Ya sabes la respuesta. Así funcionan las cosas.

—Te diré para qué —dijo Sanz. Ya no parecía cansado. Ahora estaba visiblemente enfadado—. Para aprovechar cualquier atisbo de tecnología que podamos sacar de esa cosa y utilizarla en beneficio del país. Patentar la tecnología. Mejorar la maquinaria de guerra.

Chase carraspeó, incómodo.

—David —pidió, hablando en voz baja—. Recuerda dónde estás. Aquí las colinas tienen ojos, ¿vale? No puedes…

—A la mierda —dijo Sanz—. Tú mismo lo has dicho. Ni siquiera nos da el sol. Nos estamos dejando la salud trabajando duramente en revelar los secretos del huevo para que un solo país tenga ventaja en la carrera por la supremacía.

—Entiendo lo que quieres decir, David —dijo Chase, que había elegido llamarlo por su nombre y no por el apellido, como era habitual en él, quizás para intentar acercarse a su posición y traerlo de vuelta—. Pero… somos científicos. Nuestro trabajo es el que es. No podemos involucrarnos en esas decisiones y juegos internacionales de alto nivel porque… vienen de muy antiguo. El Gobierno trabaja para su pueblo, para su nación, y el resto de países en el mundo son… competidores. Es muy triste y muy lamentable, pero tenemos que seguir trabajando.

—¿Eso te lo dijo Einstein? —preguntó Sanz—. ¿Oppenheimer? ¿Fue antes o después de que usaran su trabajo para construir la bomba que destruyó Hiroshima y Nagasaki, Chase?

Chase se revolvió en su asiento, incómodo.

—Por favor, David.

—¿Sabes qué? —preguntó—. Quizá sí que me tome el día libre.

Se levantó de la silla y tiró del jersey blanco que llevaba puesto para recomponerlo. Tenía una expresión de manifiesto disgusto.

—David, por favor…

—Disfruta de tu Tortilla Denver —dijo—. Definitivamente, es muy americana.

Chase se quedó mirándolo mientras se alejaba, preguntándose qué acababa de pasar, exactamente.

«El Gran Peligro», pensó.

Había intentado mantener el tema apartado, pero cuando salió a la luz, en la reunión de hacía un par de días, algo cambió. La gente no trabaja bien bajo la presión de una amenaza, sobre todo, si esa amenaza es global. Potencialmente cataclísmica. Alienígena.

Pero la reacción de Sanz…

Era algo desmesurada.

Frunció el ceño.

En ocasiones, pensó, la mente y el corazón humanos podían ser mucho más misteriosos que las profundidades insondables del cosmos.

2

Pasados diez minutos del mediodía, Phillips convocó al equipo en la sala de reuniones.

—¿Dónde está el señor Sanz? —preguntó.

—Está… Se encontraba un poco regular esta mañana —dijo Chase.

—¿Ha avisado al personal médico? —preguntó Phillips.

—No tengo ni idea —dijo para evitar el tema.

—Me ocuparé de que así sea —dijo—. ¡Bien! Esta… reunión. El motivo es un tema ilusionante. Importante para todos. El equipo que Sloane, Bill y Sanz han montado me acaban de anunciar que acaban de hacer avances en su… meticuloso proceso de analizar la composición del casco de la Snitch. He pedido a Sloane que nos hable de ellos en reunión, antes incluso de informarme a mí, en parte por eficiencia y en parte porque… sospecho que les puede hacer ilusión.

—¡Desde luego! —dijo Chase, animado.

Pensó en Sanz.

La información debía haber recibido esa misma mañana, el fin quizá de un largo proceso de trabajo. Se lo había perdido por muy poco.

Chasqueó la lengua.

Estaba seguro de que le hubiera animado esa reunión.

—¡Pues, bien! —dijo Sloane, poniéndose en pie—. Hemos hecho muchos análisis con diferentes procedimientos. Yo quería… contarles detenidamente el proceso, pero Bill opina que esa parte es aburrida, así que iré al grano.

Usó un mando a distancia para accionar el televisor de la sala

de reuniones y apareció una lista.

Sloane suspiró mientras todos se adelantaban para leer el contenido de la pantalla. Sus expresiones eran un reflejo de la fascinación que sentían en ese momento histórico.

—En primer lugar —dijo Sloane—, hemos encontrado… ¡grafito! Pero…, por su relación con otros componentes, lo hemos llamado grafito dopado. Grafito reforzado a nivel… nanométrico. El grafito es solo una base de una aleación compuesta con nanoestructuras cuya composición es…, adivínenlo…, desconocida, desconocida, desconocida.

—Grafito… —susurró Makayla.

—Hay mucho de esto —dijo Sloane—. Hemos encontrado también aleaciones de lantánidos… en particular lantano hasta lutecio, en una cantidad no significativa.

—El maravilloso grupo 15 —dijo Makayla—. Cuando se procesan en aleaciones proporcionan resistencia, conductividad…, también resistencia a la corrosión y a la capacidad magnética… No me extraña verlos en el contexto de algo que podría ser parte del vuelo espacial.

—Ajá —dijo Sloane—. Hemos encontrado también varios materiales poliméricos que, por la peculiar malla atómica que muestran, podrían tener capacidades autoadaptables.

—Esa parte es una conclusión mía —dijo Bill.

Phillips arqueó una ceja.

—Aleaciones de nanopartículas de… carbono. Básicamente. Esta parte es curiosa, porque no tienen la estructura convencional que se obtiene cuando se producen aquí en la tierra. Diría que, por su composición atómica, fueron producidos en condiciones de gravedad cero. También ligados a… desconocido, desconocido y desconocido.

Phillips asintió.

—Cristales —siguió diciendo Sloane—. Cristales de metamateriales. Diseñados a nivel molecular, sin duda.

—¿Manipulación de la luz para camuflajes o… sistemas de ocultamiento? —preguntó Makayla—. Hemos estado trabajando en cosas así…

—No lo sé —admitió Sloane.

—Y no tiene por qué saber, Sloane. Ha hecho su trabajo. Ese es el campo de Cooper. Makayla repasará la lista de composición para darnos ideas sobre sus capacidades, quizá hasta propósitos.

—Desde luego —dijo Makayla—. Con gusto.

—¿Qué más? —preguntó Phillips, mirando a Sloane.

—Hay otros materiales comunes diversos, pero son apenas trazas. Lo que sí hemos detectado es que la mayoría de estos elementos están excitados magnéticamente. No sé si podría tratarse de… rastros de radiación cósmica, campos magnéticos…

—Me ocuparé de eso —dijo Makayla con rapidez, súbitamente apasionada por el trabajo que tenía delante. Incluso Chase se sorprendió cuando le pareció ver, en el rostro de la ingeniera aeroespacial, el atisbo de una sonrisa sincera y real, no contaminada por el sarcasmo y la ironía.

Si no fuera por la ausencia de Sanz, hasta diría que las cosas estaban… mejorando.

—Y algo más —añadió Sloane—. Hay una alta presencia de… moscovio.

—Moscovio —exclamó Makayla, sorprendida.

—Nunca he… oído hablar del… moscovio —admitió Chase.

—El elemento 115 —dijo Bill—. Un elemento químico sintético. Fue descubierto por…, adivinen, un grupo de científicos rusos no hace demasiado. Alrededor del año 2000, poco más. Es un elemento superpesado y…, sorpresa, Phillips…, altamente radiactivo.

—¿Qué? —graznó Makayla.

—Sí —dijo Bill—. Estamos todos muertos. Probablemente, la mitad de ustedes ya tenga un cáncer devorándolos por dentro. Personalmente, llevo orinando sangre un par de días…

Hammond empezó a mirar a todos con verdadero desconcierto. Nadie lo sabía, pero Hammond tenía un serio problema con el tema de salud; era un poco hipocondríaco.

—Eso son tonterías —dijo Phillips, ceñudo.

Sloane rio con ganas.

—Sí, es una broma —dijo Sloane—. Pero eso es lo fascinante.

El moscovio ES… radiactivo. Pero no aquí. De alguna manera, alguien ahí arriba averiguó muchas cosas sobre el moscovio.

—Para empezar, es altamente inestable —dijo Bill—. Excepto en el huevo, claro. Tiene una vida corta, del orden de milisegundos, menos que eso incluso, y se consigue bombardeando núcleos de átomos más ligeros en un acelerador de partículas. Así que, hasta el día de hoy, nadie ha encontrado todavía ninguna aplicación práctica.

—Un acelerador de partículas —susurró Chase—. Eso es… la liga de los profesionales menores.

—Espero que no haga falta construir uno para sus estudios —dijo Phillips.

—No, no… —dijo Sloane—. Dios mío, debe ser… extraordinariamente caro.

—No lo decía por el coste —susurró Phillips—, sino por el tiempo.

Chase pestañeó varias veces. De repente, tuvo la sensación de que Phillips no había pretendido decir eso.

—Pero… ¿estamos a salvo? —preguntó Hammond de repente —. Quiero decir. La radiación. ¿Cómo pueden estar seguros de que…?

Sloane y Bill rieron con ganas.

—Estamos razonablemente a salvo, señor Hammond —explicó despacio—. Pero por recapitular —añadió—. El moscovio es un metal. Uno superpesado.

—Del grupo de los transactínidos —dijo Bill—. ¿Todo el mundo aquí sabe… qué es un metal superpesado?

—Ciertamente, yo no —dijo Hammond.

—Vale —dijo Sloane—. Son elementos que se no existen de forma natural. No vas explorando una cueva y dices… ¡mira, moscovio! Se consiguen bombardeando el núcleo atómico de otro elemento, pero… esta es la cuestión, solo se consiguen por milisegundos…, luego se desintegran en elementos más ligeros.

—Excepto en el caso del huevo —dijo Bill.

—Entiendo —dijo Hammond.

—Es interesante —dijo Phillips—. Podríamos determinar

quizá cómo estabilizar el moscovio… o, al menos, ya que disponemos de la única muestra estable y no radiactiva, averiguar cuáles son sus propiedades.

Sloane sacudió la cabeza.

—No es tan sencillo, Phillips. Haría falta un equipo de personas muy capacitadas y un equipamiento especializado que llenaría todo el sótano B4.

Phillips asintió, pero su cabeza estaba en otra parte.

—En todo caso —dijo al fin—. No es nuestro propósito fundamental en este preciso momento. Lo único que quiero saber, por el momento, es si esa lista les da una idea de cómo acceder al interior del huevo. Alguna debilidad en los componentes del casco. Queremos… abrir la cáscara.

Sloane y Bill se miraron.

—Tenemos unas cuantas ideas —dijo Bill.

Phillips asintió, complacido.

—Pues…, pónganse manos a la obra —exclamó.

3

Ward solía ir a la sala de la Snitch muy temprano, unos quince o veinte minutos antes de que llegasen los demás. Le gustaba ese tiempo privilegiado, solos él y la esfera.

Le gustaba sentarse en una silla y observarla, respirar, escuchar…, incluso, en ocasiones, cerrar los ojos y dejar la mente en blanco, como en una sesión de meditación. Estaba seguro de que si su amigo Albert estuviera por allí, lo habría llamado *yoga alienígena*. Esa idea le hizo sonreír.

Pero después del yoga, por supuesto, tal y como había pedido Phillips en su primera reunión, cada día, iba a la plataforma de atrás y ponía la mano sobre su superficie.

Aún no había experimentado ningún efecto destacable; nada reseñable o particular en sus pensamientos, estado de ánimo o sueños. De estos tenía muchos y a menudo, por cierto, y casi siempre eran bastante curiosos. Hasta inquietantes. Pero debido a

las circunstancias excepcionales y a la cantidad de horas del día que pasaba dedicando todos sus conocimientos, su intelecto y su pasión a la esfera, no le resultaba extraño soñar con ella. Con la esfera. Y con cosas. Alienígenas, por ejemplo. Soñaba con esferas que se desplegaban en el silencio de la noche y empezaban a pulsar con una pavorosa luz roja. Soñaba con que la esfera se transformaba y mutaba a una especie de androide negro, recubierto por símbolos mágicos arcanos, la mirada iracunda y concentrada. Soñaba con naves especiales gigantescas que irrumpían en la atmósfera terrestre desgarrando las nubes, con grandes cañones de batalla cósmicos apuntando sus haces de muerte hacia las ciudades.

Y, esa noche, había soñado que Sanz los traicionaba.

Cuando pensaba en eso, sacudía la cabeza.

No lo había vuelto a ver desde que se despidió de él en el desayuno, pero Sanz… era un buen tipo. No lo imaginaba haciendo nada parecido, aunque su mente inconsciente parecía pensar lo contrario.

Suspiró.

Miró alrededor, intentando concentrarse en otra cosa.

La sala había cambiado mucho desde que llegaron. Originalmente era diáfana y espaciosa, hasta elegante en sus tonos blancos y neutros. Ahora era un batiburrillo de máquinas de aspecto extraño y habían empezado a construir un andamiaje alrededor de la esfera para sustentar los soportes del programa informático que estaban construyendo para fotografiar los símbolos casi subatómicos. Seguía siendo un quirófano, tal vez, pero… uno después de una intensa y peligrosísima operación a corazón abierto donde han intervenido una decena de profesionales trabajando a toda velocidad.

—¿Cómo abrimos tu… corazón…, amada mía? —se preguntó en voz baja.

Y pensando… tuvo una idea.

El tiempo personal de reflexión e introspección pasaba pronto. En menos de media hora, el equipo apareció en la sala de la esfera, hablando animadamente unos con otros y preparando la jornada.

A Chase le encantó ver que Sanz estaba de vuelta. Hasta parecía reconstituido. Verlo trabajar con Sloane revisando el plan de trabajo lo convenció de dejarlo estar, simplemente. No tocaría ni sacaría el tema.

Cuando estuvieron todos, incluso el director Phillips, que solía «echar un vistazo», como decía él, aprovechó un instante para llamar la atención de todos.

—Escuchad un momento, por favor —dijo Chase—. He estado pensando en algo que quizá pueda ser de consideración. Llamadlo… una semilla. Una semilla para la mente.

Phillips lo miró con verdadero interés.

—Adelante, Ward, por favor —dijo.

—Es sobre lo que dijo Sloane acerca del moscovio. Lo he introducido en la base de datos de teorías esta mañana, un poco antes de que llegarais todos y no por procedimiento, sino porque tenía algo en la cabeza. En realidad…, la he mejorado un poco últimamente y ahora está conectada a una API de Inteligencia Artificial que ayuda con las relaciones entre premisas. No es una solución completa, pero ayuda a abrir la mente. De modo que… cuando metí las premisa sobre la composición, la IA encontró el hecho de que uno de los metales fuera el moscovio, que es altamente radiactivo y altamente inestable, y que, en la esfera, ya no lo es… como… muy pertinente.

—¿Muy pertinente? —preguntó Phillips.

—Ajá —dijo Chase—. Veréis, según las entradas que creó, el dato de que ya no fuera radiactivo penalizó en varios puntos la posibilidad de que la esfera fuera… hostil. En opinión de la IA, el hecho de que el moscovio haya sido degradado de su capacidad nuclear es un indicio de que la esfera fue construida para interaccionar con seres humanos o, al menos, con los seres vivos de este planeta.

—Porque… ¿a los extraterrestres… no los afecta la radiación nuclear? —preguntó Sloane con el ceño fruncido—. ¿Cómo puede

la IA deducir eso?

—No puede —dijo Chase—. Se basa en datos de este planeta, así que deduce que la radiación es siempre perjudicial, da igual cómo te llames. En realidad sabemos que ciertos organismos extremófilos, como ciertas bacterias, pueden sobrevivir con radiación, por ejemplo en el interior de los reactores nucleares. Por eso he dicho que no es la solución…, pero sirve para oxigenar la cabeza. La decisión de la IA de dar cosas por sentadas me hizo pensar… que quizá no hemos considerado todas las posibilidades sobre la esfera.

—¿Como cuáles? —preguntó Phillips.

—Sobre su aspecto compacto, por ejemplo. No hemos encontrado ranuras ni partes móviles. No tiene puertas, ningún acceso aparente. Se pueden imaginar muchas maneras en las que la esfera podría tener accesos. Se ha dicho que hay materiales que sugieren que tiene capacidades autogenerativas, así que puedo imaginar maneras en las que el casco podría reconocer un patrón de identidad cualquiera… que excitara sus componentes de tal manera que abriera una hendidura en el casco, revelando una compuerta de algún tipo.

—Sí —dijo Phillips—. ¿Y qué?

—Pues que hemos estado pensando en formas de romper el casco, directamente, pero no en maneras de cómo un extraterrestre podría abrirlo o ponerlo en marcha, o accionarlo de alguna manera.

—Mmm —dijo Phillips.

—Ese camino es el más difícil —dijo Bill—. La manera de activar el huevo podría ser… tecnológica. Como un *bluetooth* alienígena. Imagina dar con la llave de eso…, la posibilidad de que lleguemos a averiguar cómo funciona el sistema informático de una civilización extraterrestre es… una imposibilidad monumental. Cósmica. Impensable.

—Pero puede haber otras cosas —dijo Chase—. Comandos de voz. Ondas cerebrales.

—O podrían ser seres de luz, intangibles o seres multidimensionales con capacidades de movimiento que no

podemos imaginar.

—Disculpadme —dijo Hammond—. No es que sea importante, pero… me estoy perdiendo. ¿Seres multidimensionales?

Sloane se movió rápido hacia una pizarra electrónica y pulsó el botón de borrado.

—¡Eh! —protestó Bill—. ¡Mis datos!

—¡Ya los escribirás luego otra vez! —dijo Sloane con un gesto vago.

Pintó un monigote con una cara sonriente, y, al lado, un cuadrado con una manzana dentro.

—Mira, Easton —dijo—. Esta es Sue. Sue vive en su mundo de solo dos dimensiones, así que todo lo que ve es el contenido de esta pizarra. Este es su mundo, su realidad y no puede ni imaginar cómo es un mundo en tres dimensiones, como el nuestro.

Phillips arqueó una ceja.

—Y… ¿y la manzana? —preguntó Hammond.

Sloane sonrió.

—Sue está bastante feliz, ¿vale? Pero un poco contrariada. Sabe que dentro de la caja hay una deliciosa manzana, pero no puede sacarla. No puede acceder a ella. Está encerrada en una caja perfecta, hermética, sin fisuras en ninguno de sus lados. Qué mierda, Sue ya puede olvidarse de conseguir la manzana.

Bill rio entre dientes.

—Sin embargo… —dijo, acercando la mano abierta lentamente hacia la manzana, perfectamente visible en el interior de la caja dibujada—, mire qué fácil es para nosotros, seres de tres dimensiones, acceder al contenido de la caja. —Borró la manzana con el dorso de la mano cerrada, con un único movimiento rápido —. Ya está. Hemos cogido la manzana. Nos la hemos llevado. Y la pobre Sue, en su mundo de solo dos dimensiones, ni siquiera se ha enterado de nada. Ni nos ha visto, ni puede vernos, ni nos imagina siquiera. Sigue pensando que la manzana está en el interior de su caja.

—Ah —dijo Hammond—, comprendo. Muchas gracias.

—Me ha encantado, Sloane —dijo Sanz en voz baja—. Me ha hecho darme cuenta de algo que sabemos, pero a menudo no nos

damos cuenta de su complejidad. Si esos seres son multidimensionales, podrían… podrían estar entre nosotros.

—No solo eso —dijo Sloane—. Podrían estar entre nosotros ahora…, mañana… y ayer. A la vez.

Sanz asintió brevemente.

—De acuerdo —dijo Phillips despacio, cambiando su peso de un pie a otro—. Gracias, señorita Sloane, ha sido muy… instructivo. Pero… no entiendo qué proponen, señores y señoras. No tenemos capacidad para… detectar o interactuar con… otras dimensiones. Si la esfera es realmente un examen de conocimientos tecnológicos, puedo decir que hasta aquí hemos llegado. Hemos suspendido y seguramente seguiremos suspendiendo por espacio de bastante años…

—Sí, pero… ¿y las otras opciones? —preguntó Chase.

—Comandos de voz —dijo Sanz—. Ondas cerebrales…

—Usted mismo dijo que la Snitch establece un vínculo con la gente que mantiene un contacto físico prolongado en el tiempo —dijo Chase.

Phillips asintió.

—Explíqueme lo de las ondas cerebrales —dijo.

—Telepatía, telequinesia… —dijo Bill—. Son casi pilares fundamentales de la ciencia ficción cuando se trata de civilizaciones extraterrestres.

—No hay evidencias científicas de nada de eso, por supuesto, en ninguna de las formas de vida conocidas en este planeta —dijo Chase—. Pero el cerebro humano genera actividad eléctrica que puede medirse mediante electroencefalografía. Registran patrones eléctricos producidos por la actividad neuronal. Una raza extraterrestre podría ser capaz de emitir pensamientos y haber construido una máquina o dispositivo que pudiera leerlos.

—Sería como… la llave electrónica de un coche cualquiera —dijo Sanz—. Le das a un botón de tu mando y tu coche aparcado en un *parking* abarrotado de cientos de otros coches se enciende.

—¿Alguien más cree que este es un camino de investigación que podría obtener resultados? —preguntó Phillips.

Sanz se encogió de hombros.

—Quién sabe —dijo—. Cualquier cosa podría dar resultados.

—En teoría, se podría trabajar con EEG —observó Bill—. Podríamos llamar a un experto que nos diera un repaso sobre… ondas delta, theta, alfa, beta y gamma. Hacer algunas pruebas. Aunque… no olvidemos que un cerebro extraterrestre podría… podría estar basado en una forma de vida que no estuviera ni siquiera basada en el carbono… La tarea es…

—Complicada —coincidió Chase.

—Complicada, sí —observó Makayla—. Algo loca y especulativa para mi gusto.

Chase la miró con una sonrisa, pero ella desvió la mirada.

—Está bien —dijo Phillips—. Ya saben que tienen total libertad para proceder con los campos de investigación que crean convenientes. No me opondré. Adelante. Damas. Caballeros. ¡Buen día!

5

El edificio dormitorio se fue llenando de personal. Phillips cumplía y cumplía con rapidez. Aquella mañana, Chase estaba regresando a su habitación cuando se encontró con la secretaria ejecutiva Patel, a quien no veía desde su primera reunión.

—Me alegro de volver a saludarlo, doctor Ward —dijo cortésmente—. Tengo que disculparme…, debo recibir a un nuevo grupo de investigadores que están llegando en estos momentos.

—¿Qué son, esta vez? —preguntó Chase.

—Ingenieros biomédicos —dijo Patel con rapidez—. Al menos un experto en interfaces cerebro-computadora.

—Jesús —soltó—. Podría haber dicho… «más científicos». Qué precisión…

—Siempre lo soy, señor Ward —dijo con una sonrisa antes de volverse y alejarse por el pasillo.

«Interfaces cerebro-computadora», pensó. E ingenieros biomédicos. Sin duda, era el personal técnico que ayudaría con el área de las ondas cerebrales.

Sacudió la cabeza.

La disponibilidad de recursos que llegaban de las arcas del Estado era, desde luego, agradable. Pero, al mismo tiempo, se le encogió el pecho con una ligera sensación de presión. No se le ocurría una manera más clara de arrojar un claro mensaje.

El tiempo se les acababa.

6

Durante una mañana, Bill, Sloane y Chase trabajaban en lo que últimamente llamaban *el nido* y había cierto nivel de agradabilidad en el ambiente.

Habían terminado de fotografiar todos los símbolos a lo largo de todo el perímetro de la esfera, mediante un complicado sistema de enrutamiento informático y los resultados eran prometedores. Hammond entraba y salía del nido continuamente, preguntando cuándo podría trabajar con el material. Estaba más que impaciente.

—Muy pronto, Easton —respondía Sloane.

—Muy pronto, muy pronto —se alejaba Hammond, refunfuñando.

Eso hacía que Bill riera todas las veces.

Bill siempre reía.

—Eh, Bill —dijo Sloane esa mañana—. ¿Qué tal si hacemos fotos a ritmo de música?

—¿Música? —preguntó Bill, fingiendo sorpresa de una manera sobreactuada—. ¿Qué es eso? Dios mío, creo que la última vez que escuché música, el Dios Jackson aún cantaba rodeado de zombis.

Sloane rio con ganas.

—Pues lo pongo en marcha —dijo Sloane—, a ritmo de Freddy Mercury. ¡Dile a tu Dios que este hombre hace que se siente a su derecha!

Chase los miró sorprendido. Creía que la gente de otras generaciones diferentes a la suya estaban en otros temas, otro tipo de música, otros cantantes. Pero le encantó comprobar que su

época seguía siendo La Época.

La máquina empezó a funcionar. El brazo se movió hacia la esfera y el puente robot giró sobre sí mismo, con una precisión nanométrica, para empezar los trabajos. Los clic sonaban con un ritmo mecánico, preciso, mientras la cabeza se movía lenta pero progresivamente.

Los primeros acordes de *Don't Stop Me Now* empezaron a sonar a través de los pequeños altavoces internos de los ordenadores iMac de los que disponían. Sloane subió el volumen.

—*I feel alive, and the world I'll turn it inside out yeah!* —canturreó Sloane.

—El tema perfecto —rio Bill.

Chase miraba las imágenes que iban apareciendo en pantalla. Se sucedían con verdadera rapidez…, una galería impresionante de símbolos y más símbolos, y, hasta donde podía decir, todos y cada uno eran diferentes, aunque solo fueran diferencias casi imperceptibles.

—Dios mío, ¿estáis viendo esto? —preguntó Chase.

—¡Hammond sí que los verá! —dijo Sloane, bailoteando en mitad de la sala—. ¡Este es mi momento de triunfo! ¡Déjame disfrutarlo, Chase!

—¡Claro! —dijo Chase, fascinado, es solo que…

Freddy Mercury cantaba y Bill empezó a poner algunas de sus poses más emblemáticas cuando…

Un potente tono grave retumbó en toda la sala.

Sloane dio un respingo, sobrecogida.

—Qué coño… —soltó.

Chase y Bill miraron el sistema que controlaba el brazo y la cámara, alarmados. Ambos, a la vez, pensaron que había dado un mensaje de error. «Demasiadas fotos», pensó Chase, y su mente empezó a arrojar ideas. «La transferencia de datos no es lo bastante rápida. El servidor se ha llenado. El…».

Pero cuando miraron hacia el brazo mecánico y la cámara instalada en él, se dieron cuenta de algo.

Bill levantó los brazos y se los llevó al pelo rubio, como si quisiera arrancárselos todos a la vez. Su expresión era de auténtica

y genuina alarma. Sorpresa. Alucine.

—Por todos los… —empezó a decir Chase.

Era la esfera.

Estaba girando a toda velocidad sobre su propio eje. Sin hacer ruidos de mecanismos o engranajes. Con Freddy Mercury cantando de fondo.

El tono… el tono potente y grave lo había emitido la esfera.

La habitación entera cambió de tonalidad. Ahora era de un color anaranjado. Chase pensó que la esfera había hecho eso y por unos momentos… llegó a temer por su vida. No entró en pánico, sin embargo. Estaba verdadera y genuinamente maravillado porque la esfera, después de haber estado perfectamente inmóvil e indolente durante tanto tiempo, estaba girando. Y no solo girando. Había emitido un tono. Sus oídos habían recibido un tono diseñado por seres extraterrestres. Y eso… eso era mucho. Un hito en su vida.

Pero la luz no la emitía la esfera.

Era toda la luz de la sala. Cada luz led que emitían todos los diodos en las paredes, en cada panel, en todo el techo. Todos eran naranjas.

—¡Sloane! —gritó Bill—. ¡Apaga eso!

Sloane miraba la escena con una expresión descompuesta.

«Qué… —pensó Chase— qué quiere que… apague.»

Una especie de señal de alarma empezó a sonar ahora en la sala.

Pensaron que era la esfera.

Sloane retrocedió dos pasos y se cayó de culo. Se quedó sentada en el suelo, la boca abierta.

La puerta del nido se abrió en ese momento. Phillips entró a la carrera, haciendo tremolar su característico traje de chaqueta de tono azul. Era un hombre atlético, qué duda cabía, y verlo correr hacía pensar en un atleta en un anuncio de moda para hombres.

La esfera volvió a emitir su tono bajo. Grave. Profundo. Como el sonido de una tuba o órgano. Y siguió girando, ahora, daba la impresión, a más velocidad. Algunos de los dispositivos más cercanos empezaron a moverse, como si se estremecieran: sobre su

superficie, cada pequeño objeto se sacudía, los papeles temblaban, los cubiletes con simples lapiceros emitían un tintineo apenas audible.

Bill corrió hacia el ordenador y cerró la ventana en la que Freddy cantaba. Su música se interrumpió de inmediato.

Phillips miraba la esfera, los ojos y la boca muy abiertos.

—¡Salgan de aquí! —gritó—. ¡Salgan de aquí!

Chase se volvió y avanzó rápidamente hacia Sloane, a quien empezó a sujetar por las axilas para ayudarla a levantarse.

Pero en ese momento, la esfera se detuvo.

Philips y Bill eran los únicos que la estaban mirando en ese momento y tuvieron una sensación, a decir verdad, de ligera irrealidad. Como si les hubieran robado unos segundos de vida. La esfera se había detenido en el acto, sin desaceleración. Sin fricción. Sin inercia. Sin… movimiento angular. Simplemente, de un infinitesimal instante a otro, el increíble movimiento que había generado había desaparecido.

Sloane se incorporó.

Esperaron unos instantes, sin ninguna capacidad para hacer o decir nada, hasta que Phillips levantó una mano en el aire describiendo un gesto inequívoco: un OK con los dedos.

La alarma se desactivó al instante y las luces volvieron a ser neutras y frías.

La esfera permanecía inmóvil. Como siempre.

—Jesús bendito —dijo Bill—. Mi… mi corazón.

—Salgan de aquí —dijo Phillips con un tono de voz bastante serio que nadie le había escuchado antes—. Salgan de aquí inmediatamente —añadió—. La sala está en cuarentena.

Capítulo 10

Traición

Todo el equipo estaba reunido en el despacho de Phillips, que era grande y espacioso, y tenía sillones y confortables butacas repartidos por los laterales. En ellos estaban sentados todos los miembros de la Cúpula del Trueno.

El despacho estaba situado fuera de las instalaciones de investigación, más allá de la enorme puerta redonda que cruzaban todos los días en las furgonetas de traslado.

Phillips, a pesar de ser afrodescendiente y tener la piel de color, tenía un aspecto pálido.

Todos miraban las imágenes que las cámaras habían captado de la sala. El sistema de seguridad estaba preparado para detectar cambios en el estado de la esfera y activaba la alarma de manera automática. Las luces en todas las plantas, desde la B1 hasta la B4, se volvían naranjas. Ese era el primer aviso. El segundo, que se activaba unos segundos más tarde, era el tono de alarma. Aquella situación había provocado que cientos de empleados en toda la instalación hubieran abandonado sus puestos y el edificio.

Habían visto el vídeo varias veces ya, en bucle, pero seguían mirándolo como si estuvieran en trance.

—Madre mía —dijo Bill.

—Está bien —dijo Phillips empleando un tono de absoluta seriedad—. ¿Qué… ha pasado?

Chase supuso que la activación de la alarma y el posterior desalojo debía haberle supuesto a Phillips uno o dos problemas. Llamadas de sus superiores. Gente poderosa que debía haber aprovechado para sugerir que estaban jugando con cosas que no entendían y que eran potencialmente peligrosas…, seguramente

con la intención de…

Cortar el grifo.

Si había un Gran Peligro, una amenaza global, como había sugerido Phillips, resultaba desconcertante que hubiese quienes preferían morir ricos que invertir sus fortunas para que todo el mundo tuviera una oportunidad de vivir.

Sanz, aunque curiosamente, no había estado en la sala, fue el primero en responder.

—La esfera se ha activado —dijo.

—¿Y qué ha provocado eso?

—Diría que una de estas tres cosas —observó Chase—. Una es el movimiento del brazo y de la cámara. Demasiado tiempo, demasiado cerca, demasiado ruido. Recuerdo que producía *ticks* constantemente.

—Sí —dijo Sloane cabizbaja. Se había sentido muy incómoda viendo el vídeo repetidas veces, por su reacción a la crisis. Básicamente, se había derrumbado, sin conseguir hacer ninguna otra cosa—. Esa opción… se puede desactivar, quizá debí…

—Continúe Ward —dijo Phillips con indiferencia.

—Bueno, la otra cosa es… una activación casual. No debemos no considerarla, claro. Quizá es un proceso que hace de manera automática cada cierto tiempo. Una explicación podría ser… hacer un barrido de situación o un test de funcionamiento o, aunque sea descabellado, un proceso que cargue su sistema interno de… baterías.

—Es la tercera opción —dijo Bill.

Chase asintió.

—Sí —admitió Chase—. La tercera opción es…, naturalmente, la música.

—La música —dijo Phillips, mirando a los demás—. Estamos de acuerdo que parece la opción más probable.

—Sí —dijo Chase—. Lo parece.

—Ahórrenme tener que revisar los vídeos. En algún momento, durante los estudios, ¿alguien puso música en voz alta en algún momento?

Sloane negó con la cabeza y nadie respondió nada.

—Por favor, díganlo en voz alta. Todos y cada uno.

—No —empezó Hammond.

Los demás repitieron la misma negación, uno por uno.

Phillips asintió.

—Chase lo mencionó el otro día —dijo Sanz—. Comandos de voz.

—Bien —dijo Phillips—. Antes de convocar y traer expertos en temas de sonido, ¿qué sabemos sobre… los registros musicales? Frecuencias, rango, etcétera.

—Yo entiendo de arquitectura de sonido —dijo Makayla—. Tiene mucho que ver con mi trabajo, aunque no sea evidente —carraspeó brevemente—. En términos generales, el rango vocal típico de un ser humano adulto varía desde los ochenta hercios hasta los… mil cien, aproximadamente. Algunos cantantes llegan aún más lejos. No es lo mismo un bajo profundo que un barítono, un tenor o un soprano. Sin embargo…, esos rangos pueden darse a menudo en el transcurso de una conversación, sobre todo si hay expresiones exclamativas llenas de emoción, y hemos tenido algunas.

—Entonces, es la música —dijo Phillips.

—Deberíamos consultar o estudiar las características de la voz de Mercury —observó Chase—. No era, precisamente, un cantante normal. Recuerdo haber leído que su voz presentaba unas cualidades inusuales. Un rango vocal destacable, gran potencia y proyección, y un… vibrato distintivo.

—Esperad —dijo Bill—. Todo eso es…, puede ser muy interesante. Pero no olvidéis que no es lo mismo tener a Freddy Mercury cantando *a capela* en la sala, que el sonido que reproduce un iMac con sus altavoces internos. Son una… son una mierda, ¿vale? Apuesto a que el amplificador, digital para más señas, no debe llegar a veinticuatro vatios.

—Se supone que estos aparatos modernos vienen todos con altavoces de alta fidelidad —dijo Sanz—. No creo que Apple haya fabricado nada que ignore las últimas tendencias. Audio espacial. Dolby Atmos. Etcétera.

—Lo miraremos —dijo Phillips—. Todo eso lo averiguaremos.

Pero mientras tanto… este posible camino de estudio nos presenta cuestiones más bien… desafiantes.

Chase asintió. También lo había pensado.

—Digamos que la esfera está siempre escuchando —siguió diciendo Phillips—. Es como… una Alexa espacial gigante. Funciona con ondas de sonido, como dijo Chase. Pero no con todas. Está diseñada para atender las particularidades características de… voz, de nuestros misteriosos alienígenas.

—Dios mío —exclamó Chase, emocionado, sin case darse cuenta.

—¿Ocurre algo, Ward? —preguntó Phillips.

Chase levantó una mano, incómodo.

—No, no. Perdón —dijo con rapidez—. Es solo que… me fascina el ritmo de descubrimientos que estamos haciendo. Si aceptamos que los extraterrestres se comunican o manipulan la funcionalidad de la esfera con su voz, estamos descartando rápidamente caminos que nos quedaban muy lejos, como… que sean seres multidimensionales. No creo que la Sue de Sloane tuviera nunca alguna oportunidad de escucharnos…

—Sí —dijo Makayla—. Conocer el rango de sonidos en el que se mueve la esfera podría darnos pistas sobre las características de sus… gargantas, si se les puede llamar así.

—¡Exacto! —exclamó Chase—. Y si conocemos ese dato… puede darnos mucha información estimada sobre el tipo de planeta al que esos extraterrestres llaman *hogar*. Podríamos descartar, de un plumazo, millones de sistemas solares como candidatos.

Phillips parecía, otra vez, más animado.

—Tampoco olvidemos que no se trataba solo de Freddy Mercury —observó Makayla—. Hablamos de Queen…, desde el punto de vista de la técnica musical, una de las bandas sin duda más interesantes y peculiares. Habrá que estudiar sus recursos armónicos, el uso de… inversiones, retardos, intercambios modales…

—Eso me gusta —dijo—. Traeré especialistas para que se unan a nosotros, hoy mismo si puedo conseguirlos. Sin embargo, seguimos teniendo el mismo problema. Y es uno grave.

—La seguridad, claro —observó Chase.

Phillips no dijo nada, pero, por su expresión, estaba de acuerdo.

—Naturalmente —dijo—. Nos encontramos ante un camino de investigación prometedor. Si podemos tener una concordancia entre notas, notos, frecuencias o lo que sea, y hacer que la esfera responda…, sería algo notable, y un resultado fascinante para este proyecto. Pero, lamentablemente, no hay una… versión de pruebas para trabajar con ella. No hay una demo. No se puede construir una réplica «desactivada» para trabajar con ella. Y no hay manera de saber qué funciona y qué hace lo que hace, sin activar directamente la esfera.

»Por lo que sé —siguió diciendo—, hemos tenido mucha suerte. La esfera ha emitido un tono bajo y grave, ha girado sobre sí misma en clara progresión… Emitió un segundo tono idéntico al primero y solo se detuvo cuando paró la música.

—Sí —confirmó Sloane.

—No sabemos cuál es el propósito de ese… procedimiento. No sabemos lo que la esfera había intentado hacer o para qué se estaba preparando. Quizá se habría puesto en marcha y quién sabe lo que habría pasado si se hubiera encontrado encerrada, con tres pisos por encima revestidos con vigas de puro acero reforzado, hormigón armado y otra serie de cosas. Este búnker, damas y caballeros, fue construido para resistir el escenario de guerra nuclear más hostil que pueda concebirse. A lo mejor hubiera salido despedida hacia arriba, destruyéndolo todo a su paso. A lo mejor se hubiera teletransportado. O quizá podría haber empezado a emitir calor…, miles de millones de grados, y fundido toda la base y cada persona que trabaja aquí, incluyendo, naturalmente, a ustedes. Y a mí. Podría haber pasado cualquier cosa de esas. Y no podemos arriesgarnos, simplemente, a poner música de Frank Sinatra o de Vivaldi para… ver qué pasa.

—Evidentemente —susurró Chase.

Makayla carraspeó ligeramente. Estaba visiblemente descompuesta por las palabras del director Phillips.

—Tenemos que encontrar una manera de descubrir una

correlación de comandos de sonido y reacciones, pero eso… —dijo este—. Eso no sé cómo podríamos conseguirlo.

—Tal vez los símbolos en los surcos —dijo Hammond—. Es la única pista seria que tenemos. Si podemos encontrar el mensaje que esconden, quizá encontremos alguna pista sobre cómo manejar los comandos de sonido.

—Diría que es improbable —dijo Phillips—. Pero, por supuesto, adelante, ese trabajo sigue teniendo validez y es importante. Gracias, señor Hammond.

—¿Qué hay de la posibilidad de que la cercanía y el brazo con la cámara iniciara la activación? —preguntó Makayla—. ¿Hemos descartado eso?

—No lo hemos descartado —explicó Phillips—. Pero, en honor a la verdad, todos sabemos que fue la música el desencadenante. Recuerden que no son los primeros que trabajan con la esfera. En el pasado, se hicieron procedimientos un poco más… agresivos, que no activaron la esfera.

—Lo sabemos —dijo Bill.

Y lo sabían, sí. Estaba en la base de datos de conocimiento que Phillips había puesto a su disposición desde casi el primer día. Hizo que todos y cada uno se llevaran la mano a la cabeza. Los científicos de los años cincuenta, los sesenta e incluso los setenta, si acaso lo eran, habían intentado utilizar todo tipo de procedimientos de corte y perforación, desde sopletes industriales a sierras mecánicas y taladros de tipo columna. Más tarde, a medida que la tecnología se hacía disponible, emplearon procedimientos de corte por plasma y láseres. Incluso explosivos de altas especificaciones, sin resultado alguno y sin que la esfera hubiera reaccionado a una evidente hostilidad.

Intentaron también sumergirla a profundidades acusadas de altas presiones para ver si eso hacía implosionar el casco.

A Chase le extrañó que no se les hubiera ocurrido colocar la esfera en mitad de algún desierto para tirarle una pequeña bomba atómica. A ver qué pasaba.

—Sugiero que no hagamos nada con el tema hasta que los expertos revisen el vídeo. No podrán ver las imágenes, pero podrán

analizar los tonos emitidos por la esfera, a ver qué pueden decirnos. Y la música de… Queen y de su cantante estrella, en concreto, el fragmento con el que la esfera se puso en marcha.

—De acuerdo —dijo Sloane.

De pronto, el teléfono sobre la mesa de despacho empezó a sonar con tonos discretos y casi apagados.

Phillips levantó un dedo y lo mantuvo en el aire por unos momentos mientras atendía la llamada, ceñudo.

Ni siquiera dijo nada. Escuchó por espacio de unos instantes y luego colgó.

—Discúlpenme —dijo—. Me corrijo. No es una sugerencia. Les prohibimos expresamente cualquier intento de activar o influir en la esfera usando patrones de sonido de cualquier clase… hasta que el tema se haya estudiado con detenimiento. Está prohibido usar música, cantar, entonar o emitir cualquier sonido con cualquier carga de musicalidad, en toda el Área de Excepción del sótano B4.

Todos se miraron, perplejos.

—Es… ¿es en serio? —preguntó Bill, confundido.

—Nunca he hablado más en serio —dijo Phillips.

—De acuerdo —dijo Chase.

—Sí, claro, por supuesto —confirmó Sanz.

Chase estudiaba la expresión de Phillips. Cuando quería, podía ser muy hierático. Y ahora… quería.

Era evidente que en ese despacho, y probablemente en todas partes, en especial en el sótano B4, había cámaras y dispositivos de escucha. La pregunta era… ¿quién escuchaba? ¿Quién tenía autorización para acceder a ese material? ¿Con quién había hablado Phillips? ¿Con el presidente? ¿El director de la CIA? ¿El responsable directo de la Agencia de Seguridad Nacional?

Una cosa estaba clara. La activación de la alarma había sido un asunto grave. Empezaba a sospechar que, en las altas esferas, algunas personas clave no habían pretendido nunca que, con todo aquel despliegue, consiguieran resultados relevantes.

Arrugó el ceño.

Hablaron durante un rato más todavía, en particular sobre

cuáles serían los próximos pasos y cuándo podrían volver al trabajo. Phillips dijo que tenían que esperar veinticuatro horas de cuarentena y sugirió que se embarcaran en alguna actividad deportiva por el exterior, en ese tiempo.

Aunque la idea fue aceptada con agrado, una sombra cruzaba la mirada de todos. Ahora sabían que, cuanto más se acercaban al corazón del huevo, más aumentaba el peligro…

2

Pasaron un par de días y la actividad volvió al Nido. La cámara es espectrometría, que se había quedado detenida durante la cuarenta, había vuelto a discurrir alrededor de la esfera, fotografiando cada pequeño nanómetro un total de cuatro veces con diferentes pero inapreciables valores de enfoque. Con una superficie que era equivalente a una mil millonésima parte de un metro, lo cierto es que sorprendía que alguien fuera capaz de ver el movimiento del brazo.

Eran las once y cuarto de la mañana cuando fueron convocados a la sala de reuniones. Todos. Sin excepción. Inmediatamente.

Sloane compuso una expresión de fastidio.

—¿Algún otro avance que alguien vaya a anunciar? —preguntó.

Pero nadie respondió.

Chase tuvo un mal presentimiento.

3

Cuando llegaron, alguien los esperaba en la sala, además del director, André Phillips. Era un hombre con un corte de pelo y una actitud corporal estilo militar, vestido de civil, con un traje de chaqueta de un tono oscuro. La corbata, observó Chase, era del tipo tejana, con un adorno con una estrella en el cierre del cuello.

Phillips parecía cansado y abatido. Ni siquiera les dedicó una mirada.

El extraño se giró hacia él, como si esperara que los presentara.

Phillips se levantó despacio. Era como si, de repente, le hubieran caído encima quince o veinte años.

—Escuchen —dijo—. Les presento a Alan Foster. A partir de este momento, Foster tiene la máxima autoridad aquí en temas de seguridad. La seguridad está por encima de cualquier otra consideración, así que, si en cualquier momento yo he dicho *verde* y él dice *azul*, sin ningún género de dudas ni ninguna otra consideración, no duden un solo momento que es… azul.

Todos miraron a Foster.

Parecía un agente en mitad de una inspección de trabajo, uno que hubiera detectado problemas y, de alguna manera, conseguía que se sintieran como trabajadores inmigrantes con poco dinero y mucho que perder.

—Ojalá este anuncio se hiciera en mejores circunstancias —dijo—, pero…, desafortunadamente, y me rompe el corazón decirlo, no es así.

Todos se miraron, asustados.

«Ya está —pensó Chase—. La alarma, por supuesto. Ya se ha… Ya se ha acabado.»

Phillips tomó una pequeña pila de periódicos que tenía sobre la mesa y empezó a repartirlos.

—Como han estado encerrados en este… micromundo, durante varias semanas ya, dudo que estén informados sobre esto…

Chase recibió su copia con las cejas levantadas.

—No me… jodas —exclamó.

—Qué… ¿Qué? —graznó Sloane.

Chase estaba más que intrigado.

Miró la portada de su periódico.

El *New York Times*.

Era el puñetero *New York Times*.

En la portada decía, en grandes titulares:

EXTRAORDINARIAS EVIDENCIAS REVELAN QUE EL GOBIERNO AMERICANO HA CAPTURADO UN PELIGROSO OBJETO ALIENÍGENA Y LO MANTIENE OCULTO PARA SU ESTUDIO

—Qué…

«Qué demonios —pensó mientras miraba la portada—. Qué demonios de demonios de…»

Lo peor no era el titular. Era la foto.

«De demonios…»

Era un fotograma de la cinta de seguridad que habían visto en bucle durante la reunión, en el despacho de Phillips. En ella se veía… se le veía a él, ayudando a Sloane a levantarse. Por la posición de la cámara, ubicada cerca del techo, no se les veía el rostro, pero… eran ellos.

No era la primera vez que salía en el *New York Times*, por cierto, pero nunca en aquellas circunstancias.

PELIGROSO OBJETO ALIENÍGENA.

Chase empezó a leer.

CAPTURADO

Una primera lectura rápida en diagonal, buscando

EXTRAORDINARIAS EVIDENCIAS

su nombre.

PELIGROSO.

El nombre de alguno de ellos.

ALIENÍGENA.

De… cualquiera.

—No me lo creo… —dijo Makayla—. ¿Es… una broma?

—¿Tengo cara de payaso? —repuso el nuevo director de seguridad, señalándose el rostro con el dedo índice, la espalda bien recta y marcial.

Makayla lo miró con gravedad.

—Hola, buenos días —le respondió con serenidad.

Foster no respondió.

—Terribles días —dijo—. Me llamo Foster. Así es como me

llamarán. No Alan, ni señor Foster. Foster. Como un código. De… código ético. Y moral. Como ven, atravesamos un periodo de crisis originado, sin duda, por alguien de esta base y vamos a terminarlo con eficiencia y contundencia. Alguno de ustedes ha traicionado su juramento y su compromiso con este Gobierno, y ha roto el contrato que Estados Unidos mantiene con todos.

—Espere… —dijo Makayla levantando la vista del periódico —. ¿Qué?

—¿Cómo dice? —preguntó Sloane.

Bill se puso repentinamente de pie, miró alrededor como si no supiera cómo había llegado allí arriba y volvió a sentarse.

Foster extendió un brazo, como el metre de un restaurante de lujo en Manhattan.

—Lo tienen delante de ustedes —exclamó.

—Pero… un momento…, ¿por qué… nosotros? No tiene sentido.

—Ustedes, además del director Phillips, son los únicos que han tenido acceso a estas imágenes. Como ven por la foto, no se trata de una captura realizada del vídeo original, sino de la foto del vídeo en una pantalla. Alguno de ustedes… fotografió la pantalla durante la reunión y luego se puso en contacto con los medios para filtrar la noticia.

—¿Qué? —preguntó Bill.

—Esto es… —soltó Hammond de repente—. Esto es intolerable.

Se puso de pie, como si tuviera toda la intención de irse de la reunión.

—En toda mi vida, nadie, jamás, ha dudado de mi…

—Siéntese —ordenó Foster con voz grave.

—… reputación, de mi palabra, del valor de mi…

—¡SIÉNTESE! —gritó Foster.

Phillips hundió su rostro en la mano derecha.

Hammond se lo quedó mirando, perplejo. Por su expresión, se diría que había recibido una bofetada.

—Siéntese, Hammond —siguió diciendo Foster—. O le aseguro que será arrestado a la espera de los resultados de la

investigación en curso, como posible autor de los actos de traición que se han cometido.

Chase se quedó inmóvil, sin capacidad para respirar.

Qué… ¿qué estaba pasando?

No podía…

No podía creerlo.

—Disculpe un momento, señor… Eh… Foster —dijo Sanz de repente—. ¿No le parece que nos está tratando muy duramente, dadas las circunstancias?

Foster arqueó una ceja.

—Se nos graba todo el día, no hemos tenido reparos en eso. Cámaras constantes. Por todos lados. Hasta nuestras conversaciones, entre nosotros. Y eso de grabar la pantalla… ¿cómo… cómo se supone que podíamos haber hecho eso?

—Nuestros móviles se quedaron en consigna —dijo Bill—. En la entrada de la base.

—Hay muchas maneras en las que se pueden introducir cámaras y dispositivos en la base. Dispositivos que permitan grabar imágenes—dijo Foster—. Había, de hecho. Las medidas de seguridad van a incrementarse muchísimo.

—Pero… ¿por qué nosotros? —preguntó Chase—. ¿No había centinelas que pudieran haber tenido a las cintas? Responsables del área de informática… Personal de la base con acceso a los sistemas de red que hayan estado distribuyendo el vídeo. Nosotros lo vimos en el despacho de Phillips. Tuvo que haber llegado allí por alguna red local distribuida…

—No hay centinelas con acceso a las cintas —dijo Foster—. Un sistema informático seguro graba las imágenes y las analiza para registrar cambios. Y no creo que haya nadie capacitado para hackear los sistemas seguros informáticos de la base. ¿De qué… de qué está hablando, exactamente, para empezar? ¿Cree que somos la *cutre red* de un cibercafé barato de Nuevo México?

—Todo es… accesible —dijo Chase.

—Interesante su intento de desviar la atención —dijo Foster —. Les diré lo que va a pasar. Voy a tener una reunión con todos ustedes, uno por uno. Va a haber una investigación exhausta y,

paralelamente, los procedimientos de trabajo van a cambiar. En la sala habrá personal de seguridad en todo momento. Gente confiable que no romperían sus acuerdos para conseguir un dinero extra. Habrá protocolos nuevos. Todo trabajo será escrupulosamente registrado. Habrá que pedir permiso por escrito para cada pequeña tarea…

—Señor Phillips —empezó a decir Chase.

—Escuche las instrucciones, señor Ward —dijo Phillips—. Tendrá que obedecerlas escrupulosamente.

Chase se mantuvo callado, mirando con disimulo a los demás. Sus caras eran de consternada perplejidad. Hammond respiraba agitadamente. ¿Cuántos años podía tener? ¿Sesenta y cinco, quizá? Era difícil decirlo; parecía… envejecido. Quizá por alguna enfermedad. Se sobrecogió pensando que podía sufrir un pequeño infarto debido a las circunstancias.

Mientras escuchaba a Foster enumerar los cambios que iban a producirse, cerró momentáneamente los ojos.

«Íbamos bien —pensó—. Íbamos muy bien.»

Pero aquellas… medidas de seguridad… iban a retrasarlos muchísimo.

Tal vez…

Entre tres y cinco años.

Y a medida que escuchaba, la cifra aumentó.

4

Cuando salieron del despacho, con instrucciones de regresar al edificio dormitorio y esperar a que los nuevos protocolos se pusieran en marcha, Makayla se paró delante de todos.

—No sé quién de vosotros es el hijoputa que ha filtrado la información —dijo con el semblante serio—. Pero buen trabajo. Nos has jodido el puto trabajo.

Se dio la vuelta y empezó a caminar por el corredor, sus zapatos negros de un tono opaco retumbando entre las paredes y el techo.

—Que me jodan —soltó Bill.

Capítulo 11

Ezekiel Brimstone

En las semanas siguientes, los ánimos decayeron bastante.

Dicen que no se sabe lo que tienes hasta que lo has perdido, y ese dicho se mantuvo en la mente de Chase en todo momento. Las nuevas normas de seguridad eran pesadas, aburridas y retrasaban los avances tanto que, prácticamente, era imposible hacer nada.

Nadie, excepto Makayla, dudaba del resto. Al menos, nadie de la Cúpula del Trueno.

Sencillamente, no podían imaginar a ninguno de ellos revelando aquella información al mundo. No tenía sentido. No servía, potencialmente, para nada. Eran científicos, tenían un proyecto ilusionante entre manos y nadie podía querer cambiar eso por… por simple dinero.

Makayla era un lobo solitario. No tenía ninguna fe en el ser humano, en general. No confiaba en nadie. Se mantuvo apartada del resto, mientras trabajaba en sus propios estudios y análisis.

La situación era verdaderamente complicada. Tenían cierto acceso a internet en el ordenador de su habitación, aunque algunas capacidades habían sido bloqueadas, como la de publicar o responder en las redes sociales. Los servicios de mensajería, como los *e-mails*, estaban absolutamente capados: ni recibir ni enviar. Pero todos y cada uno de los componentes de la Cúpula del Trueno habían investigado el alcance de la filtración. Se había armado un pequeño revuelo, eso era cierto. Había comentarios por todas partes. Memes. Gente que no tenía ni idea de absolutamente nada opinaba de manera muy desenvuelta sobre la esfera, parte de la cual salía en la fotografía. La comunidad ufológica estaba revuelta. FUENTES FIDEDIGNAS, había dicho el artículo. FOTOGRAFÍA

OBTENIDA DE LAS CINTAS DE SEGURIDAD DE UNA BASE DEL GOBIERNO.

A Chase le había producido náuseas leer a esos expertos salidos de las cloacas del ego que eran las redes. Todos vertiendo un odio incontestable, difícil de entender. Pollitos piando en un nido, reclamando atención…, un nido con una capacidad de miles de millones de pollitos que conformaban una algarabía tan intrincada como detestable.

Los responsables de seguridad en el nido se mantenían siempre cerca, observando y registrando cada pequeña tarea. Si Sloane introducía un protocolo de ajuste en el sistema motor del brazo y la cámara, preguntaban:

¿Para qué es eso?

¿Por qué ha hecho eso?

¿Para qué sirve eso?

¿Por qué…?

—No me jodan —soltó Sloane un día—. Vayan a la universidad, estudien la carrera de física, rómpanse los cuernos en cursos, conferencias y charlas, interésense por temas relacionados que puedan ayudarles en su trabajo como… computación, mecánica robótica…, y luego regresen aquí. Así sabrán lo que estoy haciendo, podré hacer mi trabajo y no tendré que aguantar sus expresiones de Rambo gilipollas.

Bill sonrió brevemente, pero era una sonrisa apagada, como constató Chase.

—¿Cuándo acabará esto, André? —preguntó Chase al director Phillips cuando coincidieron en la pequeña cafetería autoservicio de la que disponían, en cierta ocasión.

—¿Cuándo acabará el qué, señor Ward?

—Vamos… Ya lo sabe.

Phillips apretó el mentón. Extendió su plato hacia él.

—¿Me pasa uno de esos *croissants*, por favor, señor Ward?

Chase pestañeó, pero obedeció.

Al ponerle el *croissant* sobre el plato, Phillips se inclinó para susurrarle cerca del oído, de una manera disimulada.

Chase comprendió en el acto.

—Espero que pronto —susurró—. La Primera Enmienda puede… soslayarse.

Se apartó de Ward y, antes de retirarse, se dirigió a él una vez más.

—Gracias por el *croissant* y su paciencia, señor Ward.

—Un… Un placer, director.

Se quedó solo en la sala, con la mesa, los panecillos, los cuencos de fruta fresca cortada, las jarras de zumo, agua caliente, leche, los bollos, embutidos y todo lo demás, pensando.

La Primera Enmienda de la Constitución… recordó, no sin esfuerzo, era la que garantizaba la libertad de prensa.

«La libertad de prensa», pensó.

«Claro —se dijo—. La libertad de prensa.»

«Proteger las fuentes.»

Habían publicado imágenes… muy confidenciales. Clasificadas. No sabía mucho de leyes o de los derechos de los medios, pero estaba razonablemente seguro de que, sobre todo después del 11-S, esas libertades debían tener cortapisas. Medidas para garantizar la Seguridad Nacional.

Tal vez…

Tal vez los tribunales podían obligar a los periodistas o a las organizaciones de noticias que revelasen sus fuentes.

Por la seguridad del país.

Y si revelaban las fuentes…

Si revelaban las fuentes sabrían por fin que no fue ninguno de ellos. Que tal vez había sido un tipo llamado Bob. O Mike. O Paul. Un experto en seguridad informática militar que trabajaba o había trabajado en la base, instalando las redes y se había asegurado una pequeña puerta trasera para poder sacar unas cuantas decenas de miles de dólares.

Y quizá, por fin, podrían… volver a trabajar.

Era triste y era feo… que no pudieran concentrarse en la esfera debido a que alguien había codiciado un puñado de billetes.

Sobre todo si el Gran Peligro seguía existiendo.

Fuera el que fuera.

Pero de pronto encontró en las últimas palabras de Phillips

una pista significativa.

«Gracias por su paciencia.»

No le daba las gracias en pasado.

Se las daba en futuro.

Solo le había dejado claro… que la tuviera.

Paciencia.

2

Uno podía tener sus opiniones sobre el reverendo Ezekiel Brimstone, pero lo que nadie podía poner en duda era que, indudablemente, estaba tocado por el dedo de Dios.

Brimstone no se había dedicado al negocio divino hasta hacía siete años. Durante toda su vida se había ido construyendo un camino laboral más o menos precario, dedicando su tiempo a unas y otras cosas. Donde estuviera el dinero, ahí iba él; un seguidor incansable de la oportunidad de negocio, pero sin alcanzar nunca el éxito.

Cuando las redes sociales como Facebook, Instagram y TikTok, entre otras, empezaron a definirse y prosperar y se convirtieron en un pilar fundamental del tiempo entre la mayor parte de la gente, Brimstone se interesó. Allí donde iba, había gente pegada al móvil. El movimiento de su dedo por la pantalla pasando de una publicación a otra sonaba como el dinero entrando en una caja registradora.

Se formó la figura del *influencer*: gente que conseguía dinero a mansalva subiendo… vídeos raros. Brimstone no podía dar crédito a lo que veía. Una señora que mostraba sus pechos desmesurados cubiertos por una tela mínima conseguía cientos de miles de interacciones, que por supuesto equivalían a dinero. Otro mostraba, en apariencia, cómo hacer una receta. La cuestión era que, en mitad de la receta, cometía errores y la harina acababa desparramada por la encimera, el fogón abrasaba la sartén, los huevos se caían al suelo y se rompían, y él ponía una serie de caras estúpidas y gritaba como un loco. Resultado: casi medio millón de

interacciones. Cientos de miles de seguidores.

Estúpidos, patanes, necios… haciendo estupideces constantes, diciendo obviedades, reyes de la desinformación, payasos digitales, prostitutas cibernéticas, los amos de la patochada y el esperpento… ganando decenas de miles de dólares. Una señora que enseñaba japonés a su gato en directo tenía más de un millón de seguidores.

A Brimstone le ardía la mente, también las manos, cuando pensaba en eso. En las… posibilidades. Todos aquellos patanes haciendo bailes ridículos, poniendo expresiones infantiles y subiendo sus vídeos con transiciones atroces, fragmentos de música robados de vete a saber dónde… estaban ganando más dinero que él.

No podía soportarlo.

Pero las manos le ardían, sí, y su abuela siempre le decía que prestara atención a sus manos, que habían sido bendecidas por Dios para manifestar sus dones naturales y que, cuando le ardiesen, significaba que estaba en el Camino.

Brimstone pasó mucho tiempo mirando vídeos y sus resultados. Leyó cosas. Apuntó el crecimiento de algunas cuentas, las reacciones de los usuarios, tomó notas y apuntes. Apuntes estratégicos, como él los llamaba, y llegó a interesarse tanto que terminó por perder el último trabajo simplemente por no asistir.

Le importaba un soberano bledo.

Estaba construyendo las bases de lo que iba a ser su futuro.

Cuando creyó que tenía una buena base de conocimiento para crear su propia cuenta, Brimstone se sentó a pensar. Sabía lo que necesitaba hacer, cómo hacerlo, cuándo hacerlo. Lo sabía todo sobre palabras clave, *hashtags*, tendencias… y conocía la oscuridad del corazón humano, lo que necesitaban, lo que querían oír y lo que les gustaba ver. Y pensó.

Pensó en hacer algo de pornografía. El negocio más antiguo del mundo siempre era una buena apuesta. Pero era demasiado competitivo. Había cientos de miles de mujeres con áreas privadas para suscriptores que pagaban una cuota mensual para acceder a la simple visión de sus cualidades femeninas.

Pensó en varias cosas… hasta que una mañana, mientras daba vueltas por el salón de su apartamento de una sola habitación, notó las manos calientes y se acordó de su abuela.

En el Camino.

En la bendición de Dios.

Y pensó…

Pensó en… Religión.

Era el otro negocio más antiguo del mundo, naturalmente.

Sus fuentes de ingresos estaban en la estratosfera de las cifras millonarias. Incluían cosas como donaciones, ofrendas, diezmos, la venta de bienes relacionados como libros, objetos litúrgicos, música y servicios religiosos, por no hablar de las propiedades inmobiliarias, la mayoría muy significativas.

Le empezaron a brillar los ojos.

Religión.

Corrían tiempos de incertidumbre. internet, dando voz a cada idiota que tenía acceso a un teclado, había trastornado psicológicamente a la gente, y la división generacional, la falta de estructuras básicas tradicionales como la familia convencional y las constantes polémicas avivadas por medios que buscaban desesperadamente la atención de la gente habían construido un caldo de cultivo extraordinario donde lo viejo y lo nuevo podían darse la mano.

Las redes sociales… y la religión.

Brimstone empezó a andar, cada vez más de prisa, por el salón de su apartamento. Daba vueltas, una y otra vez, mientras ordenaba sus pensamientos. O más bien… los desordenaba.

«El reverendo Ezekiel Brimstone», pensó. Era un buen nombre. Era un nombre genial. Lo dibujó en su mente con gloriosas y divinas letras doradas rodeadas de piadosas Vírgenes, y el rostro proverbialmente caucásico, noble, de encandilantes ojos azules que era la imagen globalmente conocida de Jesús. Imaginó una melodía celestial sonando de fondo. Su propia cara, por delante de la de Jesús, con una expresión pía pero segura. Debía mostrarse benévolo, pero también contundente; la gente con fe necesitaba alguien que los guiara. El reverendo Brimstone sería el

puño de hierro en guante de acero.

Emocionado por su visión empresarial, Brimstone pasó dos meses planeando su aparición. Qué diría. Cómo lo diría. Cuándo lo diría.

Diseñó una campaña completa, estudió los aspectos sociológicos del *homo technologicus*, los miedos e incertidumbres, el entorno social, político, las preguntas que la gente de a pie se hacía en la intimidad de sus hogares, las preguntas reales… que asomaban por entre los consumistas velos de la explosiva oferta de ocio que ahogaba cualquier ingreso familiar. La intimidad real y verdadera de la existencia digital en un mundo complicado, consumido por la corrupción y las megacorporaciones. Se empapó del debate siempre vigente de la homosexualidad, el racismo, la xenofobia y, por supuesto, leyó La Biblia.

En su cuaderno de Apuntes estratégicos, apuntó cosas como: «El hombre moderno consume, pero no saborea». «Hay bastante religión en el mundo para odiarnos unos a otros, pero no la bastante para amarnos». Y también: «La religión sirve para consolarnos ante unos problemas que no tendríamos… si no existiese la religión».

Mientras se preparaba, empezó a tejer su propia red de contactos. Todos los grupos que pudo encontrar en Reddit, los *hashtags* más importantes de Instagram, los foros dedicados. En los foros menos populares, a menudo soportados por tecnologías obsoletas de la era pre-Facebook, era donde encontró a los feligreses más concentrados y esforzados. Allí usó métodos psicológicos de baratillo para ganarse un nombre y una reputación: la constancia, la adulación, el agasajo, la falsa amistad, la mano que ayudaba y consolaba allí donde otros desesperaban.

Su lista de amigos empezó a crecer.

Su lista de contactos, también.

Muchas empresas, grandes empresas y entidades como bancos pequeños, se alineaban en el camino de Nuestro Señor. Los emocionaba contar con alguien con tanto sentido común que honrara la Palabra de Dios, que siguiera la Buena Senda.

El Camino.

Alguien que creyera, naturalmente, en un mundo mejor, uno que germinara bajo el rayo de luz que proviniese de los Cielos Altísimos.

Brimstone hizo su primera aparición en una cuenta nueva de Instagram una tranquila y soleada mañana de domingo. Era un vídeo que enlazaba con su cuenta de YouTube, un vídeo corto, introductorio, amable, directo… donde un Ezekiel Brimstone educado, cálido y sonriente, con un traje de chaqueta blanco y un fondo celestial, hablaba a la cámara sin desviarse un solo segundo. Mandó mensajes a todos sus amigos y contactos, publicó el anuncio en todos los foros que conocía, contrató una modesta campaña publicitaria en el medio y… esperó.

No tuvo que esperar mucho.

A las dos horas ya tenía veinte mil seguidores y casi un millar de comentarios donde una de cada cinco palabras era *Amén*.

Desde ahí… la carrera de Ezekiel fue más rápida y ascendente que el despegue de un cohete de la NASA en Cabo Cañaveral. Tras de sí dejaba una estela de propulsión de un intenso cono de fuego. Ningún centro de control habría podido seguirlo a esa velocidad.

En siete años, el autoproclamado reverendo Brimstone se asentaba sobre una monumental fortuna que lo hizo ingresar, por la vía rápida, en la Lista Forbes. Levantó una iglesia monumental en el estado de Nebraska, la más grande de Estados Unidos, promulgando lo que él llamaba la Teología de la prosperidad, una creencia que sostenía que Dios recompensaba con bienes materiales a quienes lo merecían.

Cada domingo, Brimstone organizaba el Día de la Esperanza, rodeado de una multitud entregada, más luces brillantes que en cualquier concierto que se hubiera celebrado jamás, pantallas gigantes y músicos profesionales. Y famosos. Reconocidos actores del mundo del cine y la televisión, senadores, empresarios que codiciaban el *prime time* que Brimstone les ofrecía. «Cuando la Salvación llegue, asegúrate de estar protegido con SpyGlass, el producto que protege y salva los cristales de tu coche». La gente venía de muy lejos para asistir; y los que habían hecho reservas se hospedaban en el Hotel Celestia, que formaba parte de las

instalaciones; una suerte de retiro espiritual donde podía degustar menús libres de pecado, adquirir *memorabilia* de todo tipo y asistir a charlas donde siempre se sugería la importancia de hacer donaciones al Camino de Brimstone. Hospedarse allí era… mucho más que caro. Era divinamente caro.

Desde su iglesia, a la que se la conocía como *El Templo*, como por excelencia, emitía en vídeo a sus seguidores. Hablaba sobre cualquier tema que fuera tendencia, polémico, que atrajera la atención de la gente. Eran auténticos espectáculos orquestados por un equipo de profesionales, con una esmerada edición de vídeo, música de órgano en vivo y un discurso que él mismo dirigía, asistido por guionistas y sociólogos.

Con los años, su carta de presentación se volvió más y más iracunda. Cuanto más condenaba las acciones de los demás, cuanta más ira vertía para señalar con el dedo, más donaciones recibía. Más comentarios. Más… seguidores.

Pero Brimstone era codicioso. Ya contaba con importantes y continuas fuentes de ingresos que llegaban diariamente desde internet en forma de donaciones; tenía patrocinios, tenía ayudas cuantiosas en forma de subvenciones y la maravillosa particularidad de que una institución religiosa como la suya disfrutaba de numerosas ventajas fiscales. Pero más siempre era más. Se había convencido de su propio mensaje de que Dios proveía a aquellos que lo merecían…, ¿y quién lo merecía más que él? ¿Qué otra persona… había encarnado el auténtico sueño americano, construyendo una empresa como la suya, prácticamente desde cero, nacida del éter etéreo e inaprensible que era internet?

Él lo merecía.

Merecía todos los lujos. Los bienes. El relajo, la armonía de una residencia elegante, amplia, distinguida. La comida de lujo. Los coches. La ropa cara. Era su destino, como marcaba el calor en las palmas de sus manos. Era… lo que Dios deseaba para él.

Así que no se conformó con el dinero de su pequeño negocio y fue diversificando en diferentes sectores, al principio… legales. Después acabó creando una red de negocios con el objeto de

esconder y enmarañar sus inversiones, asesorado por un despacho de abogados que un rico hombre de negocios de Texas le recomendó. «El dinero llama al dinero, Ezekiel», le había dicho aquel hombre. «Haz que el dinero se mueva. Si tienes el dinero parado…, eso… eso sí que es pecado».

Invirtió en pornografía, en criptomonedas, en armamento, en pequeñas redes de tráfico de estupefacientes y después en grandes redes de tráfico de estupefacientes. Y cuando invirtió en aquellas cosas, tuvo que crear más negocios «normales» para lavar todo el dinero, porque la cantidad que estaba manejando…, bueno, esa cantidad sí que era…

Interesante.

Las puertas del cielo, pensó, debían estar hechas de un oro de aquel mismo color. Del color de su dinero.

Aquella mañana, durante el desayuno, Frank *Arcángel* Mossen, su jefe de producción, se le unió para preparar el día. Era una rutina diaria. Mossen venía con una *tablet* donde había recopilado una presentación con los temas de actualidad más candentes, preferiblemente de rabiosa actualidad. Con eso se elaboraba el discurso del día, que se grababa durante la mañana, se editaba al mediodía, y estaba listo para subir a las redes por la tarde, en horario de máxima audiencia.

—Qué hay —dijo Brimstone mientras sorbía su café, negro, oscuro y amargo como las hieles del Infierno.

—Qué pasa, jefe —saludó Frank, sentándose en una silla a su lado. Se sirvió un par de *croissants* y empezó a mordisquear uno mientras consultaba la tablet.

—Oye —siguió diciendo—. Tenemos varias… mierdas generales que hemos tratado ya miles de veces, pero… aquí hay algo interesante. Primera plana del *New York Times*.

—¿El *New York Times*? —preguntó Brimstone—. Eso sí que es interesante.

—Resumen —dijo Frank—. El Gobierno tiene escondido un aparato que le ha quitado a los extraterrestres y lo está estudiando en secreto.

Brimstone levantó una ceja.

—¿Extraterrestres? —preguntó.

Frank asintió.

—Creía que el tema estaba… sepultado, muerto, enterrado. Ya no se llaman ovnis sino UAP, pero se ha armado una gordísima. Es *trending topic*, es actual, es de lo que todo el mundo habla…

—Pero… ¿por qué? —preguntó Brimstone, confundido.

—Reputación del informador, quizá —dijo Frank—. El *New York Times* no es precisamente tu cuenta de pirados ufológicos que usan un blog rancio y amarillento para anunciar que los extraterrestres están entre nosotros, un miércoles sí y otro también.

—Aun así… ¿realmente es tan bueno el alcance?

Frank asintió.

—Si no, no te lo propondría —observó él—. Mira. Esta es la foto del aparato que acompaña el artículo. Es como… una foto robada. Te juro que al principio pensé que era algo hecho con una IA, pero… bueno, es el *New York Times*.

Brimstone echó un vistazo.

Allí estaba.

La vio al instante, sin preguntar.

Había esperado ver una especie de platillo volante. O una máquina con formas suaves y curvas, con un centro de cristal azulado y radiante. Algo como en las películas….

Pero era…

Solamente una esfera.

«Una esfera», pensó.

El logotipo de su Iglesia de la Prosperidad era, casualmente, un círculo con un ojo en el centro. El círculo representaba muchas cosas: un círculo trazaba una línea muy concreta que delimitada y marcaba lo que está dentro y lo que está fuera. Su gente y los demás. Y en el centro… el ojo. Su ojo, por cierto, esquematizado por un diseñador profesional, observándolo todo.

—Incluso el papa Francisco ha hecho un comunicado, recordando que si hay contacto con los extraterrestres, estos deben ser recibidos y bautizados.

—No me jodas —soltó Brimstone.

Una esfera.

Se miró las palmas de las manos.

Siempre había imaginado… un círculo como área caliente en la palma de la mano. Como los retropropulsores de Iron Man, le había dicho alguien alguna vez.

Frunció el ceño, tan concentrado en sus pensamientos que no escuchaba lo que Frank le estaba diciendo.

Juntó las yemas de los dedos y ahuecó las palmas. En ese espacio imaginó una esfera, perfectamente redonda.

Era…

Era curioso, desde luego.

—Vale —dijo al fin, sacudiendo la cabeza—. ¿Cuál es el sentir de la gente?

—La noticia del *Times* es de hace unas horas solamente —dijo Frank—. Así que la gente está volcándose en ello mientras hablamos. No habrá un estudio en profundidad hasta…, bueno, hasta que se asiente un poco. Pero hasta hace escasamente unos minutos… la gente estaba en contra.

—En contra —dijo Brimstone pensativamente mientras miraba el plato de su desayuno. Observaba la forma de su plato, de porcelana blanca de primera calidad. Era un…

Un círculo maravilloso.

Inmaculado.

Límpido.

Perfecto.

—En contra… —susurró Brimstone.

En toda noticia o acontecimiento, fuese de lo que fuese, tratase de lo que tratase, solo había dos posturas. A favor o en contra. Eso era lo que medían Frank y su equipo. Lanzaban sencillos bots que no eran otra cosa que pequeños programas diseñados para rastrear cosas en internet; pequeños husmeadores de comentarios y reacciones. Leían las reacciones y volvían a casa para dejar sus descubrimientos en una base de datos.

A favor. O en contra.

No había más posturas. Incluso si la noticia era el estreno de una película, se podía estar a favor… o en contra. Unos opinaban siempre que esa película no se tenía que haber hecho, que era…

innecesaria. En contra. Otros decían que las actuaciones eran pobres. En contra. A alguien le había flipado, le había hecho sentir como si fuera niño otra vez, y le había evocado sentimientos dulces y reflexiones profundas sobre el papel del hombre en el universo. La consideraba trascendente y filosófica. A favor. «De puta madre», escribía otro. A favor.

Brimstone conseguía así simpatizar con la mayoría.

De eso se trataba siempre. Era lo único que le importaba. Simpatizar con el sentir general. Estar con la mayoría. Con la masa. Ser parte de la mayor parte.

Mientras hiciera eso, seguiría conservando a sus feligreses. Seguiría… creciendo.

—En contra —dijo Frank—. Si quieres más contexto, la gente lo considera… peligroso. Es por el tono del artículo. Ha influido en la masa popular. El artículo se escribió a colación de una situación de alarma en las instalaciones militares donde tienen oculto el objeto extraterrestre. Al parecer…, te vas a reír…, aquí en Nebraska…

Brimstone miró a Frank. Su rostro. Su cara… redonda. Cara de tierra. Un círculo de cara.

—Nebraska… —susurró.

—Oye —dijo Frank—. ¿Estás… estás bien?

Brimstone asintió.

—Sí. Estoy bien —dijo.

Frank lo miró con cierta preocupación. Brimstone podía ser un poco demasiado excéntrico en ocasiones y tenía… altibajos emocionales importantes. Era inteligente, qué duda cabía, pero tanto dinero, tanta popularidad, tanto éxito y, sobre todo, tantísimo reconocimiento y fervor por parte de sus seguidores podía subírsele a la cabeza. A veces lo veía tan histriónico y exagerado que había llegado a pensar que el autoproclamado reverendo se metía una raya o dos.

—Vale. Cómo… ¿Cómo quieres enfocarlo? —preguntó—. Pondré a la gente a trabajar.

Brimstone no lo sabía.

Cogió la tablet de entre las manos de Frank y le pidió que le

enseñara otra vez la fotografía.

—Sí… —dijo Frank—. Espera. Te busco el artículo completo.

Frank miró la foto con los ojos muy abiertos.

Y miró la esfera.

La… acarició con la mirada.

Una esfera negra, por lo que se veía. Redonda. Simétrica. Perfecta.

Y negra.

Misteriosa, esquiva.

Leyó el artículo con verdadero interés. Y no solo una vez. Lo leyó dos y hasta tres veces, mientras Frank se servía zumo de naranja natural y empezaba a dar cuenta del desayuno. A Frank le encantaba el desayuno de trabajo de la Mansión Brimstone; siempre podías contar con que hubiera una escogida selección de lo mejor que se podía encontrar. Las naranjas, por ejemplo, las hacían traer de California, en ocasiones también de Florida.

A Brimstone le brillaban los ojos.

Su intuición le decía que ahí había algo.

Algo grande.

Y su intuición no le fallaba nunca.

—En contra, entonces —susurró.

—Bien —repuso Frank mientras masticaba—. ¿Ya sabes cómo enfocarlo o quieres contexto?

Brimstone lo miró con el rostro encendido, la cabeza ligeramente inclinada.

Frank no supo decidir si le gustaba esa respuesta o no.

—Sé… exactamente… cómo enfocarlo.

3

El vídeo se subió un poco más tarde de lo habitual. A las ocho de la tarde. Por lo general, el reverendo Ezekiel Brimstone solía hacer una revisión final del vídeo editado y, excepto en algún caso puntual, le daba el visto bueno. Aquel día, Brimstone estuvo literalmente subido a horcajadas de los diseñadores y editores,

mirando cómo hacían lo que hacían, dando pequeñas instrucciones, revisando, sugiriendo, volviendo a revisar… hasta que todo estuvo exactamente como quería. Los jóvenes profesionales que editaban sus vídeos no habían pasado una jornada más estresante en toda su vida.

Sus seguidores se encontraron con una introducción diferente. Una panorámica del espacio profundo, cuajado de estrellas, frío, oscuro y abisal, con una música de suspense, hasta que aparecía el planeta Tierra, girando indolente y con parsimonia, los océanos y continentes a la vista cubiertos de nubes que se veían como pinceladas blancas en un lienzo. Y entonces sonó la voz de Ezekiel, hablando despacio, como en un susurro. O como un sueño. Su tono era profundo, lúgubre…, estremecedor. Era todo un cambio en el tono de sus mensajes habituales.

—Dios creó la tierra con amor —decía—. Dios creó nuestro planeta con esmero, con la concentrada abnegación de un padre que provee. Un hogar para sus hijos, para nosotros. Y lo llenó con todas las cosas bellas y hermosas que pudo concebir.

El vídeo mostraba en ese momento escenas exuberantes de la riqueza apabullante de los diferentes biomas de la tierra. Escenas de verdes bosques húmedos. De océanos. Ríos. De vida animal. Familias sonriendo en verdes prados bajo el sol cálido del atardecer.

—Dios creó el agua. Creó los bosques. Los árboles. Creó los animales, esculpió las altas montañas y llenó los huecos vacíos entre todas esas cosas con grandes océanos llenos de maravillosa vida. Y en ese paraíso terrenal que es nuestro planeta, nos emplazó a nosotros, para que viéramos su amor, su capacidad, y nos asombráramos de ella. Dios creó el sol para calentarnos y la brisa entre los árboles para refrescarnos, y en todo ese milagro nos dijo: «Amaos los unos a los otros. Estableced lazos y cread vuestras familias, creced y extendeos por el planeta pues es para vosotros, para que podáis comprender las maravillas de la Creación. Y lo hicimos. Honramos el hogar que se nos regaló y disfrutamos del trigo que brota de la tierra, del trabajo honesto del día a día, del agua que fluye con alborozada alegría por entre las piedras de los

ríos y hemos admirado Sus maravillas. En este planeta. En nuestro hogar. Su hogar. El Amor».

En ese momento, el reverendo Brimstone entraba en escena, vestido con una chaqueta blanca, como solía hacer. Las palmas de las manos juntas sobre el pecho.

—Pero…, amadísimos hermanos…, el hombre siempre codicia más. Toda esta exuberancia milagrosa, que es bella en esencia y nos sirve de suelo bajo los pies y techo sobre nuestras cabezas, no nos ha sido bastante. Hemos puesto la mirada en el espacio profundo, más allá de nuestro hogar, y le hemos mandado un mensaje a nuestro Padre. Sí, hermanos. Le hemos dicho: «Esto no es suficiente. Todos estos regalos, no son suficientes. Tu Amor… no es suficiente».

»El espacio es frío —decía—. El espacio es la ausencia. El vacío. La oscuridad. No hay luz en el espacio. No hay aire que se pueda respirar. No hay Verdad en el espacio porque allí nada prospera, nada crece. Dios no creó el espacio para que lo habitáramos. Ahí fuera…, lo ha dicho la ciencia…, hay un sinfín de planetas estériles, carentes de la armonía natural de nuestro hogar. Contienen gases venenosos, contienen ríos de ácidos que abrasarían nuestra carne en cuestión de un instante. Planetas desprovistos de oxígeno. Planetas con presiones imposibles que nos aplastarían como una bota aplasta un pequeño caracol que se arrastra por el suelo.

»Dios no nos dijo: “Abandonad vuestro hogar”. Dios no nos enseñó a huir del seno de la familia, de esta Casa donde tenemos tanta abundancia de regalos. Si lo hubiera querido así… habría construido más hogares fuera de este planeta. Habría puesto agua. Aire. Árboles. No… elementos hostiles, amenazas, peligros…, inseguridad. Muerte. Vacío.

»Amigos… Hoy hemos aprendido algo. Una noticia que ha llenado mi corazón de… una profunda desesperanza, de amarga tristeza, de terrible angustia, porque… veo nuestro hogar amenazado. Nuestra forma de vida amenazada. Nuestras familias. La Palabra del Señor, su nombre, su recuerdo, la certeza misma de que nuestras almas eternas… están garantizadas.

»Todo por lo que hemos trabajado, todo por lo que nos hemos esforzado… está amenazado. Amenazado por la codicia. Hoy hemos aprendido… ¡está en la prensa! que nuestro Gobierno ha extraído un objeto de la fría vacuidad del espacio profundo y lo ha metido… ¡aquí mismo! En la seguridad de nuestro hogar. Lo ha metido en casa. Entre nosotros. Un objeto que no debería estar aquí. Que es de fuera… Un artefacto, desconocido, extraño, alienígena… y, escuchadme bien…, abrid los oídos y los ojos. Un objeto potencialmente peligroso.

El reverendo alzó los brazos hacia arriba y fingió sentir un profundo dolor en el pecho. Se retorció, se contorsionó, los rasgos de la cara en un trance embriagado de tormento, de suplicio supino, de desconsuelo desmesurado.

—¡Cuánto dolor! —bramó, mientras la música experimentaba un crescendo en volumen y cadencia—. ¡Escuchadme, hermanos!, porque yo os digo: ¡Dios no está ahí fuera! ¡Dios no creó planetas muertos, hostiles, distantes! ¡No! ¡Ese no es el trabajo de Dios! ¡No lo reconozco, hermanos! ¡No veo la Creación en esa esfera! ¡Ese objeto no forma parte de su obra! ¡Es negro! ¡Negro! —repitió—. ¡Oscuro y terrible como una Semilla del Mal! ¡Lo hemos traído hasta aquí y no sabemos lo que es, no podemos ni comprender lo que puede hacer!

Hizo una pausa embriagada de dramatismo.

—El ser humano comete errores, hermanos. Todos cometemos errores. Tú cometes errores…, yo también… y, por el Amor de Cristo, que Dios nos perdona. Nos perdona una y otra vez por los errores que cometemos. Pero escuchadme: aquel que miente, aquel que oculta, el que actúa de manera taimada, lejos de la mirada de Dios…, ese tiene peor perdón que los demás, porque cada minuto que oculta, se ratifica en su intención de alejarse del Camino.

»Y el Gobierno…, nuestro Gobierno, nos miente, queridísimos hermanos. Nos miente y nos engaña y nos dice… «¡Todo va bien!». Nos dice: «¡No pasa nada!». Pero sí que pasa. ¡Sí que pasa! Mirad la fotografía de la prensa y decidme si no veis ahí… la mentira, la conspiración, el engaño, la burla… Lo tienen encerrado, lo estudian, aprenden del objeto, sin hacer a nadie partícipe de lo que

aprenden. Igual que el pecador se esconde en la intimidad de su agujero y huye de la luz, y no habla ni dice nada de lo que oculta porque sabe que está… mal. Sabe que está mal, pero sigue oculto, apartado de la Verdad, de sus hermanos. ¡No pasa nada! Pero mienten al decir eso. Mienten cuando intentan obtener un beneficio deshonesto, adelantarse a nuestra época, abrazando la codicia que condena el alma, alejándose del Camino.

»Y os prometo una cosa, hermanos. Si les dejamos que hagan eso…, si permitimos que ese objeto alienígena sacado del espacio negro y atroz donde habita el Mal siga entre nosotros… solo conseguiremos una cosa. ¡Corromper este mundo!

»¡Se volverá frío! ¡Se volverá inhóspito! ¡Eso os digo! Todo el Amor de este mundo, el poco que queda entre los hombres que ya han girado su cabeza para mirar allí donde no está nuestro Señor, ¡desaparecerá! No quedará ni un trozo de pasto verde. Todo el mar será aniquilado. Todo hombre, animal o cosa desaparecerá. Y el mundo será como el espacio… Será frío, oscuro, profundo… y vacío. Porque esa esfera… esa esfera negra, que no refleja la luz de Dios…, es el Mal.

»Yo os digo: saquémoslo de casa. Yo os digo…: expongámoslo a la luz. Lancémoslo de nuevo al espacio, hermanos. Mandemos un mensaje a la oscuridad, uno fuerte, de unidad, de creencia, de fe…, un mensaje claro que diga: no a la oscuridad. No al Mal.

El reverendo lanzó una mirada dura y ceñuda a la cámara.

—Señores del Gobierno —dijo después de una pausa—. Las gentes de corazón puro y almas blancas les exigimos. Abandonen. Sus. Secretos. Cesen… en su codicia… inmunda. Dejen de ponernos en peligro. Abracen el Camino. Vuelvan a la luz. Devuelvan el mal… al mal. Lancen esa cosa… al espacio.

El vídeo empezó a cosechar votos positivos casi inmediatamente. Los mensajes tampoco se hicieron esperar. La gente respondía… con excitación y entusiasmo por el discurso de Brimstone. «¡Amén!», decían. «¡Bendiciones!», exclamaban. «¡Que Dios te bendiga!»

«¡Sálvanos, reverendo!»

El vídeo se hizo viral.

Estaba… absolutamente en todas partes.

La gente compartía imágenes de todo tipo con mensajes escritos encima. Los mensajes decían siempre lo mismo.

LANCEN. ESA COSA. AL ESPACIO.

El Servicio de atención al creyente, un número de pago que Brimstone había dispuesto en sus instalaciones para atender a quienes necesitaran consejo, consuelo o información sobre el hotel, el Día de la Esperanza, o cómo hacer mejores donaciones a la Iglesia de la Prosperidad, se colapsó como no se había colapsado nunca.

Muchos llamaban llorando, desesperados. Tenían preguntas. Querían saber. Tenían miedo. Tenían mucho más que miedo, tenían pánico. Querían reservar con carácter de urgencia una estancia en el Hotel Celestia para confesarse y sanear sus almas antes de que el espacio profundo se les cayera en la cabeza. Y muchos estaban enfadados. Querían saber cómo podían impedir que el Gobierno siguiera escondiendo aquella cosa.

Aquel… mal.

Pero Brimstone sabía poco o nada de todas aquellas llamadas. Ni siquiera miraba los comentarios.

No contaba las visitas.

Ni los votos positivos.

Como cada día, Brimstone solo miraba los ingresos en las cuentas de donaciones. Sentado en su despacho, revestido de paredes de madera, símbolos religiosos, una cruz dorada de cuatro metros de altura y algunas reliquias encerradas en impresionantes vitrinas, sonreía. Sonreía mucho. Sonreía tanto que parecía que la cara se le iba a partir en dos.

El concepto de la mayoría de ellas decía lo mismo.

LANCE. ESA COSA. AL ESPACIO.

Capítulo 12

Profesor ancestral

Sloane y Bill solicitaron una reunión con Phillips para hablar de los resultados de sus trabajos, pero Alan Foster, el director de seguridad, se negó a darles cita. Foster siempre se interponía.

—No, escuche —explicó Bill con tanta paciencia y suavidad como pudo—. Él nos contrató. Es el director, ¿vale? Le informamos a él y él nos dice cómo seguir.

—Cuéntenmelo a mí —repuso Foster—. Si veo que puede ser relevante…, se lo haré saber. Quizá necesite reunirse con usted o quizá no.

Sloane y Bill se miraron.

Sloane intentó decir algo, pero Bill movió la mano para tomar la de ella y apretarla con delicadeza. Sloane comprendió y se mantuvo callada. Últimamente, Sloane tenía la boca llena de sapos y culebras; no quería darle a Foster motivos para interponerse más aún.

—De acuerdo —dijo Bill, y luego añadió con suavidad—. De acuerdo —suspiró antes de continuar—. Es sobre… la composición del casco de la esfera.

—¿Sí? —preguntó Foster con desdén—. ¿Qué le pasa?

Sloane se mordió el labio inferior.

Era evidente que detestaba tanto a Foster que tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no contestar.

—Hemos encontrado ciertas vulnerabilidades, partiendo de algunos de los materiales conocidos de los que está compuesto el casco exterior visible —explicó Bill—. Tenemos algunas ideas sobre cómo podríamos, tal vez, hacer una incisión para poder iniciar procesos de análisis más exhaustivos pasado el casco exterior.

Quizá incluso… una brecha de algún tipo. Es solo una…

—Eso ya se intentó en el pasado —interrumpió Foster—. Sin ningún éxito. ¿Qué les hace pensar que tendrán mejor suerte?

—No se trata de suerte —soltó Sloane con rapidez—. Hemos analizado la composición del casco con sistemas y medios modernos, que no estaban disponibles antes y…

—Aun así se intentó violentar el casco —repuso Foster.

—Con sierras, láseres y explosivos —dijo ella—. ¿Le parece que… con eso ya se ha intentado todo?

Foster la miró con el ceño fruncido.

Después de un incómodo silencio, Foster continuó.

—No —exclamó—. Demasiado peligroso.

Bill compuso una expresión de asombro.

—Espere… —dijo, perplejo—. No lo entiende, es…

—Ustedes dos no lo entienden —exclamó Foster—. Esto no es ningún juego. Podrían… provocar un desastre con sus teorías. Si atacan a esa cosa con sus métodos destructivos, podría volver a activarse. ¿Acaso saben ya para qué sirve?, ¿cuál es su función? ¿Es un arma, una… boya espacial, una máquina del tiempo, una nave? ¡Averigüen eso primero antes de intentar perforarla, por el amor de Dios! Tenemos plataformas petrolíferas y minas donde podrán usar su ciencia, si les gusta agujerar cosas. ¡Ahora salgan de aquí! ¡Tengo cosas de las que ocuparme!

Bill y Sloane se encontraron de nuevo en el pasillo, intercambiando una mirada confusa.

—¿Qué… acaba de pasar? —preguntó Bill.

Sloane apretó los dientes.

Tenía el rostro enrojecido.

—Tenemos que hablar con Phillips —soltó—. Lejos de ese tipo. En la cafetería. En el lavabo. Donde sea.

Bill asintió.

Lo cierto era…

Lo cierto era que no lo había visto en los últimos días.

Dónde… ¿Dónde estaba Phillips?

2

Mientras el ambiente se volvía más y más lúgubre, y las esperanzas de hacer progresos con la Esfera se disipaban, Sanz y Hammond habían estado cotejando las imágenes que el brazo iba obteniendo.

En una superficie que no representaba ni el siete por ciento del total del casco de la esfera, habían obtenido lo que parecían ser millones de imágenes de símbolos. Incluso el ordenador parecía haberse ralentizado con directorios con tanto contenido.

—Es una locura —decía Hammond.

—He pedido a Ward que nos ayude a hacer un *script* que nos permita agrupar imágenes similares —dijo Sanz mientras trasteaba con el ordenador—. Necesitamos organizar esto por grupos equivalentes… y luego buscar qué símbolos coincidentes suelen estar al lado de otros símbolos que también sean similares para determinar si hay tokens distintivos. Eso debería permitirnos empezar a determinar si esto es un lenguaje de algún tipo.

—Ah —dijo Hammond—. Entiendo. Pero son petroglifos. He estado revisando las imágenes de manera aleatoria, preliminarmente. Estaba seguro de que muchas de ellas me sonaban. Esto… es un hallazgo fascinante, Sanz. Nos habla de la posibilidad de que hubiera una influencia extraterrestre en las expresiones artísticas prehistóricas.

—¿Y si… fue al revés? —preguntó Sanz de repente.

—Al revés —dijo—. ¿Y si nuestros ancestros encontraron una o más esferas como esta… y se limitaron a imitar los símbolos? Ya sé que están ocultos a un nivel microscópico…, pero a lo mejor encontraron artefactos o incluso naves más grandes donde los símbolos estuvieran presentes a un nivel visible con el ojo desnudo.

—Bueno —dijo Hammond—. Lo he pensado, claro. Pero me parece que podríamos tener uno o dos problemas a la hora de demostrarlo.

—Sí —susurró Sanz—. Ya lo imaginaba.

—Mirando los petroglifos con esta nueva perspectiva —añadió Hammond—, he comprobado que sus trazos son tan abstractos y simbólicos que están sujetos a interpretaciones. Allí

donde antes veía figuras humanoides, animales y símbolos que podrían representar cosas comunes como el sol o la luna, ahora he creído ver —hizo un gesto con la mano— patrones geométricos y astronómicos que podrían indicar…, bueno, conocimientos avanzados en ciencia…, incluso una… comprensión profunda de nuestra galaxia.

—¿Cómo? —preguntó Sanz.

—Sí —dijo Hammond—. Hay… ¡hay evidencias! Pinturas y grabados encontrados, un material fascinante. Está todo en internet. Pondré todo eso en mi informe… —sacudió la cabeza y se corrigió—. Nuestro informe.

Sanz sonrió.

—Ay —dijo—, es… es usted más que amable. No es realmente necesario. Al fin y al cabo, somos todos un equipo.

Hammond sonrió.

Estaba feliz trabajando en todo aquello. Vivaracho. Un trabajo de dos en una habitación llena de símbolos impresos, valiosos documentos históricos almacenados en un ordenador.

Ese era mucho más su estilo.

—Bueno —dijo, animado—. Desde luego, habría que… compartirlo. Trabajaríamos mucho más rápido. ¡Esto arroja nuevas teorías sobre un tema que ha estado estancado durante muchísimo muchísimo tiempo!

Sanz miró al suelo.

—Lamentablemente —dijo con repentina pesadumbre—. No es posible.

—Claro —dijo Hammond con rapidez—. Quiero decir… Algún día. Cuando esto acabe. Acabará algún día, ¿no? Las cosas no se mantienen en secreto para siempre. Algún día no habrá necesidad y este descubrimiento se transmitirá.

Sanz sonrió, pero era una sonrisa triste y apagada.

—Eso espero —dijo.

Hammond se revolvió en el asiento.

—¡En todo caso! —dijo—. Imagino… asociando estos símbolos a lo que tenemos…, que es posible que nuestros extraterrestres sí que establecieran contacto con el hombre

primitivo. Imagino… una nave extraterrestre aterrizando en el todavía joven planeta Tierra. El hombre no estaba preparado y, a la vez, fue la mejor versión para observar el fenómeno. Mirarían la nave posarse como un perro mira su primer dron volador. Tal vez ladraría al aparato… una cosa… extraña, que se desplaza por el aire, pero como un pájaro o una pelota que vuela cuando alguien la lanza. En un minuto habrá olvidado el suceso y estará olisqueando piedras un poco más lejos.

Sanz sonrió.

—Es un buen ejemplo.

—Bien —dijo Hammond—. El extraterrestre sabe eso. Sabe que es una forma de vida joven. Digo que es la mejor versión porque el hombre primitivo no se derrumbará psicológicamente al ver a seres diferentes descender de los cielos, como lo haría la mayor parte de la humanidad moderna. Por la memoria evolutiva, ¿sabe? Somos herederos de hombres que han asistido a demasiadas invasiones, guerras, extranjeros que han aparecido y han cometido innumerables actos de barbarie. Así que se presentan. Establecen contacto. Es una especie incipiente en un planeta prometedor y quieren… comunicarse.

—Vaya —dijo Sanz, que empezaba a alegrarse de haber pasado más tiempo con Hammond. Estaba resultando ser un hombre interesante. Y afable, además—. Es una teoría interesante.

—Sí, pero, escucha…, ¿cómo te comunicas con una especie que empieza a demostrar notables signos de inteligencia, pero que aún no ha desarrollado el lenguaje?

—Con… lenguaje visual —susurró Sanz abriendo mucho los ojos—. Con… símbolos.

—Con símbolos —repitió Hammond.

—De acuerdo —dijo Sanz, regresando a la pantalla de su ordenador—. Vamos a identificar patrones repetitivos. Símbolos recurrentes. Algunos deben repetirse más que otros. Vamos a meter todo eso en una base de datos. Cada símbolo al lado de cuál está, tanto a izquierda como a derecha, cuántas veces se repite… y compararlos con el arte rupestre humano, por supuesto. Similitudes. Referencias cruzadas…

De repente, la cabeza empezó a darle vueltas.

—¿Se da cuenta, Hammond? Tendríamos que averiguar… si hay vínculos entre los patrones astronómicos que ha mencionado… y la posición de estrellas o planetas conocidos en el año en el que se rescató la esfera…

—Mucho trabajo —dijo Hammond—. ¿No es… fascinante?

Sanz sonrió, pero aún no era una sonrisa plena.

Era fascinante, desde luego, pero… había demasiadas incógnitas en el aire. Incógnitas grandes como agujeros negros. Foster era una de ellas. Un agujero grande como el recto de un elefante y casi tan espantoso. Era desagradable. Era… estúpido. E incomprensible por añadidura. Ni siquiera estaba seguro de para qué servían la mitad de las medidas que había implantado. El trabajo ya era monumental sin tener que aguantar sus bloqueos y protocolos de seguridad, así que avanzarían de manera lenta y tortuosa.

Apretó los dientes.

De pronto, se volvió al ordenador con renovada motivación.

—Sí —dijo—. Es fascinante. Vamos a trabajar… Cuanto antes empecemos…

—Avisaré a Ward —respondió Hammond.

Sonreía como un niño.

3

A las siete y dos minutos de la tarde, Chase Ward entró en el nido con un pliego de papel de tamaño A3 en la mano. Sonreía, y cuando comprobó que tanto Sloane como Bill estaban allí, acompañados por los impertérritos centinelas de Foster (que esa mañana tenían una particular expresión de desagrado, lo que Sloane llamaba *caras de ajo*) sonrió aún más.

—¡Eh, genios! —saludó—. Os traigo un regalo.

—¿Un… regalo? —preguntó Bill mientras se daba la vuelta.

—Ajá —dijo Chase.

—¡Un momento! —dijo uno de los guardias adelantándose

hacia Ward—. Enséñenos de qué se trata primero.

Sloane bufó.

—Solo es… una fotografía —dijo Chase.

—Muéstrela —pidió el agente.

Chase compuso una expresión de desmayo, pero se las arregló para mostrar el contenido del pliego de manera que Bill y Sloane no pudieran verla, todavía. Quería que fuera una sorpresa.

—*Party poopers* —susurró Bill.

El centinela miró el contenido, arqueó una ceja y miró a Ward como si fuera un niño estúpido que ha hecho un dibujo ridículo.

Hizo un gesto de consentimiento y se apartó.

—¿Qué traes ahí, Chase? —preguntó Bill.

—Bueno —dijo el astrofísico—. Habéis… habéis trabajado mucho y muy duro para conseguir algo que… será parte del proceso de la historia, en el futuro. Es un logro sin precedentes. Las… fotografías de los símbolos.

—Espera —dijo Sloane—. También ha sido cosa tuya.

—¡Bah! —soltó Sloane—. En todo caso…, quería colgar esto por aquí… para recordarnos el camino que hemos recorrido y que nos diga, día a día, que… se puede.

—¡Sí, se puede! —soltó Bill riendo y levantando un brazo en el aire en señal de triunfo. Hacía referencia a la famosa campaña presidencial de Barack Obama.

Chase dio la vuelta al pliego.

Era una impresión del primer símbolo fotografiado. Una especie de espiral sencilla con líneas exclamativas alrededor.

—Es el primer… —empezó a decir Chase.

Pero en ese momento, dos tonos potentes y graves, el primero en la escala alta y el segundo en la baja, retumbaron en el nido.

Sloane soltó un chillido.

Los guardias de seguridad se agacharon ligeramente, las piernas algo flexionadas. Echaron mano a sus pistolas, todavía en sus fundas.

—¡Eh! —gritó uno de ellos—. ¡Eh, eh!

Chase miró a la esfera, perplejo.

No había música en la sala. No había actividad. Bill y Sloane

habían estado trabajando con unos esquemas en la pantalla del ordenador, pura teoría, y el silencio era notable.

Entonces…

—¡Todos fuera! —gritaban los guardias.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Bill—. ¡Déjenos analizar esto!

—¡FUERA, VAMOS, FUERA!

—¡NI SIQUIERA HA SALTADO LA ALARMA, TERMINATOR DE LOS COJONES! —bramó Bill.

Y era verdad. La esfera no giraba. Seguía inmóvil, como si no hubiera pasado nada.

Chase no los escuchaba. Su cabeza daba vueltas a toda velocidad. Pensaba. ¿Por qué? ¿Por qué en ese momento… y no otro?

¿Qué había ocurrido que fuera… diferente?

¿Inusual?

Su boca formó una *o* perfecta y en su frente empezaron a formarse pequeñas secreciones de sudor. Notó cómo se le erizaban los vellos de la nuca, el escalofrío anticipado de algo que preveía como un cambio que aceleraba hacia ellos. Bajó la mirada lentamente para observar el pliego de papel en su mano.

Y miró el símbolo.

La espiral con líneas alrededor, impresas en un contraste fuerte de fondo negro con trazos blancos. En tamaño A3.

La esfera había emitido los dos tonos justo cuando había enseñado el símbolo.

Notó que alguien tironeaba de su brazo, pero no hizo caso. No le importó siquiera. Estaba fascinado.

Había sido el símbolo.

La esfera no solo escuchaba. También observaba a su alrededor. Constantemente.

—Pues, claro —susurró, notando cómo una corriente eléctrica de pura excitación le recorría el cuerpo—. Pues…, claro…

Uno de los centinelas se le paró delante, la cara contraída en una expresión de rabiosa furia.

—¡SALGA. DE. AQUÍ. AHORA. PUTO. MISMO!

4

En la sala de reuniones, el equipo estaba sentado alrededor de la mesa. Todos parecían nerviosos, emocionados, confundidos y superados por las increíbles posibilidades que se abrían ante ellos. Sloane había hundido los dedos entre su cabello revuelto y no los sacaba de ahí, los ojos fijos en algún punto indeterminado de la mesa. Hammond y Sanz estaban de pie; parecían dos jóvenes colegiales, los más populares de toda la institución, emocionados por presentar su trabajo ante un público predispuesto y rendido ante ellos.

En el otro extremo de la galaxia, manteniendo una postura vertical junto a la puerta, un Foster colérico y ceñudo les miraba con los brazos recogidos sobre el pecho. Una sombra terrible parecía cruzar sus ojos.

—¿Listos? —preguntó Sanz—. Muy bien. Les vamos a exponer La Teoría Hammond & Ward de Por Qué La Esfera No Es Peligrosa.

—Probablemente —apuntó Hammond con un tono perfumado de cierto estilismo aristocrático.

—Señor Sanz, señor Hammond —dijo Foster—. Estamos en Crisis. No sé si pueden llegar a comprender siquiera lo que es eso… Gabinete. De. Crisis. El tiempo es crítico. No… toleraré ninguna estupidez en esta sala, y particularmente, nada que nos retrase.

Sanz carraspeó.

—De acuerdo —dijo—. Disculpe. Seré breve. Bien… Hammond observó que los símbolos encontrados en cuevas y otros lugares, realizados por el hombre primitivo, están en las imágenes que ya se han fotografiado en la sala. Así que desarrollamos una teoría de trabajo: que la esfera no imita los símbolos rupestres…

—Los petroglifos —apuntó Hammond.

—Sí —continuó Sanz—. No los imita. Sino al revés. El hombre primitivo pintaba en las paredes de sus cuevas los símbolos que los extraterrestres les enseñaban, en su intento por comunicarse, porque nuestros ancestros no habían desarrollado aún el lenguaje…

Chase se cubrió la boca con la mano.

En condiciones normales habría hecho una y cien preguntas, pero, con Foster al cargo, prefirió callar.

—Es importante valorar esto. Es el extraterrestre quien estableció comunicación. Una especie aún joven que había dado muestras de tener una predisposición notable al desarrollo de la inteligencia. Les enseñaban símbolos. Y esa máquina…, la esfera…, estaba diseñada para responder a ellos.

—Pero espere —dijo Bill—. Eso quiere decir…

Sanz asintió, nervioso y eufórico.

—Quiere decir… que esa máquina, la esfera, estaba aquí para ayudar. Seguimos aquí, ¿no? La humanidad progresó. No es una… bomba…, no es un artefacto de tipo militar preparado para el combate. Es…

—Es un profesor —terminó Chase, divertido.

—Podemos mostrarle símbolos —dijo Sanz—, luego cadenas de símbolos, si establecemos correlaciones o tokens en la secuencia de símbolos grabados y ver cómo reacciona.

—Sin peligro… —señaló Chase, dirigiéndose de manera intencional a Foster—, porque su construcción y su diseño está enfocada a la educación, no a la destrucción.

—Sí, pero… —dijo Sloane— ¿por qué ocultar los símbolos a nivel… casi subatómico? Esa parte aún no la he comprendido.

—Quizá las naves que vieron nuestros ancestros eran más grandes —explicó Hammond—. Quizá los símbolos eran visibles.

—¿Quizá los extraterrestres se comunicaban con ideogramas que representaban visualmente en el aire con algún tipo de gas?

—Eso es posible —dijo Chase—. Raro. Pero posible.

—Quizá la esfera sea solo un componente —dijo Bill—. Tiene los símbolos grabados en su superficie como… como el código de bastidor en los componentes de un coche. Una especie de código de barras. El sistema que adapta los mensajes a la especie en particular de que se trate. Razas más básicas, códigos más simples. Imaginaos. Imaginad… más esferas en otros planetas…, cada una con un código de barras que indica qué sistema de símbolos utiliza para establecer comunicación con otras especies.

—Guau —dijo Bill.

—Una… universidad cósmica… —dijo Sanz, soñador y fascinado a la vez—. Agentes que ayudan a las especies a dar sus primeros pasos en la línea de la evolución.

Makayla inclinó la cabeza, la nariz arrugada.

—Se está llegando a conclusiones demasiado precipitadamente —observó.

—Makayla…, por favor, como todos los… —empezó a decir Chase.

Foster lo interrumpió.

—Déjela pronunciarse, Ward —dijo.

Chase asintió.

—Son interpretaciones muy vagas —dijo—. Es como si yo fuera a mis superiores con un dibujito de un avión y lo presentara como proyecto para su construcción. Podría decirle: «Está volando, ¿lo ve? ¡Funciona!». Pero un avión necesita estudios muy muy complejos. Necesita un equilibrio armónico de una tonelada de conocimientos distintos y disciplinas. Las teorías, para cumplirse, deben pasar por los mismos requisitos. Un modelo nuevo de avión tiene que superar miles de horas de comprobaciones y tests aun cuando se ha terminado, existe físicamente y es una realidad.

—Bueno —dijo Chase sin poderlo evitar—. Por ahora es una teoría de trabajo. Solo establece que podemos articular quizá un sistema que le muestre símbolos a la esfera para ver cómo reacciona…

—Y ese es el problema —dijo Makayla—. Hammond mismo observó que, en la fotografía de la esfera abierta…, había elementos que le recordaban a los diseños característicos de los antiguos aztecas. Yo podría componer fácilmente otra teoría. Veamos. El hombre primitivo vio naves extraterrestres que tenían esos símbolos y vio cómo analizaban de una manera fría y terrible los cuerpos de los miembros de su tribu por el simple procedimiento de despedazarlos. Sin esconderse, claro, porque su supremacía es innegable. Asustados y aterrorizados, registraron esos símbolos en sus cuevas para advertir al resto. Se dormían mirando los símbolos sintiendo un terror cerval. Eso se repitió durante muchísimos tiempo hasta los tiempos de los aztecas,

quienes tomaron parte de esos sucesos o las historias de aquellos sucesos, para ofrecer sacrificios humanos a sus dioses, que descendían en carros desde el cielo. ¿Qué os parece?

Chase se revolvió en su asiento, abrumado, mientras Sanz hacía una vívida representación de una escultura griega, la palma de la mano sobre la cara.

Hammond carraspeó con dureza. Como experto en el tema, iba a empezar a recusar la teoría de Makayla cuando Foster se adelantó y se colocó junto a la mesa, a la vista de todos.

—Es suficiente —dijo Foster—. La observación de Makayla es bastante para mí. Escuchen con atención: tienen prohibido imprimir más símbolos. No pueden imprimir más símbolos ni utilizarlos para excitar la esfera, en medida alguna. Hasta que el estudio de los símbolos no se complete, no entrarán en el nido.

Sanz pareció desesperar, y hubo quejas y comentarios solapados, todos dando su opinión ante la impertérrita expresión de Foster.

Chase, sin embargo, no sin cierta pesadumbre, tuvo que reconocer que Foster, en esa ocasión, podía tener…

Cierta razón.

Capítulo 13

Eneágonos

No había demasiados días de sol en aquella época del año en esa zona, ni en ninguna en realidad, así que cuando Amanda Allen vislumbraba la maravillosa luz en la calle, a través de la ventana de su cocina, sonreía mucho, se echaba un chal sobre los hombros y salía al jardín trasero.

Allí se sentaba en una rudimentaria silla de mimbre, echaba la cabeza hacia atrás y disfrutaba de los rayos del sol penetrando en su piel, calentando su cuerpo, su ropa. El calor hacía emanar las fragancias del suavizante que empleaba para lavar las prendas y, en el contexto algo yermo de su jardín, donde apenas crecían matas ralas, sustituía a la fragancia de las flores.

Amanda estuvo sentada como medio minuto, una sonrisa dibujada en su cara amable y envejecida por las ocho décadas y media que acarreaba encima, sintiendo la luz a través de sus párpados, hasta que, de repente, se acabó.

Amanda mudó la expresión de su rostro.

Ya estaba. Ya… habían venido las puñeteras nubes.

«Inglaterra de mi corazón», pensó. «Qué gris eres». Debía haberse mudado a España cuando se lo ofrecieron. A la Costa del sol. Un nombre maravilloso, sin duda. Allí podía disfrutar no solo de más de trescientos veinte días de sol asegurado, sino también del generosísimo sistema de salud español donde todo, o casi todo, le salía gratis. Pero… tenía sangre inglesa en las venas, tenía Inglaterra en el corazón y amaba todo cuanto tenía y veía alrededor, desde el bendito té hasta las *Jaffa cakes*. Y no estaba segura de que vendieran lo segundo en España.

Abrió los ojos, con la esperanza de que se tratara de una nube

pasajera que fuera a escurrirse pronto, lejos de la vista. Pero cuando lo hizo, tuvo un instante de confusa irrealidad.

Vivía en una pequeña ciudad dormitorio, a unos sesenta kilómetros del centro de Londres. Allí no había edificios altos, todo lo contrario; eran casas bajas de una sola planta de ladrillo rojo entre áreas de pura vegetación. El edificio más alto que había por la zona era la Biblioteca, pero incluso ese edificio tenía apenas tres plantas, y estaba… al menos diez calles más abajo. Así que todo lo que se veía desde su jardín era… cielo.

Cielo abierto.

Pero el cielo ya no estaba.

Había… desaparecido.

En su lugar había…

No sabía lo que había. Una capa de cemento enorme. No, un… edificio. Pensó que se trataba de la parte inferior de un *parking*, con sus tubos y cosas de *parking*. Porque era gris, era enorme y era horroroso.

Tuvo una sensación extraña. Como cuando vuelves por una zona de la ciudad por donde no has pasado desde hace años, y un área que antes era un descampado ha sido reemplazada por un bloque de viviendas de una altura considerable. Es confuso. Por unos momentos.

Fue la sensación que tuvo.

—Pero, bueno —se escuchó decir, con el ceño fruncido.

Hasta que pestañeó varias veces y comprendió… que no habían podido construir algo así en…

En el cielo.

En el instante en el que ella había cerrado los ojos.

Pestañeó, varias veces.

Y se asustó.

Se asustó mucho más que mucho.

Se asustó tanto que soltó un grito y, casi al mismo tiempo, alguien más empezó a gritar también, en la distancia. Y luego alguien más.

Se llevó las manos al corazón.

De repente, empezó a latirle con fuerza.

Ese *parking* invertido… ocupaba todo el cielo. Allí donde mirara.

Se incorporó, manteniéndose ligeramente agachada, llorando y, con las manos por encima de la cabeza, como si eso le ofreciera alguna protección, entró en casa con un ataque de nervios.

2

La avenida de los Campos Elíseos estaba llena de turistas, como de costumbre, y también de tráfico. Ese eje histórico de casi dos kilómetros que unían la Plaza de la Concordia con el Arco del Triunfo era uno de los canales distributivos más importantes de la ciudad y un motivo de orgullo para los parisinos. No en vano había sido declarada, oficialmente, *La avenida más bella del mundo*.

Pauline Dubois caminaba por allí en dirección a su oficina. Era más tarde de lo habitual porque había tenido que llevar papeleo y documentos a la asesoría. En pleno siglo XXI. Era ridículo, pensaba. Documentos en papel…, por el amor de todos los dioses, en plena era de internet. «La firma», le decían… ¡Ya existían maneras de firmar documentos digitalmente, medidas que estaban reconocidas y eran absoluta y maravillosamente legales! ¡Todo se podía enviar por internet! Lo que nadie hacía era su trabajo, el cual tenía que terminar cuando llegara, aunque dispusiera de un par de horas menos.

Le gustaba su trabajo, eso era cierto. Pero incluso el trabajo más emocionante del mundo tenía una parte administrativa inevitable. Trabajaba para una empresa que organizaba eventos y, aunque crear la magia de las puestas en escena que ofrecían a sus clientes era el aspecto fascinante del sector, la otra parte, la de los documentos, los permisos, los contratos, el papeleo… le aburría sobremanera.

Pero, bueno, se dijo, era jueves y ya quedaba menos para el fin de semana. Tenía pensado no ir a absolutamente ninguna parte. Ni quedar con amigos, ni cenitas, ni museos, ni paseos, ni bicicleta o gimnasia, ni un café después de comer para ponerse al día con un

viejo amigo. Ni siquiera nada de Tinder, citas a ciegas, llamar a uno de sus contactos con derechos. Nada. Estaba más que dispuesta a apagar el móvil el viernes, cuando saliera del trabajo, y no volver a encenderlo hasta el domingo por la noche.

Su único amante, su único amigo, sería HBO.

Ese plan le apetecía mucho. Muchísimo.

Suspiró, ahora más contenta, y levantó la cabeza para mirar el cielo francés, casi siempre cuajado de nubes.

Pero en ese momento vio algo que la hizo pararse.

Las nubes se movían. Más que moverse, se disgregaban. Se rompían, se desgranaban en jirones. Pauline era una gran observadora de los cielos…, le parecía un lienzo maravilloso donde la naturaleza plasmaba algunas de sus creaciones artísticas más hermosas. Aunque nunca, jamás, había visto algo como eso.

Pensó en una tormenta. Un ciclón tal vez. Le parecía que los ciclones se formaban, tal vez, de arriba abajo, y le pareció una visión afortunada. Los ciclones no eran como los de las películas: no destruirían la ciudad, ni causarían daños, ni habría vacas ni coches volando, arrastrados por la vorágine. Pero ahí se estaba formando uno…, y vaya vista espectacular que era.

Las voces alrededor le llamaron la atención; la gente lo había visto también. Sonrió. ¿Cómo no verlo, si estaban… en el centro neurálgico de los mismísimos Campos Elíseos? Eran espectadores de excepción del espectáculo más menospreciado y creativo del mundo. ¡El cielo!

Señalaban, murmuraban. Una mujer con un abrigo *beige* empezó a chillar. Pauline apartó la cabeza, abochornada. Qué ordinaria, pensó. Qué poco mundo. Chillar por un pequeño ciclón formándose en las alturas, entre las…

Miró hacia arriba.

Entre las nubes.

Una superficie imposible, enorme, titánica, empezaba a aparecer por entre las nubes, las cuales se dispersaban sin mostrar resistencia, como débiles telas de araña. Era gris, aunque, por la distancia, parecía mortecina y descolorida, difusa.

Era…

Pauline abrió la boca, con cierta dificultad para respirar. La visión la había clavado en el suelo.

Escuchó gritos.

El sonido metálico y grave de dos coches chocando, uno contra otro.

A su lado pasaron dos jóvenes corriendo como alma que lleva el diablo.

Pero Pauline no podía apartar la cabeza.

Era como si un planeta entero se precipitara hacia ellos. Como si la luna cayera con cierta lentitud desde la oscuridad del firmamento. La superficie ocupaba todo cuanto alcanzaba la vista. Era una visión tan irreal, imposible, tan difícil de manejar en los márgenes físicos de su mente, que cuando quiso darse cuenta se había caído al suelo, incapaz de apartar la mirada.

Hubo más choques de coche. El sonido de unas ruedas derrapando. Pauline miró y vio a alguien, un hombre vestido con chaqueta y corbata, abandonar su vehículo y echar a correr, dejando la puerta abierta. Del interior del coche salieron volando unos cuantos documentos importantísimos.

Entonces, llegó el viento.

Venía de arriba, como si aquella estructura gigante, aquel planeta titánico, estuviera empujando el aire hacia tierra. Los cabellos de Pauline, cuidadosamente peinados y alisados, tremolaron con violencia. Su felpa para el pelo salió volando. Pauline, sin embargo, no podía cerrar los ojos. No quería.

Un carrito de compra vacío pasó a su lado como propulsado por un pequeño cohete, deslizándose por el suelo y produciendo un chirrido estridente.

Pensó que, a lo mejor, era el fin. Pensó que…, seguramente, era el fin. Un planeta se estrellaba contra la tierra. ¿Cómo se podía esconder uno de eso? ¿Cómo salvarse de un cataclismo como ese?

Y a pesar de eso…

A pesar de eso tuvo que admitir, como profesional de los espectáculos y los eventos, que la escena encerraba una belleza innegable. Eso pensó.

Pensó que iba a morir, pero se esforzó por no cerrar los ojos,

en ningún momento. No quería hacerlo.

Aquel sí que era…, indudablemente, el mayor espectáculo del mundo.

3

A medida que el cielo se abría y el aire era desplazado sin remisión, se oyó una especie de truenos graves, retumbantes, que despertaban ecos por todas partes.

Los que habían estado en interiores como oficinas, zonas comerciales, hogares o estaciones de metro subterráneas, empezaron a enterarse de lo que ocurría por aquellas explosiones distantes pero contundentes. Parecían truenos, pero la diferencia era suficiente como para que alguien pudiera pensar que, quizá, se trataba de otra cosa. Cañonazos. Explosiones.

—¿Qué pasa? —gritó Tilla a través de la ventana de su cabina al tiempo que tocaba el cristal con el nudillo. Intentaba llamar al guardia de seguridad, que hablaba por radio y miraba a su alrededor con desconcierto. Trabajaba de operaria en una estación de tren en Mullheim y nunca había visto tanto jaleo, tanta gente corriendo hacia el andén…, esa expresión de miedo en el rostro.

—¡Eh! ¡Idiota! —llamó—. ¿Qué mierdas pasa!

El guardia miraba a ningún punto en particular, pero su expresión era…

La de un bobalicón de mil pares de narices.

Eso le pasaba.

Que era un simplón y un idiota.

—Me cago en la puta —bramó—. A que dejo la caseta y le dan por culo a todos.

Tilla estaba alucinando. La gente bajaba en tropel desde la calle, como si huyeran de… De una horda de zombis, pensó. Y era cierto: parecía el principio de una mala película de zombis.

Una chica bajaba llorando, histérica.

Gritaba y sollozaba a la vez, totalmente fuera de sí.

—Pero qué… —se escuchó decir.

Fuera lo que fuese, aún no era… grave. No había nadie ensangrentado ni con la ropa sucia. Y aunque había oído truenos distantes o lo que fuera aquello, no parecía ser algo que estuviera ocurriendo allí mismo.

«Entonces, por qué estos hijoputas vienen aquí abajo», pensó.

—¡Ute! —llamó de nuevo, esta vez golpeando el cristal con el puño cerrado—. ¡Eh, Ute!

Ute había terminado de hablar con radio y miraba el aparato como si estuviera observando su propio corazón después de habérselo arrancado. Había perplejidad y pánico en su mirada.

—Será hijoputa —masculló Tilla. La verdad era que estaba empezando a sentir un miedo más que justificado.

Ute la miró y empezó a caminar hacia ella, con una expresión consternada, como ido. Tuvo que apartar a la gente mientras caminaba, pero Tilla no lo perdía de vista. No podía, aunque quisiera. Ute era gigantesco: alto y fuerte como una torre, un descendiente de las antiguas tribus germánicas como los vándalos o los godos, con mezcla de los escitas. La gente lo intentaba parar, le decían cosas. Señalaban a la calle. Lloraban. A Tilla le pareció que pasaba una eternidad hasta que llegó hasta ella, abrió la puerta de la caseta y entró.

Tenía sudor en la frente.

—¿Qué cojones pasa, tío? —preguntó ella—. ¿Es un atentado o qué?

Ute la miró como si le hablara en italiano.

—¡Eh, cacho piedra! —dijo Tilla, golpeándole con el puño en el pecho—. ¿Te has *pirao* o qué?

—Es… —musitó él—. Es…

—¡Habla ya, zumbao! —le increpó Tilla.

—En la central dicen que… es una…

Tilla tragó saliva.

Quería y no quería que lo dijera.

Pero necesitaba escucharlo. Saberlo.

—Es una nave extraterrestre —dijo Ute al fin.

Tilla se quedó mirándolo, perpleja. Pensó que la estaba engañando, que quería reírse de ella. Pero conocía a Ute desde

hacía seis meses ya y una cosa sabía: que sus neuronas hacían chispa una vez cada mucho tiempo y esa única chispa, no daba para tanto.

—No… Me… Jodas —soltó, casi sin aliento.

4

El reverendo Ezekiel Brimstone estaba en su balcón. Había oído los truenos mientras estaba en la cama, en ese duermevela intranquilo que era costumbre en él, y había abierto los portones de su balcón justo a tiempo para recibir la ráfaga de viento que acompaña al acercamiento de las naves.

Entró en su dormitorio como un huracán conjurado por un hechicero, haciendo tremolar las cortinas y tirando al suelo varios objetos decorativos que tenía ubicados en diferentes muebles.

Brimstone no le prestó atención.

La nave que había parado allí no la tenía justo encima: quedaba a unos dos kilómetros de las instalaciones de Nueva Prosperidad, así que la visión que tuvo Brimstone desde el balcón no era tan claustrofóbica como en otros lugares del mundo y resultaba hermosa. Además, en la lejanía, se veía otra.

Aun así, a pesar de la innegable belleza de ver un artefacto tan basto gravitando indiferente a tanta altura, Brimstone necesitó unos instantes para recomponerse.

No existía nada como aquello en todo el planeta, eso por descontado. No era un aparato militar americano, no era chino, ni ruso, ni coreano. Aquella cosa solo podía haber salido de un sitio.

Del espacio profundo.

Era algo alienígena.

Era como una ciudad gigantesca que había quedado colgando del cielo, a una altura que debía estar entre los nueve mil y los doce mil metros sobre el nivel del mar. Estaba allí, inmóvil, con las nubes enganchadas en diferentes partes de su estructura, y ahora… completamente en silencio.

—Dios mío —consiguió exclamar, y luego repitió—: Dios mío.

Tras esos momentos de shock, Brimstone sonrió.

Era una sonrisa torcida, pero una sonrisa coronada por el brillo en sus ojos.

Allí donde todos veían una amenaza, una incertidumbre manifiesta, un potencial peligro… Brimstone solo veía una cosa.

Éxito.

No solo éxito. Veía… certeza.

Veía que había tenido razón al decir que en el espacio solo existía el mal. En todos sus vídeos. Cuando insistió en que la manipulación de aquella esfera escondida era un peligro potencial, no se había equivocado.

Brimstone, el Vidente.

El Visionario.

Brimstone, el que avisó cuando aún había tiempo.

Brimstone veía… dinero.

Maravilloso dinero.

Los que se habían reído de él, ahora creerían.

Los que se habían mostrado indiferentes, ahora estarían interesados.

Los que lo habían aplaudido, ahora lo amarían.

Brimstone no sabía qué era aquella cosa, de dónde venía ni cuáles eran sus intenciones, pero sabía, demasiado bien, que mientras aquella cosa estuviera allí… él tendría una oportunidad de crecer. De enriquecerse. De ganar popularidad.

Y si aquella ciudad flotante era hostil, encerraba un peligro mortal y el mundo se acababa…, pues se acababa. Le importaba un soberano bledo. Pero si no era así…

Tenía mucho que hacer.

Salió de la habitación con el móvil en la mano para despertar a todo el mundo, porque las primeras horas eran cruciales. Estaba pensando en un directo, no un vídeo que subiera a una determinada hora de la tarde. Era un acontecimiento especial, único y lo tenía ahí mismo.

Un directo de veinticuatro horas ininterrumpidas.

Tendría que llamar a su proveedor de… sustancias especiales. Iba a necesitar mucha caña en el cuerpo.

Decididamente, había mucho que hacer.

Capítulo 14

La Prohías

El personal de la base fue despertando a todos y cada uno de los miembros de la Cúpula del Trueno cuando aún era noche cerrada.

—Por favor, salga fuera —les decían cuando abrían la puerta de su dormitorio—, el director Phillips los emplaza en la entrada.

—Có… cómo que en la entrada… —respondían confundidos y soñolientos.

—¡Vístase! ¡Es urgente!

Chase no estaba demasiado feliz. No era solo que valoraba enormemente sus horas de descanso, es que no hacía falta demasiada intuición para saber que… algo pasaba.

Algo grave.

Además, oía pasos por el pasillo. Pasos a la carrera.

En todas las semanas que llevaba trabajando allí, jamás…, en ningún momento, había oído a nadie en el pasillo. Ni siquiera los habituales pasos que suelen llegar hasta la cama en las habitaciones de hotel.

Chase no se tomó el tiempo de darse una ducha, ni siquiera. No se echó agua en la cara. No trató de aplacar su cabello. Se puso unos pantalones, una camiseta y un jersey, y salió.

Para su sorpresa, a pesar de la celeridad, estaban todos allí cuando llegó.

No en la recepción, por cierto, sino fuera. Las luces de la entrada creaban contraste fuertes sobre sus cuerpos, en contraposición a la oscuridad de la noche.

Salió fuera.

Sloane, Bill, David Sanz, Hammonds, Makayla…, todos estaban allí, rodeados de los colaboradores del proyecto, incluso de

algunos de los trabajadores del centro, un par de oficiales mal vestidos y algunos soldados con el uniforme y su rifle reglamentario en las manos.

—Qué… qué pasa —dijo en un susurro, sin proponérselo.

Mientras cruzaba las puertas, divisó actividad por toda la base. Un grupo de hombres vestidos con una sencilla camiseta gris corría por la carretera, en ocasiones iluminados por los haces de los focos de varios vehículos. Había voces, gente que iba y venía, aunque en la oscuridad casi no los veía.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando se acercó a Sanz, que estaba detrás del grupo.

Sanz se volvió.

Estaba lívido, como si un vampiro con una sed de mil años acabara de disponer de su sangre.

Sanz lo miró como si no lo entendiera.

Señaló al cielo.

«Mil acres de hortalizas —se dijo Chase—. Tiene realmente mal aspecto. Está… Está asustado. Está más que asustado.»

Chase miró arriba, pero venía de zonas de interior bien iluminadas y no vio nada más que la más absoluta y sepulcral oscuridad del vacío absoluto.

—¿Qué ocurre? —preguntó, ahora un poco más impaciente.

Sanz sacudió la cabeza.

—Tus ojos —dijo—. ¡Ven por aquí!

Lo acompañó a un lado mientras el sonido de un avión a reactor empezó a escucharse en el cielo. También era el primero que oía en todo ese tiempo, militar o no.

Cuando se hubieron apartado de las luces de la entrada, Sanz le indicó otra vez el cielo y Chase siguió sus indicaciones. Estaba alerta, estaba expectante; su cabeza, todavía dormida, no era capaz de arrojar ninguna teoría. En blanco.

Miró.

Todavía tardó unos instantes en ver algo. Pestañeó repetidas veces, bizqueó y se frotó los ojos hasta que los volúmenes de algo en el cielo, sobre sus cabezas, empezó a formarse.

Chase siguió haciendo juegos con los ojos. Cuanto más podía

ver, menos lo creía.

Era… Era una gigantesca losa gris, sí, que llegaba hasta los márgenes de la oscuridad de la noche. Algo que cubría todo el firmamento, que en aquellas latitudes y zona era vastísimo. Se quedó paralizado. No comprendía.

O no quería comprender.

Sanz le dio tiempo; a él le había pasado lo mismo.

Chase retrocedió unos pasos.

Ahora veía los volúmenes con un poco más de precisión. Ciertas formas que… estaban muy lejos de ser naturales. Y como por una suerte de coincidencia cósmica, el haz de un potente foco se encendió en alguna parte de la base y barrió el cielo nocturno, revelando lo que allí había.

La ciudad flotante.

Enorme, inabarcable, asfixiante.

Chase retrocedió un poco más.

De repente, le faltaba la respiración en el pecho. Sintió un pequeño mareo y tuvo que extender los brazos para mantener el equilibrio. Las rodillas le temblaban.

Un coche militar pasó a pocos metros de donde estaban; tuvo que dar un volantazo en el último momento para esquivarles, pero ni Sanz ni Chase se dieron cuenta de nada. Tenían otras cosas en la cabeza. Una sola cosa, en realidad.

—David… —susurró.

—Lo sé… —dijo Sanz con cierto desconsuelo.

—David, que…

David hundió la cabeza entre las manos.

—Por Dios —susurró entre sollozos—. Que no hayamos sido… nosotros.

2

La flota de naves espaciales apareció, a la vez, en todo el mundo. Ni el Centro de Operaciones Especiales Combinadas ubicado en la Base de la Fuerza Espacial en Vandenberg, California, ni el Centro

de Vigilancia Espacial de Croughton, en el Reino Unido, ni los Radares del Espacio Profundo en California, España y Australia, ni ningún otro, en realidad, detectaron ni una pequeña evidencia de que todas aquellas naves que llegaban desde el espacio profundo habían atravesado la atmósfera escapando, de alguna manera, de la fricción que semejantes superficies debían haber generado, y se quedaron flotando sobre la tierra a una altura de diez mil ciento once metros, exactamente.

El revuelo que eso provocó fue inaudito. Las naves cubrían todas las ciudades, los campos, ríos, océanos…, el océano Pacífico, en su totalidad, los polos, el ecuador, toda Eurasia, América, África, Nueva Zelanda. No quedó ni una sola área en el planeta que no estuviera cubierta por las naves.

Las ciudades, más bien.

Ciudades espaciales.

Como se pudo determinar en las primeras horas, todas las ciudades eran idénticas, en todos sus detalles. Al menos, preliminarmente. Además se confirmó que tenían una forma nonagonal, es decir, nueve lados y, por lo tanto, nueve vértices. Por ese motivo, al menos en las oficinas de los responsables de seguridad y los aparatos militares de más alto rango, se empezó a acuñar un término para referirse a ellos.

Los eneágonos.

Las ciudades flotantes de los eneágonos medían, también de forma aproximada (por el momento), algo más de sesenta kilómetros, de lado a lado, equidistantes unas de otras. Esos sesenta kilómetros podían sonar a mucho, pero el tamaño podía impactar en la cabeza como un martillo cuando se calculaba el área: tres mil seiscientos kilómetros cuadrados.

En todos los casos que se pudieron medir, de forma muy preliminar por entonces, la separación entre las ciudades era de…, exactamente, veinte kilómetros. Alguien con acceso a los datos, en alguna parte, hizo un cálculo aproximado teniendo en cuenta que la superficie total de la tierra era de algo más de quinientos millones de kilómetros cuadrados, con ese tamaño y distancia entre ellas, la cantidad de ciudades flotantes debía ser de algo más de…

ciento cuarenta y un mil.

Ciento cuarenta y un mil ciudades flotantes.

Era… un poderoso despliegue.

Un ejército abrumador.

Con esa cifra no resultaba sorprendente que a nadie, en las altas esferas, sobre todo en base a los primeros análisis preliminares emitidos por expertos, se le hubiera ocurrido otra cosa que pensar que se trataba de…

Una invasión. Una a gran escala.

Mientras tanto, la población vivía el fenómeno como podía. Las ciudades formaban una red opresora y asfixiante que creaba sombras frías por todas partes, no solo sobre las ciudades, sino también sobre los cultivos, las playas, los parques, las montañas, los prados. Todo paraje natural que antes se extendía bajo cielo abierto ahora era una sombra eterna, donde hasta los pájaros guardaban silencio, incapaces de determinar si era de día o de noche. En unas horas escasas desde que aparecieron, sin ese cielo libre, azul y distante sobre sus cabezas, la gente empezó a desarrollar sentimientos de claustrofobia, de privación de libertad. Y, naturalmente, de terror.

Más que terror, verdadero pánico.

Nadie sabía qué hacían allí.

Quiénes eran.

De dónde habían venido.

Solo tenían clara una cosa, un solo dato inequívoco y evidente. Una cosa que estaba en boca de todos.

Eran, sin género de dudas, extraterrestres.

3

La persona que los había convocado en la recepción había sido el director Phillips. Cuando los recogió en una furgoneta de transporte que era parte de la flota que los llevaba al trabajo cada día, recibieron su presencia no solo con honesta alegría, sino con alivio.

—*Herr Direktor* —bromeó Bill—Qué agradable sorpresa.

Phillips lo miró como si hubiera desarrollado tentáculos y su color de piel fuera ahora verde.

—En esta situación y contexto, señor Valve…, ¿aún tiene redaños para hacer bromas? —preguntó.

—Siempre —respondió, y le guiñó un ojo.

Empezaron a hacer preguntas, a veces de forma atropellada, pero Phillips cruzó sus labios con un dedo.

—En mi despacho —dijo con sencillez.

Sloane suspiró largamente.

—Madre del amor hermoso —soltó.

Y en el brevísimo tránsito hacia el despacho de Phillips, permanecieron callados, ahogándose en preguntas que bullían en sus cabezas.

4

—La situación es esta —anunció Phillips cuando todos estuvieron sentados—. Estos podrían ser nuestros últimos minutos de vida.

Makayla dio un respingo.

—No se preocupe —dijo Phillips—. No es una aseveración. Es, solamente, una posibilidad, pero una posibilidad cierta. Con los datos de los que disponemos, diría que hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que esas ciudades flotantes que están ahí fuera sean hostiles. Y, lógicamente, otro cincuenta por ciento de que no lo sean.

—¿Ciudades? —preguntó Chase.

—El fenómeno es global, señor Ward —informó Phillips—. Hay naves, o ciudades flotantes como esta que nos cubre, por todas partes. Desde la costa oeste hasta Europa pasando por toda América Latina, el continente africano, sobre cada braza de mar en el Atlántico, sobre Europa, Asia, Rusia, China, y de vuelta a Japón.

Empezaron a hablar todos a la vez, tan sorprendidos como sobrecogidos.

—¡Un momento! —dijo Phillips—. Por favor, compórtense.

—Pero… ¿se han comunicado? —preguntó Chase—. ¿Alguna señal de radio, patrones visuales, ondas… electromagnéticas, secuencias de ondas de sonido?

—Nada en absoluto —informó Phillips—. Al menos, por ahora. Quizá más adelante. Tenga en cuenta que todo esto… está pasando ahora.

—Tengo… tengo que hablar con mi hermana —dijo Bill de repente—. Está en Hawái y…

Phillips suspiró.

—Señor Valve —dijo—, su hermana podría estar en el Congo, en España o en la cima del Teide, que las probabilidades de ser víctima de esas ciudades serían exactamente las mismas. Su hermana estará tan bien como se pueda estar y eso va para el resto de sus familias, amigos, seres queridos. No obstante…, llamen, si quieren. Solo recuerden… su compromiso de confidencialidad, que sigue siendo válido.

—¿Es en serio? —preguntó Sanz—. Ha dicho que el fenómeno era global. ¿Seguimos ocultando a la gente la existencia de esta… aceituna… cuando ahí fuera todo el mundo puede ver la mayor cubertería de platillos que se haya creado jamás?

—Sí —contestó Phillips—. Rotundamente… sí.

Carraspeó brevemente.

—Caballeros. Señoritas. Desde el principio les dije que… se nos acababa el tiempo y ese tiempo… ya ha expirado. No puedo contarles los detalles, pero había ciertos indicios que nos hacían creer que algo como esto podía pasar en algún momento, tal vez dentro de años.

—¿Este era el Gran Peligro? —preguntó Chase, sorprendido.

—Este. Era. El Gran Peligro —confirmó Phillips—. Por eso creamos todas estas instalaciones y le dimos la mayor flexibilidad para su desempeño…

—Flexi… ¿Flexibilidad? —graznó Sloane—. ¿Qué hay de Foster? No nos ha dejado echar una meada sin que él tuviera que meter el dedo dentro.

Phillips arqueó una ceja.

—Sí —dijo—. Lo sé. Les pido disculpas. Les pedí que tuvieran

paciencia, y les agradezco que la hayan tenido. Fue un… lamentable incidente, un fallo en las líneas directivas que tienen sus ojos puestos en este proyecto. Un… retraso. Pero ya estaba ocupándome de eso antes de que las ciudades llegaran y ahora que están aquí, Foster no nos molestará más. Lo verán despegar en el helicóptero rumbo a alguna otra parte del mundo, lejos de nuestro interés.

La noticia fue celebrada por todos.

—¿Todo seguirá como antes? —preguntó Sloane.

—Bueno —dijo Bill señalando al techo—. Como antes antes, precisamente, no…

—Señor Valve…, es usted incorregible.

—Vale —exclamó Sloane—. Eso es maravilloso. De veras. Lo echábamos de menos, y poder trabajar de nuevo en la esfera sin trabas ni impedimentos es… genial. Pero…, director… André…, ¿tiene… tiene sentido? Quiero decir. ¿Todavía es importante seguir con la investigación?

—Ahora más que nunca —dijo Phillips—. ¿No se lo parece a usted?

—Bueno…, ya han llegado. Están aquí… —sostuvo ella.

Phillips asintió.

—Están aquí, en efecto. Y por eso Foster se ha marchado. Por eso, concentrarse en el trabajo es más importante que nunca. Se los llamó y se les brindó todo este despliegue de medios para que averiguaran algo sobre la esfera. Cualquier cosa. Foster se ha ido porque ahí arriba, en las cúpulas de poder de este país, alguien quiere que averigüen qué es. Qué hace. Si hay que aprender de ella, que se aprenda. Si podemos comunicarnos, cuál es la manera. Si se tiene que… destruir, cómo hacerlo.

Chase arrugó el ceño.

—¿Qué… qué pasó con la teoría de que la esfera es un profesor ancestral?

Phillips le dirigió una mirada cargada de cierta tristeza.

—Bueno, señor Ward —dijo despacio—. Me parece que…, tal vez, la situación indique otra cosa. Si eso fuera así… ahí fuera tendríamos la mayor concentración de profesores que el universo

haya tenido jamás. Más profesores que alumnos.

—Entiendo —dijo Chase en voz baja, alicaído.

—Su trabajo ahora es urgente —añadió Phillips—. Hagan lo que haya que hacer. En serio. Sloane, Bill… Ustedes mencionaron a Foster que sabían la manera de encontrar una vulnerabilidad en el casco. Háganlo. Encuéntrenla. Sanz, Hammond, Ward…, sigan con los símbolos. Intenten averiguar qué significan. Si quieren probar a enseñarles los símbolos o la cadena de símbolos a la esfera, háganlo… Makayla…, usted estaba estudiando si la estática podría estar relacionada con el fenómeno de antigravedad que observamos no solo en la esfera, también en las ciudades flotantes. Siga con eso.

—Yo… —dijo Makayla poniéndose lentamente en pie—. Lo… lo siento. No puedo con esto.

Todos la miraron.

Estaba pálida y hasta cierto punto, envejecida. Había asistido a la reunión sin maquillar y se la veía afectada, muy afectada, con el cabello rubio que normalmente llevaba peinado con estilismo, revuelto y caído sobre el rostro.

—¿A qué se refiere, Makayla? —preguntó Phillips.

—Me… me tiemblan las piernas… —admitió—. No quiero saber nada de… la esfera ni de esas cosas que flotan…

—Lamentablemente, Makayla —susurró Phillips, adoptando un tono más dulce—, son una realidad. No es posible… escapar de ella. Mire donde mire, en cualquier parte del mundo, los verá. El mundo está profundamente afectado y es previsible que se afecte mucho más. Las primeras reacciones que se observan entre la población, y recuerden que en la otra parte del mundo es de día y han visto el fenómeno de la llegada con sus propios ojos, en plena calle, es de miedo. Terror. Pánico absoluto.

—Cuáles… cuáles serán las implicaciones de… —preguntó Chase.

—Estoy seguro de que, como experto en historia de la humanidad —dijo Phillips—, el doctor Hammond podrá ilustrarnos mejor con algunas previsiones.

Hammond pestañeó, como si lo hubieran interrumpido en sus

reflexiones. Se puso de pie junto a Makayla y le puso cariñosa y tentativamente la mano en la espalda, por espacio de un par de segundos. Luego carraspeó.

—Esto tendrá… consecuencias, sin duda —dijo—. Consecuencias significativas. Tanto en… economía, como en el tejido social. Tengan en cuenta que se trata de un evento de una magnitud desmesurada. El Hombre, como especie, nunca ha vivido algo como esto…, un evento donde todos, absolutamente, estamos amenazados. El efecto psicológico de que podemos morir por un… rayo de la muerte desconocido, sin que exista un lugar seguro en el mundo entero en el que meterse, es inaudito. Inédito. Por lo tanto, lo que diga yo o cualquiera que estudie el fenómeno… es especulativo.

El equipo escuchaba con interés. Incluso Makayla, que tenía los ojos enrojecidos.

—Habrá… un pánico financiero sin precedentes. La economía se basa en el trabajo de millones de individuos que atienden servicios, grandes y pequeños, y que también compran, haciendo rodar la rueda. Pero ante la certeza de un peligro grave e inminente, muchísimos de estos trabajos se… detendrán. La atención se volcará en la emergencia global. ¿Turismo? ¿Entretenimiento? ¿Comercio? Pueden olvidarse de todo eso. Los mercados se volverán locos. Los inversores podrían retirar fondos en un intento de proteger sus activos.

»Eso… tendrá también consecuencias graves. Al pararse la producción, la cadena de suministros se detendrá. Y si no se para la producción, lo hará la logística. Lo cual nos lleva a disturbios, pillaje, desorden social. Las autoridades no darán abasto, sobre todo porque muchos de sus profesionales preferirán quedarse en casa con sus seres queridos ante la posibilidad de estar viviendo…, bueno, los últimos días.

»Y luego está la mentalidad de la gente sobre la seguridad. No podrán evitarlo, por mucha información que se les dé. Migrarán. Los que están en A querrán ir a B y los de B pensarán que A es un lugar mucho más seguro. Problemas de refugiados, carreteras bloqueadas, problemas de salud.

—Jesús —soltó Bill.

—Hay más. El impacto psicológico puede ser… devastador. Miedo y ansiedad, para empezar. El hombre no maneja bien estas situaciones. La mayoría de nosotros nos mantenemos a salvo sobre una cuerda floja, y esa cuerda está hecha de una mínima garantía compuesta de un respaldo financiero, abastecimiento y disponibilidad de alimento, un techo, etcétera. Pero somos potencialmente inestables. Priva a cualquiera de algo de eso y… se disparará. Por el amor de Dios —susurró—, la mayoría de nosotros no manejamos bien un simple divorcio…, imaginen…, imaginen algo como esto.

—Quizá ese sea el punto que me da más miedo —exclamó Chase.

—Y todo eso… —observó Sanz— asumiendo que esas ciudades flotantes no comiencen una… una especie de ataque.

—La psicología social es solamente un *hobby* para mí —observó Hammond—, pero como humanista… creo firmemente que si se tratara de un ataque convencional, con armas que no fueran tan destructivas, absolutas e inmediatas como un… rayo de la muerte espacial…, sería preferible, hasta cierto punto. El hombre se define mucho mejor bajo una amenaza clara y visible. Se adapta mucho mejor que con la incertidumbre, la pregunta, la espera. Esas cosas no las manejamos bien. La guerra engendra héroes. La incertidumbre…, psicópatas.

Sloane resopló.

—¿Lo comprende ahora, Makayla? —preguntó Phillips—. Ahí fuera no le espera nada mejor que lo que tiene aquí. Trabajando en el búnker estará en una situación parecida a la que ha vivido estas semanas… Ahí fuera… va a ser un auténtico infierno, sobre todo al principio.

Pero Makayla no lo comprendía.

En todo caso, la charla de Hammond parecía haberla afectado de una manera mucho más negativa de lo que Phillips había anticipado.

Lo miró con ojos llorosos, la mandíbula temblorosa.

—Lo… lo siento —susurró.

Se dio la vuelta y se precipitó hacia la puerta.

—¡Makayla! —gritó Sloane.

Pero Makayla no se detuvo. Llegó hasta la puerta, la abrió y se perdió fuera del despacho.

Sloane miró a los demás.

—Déjela ir, señorita Sloane —dijo Phillips—. Necesita estar sola, en estos momentos. Volverá o se irá…, y, si se va, no será la única, se lo garantizo. Las puertas, naturalmente, están abiertas. Al menos… de fuera hacia dentro porque entrar, en estos momentos de alarma…, ya no es tan sencillo. Personalmente, desearía que regresara. Pero no podemos hacer más.

—Madre mía —dijo Sanz. Su mente estaba calculando las implicaciones y se sentía cada vez más y más abrumado.

—Es como… como en aquella película. ¿Alguien se acuerda? *Independence Day*.

—Sí —admitió Chase—. Hace un rato me estaba acordando de ese tipo de películas.

—¿Cómo trataron el problema en la peli? —preguntó Bill—. Os juro que ya no me acuerdo…

—Metieron un virus informático escrito con lenguajes de programación y ordenadores de aquí, de la tierra, en su sistema central —dijo Sanz.

Bill pestañeó y rompió a reír.

—Madre de Dios —exclamó—. Esa sí que fue buena… ¡y jamás escuché a nadie quejarse! Madre… de Dios…

Sanz asintió.

—Lamentablemente —dijo Phillips—, la realidad es un poco más… áspera. Me temo que nuestros lenguajes de programación necesitarán saber algo un poco más… específico… sobre sus sistemas informáticos. Y desde luego dudo mucho que se acojan a las especificaciones del protocolo TCP/IP.

Chase sonrió por primera vez en lo que llevaba de día.

—André… —dijo Sanz de repente, con un tono de voz como salido de la profundidad de una gruta—. Parece dar por sentado que… la esfera y las ciudades flotantes… formen parte de una misma cosa. ¿Es así? ¿Lo sabe con certeza?

Phillips suspiró.

—En el camino que tenemos por delante, tendremos que pisar muchas veces sobre terreno poco seguro —dijo con suavidad—. Tanto yo como mis superiores jugamos con el sentido común. Empezamos a trastear con la esfera, que llevaba olvidada unos ochenta años y conseguimos activarla —dijo, y levantó la mano en el aire, con dos dedos levantados, como en el símbolo de Victoria —, dos veces. Dos veces. Y ahora ocurre esto. ¿Cree que puede tratarse de dos civilizaciones extraterrestres? El fin del Gran Silencio… en espacio de unas semanas, concurrentes con la manipulación de la esfera. ¿Una coincidencia? Es posible. Es… posible —repitió—. Pero, personalmente, sin embargo, me parece improbable.

Sanz asintió y agachó la cabeza.

Se sentía un poco culpable. Si lo que habían hecho llevaba a una… posible destrucción de la tierra, aunque fuera parcialmente, moriría con el alma quemada por la sensación de culpabilidad más atroz del mundo.

—André —dijo Chase, sabiendo que era, probablemente, la primera vez que se refería a él por su nombre de pila—. Nos pide que… arriesguemos la vida trabajando en algo… Aunque sea en aras del bien de la humanidad, en caso de que demos con una solución o una manera de comunicarnos, creo que merecemos un poco más de información. No sé mis compañeros, pero yo agradecería saber… qué sabía el Gobierno sobre la esfera. Cuál era el Gran Peligro.

Phillips suspiró.

—No se lo he contado porque…, no lo sé, señor Ward. Les he dado toda la información de la que dispongo. Y si yo no lo sé, es porque el veto informativo está por encima de mí. Y eso es mucho. Es… clasificado tarifa *premium* de cinco estrellas.

—¿No lo sabe? —preguntó Bill—. No sé por qué no le creo.

—Esa es su prerrogativa —dijo Phillips—. Creerme o no. Me da exactamente lo mismo, señor Valve.

Chase entrecerró los ojos.

—Pero ha… escudriñado —aventuró—. Creo que he llegado a

conocerlo, un poco. Se habrá hecho preguntas, como nosotros. ¿Por qué? ¿Por qué? Y habrá pensado en ello durante muchos días y muchas noches. Nosotros podemos hacernos preguntas, por supuesto, pero ahí se acaba todo. No podemos… escudriñar. Mirar dentro de cajas con una etiqueta de Alto Secreto. Usted sí puede.

Phillips lo miró con interés.

—Y lo habrá hecho porque usted sabe que es leal a su país —siguió diciendo Ward—. Supo… que ese conocimiento que le han vetado lo usaría solamente con un único fin. No para obtener beneficio. No para conspirar. Sino para… hacer su trabajo de la manera más eficiente y cabal que se pueda hacer. Investigó, indagó, para mejorar su servicio a este país y a sus superiores. Y ha encontrado indicios. Los encontró, André…, suficientes pistas al menos como para acallar su curiosidad y que ya no sintiera deseos de seguir indagando. Lo que encontró… fue suficiente, fuera todo o parte. Usted sabe, André. Lo veo en su rostro. En sus ojos.

Phillips lo miraba valorativamente, intentando mantener una expresión tan hierática como le era posible. Lo habían adiestrado para ello. Para no ser comunicativo con sus expresiones faciales, con su lenguaje corporal. En las reuniones que debía mantener a menudo, muchas veces con responsables de… asegurar la seguridad, por así decirlo, ese entrenamiento no solo era útil; era imprescindible.

Pero lo que Chase había averiguado era demasiado grande, demasiado… cierto. Y fracasó. Sus ojos, demasiado pequeños, entrecerrados, le hicieron saber a Chase que estaba en lo cierto.

El teléfono de su mesa volvió a sonar.

Phillips ni siquiera mudó la expresión de su rostro, como si la esperara.

—Por el amor de… —empezó a decir Bill.

No lo dijo, pero todos supieron lo que estaba pensando. En aquella situación de emergencia global, les resultaba incluso frívolo que unos ojos atentos estuvieran cuchicheando a escondidas, atentos a sus conversaciones, decidiendo qué era secreto y qué no.

Chase recordó la conversación con Sanz sobre la frustración

que sentía por no poder airear la esfera…, la Snitch…, a la comunidad científica internacional. Y tenía razón. Tenía razón entonces y la tenía ahora. Especialmente ahora, que todo estaba impregnado de urgencia, de una sensación de peligro acuciante, de alarma. Pero si había algo en el mundo que había aprendido sobre un gobierno era que nada les parecía más necesario que…

«Ocultar las cagadas», pensó.

Si había alguna relación entre la manipulación de la esfera y lo que estaba ocurriendo, el advenimiento de las ciudades flotantes, el Gobierno haría lo imposible por mantenerlo oculto. Porque desvelarlo sería admitir un error. Y el Gobierno quería…

Ser reelegido.

Ser reelegido en un mundo que quizá quedase desprovisto de vida en las próximas horas.

Prefería que todos murieran a la posibilidad de abandonar el poder.

Eso preferían.

Mientras Phillips atendía el teléfono y escuchaba, sin decir nada y sin mover un solo músculo, rio por dentro. Pero era una risa preñada de una ácida y malsana amargura.

Phillips colgó sin decir nada.

—Caballeros. Señoritas. Me han autorizado para compartir algo con ustedes. Esta información está sujeta a los términos de confidencialidad que…

—Ay, vamos —dijo Bill—. Suéltelo ya.

Phillips lo miró como si acabara de desnudarse, de saltar a la mesa y de haber hecho una ordinaria exhibición del elefante bailarín sobre la superficie de su escritorio.

—Está bien —dijo Bill—. Disculpe. Por favor. Siga.

Phillips se tomó un momento antes de seguir.

—Hace más o menos dos décadas, a principios de siglo —dijo —, el Gobierno lanzó un proyecto al espacio cuya definición completa prefirió mantenerse alejada del conocimiento global. Se enmascaró como emplazamiento de satélite de comunicaciones básico, como los muchos que se lanzan mensualmente por todo tipo de organizaciones, incluso, o especialmente privadas. La sonda

se dejó ir al espacio profundo y se dio por «perdida», debido seguramente a un fallo mecánico. Pero el propósito de esa sonda era alejarse, de manera intencional, para hacer servicios de vigilancia. Se la llamó Prohías, en honor a cierto dibujante que fue muy popular por hacer tiras cómicas de espías. Esa vigilancia propia de… espías, en concreto, estaba ligada a la observación de cierto objeto interestelar cuya trayectoria presentaba unas características… poco comunes. Se calificó como excentricidad orbital. A ese asteroide se conoce como Oumuamua.

—Me suena —dijo Bill.

—Internet está lleno de teorías sobre el Oumuamua. Algunas son un poco forzadas, pero otras…, diremos tan solo que ese asteroide se comporta de una manera poco habitual para ser, simplemente, un asteroide.

»En cualquier caso, el objeto celeste fue observado y analizado sin que se llegara a ninguna conclusión. Actualmente está a una distancia de casi seis mil millones de años luz de la tierra. Eso son casi unas cuarenta veces la separación entre la tierra y el sol, así que, como comprenderán…, ahí sale de nuestra historia. Sin embargo, recientemente, la sonda Prohías envío señales de detección. Ningún otro sistema de observación disponible en el mundo captó nada, pero Prohías, silenciosa en su posición a bastante distancia, sí. Creemos que tenía una posición aventajada de ese emplazamiento en concreto; que tal vez otro astro espacial ocultaba ese lugar por estar en el medio, interfiriendo con la línea de observación desde la tierra.

—Madre mía —dijo Hammond—. Intencionadamente ocultos…

—Sí. Esas señales…, por cierto —añadió Phillips—, identificaban objetos esféricos. Como nuestra esfera.

—Increíble —susurró Sloane.

Chase estuvo de acuerdo.

—Pero no lo entiendo —observó Hammond—. Detectaron objetos redondos en algún lugar del espacio…, pero lo que tenemos encima de nuestras cabezas no es redondo. Es plano.

—Una esfera… es un círculo en un mundo bidimensional —

observó Phillips.

—Me parece… un poco forzado, como diría usted, director —dijo Sloane.

—Vivimos en un mundo donde no habido ningún contacto, ningún avistamiento en el espacio profundo, nunca, en ningún caso —dijo Phillips—. Como le he dicho, creemos que los dos sucesos deben guardar relación. Sobre todo porque se ha comprobado que los objetos detectados por la sonda Prohías… ya no están allí.

—Entiendo —dijo Chase.

—Así que —intervino Sanz— vieron la relación… y pusieron en marcha…

—La operación Centro Horizonte —dijo Phillips—. Este lugar.

—¿Detectaron que esos objetos venían a la tierra y no hicieron nada hasta que estuvieron aquí? —quiso saber Hammond.

—No —dijo Phillips—. Buena pregunta. No fuimos capaces de detectar nada. Nuestros sistemas han demostrado ser totalmente ineficaces a la hora de hacer esas mediciones. Y hay una cosa más. El tamaño de esas naves es descomunal. Han tenido que maniobrar mucho y durante mucho tiempo para… acoplarse como lo han hecho, aprisionando el planeta entero, en todas partes, a la vez. Comprenderán que, en esas operaciones, han debido destruir nuestra flota de satélites que empleamos para todo tipo de cosas, no solo vigilancia, medio ambiente, comunicaciones, internet…, todo tipo de cosas.

—Cierto —dijo Chase.

—No han destruido nada a su paso —dijo Phillips—. Ni una variación en las órbitas de nuestros satélites. Incluso la estación espacial sigue ahí.

—No lo… entiendo —dijo Bill—. ¿Cómo?

—La única explicación —aventuró Phillips—, y esto lo digo sin ninguna evidencia científica que me respalde…, es que hayan realizado algún tipo de teletransporte. Eso ya ocurrió con la esfera… cuando transportó al equipo a Francia.

—Cierto —susurró Sanz y se estremeció brevemente, como recorrido por un escalofrío.

—Muy bien —dijo Phillips—, si les parece, vamos a trabajar.

Hemos perdido ya mucho tiempo. Cada minuto que pasa, tiramos un dado y nos la jugamos a suertes. Hay una posibilidad de que esas ciudades flotantes hagan… algo, y puede ser algo manifiestamente hostil. Puede que se comuniquen… mañana. Pasado mañana. O la semana que viene. Y puede que sea un mensaje amigable. En ese caso, recogemos, volvemos a casa y seguimos cada uno con lo nuestro. Pero si no se comunican…, hasta que no haya movimientos hostiles, seguiremos investigando. Ante nosotros empieza la carrera de las mil millas. Una tarea difícil y ciertamente… peligrosa. No les diré que no lo es. Pero, en estos momentos, admitidamente, trabajar con nuestra esfera es tan peligroso como conducir un Buick por cualquier carretera comarcal o quedarse mirando el cielo en mitad de un prado.

»Damas, caballeros… Les ruego…, por favor, que lo den todo estos días. Semanas. El tiempo del que dispongamos.

Asintieron, con una mezcla extraña de excitación y pesadumbre en el cuerpo.

Chase no sabía cómo sentirse, realmente.

Todo había cambiado demasiado rápidamente.

Pero sabía una cosa…

Cuando Phillips había mencionado la posibilidad de recogerlo todo y volver a casa…, había dado un respingo por dentro. No le había gustado. No le había gustado nada.

Lo cierto era…

Que quería seguir trabajando con la esfera.

Capítulo 15

Bill usa su móvil

Habían sometido a voto la estructura de trabajo que seguirían y, dado que los sistemas de apertura que Bill y Sloane planeaban usar eran un poco demasiado intrusivos, decidieron darle una oportunidad a los símbolos.

En general…, estaban… bien. Dadas las circunstancias. Por circunstancias de la vida, todos habían aprendido a concentrarse en el trabajo para superar las circunstancias de la vida.

Afortunadamente, Hammond ya había hecho importantes avances y había creado y categorizado una biblioteca de imágenes que incluía muestras relevantes de pinturas rupestres encontradas en el planeta, desde temas abstractos hasta pinturas y grabados relacionados con actividades como cazar, cocinar, preparar, cortar y figuras antropomórficas, fauna, flora, objetos, formas inclasificables y muchas más.

Chase estuvo muy ocupado con el sistema de clasificación de símbolos mientras se completaba la biblioteca para crear una base de datos sobre la que trabajar. Afortunadamente, aún contaban con programadores que los asistieron en el proceso. Gran parte de los colaboradores se habían ido ya y algunos se irían en las próximas horas y, presumiblemente, días, pero los que quedaban estaban determinados. Y decididos. Si había algo que pudieran hacer para recuperar el cielo…, lo harían.

Escribieron rutinas en Python apoyadas por bibliotecas de dominio público para cotejar y analizar imágenes. El desarrollo, basado en otros trabajos similares existentes, fue rapidísimo.

—Es bonito, ¿no cree? —comentó uno de ellos mientras trabajaba—, el dominio público. Un montón de gente escribió estos

programas y los cedió para que cualquiera pudiera usarlos. Ahora…, en estos momentos donde cada minuto cuenta…, agilizan muchísimo el trabajo. Es poético. Es… precioso.

Chase estaba de acuerdo.

Cuando estuvieron en disposición de hacer las primeras consultas de prueba, descubrieron que los resultados, sin embargo, no eran demasiado veloces. Necesitaban hacer consultas de relaciones instantáneas para poder garantizar una buena marcha de la investigación.

—Usamos SQL —explicó uno de los programadores—, pero… la aplicación tiene que leer las imágenes y procesarlas…, y tienen demasiada resolución. El problema es el servidor de la base. Sencillamente, no es lo bastante rápido, no se pensó para estas tareas masivas.

—Yo me ocupo —dijo Chase.

Llamó a Phillips y este, a su vez, solucionó el problema con una simple llamada.

—Tenemos acceso a… DoDIN —anunció Chase al cabo—. No sé lo que es, pero espero que sea bastante rápido. Tienes las claves SSH en el servidor.

—¿En serio? —preguntó el programador—. Es… la Red de Información de Defensa…, quiero decir… ¡Guau!

—¿Tiene muchos teras? —preguntó Hammond, que pasaba por allí con un café en la mano.

Los programadores rieron.

La risa, en aquellas circunstancias, era siempre bienvenida. Era medicinal.

La información, incluso comprimida, tardó unas horas en subir al nuevo servidor, pero cuando probaron el sistema, experimentaron un verdadero alivio: las consultas a la base de datos resultaron ser prácticamente instantáneas y los resultados se formaban en pantalla en pocos segundos.

—¡Buen trabajo, Chase! Con esto… podemos empezar a ver cosas… —dijo Sanz, satisfecho.

—No, no… —se apresuró a decir Chase—. Yo solo hago… bases de datos con programas de bases de datos. Esta aplicación es

cosa de los programadores.

—Está bien —dijo Hammond, frotándose las manos como un avaro de un cuento para niños—. Lo que sea. Veamos… ¿Símbolo más repetido?

Sanz escribió. El resultado se mostró en el acto.

—Ahí lo tenemos… —dijo Sanz.

Era un símbolo bastante básico. Un círculo con otro círculo en su interior, este relleno y una línea que salía de los meridianos.

—Lo reconozco —susurró Hammond—, es… es un símbolo bastante común, con sus variaciones lógicas. Se sacaron numerosas conclusiones por su similitud en sitios muy apartados geográficamente…, intercambio de culturas, contactos entre tribus…

—O el mismo profesor —susurró Chase.

Hammond asintió.

—¿Junto a qué otros símbolos aparece? —preguntó.

—Vamos a verlo ahora mismo.

Transcurrieron varias horas sin que advirtieran su rápido devenir. Estaban tan concentrados y emocionados por su nuevo juguete que en ocasiones llegaban a olvidar que tenían encima una nave espacial de sesenta kilómetros de ancho, de la que no sabían absolutamente nada.

Bill… llevaba el asunto algo peor. Era un friki de manual y su mente se había poblado de imágenes de más de un centenar de películas de ciencia ficción, también libros y cómics. En todos los casos, eran amenazas terribles. De manera inconsciente, su mente evocaba los espantosos trípodes de *La Guerra de los Mundos*, saliendo del suelo con un sonido estremecedor y moviéndose entre las ciudades con sus rayos destructores. La terrorífica historia de John Wyndham, en la que la humanidad se queda ciega y tiene que enfrentarse a plantas carnívoras alienígenas, y muchas otras. Era complicado manejarse de manera cotidiana con esos pensamientos y esas imágenes dando tumbos en una cabeza coronada por el miedo.

Hammond, Sanz y Chase eran otra cuestión. Se precisaba cierto contexto histórico para interpretar los símbolos, y para eso

se servían de los colaboradores que aún quedaban. Sanz, como criptógrafo histórico, tenía todo un desafío por delante. Había esperado que se le concedieran meses…, un año tal vez, para emplear métodos criptoanalíticos que lo ayudaran a identificar patrones de cifrado o sustitución. Aunque contaba con Hammond, solo la investigación documental hubiera sido un trabajo ímprobo, duradero en el tiempo. En lugar de eso tenía que recurrir a lo que él llamaba *truquitos*, como cuando un niño intenta descifrar el código secreto de su colega de seis años.

Phillips estaba todo el tiempo por allí. Cuando no estaba en la sala de reuniones atento a las noticias en la televisión, estaba hablando por teléfono.

Chase se lo cruzó en el pasillo.

—Disculpe, Phillips —dijo—. Sé que ha pasado muy poco tiempo, pero… ¿cómo va?

—¿Cómo va… el qué? —preguntó—. ¿Se refiere a la tensión mundial, a la desesperanza y la confusión que experimenta la gente, a las primeras reacciones de pánico, los disturbios? O quizá se refiera a cómo las diferentes naciones están cerrando sus puertas a una colaboración global. O quizá… quizá quiera saber si las ciudades flotantes han sacado ya sus cañones homologados de destrucción de planetas.

Chase no dijo nada. Se limitó a mirarlo con una expresión de preocupación y de… empatía.

Phillips suspiró y agachó la cabeza.

—Discúlpeme, Chase —dijo—. Nunca pensé que diría esto, pero… esta situación… ha conseguido superarme, y no ha hecho más que empezar.

—Tan mal, ¿eh?

—Es… mucho peor —dijo—. Parte de mi trabajo, cuando no estoy pendiente de ese… artefacto…, consiste en conseguir predecir el peor escenario posible para que otros puedan buscar soluciones. Esta situación siempre es peor. Corea del Norte está exigiendo a nuestro país que saquen las naves de su espacio aéreo. Creen… que somos nosotros.

—No puede ser…

—Sí puede ser —dijo Phillips—. Imagínese a alguien colérico. Ahora dóblelo. Luego píntelo de verde, como Hulk, y ni siquiera estará cerca de ver a Corea del Norte en estos momentos.

Chase sonrió. Nunca hubiera sospechado que Phillips tuviera esa clase de sentido del humor.

—Podemos reírnos, claro que sí, pero… es preocupante. Aún diría más. Es grave.

Suspiró.

—Corea del Norte ha hecho pruebas nucleares y ha afirmado tener… capacidad nuclear. Y tiene misiles, desde luego. Imagine que le da por disparar a una de esas naves. Ignoro cuáles serían los resultados, si conseguirían hacerles daño o no. Es posible. Pero entenderá que…, tal vez, se cabreen. Si están aquí en son de paz, cosa que todos los analistas que han estudiado la situación rechazan de plano por la presencia involucrada y su disposición, en forma de prisión, sobre nosotros…, entonces podrían cambiar su actitud, por completo.

—Sí —dijo Chase—. Vaya. Eso no lo había… pensado.

—Hay muchos países que podrían intentar algo así, Chase. Lamentablemente para nosotros, somos un planeta desunido, desligado y… deslavazado.

»Llegué a pensar, Chase —siguió diciendo—, tal vez en un obstinado y desesperado caso de optimismo recalcitrante, que tal vez hubieran venido… todos… a presentarse, a la vez, en todas partes del mundo. Sería quizá posible. Dudo mucho que una raza extraterrestre aterrizara, precisamente, en los jardines de la Casa Blanca, a presentar sus respetos y hablar con nuestro… líder.

Chase sonrió.

—No, claro. Eso solo ocurre en las películas. En las nuestras, supongo.

Phillips asintió.

—Quizá ellos tengan conciencia de nuestro… particular problema de fronteras. Quizá…, llegué a pensar…, tienen pensada una presentación en masa. Todos. En todas partes. Desde las zonas más apartas de Eurasia hasta la jungla del Amazonas.

Chase inclinó la cabeza.

Veía claramente el problema en esa lógica.

—No…, ¿verdad? —preguntó Phillips con tristeza. En ese caso…, ¿para qué colocar sus naves sobre el extenso océano Pacífico? O en la Antártida. O en los desiertos inhabitados más que por unos cuantos… bereberes y sus camellos. Lamentablemente, no tiene sentido.

—No… —respondió Chase.

—Es, otra vez, peor —dijo—. Imagine que hacen eso. Presentarse. Todos a la vez. Descienden de sus naves celebrando, con sonrisas que no podemos ni imaginar cómo serán. Podría ser un cortés vómito o berridos como los de un cerdo en un matadero. O una hermosa música, da lo mismo. ¿Cómo cree que reaccionaríamos?

Chase no respondió.

—Si durante milenios de historia reciente no hemos podido soportar la idea de un hombre con un color de piel distinto a otro —siguió diciendo Phillips—, o en qué lado de la línea imaginaria de una frontera tienes un pie, o… el concepto de un hombre besando a otro hombre, o una mujer amando a otra mujer…, dígame, Chase…, ¿cómo íbamos a aceptar a unos seres extraterrestres que podrían tener… diez ojos sobre la cabeza o tentáculos… o ser esos hombrecillos grises de ojos negros que siempre nos ha querido vender la ciencia ficción?

Chase se quedó impactado.

No esperaba esa reflexión.

Esas cuestiones siempre habían estado más allá de su concepción de la vida. El color de piel no era un problema. Los temas xenofóbicos, las fronteras, las nacionalidades, tampoco. Y mucho menos, el concepto de un hombre besando a otro hombre. Pero sabía que existían, por supuesto. Era una suerte de enfermedad del Hombre, como especie. Una detestable lacra de la absurda necedad que el Hombre no conseguía dejar atrás.

—Los hombrecillos grises, Chase, no son ellos —dijo Phillips al fin—. Los hombrecillos grises somos nosotros.

Chase no supo qué responder. Se quedó pensando, incapaz de ofrecer alguna palabra que resultara apropiada o que sirviera de

aliento en aquellos momentos bajos. *Todo saldrá bien* no resultaba ni remotamente apropiado después de ese pequeño discurso.

Phillips pareció leer su lenguaje corporal y, dado su adiestramiento, quizá lo hizo.

—No diga nada, Chase —dijo, dándole una palmada en la espalda antes de irse—. No le quepa duda de que será… lo que tenga que ser.

2

Eran un poco más de las nueve de la noche. El equipo había pasado parte de la noche anterior y todo el día en el nido y sus inmediaciones, trabajando sin parar en preparar una manera de acercarse a la esfera con una selección de símbolos. Se trataba de tener, sobre todo, algunas garantías de recabar, al menos, cierta Inteligencia sobre las respuestas que podrían, potencialmente, extraer.

—La esfera no va a abrirse —dijo Sanz—. No va a empezar a hablar con nosotros, no va… a pirarse y a llevarse las ciudades flotantes consigo, en plan: «¡Perdón..., ya vemos que estáis bien! ¡Nos largamos!». Pero si obtenemos… reacciones…, podríamos quizá llegar a tener algunas pistas sobre lo que le estamos diciendo y lo que trata de responder.

—Adelante —dijo Phillips a secas—. Háganlo.

—¿Seguro que no quiere… esperar? —preguntó Sanz—. ¿A que haya algún tipo de… comunicación?

Phillips se rascó la frente con los dedos con cierta desesperación.

—En nuestro departamento, y en muchos otros, trabaja gente con mucha experiencia, señor Sanz. Analistas y expertos con unos coeficientes intelectuales que lo dejarían apabullado. Y tienen experiencia. Han impedido o se han adelantado a una serie de desastres de los que usted, gracias a ellos, ni siquiera ha oído hablar. En todos los años que llevo de servicio, ¿sabe cuántas veces los he visto tener unanimidad sobre algún tema?

—Nunca —dijo Chase.

Phillips asintió.

—Nunca —dijo—. Todos están de acuerdo con que el despliegue es, sencillamente, demasiado para que se trate de un contacto amistoso.

—Sí —dijo Bill, lúgubre.

—Nuestra teoría sobre el profesor era buena, pero… no sé ustedes. Si yo fuera a una clase en la universidad y me encontrara rodeado de seiscientos millones de profesores mirándome…, tal vez me parecería sospechoso.

A pesar de las circunstancias, Sloane rio con ciertas ganas.

3

Estaban todos en el nido cuando Hammond se acercó con los símbolos impresos. Phillips llegó a pensar que era un riesgo innecesario, caso de que ocurriera algo de carácter violento, pero en realidad, a esas alturas, tal vez no importara demasiado.

Algunas de las láminas contenían un solo símbolo, pero otras encadenaban hasta tres.

Chase y Sanz se sentaron en uno de los ordenadores para apuntar las reacciones.

—Está bien, señor Hammond —dijo Phillips—. Adelante.

Hammond asintió y empezó con la lámina del primer símbolo, el más común de todos. La mostró a la esfera y la sostuvo entre las manos durante un rato, con una expresión intensa en el rostro.

Y esperaron.

Esperaron una cantidad de tiempo que se les antojó eterna, primigenia, cósmica…

Sin que hubiera ninguna reacción.

—Ninguna respuesta —dijo Chase, pensativo.

—Es el símbolo más común de todos los que hay en el perímetro del casco —explicó Sanz—. Imagino que, en el equivalente de nuestro lenguaje, podría ser un sencillo conector. Una *y* por ejemplo. O algo como una especie de artículo para

entendernos.

—A lo mejor se ha apagado —dijo Sloane.

—Ya lo he pensado —dijo Phillips—. Ahora que… las ciudades están aquí, a lo mejor la han… desactivado.

—Siempre podemos probar con Freddy Mercury —dijo Sloane.

Phillips pareció valorar el comentario, pero no contestó. Estaba tan concentrado y expectante como los demás.

—Está bien —añadió a continuación—. La siguiente, profesor.

Hammond pasó a la segunda lámina. Era, como las demás, una apuesta de Sanz. Uno de los patrones más comunes, que incluía una cadena de símbolos bastante sencillos, comparados con otros.

Esta vez, la esfera emitió un zumbido grave, tan retumbante, que todos sintieron la vibración en el pecho.

Se quedaron callados durante un rato, casi sin atreverse a respirar, esperando alguna reacción más.

—Vale —dijo Sanz, emocionado—. Está bien…

—Ha sido el mismo tono de la otra vez —dijo Chase.

—Sí —exclamó Sanz.

—¿Lo tenemos grabado? —preguntó Phillips.

—Grabado —confirmó Chase.

—Ahora, Hammond, por favor —pidió Sanz—, lo que hemos hablado…, muéstrele otra vez el primer símbolo.

Hammond obedeció, pero tampoco esta vez hubo respuesta.

—Entonces…, el siguiente símbolo.

El siguiente símbolo era, en contraposición, de los más elaborados que habían encontrado, con una amplia variedad de elementos diferentes insertos. El núcleo central era una espiral, uno de los símbolos más repetidos de toda la biblioteca, pero alrededor había círculos, algo que recordaba a flechas, líneas y otro tipo de marcas que no hacían pensar en ninguna relación. Chase tenía la sensación de que esos símbolos más complejos representaban conceptos complicados, resumidos en un solo ideograma.

Esta vez, ocurrió algo sorprendente.

De manera inmediata, la esfera descendió hasta casi tocar el suelo, y se mantuvo ahí.

—¡Vaya! —exclamó Bill.

Hammond estaba retrocediendo unos pasos, con los ojos muy abiertos.

—Vale… —dijo Sanz, sonriendo como un colegial el día antes de su cumpleaños—, vale. Tenemos algo…

—Esto es… increíble —dijo Bill—. Es como… tener un mando a distancia de un artefacto alienígena.

—Apúntelo, Chase —pidió Sanz, señalando nervioso con el dedo.

—Ah —dijo este—, sí, claro. Discúlpenme. Me gustaría… me gustaría saber qué distancia ha descendido, exactamente. En milímetros.

Sanz asintió.

—Precisión, sí —dijo—. La distancia del casco a la nave era de exactamente dos metros diez —añadió.

—Eso. Dos metros diez… Y ahora… la distancia es…

—No van a acercarse a medirlo con un metro… —dijo Sloane —. Yo no pienso acercarme.

—Creo que servirá… a ojo. Por ahora —dijo Sanz en voz baja.

—A ojo —dijo Chase, sacudiendo la cabeza, como horrorizado.

Phillips puso los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios —soltó Bill, adelantándose y pasando por delante de Hammond.

—¡Bill! —graznó Sloane, súbitamente asustada.

—¿Qué os pasa? —preguntó—. Llevamos… algo más de un mes aquí…, lo hemos tocado…, hemos pasado por debajo mil millones de veces… y ¿ahora tenéis miedo?

Sacó su móvil del bolsillo y empezó a operar con él.

—¿Bill? —preguntó Sloane, confundida—. ¿Tienes… tienes un móvil?

Bill la miró.

—Dejé la tarjeta SIM, pero me quedé el móvil —explicó—. El

móvil hace más cosas que llamar o conectar con internet. Algunos no somos tan tontitos —añadió con una sonrisa.

—¿Eso se podía hacer? —graznó Sloane.

Phillips se encogió de hombros.

—¿Qué vas a…? —empezó a preguntar Sanz, pero cuando Bill se agachó y colocó el móvil bajo la esfera, lo supo en seguida.

Una sencilla aplicación de medición de áreas y distancias.

—La madre que te parió, Bill —dijo Sloane.

Bill sonrió.

Espió la pantalla del móvil, algo agachado, las manos sobre las rodillas.

—Vale —dijo—. Réstale… once centímetros. Caramba. Aquí abajo no me cabría el…

Se interrumpió.

Se interrumpió porque, de pronto, la esfera empezó a emitir un popurrí de tonos de diferentes escalas, inarmónicas, estridentes, que se sucedieron en cadena a un volumen que los hizo encogerse. Bill se asustó. Perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Hammond dejó caer los papeles impresos con los símbolos y anduvo hacia atrás sin poder dejar de mirar la esfera. Miraba la esfera y miraba el móvil, miraba el móvil y miraba la esfera… Y, mientras lo hacía, la esfera… empezó a girar.

4

«Dios. Mío. De. Mi. Vida», pensaba Chase. Las palabras se repetían en su mente, a toda velocidad, incansables.

Diosmiodemivida.

Diosmiodemivida.

No giraba sobre su eje, como la vez anterior, al menos, no en su totalidad. Había secciones que giraban a un lado y otras giraban en sentido contrario o no giraban en absoluto, pero casi nadie lo tuvo claro en aquellos momentos. Solo veían movimiento, un movimiento rápido que iba acompañado de unos sonidos, como pitidos, pero… por algún motivo sonaban lejanos, distantes, como

si proviniesen de algún otro lugar tras las paredes, reverberantes, como ecos en alguna caverna cercana.

—¡Bill! —gritó Sloane.

Bill reculó, desplazándose por el suelo ayudado de brazos y piernas, intentando alejarse.

Chase, y también Phillips, por cierto, miraban sobre todo el móvil, aún en el suelo. Les pareció que despedía una suerte de fulgor azulado, que su volumen se definía rápidamente por trazos del tono de los relámpagos, mientras la esfera seguía girando.

Y, entonces, se abrió. La parte superior y la inferior se deslizaron para revelar una sección mínima del interior, de la que brotó un fulgor rojizo. Sloane se llevó las manos a la boca. Reconocieron, por supuesto, esa parte; la habían visto antes, en las fotografías que Phillips había compartido y a las que habían recurrido en infinidad de ocasiones con la esperanza de encontrar alguna pista.

Phillips se había puesto en pie.

Había una cosa más, pero nadie lo advirtió hasta ese momento, algunos ni siquiera entonces. Se había levantado una especie de viento, una ráfaga de aire que olía a algo que recordaba a grasa de motor o gasolina, pero menos intenso. Phillips extendió los brazos, su chaqueta tremolaba con suavidad a su alrededor. No pensaba en nada en concreto, como la mayoría: solo estaban absolutamente fascinados de ver los cambios que se producían. Habían estado tanto tiempo en contacto con la esfera sin que mostrara alteración alguna que eran muy conscientes de la importancia del instante.

Tan solo Chase pensó, brevemente, lo mucho que le hubiera gustado a su padre disfrutar de aquel instante.

Pero, en cuanto a cambios, hubo más que eso.

El borde la abertura cambió, como si estuviera compuesta de millones de diminutas piezas de LEGO. Se movían, se colapsaban, giraban unas sobre otras. Bill tuvo la sensación de que se parecía a una cremallera, y la idea le pareció divertida, al menos por unos instantes. Pero cuando estaba pensando eso, la esfera se extendió desde su mitad inferior y se alargó hacia el techo, hasta parecer

una suerte de tronco de árbol de un color oscuro brillante como la brea.

—Basta… —susurró Sloane en voz baja, sin que nadie la escuchara. Tenía una expresión de angustia en el rostro, como si alguien le hubiera atenazado el corazón y estuviera presionando—. Ya… Basta.

Pero no terminó ahí.

La parte de la derecha, desde el punto de vista del equipo, se desplegó en ese momento. Se abrió, revelando una abertura. Chase se dio cuenta de algo que el resto ni siquiera registró, pendientes de los cambios meramente visuales. Un sonido mecánico, como si millones de pequeños engranajes estuvieran girando en el interior del motor de un coche. Solo Bill tuvo la perspectiva correcta para ver lo que tenía delante y sus ojos se abrieron de par en par mientras el cabello se le revolvía sobre la frente.

La luz de la sala parpadeó un par de veces; los ordenadores se apagaron…, y de pronto….

Se sintieron raros. No puede decirse de otra forma. Hammond pensó que era su corazón, que estaba sufriendo un mareo. Un desmayo. Pero no era eso…

Era que le estaba costando moverse.

De hecho, todo se movía diferente. Como a cámara lenta. Miró a un lado o trató de mirar a un lado, pero mientras lo hacía transcurrió lo que pareció ser una eternidad.

Chase decía algo. Movía los labios, la boca, pero el sonido se arrastraba…, las palabras salían como de un tocadiscos averiado.

Pensó muchas cosas.

Todos lo hicieron.

Era como si el tiempo se hubiera ralentizado, menos sus cabezas. O como si su cerebro estuviera procesando a altas velocidades. Registrándolo todo. Bill pensó que hasta podría esquivar una bala como lo hacía Neo en *Matrix*, y pensó… que sería alucinante descubrir, por medio de la esfera, que, en realidad, se encontraban en una simulación, como en la película.

Y entonces…

Todo cesó.

Chase terminó de decir una frase.

—… sa?

Las ráfagas de viento se detuvieron.

Los sonidos.

El giro de la esfera.

La… velocidad.

Todo era normal de nuevo.

—¿Qué… pasa? —repitió Chase, como queriendo corroborar que podía hablar correctamente, otra vez.

Se quedaron quietos, inmóviles, las bocas muy abiertas. Hammond respiraba con dificultad, intentaba sostenerse con ayuda de una silla, le temblaban las rodillas. Terminó sentándose, pero muy despacio, como si tuviera miedo de caerse.

Pasó un tiempo hasta que alguien rompió el silencio.

—Ya… ¿ya está? —preguntó Sloane, como si tuviera miedo de que su voz pudiera activar algo de nuevo.

—Joder —soltó Sanz—. Joder…

—Bill —exclamó Sloane, con la voz trémula—. ¿Qué… qué demonios has… hecho?

Bill la miró con tanta estupefacción que parecía que Sloane acababa de anunciarle que esperaba un hijo del mismísimo Galactus. Pero no supo, o no pudo, contestar.

Phillips se acercó a una silla, se compuso el traje y la camisa, y se sentó.

—No sé ustedes —soltó—. Yo necesito unos instantes.

Capítulo 16

El elipsoide

—Que nadie se mueva de donde está —dijo Phillips mientras se recuperaban.

Chase miró las luces de la habitación.

No se habían puesto rojas ni había sonado la alarma.

Nadie había venido a sacarlos de allí.

Tal vez, pensó, las cosas ya estaban lo suficientemente locas como para mantener la alarma encendida.

Tal vez Phillips, sabiendo que la esfera podía activarse, las había detenido.

—De acuerdo —susurró Sloane.

Phillips se acercó lentamente a Hammond.

—Easton —le dijo con suavidad—. ¿Está usted… bien?

—S-sí —balbuceó—. Es solo… la impresión.

—¿Necesita ayuda médica?

—No, no, no —se apresuró a decir—. Estoy bien. ¡De veras! Pasará pronto.

—De acuerdo —respondió Phillips con voz calma.

Miró a Bill, que seguía en el suelo.

—¿Bill?

—Qué… —dijo este, girando la cabeza con rapidez, sobresaltado.

Phillips observó que Bill tenía la cara roja. Quizá por la impresión, como Hammond. Una pequeña y comprensible subida de tensión.

—¿Está usted bien? —quiso saber Phillips.

—Que si… estoy bien —respondió despacio, la voz algo ronca —. Oiga… Déjese de… Tiene… Tenéis que ver esto…

Bill miraba el lateral de la esfera, aunque ya no era una esfera. Era, más bien, un elipsoide; una esfera imperfecta, alargada por uno de sus lados. Tan alta y tan negra, parecía algún tipo de decoración de Halloween en un local cutre.

El lateral.

Allí se evidenciaba un cambio significativo. Del interior salía un brillo azulado, pero desde su posición no podía verlo con claridad. Bill… estaba claro que sí lo veía. Miraba esa zona con una especie de admiración casi reverencial, como si estuviera contemplando alguna maravilla o revelación cósmica.

Pero Phillips tenía sus dudas.

Alargó el brazo hacia atrás e insistió.

—Que nadie… se mueva de donde está… —repitió.

Era por la cara de Bill. Y también los brazos. Estaban verdaderamente rojos.

La esfera, o el elipsoide, se había abierto, desde luego, pero el interior de ese artefacto podía estar emitiendo todo tipo de radiaciones que, con probabilidad, no podían ver con los ojos desnudos. Algo nocivo para el ser humano. O gases. Gases que quizá formaban parte de la atmósfera respirable de los alienígenas y que para ellos fuera… abrasiva. Letal. Un gas inodoro, insaboro, indetectable.

Arrugó el entrecejo.

—Bill —repitió—. Observo que tienes la cara demasiado roja.

—¿Qué? —preguntó Bill—. Oiga…, en serio…, tiene que ver esto antes de que… se cierre.

—Todo a su tiempo —dijo Phillips—. Ahora necesito saber cómo se encuentra.

Bill sacudió la cabeza.

—¿De qué habla? —preguntó y, como para demostrarle que estaba bien, se puso en pie de un salto—. Estoy perfectamente. Oiga. Tengo un poco de sobrepeso. Me pongo rojo cuando me pasan estas cosas… Enseguida volveré a mi color pálido habitual… Pero esto… tiene que…

—No, Bill —interrumpió Sloane—. André tiene razón.

—Sí —corroboró Chase.

Hammond miró a los demás, súbitamente asustado.

—¿Yo estoy rojo? ¿Estoy… rojo? —preguntó.

—No, Easton —dijo Sanz—. Tranquilícese. Es Bill.

—Has estado demasiado cerca, Bill —dijo Phillips—. Quiero asegurarme… de que no has recibido algún tipo de… radiación. ¿Has notado calor mientras la esfera… cambiaba?

—¿Seguro que no estoy rojo? —preguntaba Hammond.

—Solo quiero saber que no ha sido alcanzado por algún tipo de radiación, Bill —dijo Phillips.

—¿Qué? ¡No! O sea, no creo. Me encuentro perfectamente… Quizá mi corazón late un poco deprisa, pero, de verdad… apuesto a que los vuestros no son ahora mismo vaquitas pastando en un prado, ¿me equivoco?

—El corazón me late deprisa —dijo Hammond.

Phillips se volvió hacia el historiador.

—Hammond, ¿quiere que lo llevemos con el equipo médico?

—¿Qué? —preguntó—. No. Quiero ver… lo que hay a ese lado —dijo, señalando hacia la abertura.

Bill rio.

—Ese es el espíritu, hombre —dijo—. ¡Vamos! ¡Venid a ver esto!

—André —dijo Chase—, director Phillips. Con todos los respetos…, su preocupación es comprensible. Pero diría que si la esfera…, o como vayamos a llamarlo ahora con su… nueva forma, ha emitido radiación…, quizá sea demasiado tarde. Si se trata de algún tipo de radiación alienígena, tampoco podríamos detectarla. Desde luego no aquí ni con estos medios. ¿Recuerda a… madame Curie? Descubrió el radio y el polonio, y, por tanto, la radiación. Pero durante muchos años llevó un pequeño collar en el cuello sin saber que la estaba matando lentamente, porque por entonces nadie podía medir esa radiactividad. Imagínese con… componentes desconocidos, desconocidos y desconocidos —dijo, parafraseando a Sloane hacía como un millón de años.

Phillips lo miraba sin expresar nada con el rostro.

—Me parece que Chase tiene razón —dijo Sanz.

—Vamos, director —dijo Hammond—. Quizá el artefacto se

cierre otra vez en los próximos minutos. No nos deje así, sin saber lo que… esconde en su interior.

Phillips miró al grupo. Aquello era imprudente y se saltaba todas las reglas de protocolo que se hubieran pensado jamás, pero… las circunstancias, se dijo, eran las circunstancias. Y, si se trataba de una radiación, de todas maneras, el doctor Ward tenía razón.

Probablemente ya era demasiado tarde.

—Son incorregibles —dijo—. Está bien. Echemos un vistazo.

2

Se acercaron y echaron por fin un vistazo.

Parecían niños envejecidos admirando un rincón mágico de Disneylandia, especialmente preparado para provocar sensaciones de admiración, de sorpresa, de nostalgia…, de infancia.

El Misterio del Universo, para Chase.

Una oportunidad única y privilegiada para ver algo que nadie, en todo el planeta, había visto jamás.

El interior de la Snitch.

Era una abertura, desde luego, de aproximadamente un metro sesenta. Los bordes, suaves y redondeados, se extendían por toda la longitud dándole el aspecto de un diseño de H. R. Giger, como las puertas de la nave Nostromo, y el tono negro del material no ayudaba a pensar en otra cosa.

Lo que se veía a través, sin embargo, era algo muy diferente.

Sloane tuvo que pestañear varias veces, como si necesitara ajustar la vista.

Había un velo de un tono azul suave, casi eléctrico, que cimbreaba en toda su superficie, como la superficie intranquila de un pequeño lago agitado por movimientos submarinos. Emitía un fulgor suave, y a través de esa luz se vislumbraban volúmenes difusos, como diseminados, que se estremecían.

Resultaba agradable. Mirarlo despertaba una sensación placentera, relajante. Por el movimiento, quizá, que recordaba al

devenir del agua y porque era hermoso, sin duda, si lograbas evitar pensar en el posible peligro que podía suponer. Porque el hombre siempre había temido lo desconocido y si había algo desconocido en el planeta… era eso.

—Madre… mía —dijo Sloane.

—Lo… ¿lo notáis? —comentó Sanz.

—Es… —empezó a decir Chase, pero no terminó.

—Es como un masaje mental —susurró Sloane.

Phillips carraspeó.

—Vale —dijo—. Dejen de mirar. ¡Dejen de mirar! ¡Ahora! ¡Ya!

Obedecieron a regañadientes.

—¿Qué… qué pasa? —preguntó.

—¿No lo has notado? —preguntó Sanz—. Era como…

—Como un masaje mental —dijo Phillips.

—Sí. Algo así —susurró Sanz.

—Está bien —dijo Phillips—. Vamos a… a pensar un poco. Vamos a apartarnos, por el momento.

—Pero… ¡se ha abierto! —exclamó Sanz—. ¡Es lo que esperábamos! ¡El mejor escenario!

Phillips le dirigió una mirada paciente.

—No sabemos si se ha abierto o si es otra cosa, Sanz —exclamó—. No saquemos conclusiones precipitadas. Eso de ahí no parece precisamente una puerta, si alguna vez he visto alguna. Podría tratarse, simplemente, del compartimento de carga de su batería, dispuesta para el servicio. O un lugar donde meter especímenes humanos para su disección. Retrocedamos un momento. Necesitamos pensar. Yo lo necesito.

Retrocedieron hasta el área de las mesas, y Hammond recuperó su silla con rapidez.

—Está bien —dijo Phillips—. Primero. ¿Qué ha pasado?

Se miraron unos a otros.

—No han sido los símbolos, por cierto —dijo Sanz.

—Eso no lo sabes —dijo Phillips.

—Ha sido el móvil de Bill —exclamó Chase.

Phillips asintió.

—Esa es también mi impresión —admitió—. ¿Alguien ha visto… el móvil mientras ocurría todo?

—¿El móvil? —preguntó Chase—. No… No, creo que no.

No sabía decir. Habían pasado demasiadas cosas a la vez.

—Ha emitido un patrón extraño de luces —dijo Phillips—. Creo que ha sido… escaneado de alguna manera. Y nuestro artefacto ha reaccionado.

—Espera —dijo Bill—. Eso no tiene sentido…

Chase abrió muchos los ojos.

—No…, un momento —advirtió—. ¡Sí que lo tiene!

Estaba nervioso y hasta contento.

—Explícate, Chase —pidió Bill.

—La esfera…, o el… elipsoide…, ha escaneado el móvil y ha reaccionado —dijo el astrofísico—. Dices que puede ser algo hostil, pero eso es también una conjetura. Volvamos un momento a la teoría del profesor ancestral. Quizá este viejo profesor está preparado no solo para comunicarse con símbolos, sino para analizar los logros de la humanidad. Al colocar el móvil debajo, justo en la zona donde detectamos la estática, el artefacto ha determinado que la especie con la que trata ha conseguido grandes logros tecnológicos…, al fin y al cabo, un móvil contiene circuitos integrados, una batería avanzada, miniaturización… Es irónico, pero… un móvil podría ser una tarjeta de visita para los grandes logros de la humanidad.

—No me jodas —soltó Sloane.

—Interesante —dijo Phillips—. ¿Y qué más?

—Quizá hemos… alcanzado un nuevo nivel de ayuda —teorizó Chase, pensando en voz alta—. Quizá hemos aprobado el examen. Quizá haya cambiado el nivel de ayuda o colaboración.

—Quizá —dijo Phillips, pensativo—. O quizá no.

—Supongo que la mejor opción es… descubrir qué es ese masaje mental azul —dijo Sloane—. ¿No?

Phillips asintió.

—Está bien —dijo—. ¿Qué se les ocurre que podríamos hacer para analizar ese fenómeno? ¿Qué máquinas o instrumentos necesitamos para medirlo, estudiarlo, llegar a conclusiones?

Sloane se remangó con movimientos enérgicos, llamando la atención de todo.

—Propongo meter la mano —dijo.

Bill rio con ganas, de nuevo y otra vez, pero Phillips puso los ojos en blanco.

3

El reverendo Ezekiel Brimstone había llegado al cenit de su popularidad, un nuevo récord en su historia como predicador televisivo. Había estado transmitiendo ininterrumpidamente desde las primeras horas y el número de seguidores había ido creciendo paulatina y geométricamente…, dos…, cuatro…, ocho…, dieciséis. Cuanta más atención recibía, más atención suscitaba.

Su discurso era contundente, incluso hostil. Se lo veía enfadado, acusador. Nos han mentido, decía. Nos han engañado. A medida que se agotaba física y mentalmente, recordaba a los discursos de Hitler en los primeros días del Reich, acicalado por las sustancias estimulantes que tomaba. Cocaína. *Speed*. Diferentes pastillas donde el componente más inocuo, y legal, era una base de cafeína; el resto de componentes químicos estarían recomendados únicamente en el caso de que alguien precisase freírle el cerebro a alguien.

Y cuanto más arremetía contra el Gobierno, los líderes mundiales, la gente que aparecía normalmente en publicaciones como Forbes, más votos positivos recibía, más seguidores, más…

Más comentarios exaltados.

NO LES DEJEMOS JUGAR CON NUESTRAS VIDAS

REZEMOS PORQUE ÉL NOS BRINDE AYUDA

SOLO ÉL PUEDE SALVARNOS AHORA

EL METAL DEL CIELO EMPONZOÑA EL ALMA

Brimstone estaría drogado en un noventa por ciento de su capacidad mental, pero aún era capaz de ver los patrones.

En una de las pequeñas pausas que se tomaba, habló con Frank y le expuso una idea que llevaba tiempo conjurando en su

mente abigarrada de neblinas de éxtasis.

Frank escuchó, ceñudo.

—¿Estás… estás seguro, Ezekiel? Quizá nos metamos en…

—¿Has echado un vistazo a cómo está el mundo, Frank? —exclamó—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí dentro a los mandos? —le preguntó mientras le golpeaba la frente con los nudillos—. ¡Haz lo que te digo! ¡A nadie le va a importar una mierda! ¡Y date prisa, antes de que se corte el suministro eléctrico!

Frank asintió brevemente y se alejó.

Ezekiel se fue a su despacho, abrió el cajón de su mesa y sacó la caja donde guardaba sus mejores balas. Su mejor munición. Sus colegas de batalla.

Agachó la cabeza y esnifó otra raya de coca.

Era la tercera en lo que llevaba de día, pero…, qué demonios.

La noche era larga.

Ya estaba bramando y alabando al señor, envuelto ya en su discurso cuando entró otra vez en el estudio, todavía a cierta distancia de las cámaras.

Si Frank hacía bien lo que le había pedido, pensó mientras sonreía, iba a liarla gorda.

Iba a liarla por la gracia de Dios.

4

Parte de la Cúpula del Trueno se había retirado a descansar, aunque fuera solo tres o cuatro horas, porque el día había sido largo, complicado y lleno de acontecimientos, y de todas maneras, en algún momento, debían parar.

Solo Hammond y Chase se quedaron de guardia, en la sala del nido, acompañados por un café humeante. En el caso de Chase, con mucha leche y mucha azúcar.

—Siempre… me ha parecido curiosa la necesidad del sueño —estaba diciendo Hammond mientras miraba su taza.

—¿La necesidad del sueño? —preguntó Chase.

—Sí…, esa necesidad de… desconectar, de tener que apagar

todos los sistemas y sufrir un trance en el que eres vulnerable, en el que no produces, gastas importantes calorías… ¿No te parece que los extraordinarios mecanismos evolutivos habrían querido prescindir de un fallo de concepto semejante?

Chase asintió.

—Bueno… —dijo—, no soy precisamente un experto en esas áreas, pero… aunque entiendo lo que dices… creo que fue precisamente al revés. Creo que, a lo largo de la evolución, los organismos que desarrollaron la capacidad de dormir tuvieron ventajas adaptativas. El sueño proporciona beneficios para la función cerebral, sin duda…, también la salud física. La supervivencia, en general. El cuerpo lo sabe. Y por eso creo que esa necesidad persiste.

—Eso lo sabemos —dijo Hammond—. Me refiero a que la evolución podría haber encontrado una manera de hacer todos esos procesos, sin tener que dejarte desconectado, vulnerable, etcétera.

—Quizá… no sea tan fácil. El sueño produce… ahorro de energía, proporciona recuperación del sistema nervioso, regula el metabolismo… Vaya, Easton, diría que si hay algo realmente milagroso en nosotros, es precisamente la capacidad de dormir, y soñar.

Hammond sonrió con suspicacia.

—Exacto —dijo—. Soñar.

Chase le dirigió una mirada valorativa.

—Espera —dijo, divertido—. Estamos aquí sentados con un aparato extraterrestre que acaba de… abrirse… a las puertas de hacer descubrimientos históricos si no nos mata en el proceso, con una invasión extraterrestre sobre nuestras cabezas… y tú sacas el tema de los sueños como si fuéramos dos pescadores en Florida cuando han acabado de hablar de deporte y de mujeres…

Hammond soltó una carcajada.

—¿Qué pasa, Easton? —preguntó Chase—. Puedes ir al grano conmigo.

—Está bien —dijo, levantando la palma de una mano—. ¡Culpable! En realidad…

Sacudió la cabeza, como si no supiera por dónde seguir.

—En realidad quería hablarlo contigo, en confianza. Pareces el tipo de hombre que sabe manejarse con cabalidad y que sabe guardar un secreto. Porque, entre nosotros, es un tema que me hace sentir… raro. Y me conozco, Chase, sé cómo soy y qué debilidades tengo. Y admito… que soy quizá un poco… hipocondriaco.

Chase sonrió.

—Todos tenemos nuestras cosas —dijo—. Yo soy demasiado optimista. Y confiado. No sé a cuántos presidentes nigerianos he enviado dinero…

Hammond volvió a reír.

—Pero… ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Hammond sacudió la cabeza.

—No lo sé. Quizás sea algo, quizás no sea nada. Pero he… he estado teniendo sueños raros.

—Vaya —dijo Chase, sintiendo que entraban en un área en el que no se movía con comodidad.

—Hice lo que Phillips pidió, ¿sabes? Tocar la esfera… o el elipsoide, como tú dijiste. Lo hice cada día, durante todo este tiempo.

Chase pestañeó.

Él también lo había hecho. No todos los días, pero la mayoría. Muchos, al menos. Durante su jornada de reflexión con la esfera, a primera hora del día. Arrugó la frente. No estaba seguro de hacia dónde se dirigía esa conversación.

—Bueno —dijo en voz baja—, Phillips comentó que apuntáramos cualquier cosa extraña. Sobre cómo nos sentíamos. Sobre si teníamos sueños extraños.

—Sí.

—Bueno. Tengo ya una edad, Chase. Llevo viviendo conmigo mismo hace ya bastantes décadas y he tenido… innumerables sueños. Me los conozco todos, ¿sabes? Llega un momento en la vida que acabas conociéndote todos los viejos trucos de tu propia cabeza —dijo, señalándose la frente con el dedo—. Es como si siempre vieras las mismas películas del mismo director, el mismo productor, los mismos actores. Ya nada te sorprende.

—Sí —confirmó Chase. Era un buen símil.

—Pues, bien…, desde que estoy aquí… —dijo dubitativo, en tono confidencial—. No sé. Tengo sueños extraños. Repetitivos. Muy y digo muy… vívidos.

—¿Qué tipo de sueños?

—Eso es lo raro. Sueño con… volcanes. Sueño con lava. Sueño con lluvias torrenciales. Sueño con terremotos…, el suelo se abre y los árboles, unos árboles tropicales frondosos, se precipitan por las grietas del suelo. Las montañas se derrumban. Pero, sobre todo, sueño con lava…

Chase pestañeó.

De repente se había quedado lívido.

—¿Chase? —preguntó Hammond.

—Vaya —susurró el astrofísico—. Sí que es… extraordinario.

—¿Qué cosa?

—Bueno. Es una coincidencia extraordinaria… Pero… estos días atrás… también he soñado con lava. Y con volcanes…

Hammond mudó su expresión.

—¿No me estás tomando el pelo? —preguntó en voz baja.

—Sabes que no soy de ese tipo de personas, Easton.

Hammond asintió.

—Lava roja, intensa, girando sobre sí misma…

—Sí.

—Y volcanes que escupen lava hacia el cielo, como un surtidor.

—Exacto —declaró Hammond.

Se quedaron callados unos instantes.

—Bueno —dijo Chase al fin—. No… no lo sé, Hammond. Estas cosas de los sueños son… procesos de limpieza de la mente, ¿sabes? Trabajan con pensamientos y con información inconsciente. Quizá, al preguntarnos si la esfera ha sido una especie de profesor ancestral, que estuvo tratando con el hombre primitivo, nuestra mente haya dibujado… escenarios con volcanes. En el paleolítico, el *Homo sapiens* tuvo que ver bastantes volcanes activos en la tierra.

—Sí, de hecho, sí —dijo Hammond—. Pero, Chase…, soy

experto en Historia de la Humanidad, sobre todo de la antigüedad. Yo conozco ese dato desde pequeño…

—Todos conocemos ese dato —dijo Chase—. Pero, Easton… No lo sé. Si estamos sugiriendo que la esfera nos está enviando mensajes sobre sus… recuerdos, de cuando estaba tal vez activa en la tierra, entonces entramos en un terreno pantanoso, raro y difícilmente estudiable. Sería algo que podría entrar en el ámbito de lo sobrenatural y no me manejo demasiado bien en esos ámbitos.

Hammond mostró estar en acuerdo con un movimiento de cabeza.

—¿Se lo comentamos a Phillips?

—Claro —dijo Chase—. Por qué no.

—De acuerdo…

Hammond miró a las paredes y el techo de la sala.

—Oye…, ¿crees que nos estarán… escuchando?

Chase negó con la cabeza.

—No lo creo —dijo, algo alicaído—. No. La prueba es que Phillips ha sugerido que se quede alguien de guardia con la Snitch. Creo que ahí arriba, detrás de las cámaras de seguridad, deben estar ocupados con otra serie de… palancas. Ya sabes. Ahí fuera debe ser un auténtico caos.

Hammond asintió.

Y, de pronto, como para subrayar lo que estaban hablando, Phillips entró en el nido, vestido con sus pantalones azules y su camisa, pero sin chaqueta. Era una visión extraña, para ser Phillips, y su expresión lo era todavía más.

El resto entró en la cámara detrás de él. Se los veía agotados; sus caras estaban afectadas todavía por el sueño o, mejor dicho, por la falta de él.

—Vamos a atacar a las naves—declaró.

Capítulo 17

El dios equivocado

Los servicios de inteligencia de Estados Unidos habían estado monitorizando las ciudades flotantes en todo momento, pero también los movimientos de otros países, al menos, en los espacios de veinte kilómetros que las naves habían dejado sin cubrir.

Y estaban seguros de una cosa: absolutamente todas las naciones que tenían un poder militar significativo estaban desplegando sus fuerzas. Alrededor del Palacio del Sol de Kumsusan, en la capital norcoreana de Pyongyang, estaban levantando un parapeto defensivo importante. En Alemania, todas las fuerzas terrestres que eran parte de la Bundeswehr, las fuerzas armadas de Alemania, estaban movilizándose hacia lo que parecía ser un punto de encuentro determinado, la ciudad de Berlín. Francia, por su parte, se concentraba en sus aeropuertos militares. El Ejército del Aire y del Espacio, la Armée Française, estaba reuniendo efectivos en la mayor operación militar jamás registrada desde la Segunda Guerra Mundial.

La coordinación internacional era prácticamente inexistente. La oficina de Naciones Unidas falló en su intento por coordinar un esfuerzo común, porque un escenario como aquel operaba fuera de todos los acuerdos y cláusulas establecidas. Incluso la OTAN, diseñada para dar un enfoque de defensa colectiva, resultó ser del todo inoperante. Los presidentes no hablaban entre sí. Los diplomáticos, que podían estar desarrollando acuerdos para aunar esfuerzos, se encontraron con que nadie tenía ningún pensamiento para colaborar.

Pero en secreto, a través de sus redes globales, cada país observaba a su vecino y, por cada camión militar desplegado, ellos

movilizaban dos; y, si no los tenían, mandaban lo que tuvieran. Diez hombres. O uno.

—Podía ser peor, señor presidente —dijo un general—. Podríamos tener bombas atómicas en los cielos.

Ese era un tema que preocupaba a muchos responsables de los diferentes sistemas de defensa, como los radares de alerta temprana, alerta y control, y diferentes satélites de observación especializados. Debido a la enorme superficie de las ciudades flotantes y al hecho de que estaban por todas partes, no tenían la seguridad de poder detectar un lanzamiento de misiles balísticos.

—Estamos desprotegidos —dijo un experto en su informe—. Si alguien pone misiles en el aire, podríamos no enterarnos hasta que los tengamos encima, literalmente.

—Tenemos que quitarnos esas cosas de encima —opinó un general—. Puede que no hayan atacado, pero tampoco se han comunicado, ni han respondido a ninguna de las señales que les hemos enviado. No podemos consentir que nos dejen expuestos.

—¿Y qué propone, general? —preguntó un asesor.

—Atacar, por supuesto —dijo—. Si no lo hacemos nosotros lo harán ellos. Y si no atacan, lo que sería ridículo dado el volumen de su intromisión en nuestro espacio, en nuestro planeta, alguno de nuestros enemigos lo hará. Descubrirán esta vulnerabilidad, que no podemos detectar un ataque nuclear masivo a distancia, y querrán tomar ventaja.

—¿Está seguro de eso?

—Yo lo haría.

La decisión no fue fácil, desde luego, pero cuando uno se asomaba a una ventana de cualquier despacho y veía a un enemigo tan preclaro directamente sobre sus cabezas, la balanza se inclinaba más y más rápidamente hacia uno de los lados.

—Si tuviéramos… más tiempo para pensar —dijo el presidente de Estados Unidos mirando los monitores que enfocaban a las naves, quietas y silenciosas sobre las ciudades.

—No lo tenemos, señor presidente. Ahora, aquí… estamos bien. Pero dentro de un minuto podríamos ser… polvo radiactivo.

—¿Nadie ha respondido a la petición de reunión?

—Nadie, señor —dijo el oficial.

—La AIEA ¿ha dicho algo sobre… el problema?

—Me temo que están como nosotros —informó el oficial.

—Pero… Qué… ¿Qué quieren de nosotros? —se lamentó el presidente.

—Señor presidente —dijo el general—. Con todos los respetos. No son emisarios pacíficos. No se envía una fuerza como esa para… presentarse cordialmente.

—Lo sé —dijo el presidente—. Lo sé.

Se quedaron callados, en un momento de tensión como no se recordaba.

El presidente miraba las pantallas.

La parte inferior de las naves se percibían como una maraña de tubos y volúmenes que, vistos quizá desde cerca, debían ser grandes como edificios. Había hendiduras que debían tener kilómetros de longitud y al menos quinientos metros de ancho. Los expertos que habían analizado su estructura no habían sacado ninguna conclusión sobre el propósito de las ciudades; tanto podían ser plantas de producción de recursos minerales como hábitats o… máquinas de guerra. Verdaderamente parecían ciudades invertidas. Industriales, quizá, pero ciudades.

—¿Debemos ser… los primeros? —preguntó al cabo.

Nadie respondió.

—¿Y si atacamos y somos ineficaces en nuestra declaración de fuerza? Es una nave espacial, por todos los demonios, no un tanque ruso. Podríamos encolerizarlos. Podríamos atraer toda su fuerza de ataque sobre nosotros.

—Es… es un riesgo, desde luego —informó el asesor—. La decisión es suya.

—Señor presidente —exclamó el general—. No es tanto por la amenaza de esas naves como la de nuestros enemigos. Tenemos modelos, simulaciones, que determinan las probabilidades de que alguien dé un paso hostil hacia nosotros y sería uno fulminante. Hay una posibilidad muy alta de que ese escenario…

—Lo sé. ¡Lo sé, general! —dijo el presidente.

Suspiró, la frente cruzada por arrugas de preocupación.

—No —dijo al fin—. No lo haremos. Ya está bien. ¡Ya está bien! —exclamó, golpeando la mesa con el puño. Miró a sus generales y asesores con ojos enrojecidos—. A ustedes… ¿qué les pasa? ¿Qué oportunidades creen que tenemos de vencer a esos… ingenios monstruosos, bestiales, enormes… que se han colado en nuestra atmósfera y que flotan como plumas?

Nadie respondió.

El general lo miraba con una expresión dura, como de reproche.

—No seremos los primeros. Sigan intentando comunicarse, por el amor de Dios. Utilice señales de humo, si es necesario.

—No hemos dejado de hacerlo, señor presidente.

—Yo me tomaría la falta de respuesta como algo significativo —exclamó el general—. Han venido desde lejos. Presumiblemente. Quizá están recuperándose. Cargando las baterías, por así decirlo. A lo mejor están ultimando los preparativos para el ataque. Y si los dejamos prepararse… no tendremos ya ninguna oportunidad.

—Estamos de acuerdo, señor —dijo el secretario de Defensa.

—¿Mike? —preguntó el presidente.

Mike, el asesor científico, asintió con gravedad.

—Maldito seas, Mike —masculló.

El presidente miró a todos los altos funcionarios y expertos en áreas de incumbencia, uno por uno. Todos, desde el director de Inteligencia Nacional hasta el vicepresidente, estaban de acuerdo.

—Es claramente una amenaza —dijo el director de la NASA, al que habían convocado desde Sacramento donde se estaba tomando unos días de descanso—. Durante años, en la NASA hemos imaginado cómo sería este momento. Siempre imaginamos un mensaje, una… llamada a la puerta. Un primer paso. O quizá unas prudentes señales, desde algún planeta cercano, o desde la órbita. Incluso un… aterrizaje en abierto en alguna parte del mundo nos parecía demasiado atrevido. Pero…, señor presidente. Han construido una prisión alrededor del planeta. Ni en mis sueños más optimistas diría que esta es una aproximación amistosa.

—Estamos de acuerdo también en eso —aseguró el secretario de Defensa.

El presidente levantó una mano en señal de hastío.

—Me consta —dijo, enervado—. Me consta.

—No sabemos qué pretenden, señor presidente —dijo Mike—. Como asesor científico debo manifestar que pueden existir otras razones además de… nuestra aniquilación. No somos, potencialmente, una amenaza para una civilización extraterrestre, así que la aniquilación por la aniquilación, aunque es posible, podría no ser la razón. Quizá buscan recursos. Por ejemplo, el agua. La tierra es el único cuerpo celestial conocido en todo el sistema solar donde hay agua líquida en abundancia en superficie. Podrían querer nuestro oxígeno. La atmósfera terrestre es única en su densidad y composición, con un alto porcentaje de oxígeno. Pensé en esa posibilidad cuando observé las gigantescas ranuras que se encuentran en gran número en la parte inferior de las naves; son como… extractores.

—Por Dios —dijo el presidente.

—O quizá sea la biodiversidad. No solo nosotros, sino las plantas… son únicas de este planeta. Podrían tener un interés para ellos, hay muchos campos tecnológicos actualmente en desarrollo que incluyen el procesado de plantas. Incluso… podría ser el campo magnético de la tierra. Tenemos un poderoso núcleo metálico en movimiento, y eso no es baladí, por muchas razones que se me ocurren, como desarrollos especiales de tecnología que no serían posibles en otros lugares del universo. Podrían querer instalar aquí algunas fábricas. Muchas fábricas, de hecho. Fábricas masivas, muy intrusivas, donde nuestra presencia sea… una molestia.

Hizo una pausa para enfrentarse a las miradas horrorizadas de los demás funcionarios.

—Concluiré aquí, porque está todo en mi informe. Pero…, señor presidente… Ninguna de estas razones nos deja muy bien. Si los dejamos hacer, habrá guerra. Y si no hay guerra, habrá padecimiento, en muchos de los casos… atroz.

Permanecieron callados un rato.

El presidente tenía los ojos enrojecidos.

—Presidente —exclamó el secretario de Defensa—. Recuerde

que… hay silencio absoluto por parte de todas las naciones. Es… es una señal pésima, lo mire por donde lo mire.

El presidente pensó que, de repente, le apetecía un cigarro. No sabía por qué; hacía décadas que ni siquiera había pensado en el maldito tabaco. Había fumado en los tiempos de la universidad, sí, y puede que, de pronto, recordara aquellos días de risas, de paseos, de hermandad, de inocentes citas entre románticas y divertidas. De beber un poco más de la cuenta, de vez en cuando. De *baseball* y *rugby*. De perritos calientes de Joe en la puerta del campus, los viernes por la tarde.

Aquellos días felices, adornados además por los años, como todos los recuerdos importantes.

—Está bien —susurró al fin agachando la cabeza—. Háganlo. Por todos los cielos…, háganlo de una maldita vez.

2

El objetivo que se eligió fue una de las ciudades situada a treinta kilómetros de la costa este, en pleno océano Pacífico. No era diferente a las otras que tenía alrededor, pero los estrategas militares, evaluando la disposición de sus buques y las bases más cercanas con aviones de combate suficientes, determinaron que aquella era la opción más sensata, en particular, porque el escenario del combate estaría lejos de los ojos de los medios.

Sin embargo, la operación no se pudo mantener en secreto; sencillamente, involucraba a demasiados efectivos en circunstancias demasiado especiales.

La noticia se extendió rápidamente por todas partes y, aunque la zona de conflicto se delimitó con bastante eficiencia, fue imposible que se tomaran vídeos y fotografías desde la distancia. Algunos de ellos venían del personal militar que participarían en la misión.

En vista de eso, y de la presión ejercida por los medios, un portavoz de la Casa Blanca hizo un comunicado. Era el primer comunicado que hacía la administración desde que aparecieran las

naves y, naturalmente, recibió muchísima atención.

En él, se informó que se trataba de una operación concentrada en el esfuerzo de intentar comunicar con los visitantes. Para garantizar la seguridad de los estadounidenses, además, se realizaría sobre el océano. Se emplearían aviones que volarían cerca de las naves, a una velocidad constante y moderada, emitiendo en todo momento mensajes de radio en todo tipo de frecuencias, patrones electromagnéticos y señales luminosas repetitivas, sencillas y constantes, entre otros recursos, incluidas señales digitales, apoyadas también por los barcos desde el mar.

Los medios tenían muchísimas preguntas de todo tipo sobre la situación, sobre la economía, los disturbios, las medidas del Gobierno para frenar el shock de la sociedad, y un largo etcétera, pero no se aceptó ninguna. El comunicado terminó con el portavoz abandonando la sala.

El mundo observaba expectante.

3

—¿Una misión de comunicación? —preguntó Chase cuando terminó el comunicado.

Se habían reunido en el salón social con gran parte de los miembros de la base Centro Horizonte, frente a una gran pantalla de televisión. No sabían cuántos habían podido asistir, de entre todo el personal, porque casi todo el mundo estaba en estado de alerta constante, pero no eran demasiados. Alguno había acudido en ropa interior y camiseta de campaña. Bill se preguntó en secreto si un militar podía, sencillamente, dimitir de su trabajo como lo haría un empleado de Walmart, especialmente en periodos de incertidumbre como aquel.

Empezaron a hablar animadamente entre ellos. Parecían contentos. Chase imaginó que la perspectiva de una comunicación pacífica era preferible.

—No hablaremos de esto aquí —dijo Phillips.

Chase miró alrededor.

«Ninguno de estos hombres y mujeres sospecha que ha estado sentado sobre un artefacto extraterrestre todo este tiempo». Le pareció una locura. Cierta pero locura.

Regresaron a las salas de excepción.

—No haga mucho caso a esas declaraciones —dijo Phillips—. Son… maquillaje para los medios. Me han informado de que las intenciones de nuestro Gobierno son decididamente hostiles. Se trata de una ofensiva. Habrá un periodo de espera, solo para justificarse ahora que los medios se han enterado de la operación, pero el ataque se producirá. Tal vez no sea hoy. Quizá mañana. Quieren al Ford y al Nimitz en el conflicto, con su carga de aviones y su… extraordinaria capacidad ofensiva.

Sanz sacudió la cabeza.

—Entonces…, deberíamos seguir con el trabajo.

—Sí —dijo Phillips.

—¿Ha pensado en algo? —preguntó Chase.

Recordó que Sloane había propuesto, en tono de broma, meter el brazo. Pensó en ella con el brazo remangado y consiguió extraer, todavía, algo parecido a una sonrisa.

Pero se les acababa el tiempo.

No sabía cuánto necesitarían para montar y poner en marcha la operación; seguramente, en esos momentos, la maquinaria de guerra se había puesto en marcha y funcionaba a toda velocidad. Honestamente, no creía que tardara más de unos pocos días.

Tragó saliva.

—Hemos pensado —dijo Phillips— que, tal vez, la membrana de aspecto acuoso sea un filtro de ambientes. Algo que separa la atmósfera de la tierra del interior de la esfera. Quizá estaba pensada para que nuestros hombrecillos grises accedieran dentro para… realizar tareas de configuración o mantenimiento, quizá.

—Plausible —dijo Bill.

—Así que… —señaló a una de las mesas—, si se han fijado, me han proporcionado esos bastones, con cámaras de vídeo en sus extremos.

Chase miró las mesas. Efectivamente, había unos bastones y en sus extremos había unos anclajes donde se sostenían unas

cámaras pequeñas, similares a los que usan los ciclistas para sus cascos.

—¿Va a meter un bastón con una cámara por la abertura? —preguntó Hammond.

—¿Se le ocurre una idea mejor? —preguntó Phillips.

Chase no terminaba de acostumbrarse a verlo sin su chaqueta. Eso sí era todo un cambio.

—No —se apresuró a decir Hammond—. Era por… entenderlo.

—Las cámaras suministrarán imágenes de vídeo a los ordenadores. Simplemente, hay que sincronizarlas. Mediante *bluetooth*. Simple.

—Vale… —dijo Bill—. Una cosa que… no he tenido tiempo de contar. El móvil. Cuando lo puse, tenía batería más que suficiente. No recuerdo cuánta exactamente, pero… ¿un setenta por ciento quizá? Cuando lo recuperé, estaba sin batería.

—¿Funciona? —preguntó Sloane.

Bill sacó el móvil del bolsillo y lo mostró.

—Está perfecto.

Phillips se estiró, sacudiendo los hombros como si le hubieran puesto un peso encima.

—Señor Valve —dijo—, dígame que no ha cogido… con las manos… ese aparato que estuvo lanzando destellos como si lo hubiéramos desenterrado de la catástrofe de Chernóbil en los años ochenta.

Bill se encogió de hombros.

—Bueno —dijo, señalándose la cara—, sí tiene razón con eso de la radiación… yo ya la he cagado. ¿No le parece?

—Bill —protestó Sloane.

—Está bien —dijo Chase, carraspeando para desviar la atención—. El elipsoide absorbió la carga de la batería…¿o ha sido otra cosa?

—La batería de los móviles se pueden descargar completamente por muchos motivos —dijo Sloane—. Quizá es un móvil viejo. Quizá el huevo produjo un fallo en el software del móvil… o produjo un fallo temporal en el hardware. Un mal

funcionamiento en algún circuito. No creo que sea significativo.

—Veremos cómo reaccionan las cámaras —dijo Sanz.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Lo metemos dentro y ya está? —preguntó Chase.

—Estoy abierto a sugerencias —dijo Phillips.

—No creo… que atravesar la membrana vaya a hacer que todo explote —opinó Sanz—. Se ha abierto, ya está. Es una clara invitación, tal y como yo lo veo. Ya veremos qué pasa. Si se funden al cruzar la membrana… sabremos que habrá que pensar en otra cosa.

—Está bien —dijo Phillips—. Veamos qué obtenemos. Es algo sencillo. Si se funde, intentaremos con un dron militar acorazado. A ver si aguanta. ¿Quién quiere tener el honor?

Sanz levantó la mano con timidez.

Fue el único.

4

Estaban otra vez en el nido y, a pesar de que a Chase se le pasó brevemente por la cabeza que el elipsoide podía haberse cerrado y vuelto a su forma original, nada había cambiado en la sala.

En unos momentos, sincronizaron una de las cámaras con el ordenador y lo dejaron dispuesto para recibir la grabación, en directo. La imagen tenía buena pinta para el tamaño de la cámara: buen tamaño y buena resolución.

Chase cubrió el objetivo parcialmente y evaluó la imagen.

—Buena definición con poca luz —dijo—. Será perfecto.

—No creo que vaya a ser… perfecto —le susurró Hammond en tono confidencial—. Pero con no morir por ahora, me basta.

Se emplazaron cerca de la abertura, Sanz con el bastón con la cámara en el extremo. Habían arrastrado la mesa con el ordenador, que contaba con ruedas bajo su base, para poder ver la pantalla cómodamente.

—Realmente hace algo con… los ánimos —susurró Sloane.

Estuvieron de acuerdo, aún sin decir nada.

Chase pensaba en ello. La membrana tenía un efecto tranquilizador, como decía el dicho con respecto a la música. «La música amansa a las fieras». Eso se decía. Y sabía que se habían hecho estudios en los que se había demostrado que ciertas notas tenían una respuesta emocional en los oyentes; estimulaban o relajaban la actividad del sistema nervioso y reducía el cortisol, que era la hormona relacionada con el estrés. Entre otras cosas. Pero la música era la música… y la simple observación o cercanía de un objeto era algo muy diferente. Pensó que la observación de paisajes naturales hermosos, obras de arte y cosas similares podía tener una conexión con la memoria evolutiva, pero… dudaba de que nadie en todo el planeta hubiera visto o estado cerca de una membrana como aquella.

Se sentían extraños. Raros. Iban a hacer algo tal vez imprudente, sin hacer las mediciones adecuadas, sin datos de ninguna clase. Pero, como vaticinó Phillips…, el tiempo se les había acabado.

—¿Alguna frase para la posteridad, David? —preguntó Bill.

—Señor Valve, por favor… —susurró Phillips, preocupado y alerta. Miraba con tanta intensidad lo que ocurría que había conseguido que una pequeña vena emergiera en el prado de su frente.

Bill negó con la cabeza, sonriendo.

Sanz respiró hondo, contó hasta tres en su fuero interno y acercó el palo a la membrana con decisión.

Se detuvo unos instantes a escasos centímetros de la membrana y miró a la pantalla.

Todo parecía en orden.

—Espero no haber seguido al Dios equivocado hasta casa —susurró entonces.

Y empujó el bastón hasta que atravesó la ventana.

Miraron la pantalla.

Por unos segundos, vieron a algo sorprendente. Dos hombres. Dos soldados, vestidos con uniformes y cascos, que miraban hacia arriba, a la cámara, con una perspectiva cenital: las cabezas grandes y redondas sobre un cuerpo que desaparecía en la

distancia. Dos soldados con… alguna particularidad; llevaban semanas viendo soldados por todas partes y aquellos eran…

Diferentes. Tenían algo peculiar, aunque no sabían decir qué.

El hecho de que la imagen fuese en blanco y negro tampoco ayudaba.

Tras unos segundos, la imagen se convirtió en una secuencia imposible de seguir. Ráfagas en movimiento, tan borrosas como vertiginosas.

Y luego nada.

Negro.

Permanecieron quietos unos instantes. David sujetando el bastón, respirando con rapidez.

—Señor Sanz —susurró Phillips—. Retire el bastón lentamente. Con cuidado.

Sanz obedeció.

El palo, con la cámara en el extremo, salió del interior de la membrana. Parecía en buen estado y, sobre todo, parecía la misma cámara que Sanz había introducido unos instantes antes.

—¿Está… mojada? —preguntó Sloane.

—No —dijo Sanz—. Está… exactamente… igual que antes del experimento.

—De acuerdo —dijo Phillips—. Póngala en aquella mesa, apartada de las demás.

Sanz se desplazó hasta la mesa y la depositó con cuidado sobre su superficie. Se movía como si llevara un aparato explosivo, inestable. Uranio, quizá. O algo peor.

Se apartó del bastón, limpiándose las palmas sudorosas en la ropa.

—Bien —dijo Phillips, mirando la pantalla en negro—. ¿Podría decirnos si la cámara está encendida ahora? Sin tocarla. Dejemos eso por el momento.

—Está apagada —dijo Bill—. Debería tener… ese pequeño led de esa parte de ahí. Debería estar en verde.

Phillips asintió.

—¿Batería? —preguntó Chase.

—Es posible —aventuró Phillips.

—Deberíamos cotejar si son el mismo tipo de batería —dijo Sloane.

—Ion de litio —dijo Bill—. Es la que tiene mi móvil.

—Tendría cierto sentido… —dijo Sloane—. Cuando hicimos el bombardeo de iones, el casco se mostró impasible. Las baterías tienen un electrolito que conduce los iones… Podría haber provocado que la batería se colapsara.

—Por fin un poco de ciencia —dijo Phillips—. Está bien. Es interesante que alguien se ocupe de ese estudio. Dejaremos eso ahí un tiempo razonable y se lo daremos a alguno de los colaboradores para ver qué le ha podido pasar a la batería.

—Perfecto —exclamó Chase.

—Ahora… ¿cómo se encuentra, Sanz? —preguntó.

Sanz sacudió la cabeza.

—Estoy perfectamente —dijo—. Expectante. Entusiasmado… Un poco nervioso, quizá. Pero me encuentro bien.

Phillips parecía complacido.

—Cuéntenos sus observaciones al introducir la cámara. ¿Ha notado algo como… vibraciones, alguna sensación de estática en el cuerpo, algún olor especial?

Sanz se miró las manos.

—No —dijo—. Ni siquiera he notado tensión sobre la superficie de la membrana. No ha habido oposición alguna, ni al meter el bastón ni al extraerlo, como si… no hubiera nada.

—¿Como… cuando metes un dedo en un vaso? —quiso saber Bill.

—Negativo. No. Nada…

—Interesante —exclamó Sloane—. Un dedo en un vaso se percibe claramente, aunque la temperatura del agua coincida, exactamente, con la de tu cuerpo. Es por la resistencia, la viscosidad del agua y el roce entre el dedo y las moléculas de agua. Pero nada… No tiene aspecto de ofrecer menos resistencia que el … agua.

—La resistencia del agua puede variar según factores —intervino Bill—, como… la presión atmosférica. O la composición química específica del agua de que se trate, por ejemplo, si tiene

solutos…

—No, no… —se apresuró a decir Sanz—. Quiero decir… nada. Nada es nada.

—No tiene aspecto de nada —repitió Sloane.

—Bueno —dijo Hammond—, al menos no ha fundido la cámara ni el bastón. ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Una cobaya de laboratorio?

Phillips miró a los demás.

—¿Les parece eso factible?

—A menos que tenga por aquí un laboratorio que nos permita analizar correctamente las funciones vitales de la cobaya después del experimento —apuntó Bill—, no nos serviría de mucho, a no ser que se tratara de algo notorio y evidente como… muerte repentina.

Phillips negó con la cabeza.

—Nunca llegamos a pensar que… ahí dentro pudiera haber una forma de vida —dijo Phillips—. No después de casi cien años. Mínimo. De lo contrario habríamos tenido instalaciones de ese tipo.

—¿No tienen instalaciones de ese tipo en todos los otros sótanos? —preguntó Sloane—. ¿No hacen… experimentos de ese tipo?

Phillips compuso una expresión impaciente.

—No, señorita Sloane —dijo—. No inyectamos… virus de supremacía global en cobayas ni investigamos mutaciones en sujetos vivos ni cualquier cosa de ese tipo.

Sloane sonrió con timidez, quizá para dar a entender que había sido una broma.

—Bueno —dijo Bill—. ¿Qué hay de lo otro? Estoy deseando llegar a esa parte.

—La parte de los… soldados —dijo Chase, que también había estado esperando a comentar lo que habían visto en la cámara.

—¿Algunos de sus hombres, Phillips? —preguntó Sloane.

—¿Es posible que… nos estén espiando? —quiso saber Sanz.

Phillips levantó una ceja.

—Disculpen —dijo Phillips—. A veces olvido que no son parte

del aparato militar. Sobre todo el señor Valve, con su acostumbrado comportamiento disciplinado.

Sloane soltó una disimulada carcajada.

—¡Ay, venga! —protestó Bill.

—No. Esos soldados no son parte de mis hombres. Ni siquiera son mis hombres, por si quieren saberlo. Hay una pequeña diferencia entre los dos soldados uniformados que hemos visto y los que hay en esta base, o en cualquier otra base. Sus uniformes son distintos. Se usaron masivamente durante la Segunda Guerra Mundial.

—No me jodas —soltó Sloane.

—Dejaron de usarse de forma paulatina después del fin de la guerra, en 1945. En años posteriores fueron transicionando a otro tipo de uniformes y equipos.

—¿Qué… qué quiere decir, entonces? —preguntó Sanz.

—Bueno. El artefacto se recuperó durante la Segunda Guerra Mundial —dijo Chase—. Usted lo dijo. Está en los informes.

—Sí —confirmó Phillips.

—Algún tipo de… recuerdo, quizá, que quedara impregnado en la esfera. El elipsoide —aventuró Chase.

—¿Algún tipo de mensaje emitido por la esfera? —dijo Sanz —. Está en una base militar. Es la primera vez que interaccionamos con ella de una manera tan clara… Quizá el introducir la cámara, la esfera…, el huevo…, ha reaccionado enviando una imagen de un contacto previo, antiguo. Una especie de «¡Hola! Ya nos conocíamos de antes».

Phillips sacudió la cabeza.

—Bueno. No lo sé —dijo—. Habrá que pensar en ello. Chase, tal vez pueda introducir estos datos en su base de datos de teorías, a ver cómo se combinan con… el resto.

—Sí. Claro —dijo—. Me pondré con ello.

—Naturalmente —siguió diciendo Phillips—, no podemos arriesgarnos a…

Pero se detuvo. De pronto, habían escuchado un sonoro y persistente carraspeo a su espalda.

Se volvieron y vieron a Easton Hammond, con la mano

extendida hacia la membrana y una sonrisa afligida en el rostro, pero también una sonrisa sincera.

—¡EASTON! —gritó Phillips extendiendo ambos brazos.

—Tranquilo, André —dijo—. He visto suficientes películas para saber que, antes de probar con un ser humano, pasará muchísimo tiempo.

—¡Easton! —exclamó Phillips—. Tenemos… tenemos trajes espaciales, trajes NBQ, trajes Hazmat… Tenemos todo tipo de sistemas de seguridad para hacer este tipo de cosas. No… Toque… la membrana. ¡Easton, no la toque!

—Escuchen —dijo Hammond sin retirar la mano—. Ahora que los símbolos han fracasado, no tengo mucho que hacer por aquí, así que…, mientras trabajaban, estuve viendo un poco la televisión. Soy historiador. Pensé que podía hacer las veces de… psicólogo social, ver cómo estaba reaccionando la gente.

—Easton —siguió diciendo Phillips, ahora en un tono más bajo—. ¡Pare! No es necesario. Podemos…

—Déjeme explicar, André —dijo Hammond.

Chase intuyó que Phillips prefería que el equipo no supiera lo que Hammond había observado. Ninguno había tenido tiempo de aprender lo que ocurría en el mundo. No sabían demasiado, solo que… las cosas… no debían estar yendo demasiado bien. Ya era una época complicada, sociológicamente, cuando entraron a trabajar allí, y ahora debía ser aún peor…

—El mundo, ahora mismo, es un caos —dijo Hammond—. No podía… intuir cuánto. Pero las naciones están desligadas…, no están cooperando para hacer un frente común a la situación. Hay movimientos militares por todas partes mientras la población empieza a sufrir desabastecimiento, casi todo el tejido comercial o industrial está paralizado. La gente está asustada, pasa el tiempo con sus familias, se pertrechan, a veces, tabicando sus puertas y ventanas —sacudió la cabeza—. ¿Para qué creerán que sirve eso?

Lo escuchaban con fascinación mientras Phillips se rendía y adoptaba una postura erguida otra vez, los brazos cruzados sobre el pecho.

—El desabastecimiento está afectando a la seguridad de las

ciudades, grandes y pequeñas. Y en entornos más rurales, no es mejor. Los centros comerciales y las tiendas han sido saqueadas en un tiempo récord y la gente empieza a mirar con ojos codiciosos las casas de sus vecinos.

Sloane se llevó las manos a la boca.

—Hay asesinatos. Hay incendios. He visto vídeos de grandes avenidas llenas de coches rotos, quemados, volcados. La gente que está en la costa este quiere ir a la costa oeste, y al revés. Hay… auténticas congregaciones de gente que se reúne y se arrodilla sobre el asfalto para rezar. Siguen a un telepredicador pirado que, por la expresión de sus ojos, debe haberse metido toda la cocaína de Detroit en el cuerpo. Pero… deberíais ver las expresiones de esa gente. No son miradas pías, creyentes, bondadosas…, están llenos de… odio. Son una bomba de relojería viviente. He sentido auténtico miedo.

—Joder, Easton… —dijo Bill, dando vueltas sobre sí mismo, las manos entrelazadas sobre la cabeza.

Hammond asintió.

—No…, no tenemos tiempo —dijo—. En serio. Tenemos que hacer algo, averiguar algo, contactar con ellos…, dar un mensaje a esa gente de que… todo va a ir bien. Si es que aún puede ir bien. Pero si se puede, tenemos que hacerlo ya. No contamos con una semana. Ni siquiera creo que tengamos… días. Ya no es por el inminente ataque del ejército.

Chase sacudió la cabeza.

—Vamos, Easton —dijo—, ya conoce a los medios. Si hay una fogata en mitad de un descampado, enfocarán la fogata con un *zoom* y dirán que hay un incendio monstruoso. Lo que haga falta para acaparar la atención de la gente…, ¡seguramente la situación no sea tan mala! Ahí fuera hay mucha gente que aún no ha perdido la esperanza. Gente que ayuda a sus vecinos. Gente que…

—No —dijo Hammond, con una lágrima resbalando por sus mejillas—. Es lo que yo creía, Chase, de verdad. Pero los tiempos han cambiado demasiado rápido y la gente con ellos. Ya. No. Son. Así…

Hubo un instante de silencio reflexivo.

—Mirad —siguió diciendo Hammond—. Voy a hacer esto. No estoy bien de salud. No estoy nada bien. Así que… voy a probar a tocar la membrana con la punta del dedo primero…

—Easton —advirtió Phillips con un dedo levantado—. Se lo aseguro, si hace algo como eso…

—Luego tocaré con los nudillos. Luego meteré la mano. Ahí dentro tiene que haber… algo. Un panel de control. Una silla con unos mandos que nos lleve a las naves. Un comunicador. Algo. Que nos sirva. Y quiero entrar y quiero entrar ya.

Hammond miraba la membrana.

Se quedaron inmóviles, anticipándose al momento.

—Ya está —dijo Hammond—. Estoy tocando esta cosa con el dedo. Acérquense. Querrán ver lo que ocurre.

Se acercaron todos a la vez, menos Phillips. Phillips se movió el último. Estaba enfadado. Muy enfadado.

El director tenía razón. Tenían trajes de protección que podían haber utilizado en esa prueba. Trajes diseñados para la guerra química y bacteriológica, trajes resistentes a la radiación. Tenían máscaras antigás y un almacén lleno de guantes protectores. Podían contar con una seguridad mínima, pero, en lugar de eso, la cobaya de pruebas iba a ser un individuo con demasiados años encima y una forma física que dejaba mucho que desear; hasta donde había podido ver, incluso podía tener el corazón delicado.

—Easton —susurró Chase—. Esto es una locura.

—Cállese y observe —dijo Hammond, decidido—. Tengo la primera falange dentro. ¿No les parece apropiado para un historiador tener la… primera falange como cabeza de batalla? Como las falanges griegas —rio—, compuestas por soldados hoplitas que usaban escudos grandes y redondos para hacer arietes humanos con los que se lanzaban a la conquista.

Chase sonrió, pero con tristeza.

No creía que aquello fuera a acabar bien.

—Vale —dijo Hammond a continuación—, esto es… Admito que es como el champán. Me siento bien. Me siento… mejor que bien…

—Espera… —dijo Chase—. ¿Propiedades… curativas?

—Es plausible, ¿no? —admitió Hammond—. Os garantizo que… solo tengo un dedo dentro. Lo estoy moviendo. No se aprecia nada, como ha dicho Sanz. Ninguna resistencia. Sin sensación de humedad. Sin cambio de temperatura y, sin embargo…, es evidente que me encuentro… bien. No sé cómo explicarlo. Tengo… dolores crónicos con los que llevo años conviviendo, y os aseguro que… no me acordaba de lo bien que se siente uno cuando está bien.

El historiador sonreía.

—Qué demonios —susurró Sloane.

Hammond sí que parecía… revigorizado.

Bill miraba a Phillips, como si esperara que fuese a intervenir, pero Phillips solo miraba, ceñudo, sus ojos marrones ocultos por los párpados casi cerrados.

—Un profesor… y un hospital —susurró Sanz.

—¿Es posible? —preguntó Chase, quien había estado pensando en una idea similar.

Sanz lo miró, sonriendo.

—¿No sería… maravilloso? —preguntó—. ¿Qué tal eso como mensaje para el mundo?

—Easton —dijo Phillips—. Intente… retirar el dedo. Despacio. A ver cómo se siente. A ver si… percibe alguna diferencia.

Hammond se volvió hacia él. Sonreía.

—Usted quiere apartarme de un empujón, Phillips —dijo con amabilidad—. Casi puedo ver su idea escrita en su frente.

Phillips inclinó ligeramente la cabeza.

Eso era, exactamente, lo que estaba pensando.

De pronto, Hammond introdujo toda la mano. Lo hizo con rapidez.

—Easton —dijo Chase despacio—. ¿Cree que es… sensato?

—No se siente nada, Chase —dijo—. No duele. No pica. No percibo nada que no hubiera sentido si hubiera levantado la mano en el aire en el pasillo que está ahí fuera. Lo único que puedo constatar es que… esto es… bueno. ¿Cómo podría ser malo? Alguien dijo que mirar la membrana, o estar cerca de ella, era

como un masaje mental. Les aseguro que estar en contacto con esto es… muchas veces superior.

—Está bien… —dijo Chase—. Hemos registrado su percepción. Hagamos esto de una manera científica, ¿quiere, Easton? Poco a poco. Paso a paso. Venga aquí. Deje que le examine el equipo médico. Veremos si… todo está en su sitio. Una comprobación necesaria. Admitirá que tiene sentido.

Hammond asintió.

—Sí —dijo Easton—. Lo tiene. Sin embargo…, como le he dicho antes, no hay tiempo. Mi corazón sufre cuando veo esas imágenes del estado del mundo.

—Easton —intervino Sanz—. Somos amigos. Escuche, seguro que…

Pero Hammond sacudió la cabeza.

—Mira la altura de esta abertura, Sanz —dijo—. ¿Un metro sesenta, tal vez? Hoy día, el hombre moderno es más alto. Un metro ochenta. Un metro ochenta y cinco. Uno noventa, incluso. Pero…, ¡ah! —dijo divertido—. Para el hombre primitivo, esto era una puerta considerable. El *Ardipithecus ramidus* apenas llegaba al metro cuarenta de altura, el *Homo habilis* podía llegar a un metro cincuenta… Concuerda. ¿No cree? Esto no es otra cosa que… una puerta. ¿Acaso no lo ven? Y se ha abierto para nosotros.

—¡Easton! —exclamó Phillips.

Pero Easton Hammond, simplemente, cruzó.

Capítulo 18

El fuego fuego la llama el infierno

Hammond estuvo solo unos instantes en el interior del Elipsoide, pero, al decir de todos sus colegas, transcurrió una verdadera inmensidad.

Por fin, antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar siquiera, Hammond salió del interior, los brazos extendidos, el cuerpo sacudido como si fuera un espantapájaros hecho de heno. Y algo más. Un chorro de vómito lo precedía.

El vómito impactó en el suelo con un sonido húmero, y Hammond cayó encima.

Sloane chilló.

—¡Easton! —gritó Sanz, sorprendido y afectado.

Todos se movieron hacia él, para apartarlo del vómito y tratar de levantarlo.

—Por todos los cielos —dijo Phillips.

—¡Respira! —dijo Bill—. ¡Está vivo!

Hammond estaba vivo, sí, pero respiraba con dificultad y tenía un aspecto demacrado y cansado. Los ojos se movían de un lado a otro.

—No… —exclamó. Y se volvió hacia un lado con un gesto violento para vomitar de nuevo.

Sus colegas se apartaron a tiempo.

—Dios mío —soltó Chase.

—¡Llamen al equipo médico! —gritó Phillips—. ¡Chase, salga ahí fuera y avise a los centinelas! ¡Que traigan a los médicos! ¡Bill, Sloane! ¡Sanz! ¡Ayúdenme a sacarlo de aquí! ¡Rápido!

2

—¿Cómo está? —preguntó Bill cuando Phillips salió de la enfermería. Habían estado esperando mientras los médicos revisaban el estado de salud de Hammond.

—Está bien —explicó Phillips—. Fuera de peligro, por ahora, a menos que, por supuesto…, tenga algo que nuestra medicina no pueda detectar.

—No sea agorero —protestó Bill.

Phillips le dirigió una mirada inquisitiva.

—No soy… eso que dice, señor Valve, pero la realidad de estas cuestiones es evidente. ¿Quieren saber lo que ha dicho el médico? Dice que es… un mareo común. Ha revisado su historial, la duración del mareo, le ha hecho algunas pruebas… y su diagnóstico ha sido ese. Mareo no específico.

—Bueno —dijo Chase—. No parece demasiado malo.

—Está listo para hablar con nosotros ahora —siguió diciendo Phillips—. He pedido al personal médico que nos deje a solas durante unos instantes. Acompáñeme dentro.

—Espere… —dijo Chase—. Está… ¿Está seguro? ¿No es conveniente que descanse primero?

—Ha insistido mucho en que escuchemos su experiencia, Chase —dijo Phillips, abriendo la puerta para que pasaran.

—De… acuerdo —respondió Chase.

—Dios mío —dijo Sanz de repente—. Me tiemblan las piernas.

—No es para menos, Sanz —respondió Phillips sin inmutar la expresión del rostro.

3

—Eres un chiflado, Easton —dijo Sanz a modo de saludo.

Hammond asintió.

Estaba tumbado en una cama, con unos monitores conectados al cuerpo; al pecho, al brazo y un largo tubo que le suministraba lo que parecía ser suero. No era una habitación muy bonita, ni

siquiera era confortable, así que la sensación general era de gravedad.

Rodearon la cama y lo saludaron con la mano.

—Eh —dijo con rapidez—, no os asustéis. Estoy bien, ¿de acuerdo?

—¿Qué demonios te ha pasado, hombre? —preguntó Sloane cogiéndole la mano. Hammond agradeció el gesto y le devolvió un suave apretón como respuesta—. Cuando te vi salir, tan hecho polvo, llegué a pensar que te habían vapuleado ahí dentro.

—Ese vómito no lo va a recoger nadie, Easton —dijo Bill con tono de broma—. ¡En cuanto estés bien, ya puedes volver con un cubo de agua y una fregona!

—Por supuesto, por supuesto —dijo Hammond despacio—. Está bien, ¿hemos terminado ya con la cháchara?

—Sí —dijo Sanz con una sonrisa—. Cuenta ya, señor misterioso. ¿Qué hay en el interior del huevo?

—Bien —dijo Hammond—. Vamos allá. Me encontraba… mejor que bien, como ya sabéis. El contacto con la membrana era… era verdaderamente estupendo. Así que decidí entrar. Hemos manejado muchas teorías, pero yo, personalmente, no creo que haya motivos para tener desconfianza de la esfera. Del… elipsoide —se corrigió.

—Estoy contigo —dijo Sanz.

Chase tuvo un repentino fogonazo mental. De pronto, recordó los sueños sobre la lava evolucionando, bullendo, efervescente, colérica…, destructiva. No estaba seguro de por qué había pensado en eso, así que intentó concentrarse otra vez en la conversación.

—Atravesar la membrana no fue nada —dijo—. Cuesta mucho más nadar en el agua. En un momento estaba con vosotros, y al instante siguiente me encontré… en una cámara redonda.

—¡El interior de la esfera es redondo! —interrumpió Bill sin poder evitarlo—. ¡Hammond ha hecho el descubrimiento del siglo!

—Bill, por favor —regañó Phillips, impaciente.

—Perdón —dijo, con una media sonrisa.

Hammond sonrió.

—No, escucha —dijo—. Vas a… flipar, como tú dices. Era una

cámara redonda, pero…, fácilmente, había unos seis, siete, ocho metros quizá, entre donde yo estaba y cualquier pared.

Chase pestañeó.

—¿Estás seguro de eso, Easton?

—Tan seguro como que tú estás aquí ahora. No fue un sueño.

—Pero… ¿cómo? ¿Qué….? ¿Teletransporte? —aventuró Sanz —. Sé cómo suena, pero… no es descabellado. Sabemos que a los científicos de los ochenta los mandaron a Francia. En un instante. ¡Es una tecnología que claramente poseen!

Chase asintió.

—O algún tipo de… inflexión espacial —dijo Bill—. La esfera podría ser más grande por fuera que por dentro. Coño. Como la Tardis de *Doctor Who*, ¿no?

—La Tardis…, una cámara de… siete u ocho metros… Dónde… ¿dónde narices has estado, Easton? —preguntó Sloane.

Hammond, que seguía tumbado en la cama, se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. No lo he pensado mucho, aún…

—Creo que…, de esas dos posibilidades que hemos mencionado —dijo Chase—, la menos loca es que el artefacto sea una manera de viajar a otro lugar. No tiene que ser necesariamente una de las ciudades que tenemos sobre nosotros…, puede ser un lugar que no hemos descubierto aún, que quizá permanezca oculto en este planeta.

—No parece menos loca, Chase —dijo Bill—. En serio.

Chase arrugó la nariz.

—Es inútil especular sobre eso ahora —dijo Phillips—. Lo importante es que Hammond… ha sido el primer hombre de la historia reciente que ha conseguido traspasar los umbrales de unas fronteras que no sabíamos ni que existían.

Sloane aplaudió brevemente.

—Te haremos una camiseta, Easton —dijo, sonriente.

—Gracias —exclamó Hammond—. Es…, admitidamente, es un gran honor.

—Lo es —añadió Sanz con los ojos brillantes—. Sin duda lo es.

—Está bien —dijo Phillips—. Ya habrá un momento para celebraciones, cuando toque. Por ahora, el tiempo sigue corriendo. Easton…, ¿puedes describir la cámara para nosotros?

Hammond carraspeó y asintió suavemente.

—Solo tuve unos instantes —dijo—. Tenedlo en cuenta. En realidad, empecé a encontrarme mal muy rápidamente. Sentí un dolor de cabeza bastante potente. Repentino. Como una mala migraña de domingo o como si me hubieran golpeado en la cabeza con un balón de fútbol relleno de cemento.

—¿De repente? —preguntó Sanz—. Mmm. ¿Podías respirar ahí dentro?

—Sí. Bueno, creo que sí. No lo sé…, creo que estaba tan impresionado por el tamaño de esa cámara, que puede que olvidara respirar. No soy muy consciente, en realidad, os pido disculpas.

—Por Dios, Easton —soltó Sloane, negando con la cabeza.

—En fin…, me sentí mareado. Enfermo. La cabeza empezó a darme vueltas. Me entró el pánico. Me di la vuelta para salir de allí… Creo que pensé que me estaba envenenado. Puede que, en ese momento, decidiera de manera consciente no respirar, por si el aire era… nocivo. Podía estar compuesto de gas.

—Por eso le pedí que no lo hiciera, Easton —dijo Phillips—. Tenemos cascos. Máscaras. Tenemos equipamiento para respirar oxígeno sano y humano durante horas y sistemas de todo tipo. Pero usted tenía que anticiparse.

Hammond asintió.

—Pudo haber respirado ácidos que podrían haberle abrasado los pulmones —continuó Phillips—. Pero no se preocupe. Los médicos dicen que sus pulmones están bien, o todo lo bien que se espera en alguien de su edad con un cierto historial de fumador.

—Sí —dijo Hammond—. Lo reconozco. Y por si quiere saberlo, he hecho muchas otras tonterías.

Bill rio.

—Ese es el espíritu. El espíritu humano.

—Bien —dijo Phillips—. Así que se dio la vuelta y… ¿qué pasó?

—Reconozco que me entró el pánico. Mientras me giraba —explicó Easton—. Recuerdo que pensé que… la membrana podía no estar ahí. Un viaje de ida a alguna parte. Atrapado sin salida en un lugar desconocido que me estaba matando.

—Qué horror —exclamó Sloane.

—Pero sí que estaba —dijo Hammond—. Gracias a Dios.

—¿Era la misma membrana que se ve desde fuera?

—Exactamente la misma —confirmó Hammond—. Eso sí que puedo decírselo. En cuanto la vi, empecé a sentirme mejor. Realmente esa… cosa… tiene cualidades hipnóticas. Funciona como un bálsamo para nuestros cerebros de mamíferos con cierta evolución a sus espaldas.

Chase asintió.

—Bueno, no aguanté —dijo Hammond—. Creo que empecé a vomitar antes incluso de cruzar la membrana.

—Vimos el chorro salir —intervino Sanz—. Pensé que se trataba de algún tipo de ataque. Un chorro de ácido. No lo sé. Llegué a asustarme mucho.

—¡Me cago en la…! —empezó a decir Sloane, pero se contuvo —. Creo que no he gritado así en mi vida.

—Entonces, cruzó la membrana —dijo Phillips intentando encauzar la conversación—. Y… eso fue todo.

—Eso fue todo —dijo Hammond—. Ni siquiera sé cómo acabé en el suelo. De repente estaba allí tirado, sintiendo que la cabeza me explotaba. No… no recuerdo un dolor como ese y los he tenido fuertes. Pero también sé que, en cuanto abandoné ese sitio, empecé a sentirme mejor. Recuerdo que empecé a respirar. Cada bocanada de aire era un soplo de vida.

—Qué curioso —dijo Chase.

—La cámara, Hammond —pidió Phillips—. ¿Puede describirla?

—Sí —dijo el historiador—. Me llamó la atención el tamaño, sobre todo. No lo esperaba, claro. Había esperado ver un lugar recogido, quizá un panel de control de algún tipo. Creo que había estado jugando con la posibilidad de que fuera un panel incomprensible. Quizá hecho con cristales o luces. Algo… como

hemos visto muchas veces en películas. Pero no algo tan grande en el interior de un espacio pequeño.

—Tuvo que ser una sensación absolutamente desconcertante —observó Chase.

—Desde luego —siguió diciendo Hammond—. Aún me lo parece. Estoy contando esto y reviviendo lo que ha pasado… hace cuánto, ¿unas horas?, y aún me estremezco. Pero en cuanto a las paredes…, no me llamaron la atención. La mente descarta lo usual y busca patrones nuevos, sobre todo cuando se enfrenta a lo desconocido en una situación potencialmente estresante. No me detuve a mirar porque eran, en apariencia, de ese tono oscuro con el que está hecho el casco del huevo. El mismo aspecto. Describían una curvatura suave hacia el techo, donde las paredes se cerraban. Supongo que era como una media esfera. El techo era alto, muy alto, y en su parte superior había una luminiscencia que me impedía ver con claridad, como si…, como si allí arriba no hubiera nada.

—Entiendo —dijo Phillips.

—¿Y el suelo? —preguntó Sanz.

—No creo que me fijara en el suelo… —dijo Hammond.

—¿Había algo más en esa sala? —preguntó Bill.

—No —dijo Hammond con suavidad.

—¿Alguna salida, un túnel, algo? —preguntó Chase.

—No —repitió Hammond.

Sanz y Chase se miraron, contrariados.

—Vaya —dijo Sanz al fin.

Chase se pasó la mano por la barbilla.

—Definitivamente… desconcertante —coincidió Sloane.

—Sí… —susurró Chase.

—¿Dónde está… nuestro comunicador? —preguntó ella—. ¿Dónde está el panel de mandos? Es como cuando resuelves una dura prueba en una *escape room*, abres por fin la dichosa puerta roja que te ha tenido sufriendo durante treinta minutos… y cuando la cruzas, eufórico, llegas a otra habitación con otra interminable serie de puzles y, al fondo, una puerta verde.

Bill se rio.

—¡Exacto! Jesús. Odio esos sitios.

—Bueno —dijo Chase—. No podíamos esperar a… alcanzar la gloria tan pronto.

—¿Y ahora? —quiso saber Sloane, con cierto desánimo.

—Hay mucho que hacer —dijo Chase—. Yo tengo que introducir todos estos datos en la IA de teorías, a ver cómo casan unos elementos con otros. Y se me ocurre que podríamos intentar entrar de nuevo, esta vez con… oxígeno, por si se trata de un mareo similar al que sufren los pilotos cuando están a gran altura, o realmente no hay aire respirable ahí dentro. Protección. Quizá un traje de astronauta.

Sanz asintió, animado.

—Y si realmente no hay nada ahí dentro —continuó—, quizá podamos seguir con la idea de los símbolos. Hasta ahora, hemos obtenido buenos resultados. Tiene buena pinta.

—Tiene buena pinta —repitió Phillips, pensativo.

—De acuerdo —dijo Hammond—. Estoy deseando…

—No —exclamó Phillips, contundente—. Usted se va a quedar fuera de esa segunda inmersión. Ya hemos tenido bastantes sustos.

—Easton, Phillips no quiere que le vomites encima a un gris —dijo Bill—. Imagina el conflicto diplomático intergaláctico.

Todos, menos el director Phillips, rieron con ganas.

4

Ezekiel Brimstone estaba volcando en sus directos. Solo hacía pausas pequeñas, de tanto en cuanto, para meterse droga en el cuerpo o cuando Frank lo invocaba para contarle algo. Generalmente, algo importante.

Como en aquel momento.

Brimstone hizo un gesto acordado con la mano para que pusieran secuencias de vídeo que habían grabado, sin ningún tipo de permisos, de otras televisiones. Lo último que esperaba, en aquellos momentos, con el mundo tan revuelto como estaba, era que un equipo de abogados se pusiera en contacto con ellos para

esos temas.

—Oye, Ezekiel —le dijo cuando se acercó—. Deberías comer un poco. Tomarte un pequeño descanso. Podrías probar a dormir…

—Ya descansaremos cuando todo esto acabe —dijo, con la voz rota. Estaba ronco y su tono era ahora mucho más grave de lo normal—. Estos momentos son oro puro. ¿Has visto… el número de seguidores?

Frank los había visto, sí. Se contaban por millones. Tanto daba aprenderse o celebrar la cifra porque seguían creciendo a cada momento.

—Ya, pero…

—¿Para qué me has sacado de antena? —preguntó Brimstone. Alguien le había dado una toalla y se estaba secando el sudor que le empapaba todo el cuerpo. Olía a podredumbre humana, a meado rancio y seco pegado a la superficie de un sofá con más de dos décadas encima—. Será mejor que sea algo bueno, amigo, porque te quemaré en directo si esos cabrones me lo piden, aleluya y amén.

Frank intentó tragar saliva. A esas alturas, viendo sus ojos enfervorizados, no tenía dudas de que su jefe hablaba en serio.

—En… en realidad, sí… —balbuceó Frank—. Tenemos lo que nos has pedido…, los chicos de diseño e informática lo han terminado hace un momento.

—¿Qué es lo que te he pedido, Frank? —preguntó Ezekiel—. ¿Qué te he pedido yo?

—El… el vídeo. Con el presidente —susurró.

—El vídeo con el presidente —repitió Ezekiel.

En realidad no tenía ni idea de qué le estaba hablando. Le estaba dando el coñazo con cosas que no entendía y, desde luego, no recordaba haberle pedido ni una maldita cosa.

—El presidente —dijo Frank, dubitativo—. El presidente y el alienígena…, ya sabes…

Por unos instantes, pensó que se había librado. Que todos se habían librado. Era una idea horrible, una idea malísima… y, probablemente, fuera ilegal. No, seguro que era ilegal. Tal vez no ocurriera nada mientras siguiese habiendo caos y todo el asunto de

las naves espaciales, pero después…

Ay, amigo, después habría consecuencias.

Siempre había consecuencias con esos temas, en particular, con el éxito fulgurante y celestial que Ezekiel estaba cosechando.

Pero Ezekiel abrió mucho los ojos.

Acababa de recordar.

Frank chasqueó la lengua.

—El vídeo del presidente —dijo al fin, abriendo tanto los ojos que parecía que acabara de ver al mismísimo Jesucristo saludándole con la mano entre los técnicos de las cámaras—. Pues, claro. Coño. ¡Coño! ¡La gente va a alucinar, Frank! ¡Van a cagar pepinillos divinos!

—En realidad, sí —aseguró Frank—. Oye, sé que estás a tope con esto y… los resultados son… son la leche.

—¡Son la leche! —repitió Brimstone, dando saltos sobre sí mismo—. ¡Pónmelo en la pantalla! ¡Ponlo detrás de mí, en grande, cuando te haga una señal! Me giro y me pongo a un lado para que la gente lo vea bien y en ese momento me lo lanzas.

Frank inclinó la cabeza. No recordaba haber visto a su jefe así en ningún momento de su carrera. Nunca. Ni en sus momentos álgidos ni en los más bajos, y habían tenido tantos de los dos que no creía que hubiesen tenido demasiados… valles tranquilos, parafraseando al Gran Jefe Allá En Los Cielos. Tampoco recordaba haber tenido tantas vistas concurrentes y, por supuesto, nunca habían tenido tantos donativos. El dinero llovía del cielo. Desbordaba. De hecho, estaba seguro de que las terminales de pago electrónico les volverían a cerrar las cuentas cuando detectaran que se estaban moviendo… millones de dólares cada pocas horas, aunque dudaba de que hubiese alguien todavía monitorizando esas cosas.

Dudaba de que a nadie le importase una mierda.

Pero estaba ese tema. El tema del presidente. Cuanto más lo pensaba, más le explotaba la cabeza. Tenía una especie de… sentimiento atropellado por dentro. Si algo había aprendido en todo el tiempo que llevaba trabajando para Brimstone, era… a confiar en él. El jefe podía ser un fraude, un embaucador, un

estafador, incluso…, pero sabía hacer dinero. Si el jefe hacía dinero, él podía seguir recibiendo su parte.

Y a Frank pocas cosas le gustaban más que el dinero.

La fama, la popularidad, la atención… le traían sin cuidado. Eso se lo dejaba al jefe. Brimstone estaba hecho de atención y de seguidores y, en ese momento, estaba hecho de cocaína y otras sustancias. Pero…

Pero el tema del presidente.

Coño. El tema del presidente era ir demasiado lejos.

Era ese tipo de cosas lo que podía prender la mecha. Hacerlo saltar todo por los aires. No lo decía solo por las represalias… legales, la intervención del FBI o de quien coño llevara esas cosas.

Lo decía por las repercusiones entre la gente.

—Ezekiel…, espera un momento —dijo despacio—. Tengo… tengo dudas, hombre.

—Dudas. Qué dudas —dijo Ezekiel con espoleada velocidad —. Qué pasa.

—Es sobre… el vídeo. Ya sabes. O sea. Es el presidente de Estados Unidos. ¿No crees que es ir un poco lejos?

Ezekiel abrió mucho los ojos.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Joder, es ir superlejos! ¡Vamos a reventarlo!

—No, escucha. Creo que deberíamos… pensarlo bien. Podría haber consecuencias…

Brimstone mudó la expresión del rostro.

De repente.

La cosa fue tan rápida que Frank se asustó.

De repente, su semblante estaba serio y su mirada fría.

Helada.

Frank se calló.

—Oye. Frank —dijo—. No me des el coñazo. No me des… el puto coñazo.

—Vale —dijo Frank.

—Calla la puta boca.

—Sí —se apresuró a decir Frank.

—¡CALLA LA PUTA BOCA!

Frank no dijo nada más. Se limitó a agachar la cabeza.

Ezekiel miraba al equipo del fondo mientras canturreaba algo. O quizá murmuraba.

¿Qué… qué coño estaba haciendo?, se preguntó Frank.

Brimstone estaba definitivamente raro. Raro de narices. Si se seguía metiendo chutes, acabaría derrumbándose y lo haría en directo. ¡Aleluya! Se vendría abajo como un castillo de naipes. Y Frank no estaba seguro de que hubiera hospitales donde pudieran atenderle, dadas las circunstancias.

Quizá debería… hacerse con una inyección de adrenalina.

Como en aquella película.

Clavársela en el esternón.

—Oye, Frank —dijo Brimstone—. Ponme el vídeo. En pantalla grande. Cuando me gire, lo pones. ¿De acuerdo?

—Claro, jefe —susurró Frank.

Brimstone no dijo nada más. Se dio la vuelta, dio un pequeño salto en el aire sobre los dos pies y luego brincó otra vez, esta vez más alto y con más energía, solo para salir corriendo hacia el escenario.

Fue como ver al Dr. Jekyll y a Mr. Hyde. Entró en escena y cambió totalmente la expresión.

Frank se puso rápidamente en marcha. El jefe estaba descontrolado; no sabría calcular los tiempos. Tenía que mandar el vídeo a producción y advertir a la mesa de que lo lanzaran a la pantalla grande cuando el jefe hiciera su señal. Lo que… podría ser en cualquier momento.

Se puso en marcha.

—Amados seres humanos, cristianos de la tierra —estaba diciendo Brimstone—. Tengo… ¡Tengo algo importante que anunciar! Es quizá el anuncio más importante que se pueda hacer en estos momentos. Avisa a tus seres queridos, avisa a todo el mundo para que vean este mensaje… Prestad atención porque…, escuchadme…, este mensaje tiene todo que ver sobre el origen del Mal que cubre nuestras ciudades, que nos priva de la Luz de nuestro Señor, que agosta nuestros campos, que oscurece nuestras almas.

Brimstone hizo una pausa mientras desafiaba a la cámara con una penetrante mirada. Luego, bajó un poco el tono.

En realización, ajustaron la música para adecuarse al ambiente que sugería su voz.

—Antes de hacer esta revelación… —siguió diciendo—. Escuchad. ¡Recordad que yo os advertí! Os dije: ¡cuidaos de esa Semilla del Mal! Ese artefacto… extraterrestre… que el Gobierno tiene escondido… ¡No dejéis que lo toquen, no dejéis que lo abran! Os lo dije. ¡Vosotros sabéis que os lo dije! ¡Os advertí porque os amo como Dios nos ama a todos nosotros!

Los comentarios en el chat del directo se sucedían a tanta velocidad que era absolutamente imposible leer nada.

LE AMO EZEKIEL

TÚ NOS ADVERTISTE LO DIJISTE PPERO NO TE HISIERON CASO

ESCUCHEN AL REVERENDO

DIOS CONDENARÁ A LOS QUE NO ESCUCHAN Y JUEGAN CON EL UNVERSO YA VERAN

EZEKIEL, CONTIGO EN EL CAMINO DEL SEÑOR.

—Pues debéis ser conscientes de que el Señor me ha permitido saber que somos víctimas del engaño. De la manipulación. De la codicia más inenarrable, repulsiva, deleznable… ¡Las tripas me arden, Señor, cuando he descubierto el engaño! ¡Los ojos me sangran, Señor! ¡La repulsa me invade!

QUIENES ENGAÑAN SERÁN CONDENADOS

ARDER EN EL INFIERNO

C O N D E NAD OS

VALOR Y FUERZA HERMANO PUES JUNTOS SOMOS

—Nos han… traicionado. Nos han traicionado, hermanos, y nos han vendido como esclavos. Han vendido nuestro planeta. Nuestros hogares. Nuestras familias. Todo lo que somos y lo que amamos, para que unos pocos salven sus cuerpos impíos y puedan amasar fortunas inmerecidas…

QUIÉN NOS HA VENDIDO

TRAICIONADO

EL INFIERNO

LLAMAS HIJOS DE PUTA LAS LLAMAS

EL. DOLOR.

—El presidente de esta nación, hermanos —siguió diciendo Ezekiel—, a través de la Semilla del Mal…, ha llegado a un pacto con esos seres demoniacos venidos de la profundidad fría y abyecta del espacio. Ha pactado con el Mal y ha rendido este planeta y todo cuanto contiene. Están haciendo acuerdos ahora mismo. ¡Ahora mismo! Mientras rezamos.

SABIA

LO SSABIA

PRESIDENTE TRAICIÓN

LLAMAS LLAMAS EL INFIENRO LLAMS

Los mensajes de texto se escribían tan rápido, en un paroxismo de odio y adrenalina, que algunos apenas eran legibles.

SRIDENTE ALL UNFIEWNON

—Les ha dado el planeta entero…, nuestras vidas…, para ENRIQUECERSE, hermanos —decía el falso reverendo—. Pero… ¡No tenéis que creer en mis palabras! ¡No escuchéis solo las palabras, pues la única palabra es la Palabra del Señor! ¡No, hermanos! ¡Tenemos imágenes! ¡Tenemos pruebas! ¡Tenemos la evidencia! ¡No me creáis a mí, pues soy una oveja débil, como vosotros! ¡Creed en el Testimonio!

Exultante, excitado y sudoroso, Brimstone se echó a un lado. El fondo del escenario, que mostraba imágenes robadas de la televisión de gente llorando junto a sus hogares en llamas, se fue a negro.

Ezekiel miró, con los ojos enrojecidos y los músculos del cuello tensos y prominentes como cables de acero. En los márgenes de la proyección, parecía una especie de antiguo nigromante sacado de una película de fantasía.

El vídeo comenzaba con una toma rápida, cámara en mano, de lo que parecían ser unos arbustos que se movían de manera atropellada, difuminada. Resultaba evidente que el que grababa se ocultaba estaba haciendo el vídeo de forma furtiva. En unos instantes, la cámara se elevó sobre el seto y grabó una escena amplia, con una casa al fondo. Una villa, concretamente.

La imagen se desenfocó brevemente, mientras la cámara hacía *zoom* hacia el objetivo. Unos hombres, en apariencia, reunidos. Pero hasta que no regresó el enfoque, no se pudo distinguir nada.

Eran hombres, en efecto, pulcramente vestidos con trajes de chaqueta. Tres de ellos estaban algo retirados de los otros, miraban a la distancia. Recordaban, sin duda, a unos federales. A la imagen que da el cine de los federales. Guardaespaldas, quizá. Servicio secreto. Porque el hombre que estaba en el centro era, claramente, el presidente, con una camisa blanca remangada. Y su interlocutor…

Su interlocutor era…

Un hombrecillo gris.

El mismo hombre gris que todo el mundo tenía en la mente, gracias a la industria del ocio. Ojos grandes y negros, sin ropa que cubriera su cuerpo, algo menudo y desgarbado: brazos y piernas largas, torso menudo. Estaba ahí mismo, junto al presidente, moviendo la cabeza sin boca y los brazos. El presidente sonreía. Movía la cabeza de un lado a otro.

Nadie escribía en el chat en esos momentos.

Estaban charlando. Amigablemente. Parecían…

Amigos.

Socios comerciales.

Dos tipos que estaban llegando a un acuerdo.

En un momento dado, se estrecharon la mano.

El hombre gris le puso la mano en el hombro.

Y daba la sensación…

Daba la sensación de que se reían.

El vídeo se fue a negro y Ezekiel volvió caminando lentamente al primer plano, recuperando el protagonismo. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

En la mesa de realización aguantaban la respiración, los ojos atónitos atentos a las imágenes de las cámaras. A los indicadores de visitas concurrentes. A las cifras de donaciones. A la expresión dolida y estremecida del reverendo Ezekiel Brimstone, el…

El farsante.

—Dios mío, Shawn —susurró uno de ellos—. No… no

estarán… creyéndoselo.

—N-no lo sé —respondió Shawn.

Esperaba que no. Creía… había pensado que estaban construyendo una especie de *show* de fantasía, una patraña, un burdo espectáculo, la versión digital moderna por *streaming* de los antiguos tabloides en papel donde el presidente aparecía a menudo dando la mano a un alienígena. Esos periódicos se vendían bien y, aunque siempre había unos cuantos que se lo creían, la gente, en general, se reía. Era puro espectáculo. Y la tecnología… la tecnología lo ponía tan fácil…

Hacía un par de años habrían necesitado un complicado montaje cinematográfico, CGI al más alto nivel, alguien que hubiera modelado un alien creíble, un experto en integración de imágenes generadas por ordenador con vídeos reales… y, aun así, la cara del presidente habría sido un auténtico desafío, pero ahora… Un poco de *deepface*. Un poco de imágenes generadas con IA. Un poco de edición. Ni siquiera habían necesitado un gran presupuesto para construir aquella… parodia. Solo un tipo sentado delante de un ordenador, una cámara sencilla y un par de horas. Eso había sido todo.

Inocente. Divertido. Algo ingenioso para que la rueda del dinero siguiera girando. Lo necesario para que los patanes enfervorizados de los seguidores del jefe aplaudieran.

Pero las visitas estaban disparadas. Seis. Millones. De. Personas. Esos eran muchos americanos… y lo que el jefe había dicho…

Bueno, hasta él parecía creer que era cierto, a juzgar por sus palabras.

Y él había encargado el vídeo.

Él mismo.

Miraron los comentarios. Iban tan rápido que era imposible leerlos con detenimiento. Pero una lectura en diagonal permitía captar, al menos, algunas palabras clave que se repetían continuamente.

PRESIDENTE TRAIDOR

VERGUENZA EL PECADO LA MENTIRA

TRAICIÓN MUERTE MUERTE!!!1

LOS AMERICANOS HEMOS SIDO VENDIDOS

QUEMAR EL PRESIDENTE

LLAMAS INFIERNO LLAMAS FUEGO

—Me… Me parece que se lo están creyendo —dijo Shawn, pálido—. Me parece que se lo han comido. Del todo.

—Dios mío de mi vida —susurró el técnico.

Shawn le miró.

—No digas gilipolleces —soltó.

Ezekiel estaba en pantalla, soltando un disparatado discurso. Las lágrimas aún permanecían húmedas en su mejilla, pero su rostro era ahora una máscara iracunda, despiadada, cruel.

—¡Engañados! ¡El presidente y sus jinetes del Apocalipsis! ¡Tened por seguro que los únicos que se salvan de este trato infame son el presidente y los hombres que se sientan a su derecha! ¡Sus amigos, su familia, los hombres que le han conseguido el poder y lo han mantenido en él, a nuestra costa! ¡Eso es lo único que el presidente ha salvado! ¡Lo único que él ama! ¡No nosotros, sus hermanos en Dios, su pueblo! ¡Todo lo que no es su pequeño círculo, todo el planeta, todo lo que contiene, los mares, vosotros, vuestros hijos, vuestros trabajos… pertenece ahora al Mal! ¡Todo será tomado por los extraterrestres, los extranjeros impíos de corazón gris como su piel y negro como sus ojos!

»Pero, escuchadme —añadió con una sonrisa torcida—, he averiguado… dónde mantiene el presidente el contacto con los extranjeros. ¡He podido saberlo, he gastado el dinero que me habéis confiado para mantenernos a salvo en comprar esta información que nos salvará! ¡SÍ, HERMANOS, GRACIAS A VOSOTROS! ¡GRACIAS A VUESTRAS DONACIONES! ¡TENEMOS UNA OPORTUNIDAD DE SALVARNOS!

Frank miró la pantalla de ingresos. Los datos estaban conectados a los varios terminales de punto de venta y se actualizaban casi al instante.

Las cifras se habían mantenido en marcha durante todo el tiempo *online* y había incluso un carísimo patrón de crecimiento. Pero en esos momentos, las cifras empezaban a saltar, en

incrementos grandes. Enormes. Frank abrió mucho los ojos.

—Hijo de puta —soltó.

Hizo un cálculo rápido.

Solamente el plus de esa noche, que recibiría al día siguiente, iba a permitirle…

Comprarse una casa. En Nueva Orleans.

Qué coño. Iba a comprarse doscientos acres. Con un lago en medio.

Sonrió. Era una sonrisa torva y torcida cruzada por una sombra, pero una sonrisa, sin duda.

—Hermanos —dijo Ezekiel—. Sé dónde esconde el Gobierno la Semilla del Mal. Sé dónde… esconden… ese artefacto que todos vimos con nuestros ojos en el periódico. Sé dónde está. La Semilla que usan para contactar con los extranjeros extraterrestres y

EXTRANJEROS DE MIEEERDA

EL SEÑOR LOS CASTIGARÁ

LOS CASTIGAREMOS POR SU PECADO

POR SER EXTRANJEROS

DE MIERDA

POR LA TRAICIÓN

obtener su favor. ¡Y yo os digo, hermanos! ¡Vamos a ir allí a arrebatarles la Semilla! ¡Vamos a ir hasta allí, todos juntos, en este momento! ¡Yo estaré allí, el primero, al frente de todos vosotros, hermanos en la Luz del Señor! ¡Podéis contar conmigo! ¡Si tienes un coche, cógelo! ¡Si tienes un camión, condúcelo! ¡Si tienes una moto, llévala! ¡Ve a pie, si hace falta! ¡Ven con tu familia, con tus amigos, con tus socios, tus jefes, tus empleados! ¡Venid todos!

SIIIIIIIIII

TODOS JUNTOS

A QUITARLES

ARREBATARLES

Frank pestañeó. Los demás miembros del equipo lo miraron como si él tuviera algo que ver con eso. Pero Frank no sabía una mierda sobre aquel giro de los acontecimientos.

Palideció.

¿Qué…? ¿Qué demonios estaba haciendo el jefe?

—¡Hermanos! —bramaba Brimstone—. ¡Es la hora de la acción! ¡Salid ahora mismo! ¡La Semilla del Mal está en la base militar Nuevo Horizonte, a veinte kilómetros al oeste de Brownlee, en el Estado de Nebraska! ¡Seguid la 83 en dirección sur desde Valentine! ¡Es fácil, hermanos! ¡VAMOS A RECUPERAR ESTO! ¡TODOS JUNTOS! —alzó los brazos y miró hacia arriba en un exaltado y drogado paroxismo de la entrega y la devoción—. ¡VAMOS A QUITARLES EL MAL Y DESTRUIRLO!

Los comentarios explotaron.

—Yo me voy de aquí —dijo Shawn de repente mientras se levantaba de la silla.

—¿Dón… dónde vas? —susurró el técnico, lívido.

—Esto os va a explotar en la cara —dijo, asustado—. Y no quiero tener que ver. No quiero pasar los últimos días en la cárcel federal.

—Cárcel federal —repitió el técnico, como si no entendiera.

Hubo otros que también empezaron a retirarse, retrocediendo lentamente, como si quisieran, simplemente, desaparecer en las tinieblas de la habitación. Sin que nadie lo notase.

Frank sentía que se iba a desmayar.

No comprendía qué estaba haciendo el jefe.

¿Estaba…? ¿Acababa de decir a casi cuatro millones de americanos que… que el presidente era un traidor? Lo había hecho. Y además los había emplazado para que asaltaran una base militar. Una base militar americana.

No entendía cuál era el truco en todo aquello…, no comprendía cuál era el plan. Y no comprendía por qué infiernos acababa de enterarse. Era el productor, por todas las llamas del averno; debía conocer esos detalles. Debía… aprobarlos.

«Se le ha llenado el cerebro de droga», dijo.

Ahora veía sus doscientos acres en Nueva Orleans convertidos en dos metros cuadrados, más o menos lo que debía tener una celda de seguridad en Guantánamo.

Tragó saliva y levantó los brazos.

—¡Parad! —dijo—. ¡PARAD LA EMISIÓN!

Pero, en ese momento, Ezekiel pasó zumbando a su lado sin

prestarle un segundo de atención. Frank se quedó inmóvil, como una estatua. Una estatua perpleja y patética, un homenaje al Hombre Estupefacto Que Acababa de Perderlo Todo. La gente, de todas formas, estaba saliendo de allí a toda prisa.

—¡PREPARAD MI COCHE! —gritó Brimstone mientras se frotaba violentamente la nariz—. ¡PREPARAD TODOS LOS COCHES! ¡NOS VAMOS! ¡NOS VAMOS A BROWNLEE!

Frank se dejó caer en el suelo.

Bueno, pensó. Ya estaba.

Ahí se iba todo.

A la mierda.

Capítulo 19

El grupo de comunicación

Habían acordado irse a descansar. Hammond y Chase no habían dormido en toda la noche y el resto apenas había podido descansar un par de horas. Había urgencia por llegar a alguna parte, por descontado, pero, en opinión de Phillips, era mejor abordar el día siguiente con energía. La siguiente fase era crítica; era, probablemente, esencial. Si emprendían la tarea de entrar en el elipsoide con la mente en una neblina producida por un cuerpo y una mente agotados, se cometerían errores.

Y no podían permitirse errores.

Chase, sin embargo, estaba demasiado inquieto como para dormir.

Le faltaba un dato en todo aquel puzle.

Algo que había dicho Hammond.

Easton había dicho que había estado mirando los canales de noticias por internet y que había descubierto lo mal que estaban las cosas. El mundo.

Chase decidió que no podría dormir sin saber de qué estaba hablando.

Se sentó en el ordenador de su dormitorio y empezó a buscar noticias. Mejor dicho, empezó a verlas; no tuvo que buscar nada porque las páginas principales de los motores de búsqueda habían sido sustituidas por un catálogo en vivo de acontecimientos. Noticias al minuto. Varias noticias cada minuto. Noticias que estaban pasando en todo el mundo, en ese mismo momento.

Se quedó sobrecogido, pero luego pensó que… lo que estaba pasando lo justificaba.

Era un acontecimiento global sin precedentes. Algo sobre lo

que se había teorizado en incontables obras de ficción. Algo con lo que la ciencia ficción había especulado tanto, que poca gente tenía ya que imaginar casi nada sobre… platillos volantes, alienígenas, invasiones extraterrestres. Eran un concepto tan claro y palpable como ir al banco a pedir un préstamo. Tan asentado en la mente colectiva popular como una invasión zombi.

«Por lo menos, los periodistas están trabajando», dijo, e inmediatamente pensó que… no podía ser tan malo como había dicho Hammond.

No debía serlo.

Al fin y al cabo, las naves no se habían comunicado aún.

No habían atacado.

No habían hecho nada de nada.

Empezó a leer.

Chase no se dio cuenta, pero las horas transcurrieron, una tras otra, mientras recababa información. Y a medida que leía, se deslizaba a cada vez más velocidad por un vertiginoso tobogán que conducía, inequívocamente, a la desesperanza.

Las noticias no eran malas.

Eran… peores.

El mundo se había detenido. Había caos por todas partes, a todos los niveles, en los trabajos más pequeños y en los más grandes. Casi todo el mundo parecía haberse convencido de que las ciudades flotantes representaban una clara amenaza y que era cuestión de tiempo que atacaran. Los centros comerciales, las tiendas, los bares, los talleres…, todo había sido completa y absolutamente devastado y el caos se estaba extendiendo a los hogares. La gente se robaba, los unos a los otros; se asesinaba sin que las fuerzas de la Ley y el Orden pudieran dar abasto para impedirlo. Las ciudades ardían: había un grupo religioso, muy extendido, que seguía a un chalado espeluznante, un reverendo televisivo. Decían que solo el fuego podía purificar. En algunos estados se hacían llamar… La Llama.

Chase tuvo una sensación extraña, de desasosiego, cuando leyó lo de La Llama, sobre todo porque en el margen derecho del texto había una foto en la que el único elemento destacable era…

el fuego. Un fuego intenso. Ardiente. Fuego de tonos rojos y amarillos. Le recordó los sueños que había estado teniendo. Y pensó que debía haberlo comentado con Phillips. Que aunque fuera una premisa extraña, hasta sobrenatural, podía ser quizá algo, dado que el sueño coincidía con el de Hammond.

En otros estados se ponían otros nombres: Los Ángeles de Brimstone, la Iglesia de los Humanos, y la sensación pasó, y la idea de comentarlo con Phillips acabó relegada a medida que leía. En todos los casos, no obstante, las premisas eran las mismas, un grupo endogámico con un único punto en común: si no estabas con ellos, estabas contra ellos.

Leyó rumores sobre una central nuclear en Alemania que, según las fuentes, había estallado por falta de atención. Los operarios que aún permanecían en la planta no habían sido suficientes para llevar a cabo las operaciones requeridas para mantener el reactor controlado. Pero eran rumores. Rumores no confirmados. Algo que una semana atrás hubiera sido el centro de atención a nivel global se había convertido ahora en unas breves líneas en el centro de un océano de noticias precipitadas, confusas, insoportables. Nadie tenía tiempo para confirmar si las ciudades ubicadas en su periferia estaban afectadas, si había radiación en el aire, cuál era el estado de todas las demás centrales en Alemania o en cualquier otra parte. Había casi quinientas centrales en todo el mundo, pensó Chase sobrecogido. Por el amor de Dios.

El rey de las noticias era, paradójicamente, la Desinformación.

Había un montón de notas periodísticas que se diría que habían sido arrojadas al Gran Retrete de los Informativos por un grupo de becarios que parecían haberse hecho con unos cuantos ordenadores conectados a los servidores de las agencias de noticias. Estas noticias hacían que Chase levantara una ceja. Unas decían que una tribu de alienígenas habían aparecido en una granja de Texas y se había llevado a todo el ganado, más de un millar de cabezas, después de haber asesinado a la familia que llevaba el negocio. En otra, un grupo de videntes aseguraba que los alienígenas estaban en contacto con ellos. Los alienígenas, que al parecer venían de un planeta llamado Corti Sona, exigían que los

seres humanos se reprodujeran con ellos para crear una nueva raza superior de Defensores de la Galaxia. Los descendientes serían evolucionados en unas cámaras especiales para que alcanzaran la edad adulta en unas pocas horas. Corti Sona. Fue la única vez que Chase no pudo evitar soltar una pequeña carcajada afligida y casi llorosa.

Chase podía (más o menos) identificar las noticias basura de las que no lo eran, pero, aun así, la proliferación de las primeras le producía terror. El mundo estaba lleno de gente con reconocidas carencias intelectuales, un mermado sentido común, una predisposición casi genética a creer esas patrañas y otras peores. Esos artículos sobre… abducciones, ataques marcianos, robos interestelares, esclavitud sexual… podían tener un impacto demoledor en la sociedad general. La gente tomaba decisiones basadas en esas noticias cuando llegaban a sus oídos. «Elon Musk abandona el planeta Tierra a bordo de un vehículo experimental para escapar a Marte. ¿Conocía Musk los detalles de esta invasión?». Decisiones terribles. Les hacía sentir miedo. Se rodeaban de armas. Disparaban a la cara a su vecino cuando acudían a su casa a pedir medicamentos. O agua.

Confusión.

Caos.

El mundo se estaba cubriendo de sangre. De fuego. De un terror global que la humanidad no había sentido en ninguno de sus múltiples periplos, en sus peores crisis.

Y lo más irónico era… que los extraterrestres no se habían pronunciado. Solo habían llegado. Habían llegado, nada más.

Ni siquiera… había conseguido encontrar una sola noticia sobre proyectos existentes para superar la crisis. No había leído nada sobre colaboraciones entre naciones. Esfuerzos conjuntos. Nada.

En la caja de comentarios en vivo, alguien había escrito: «¿¡Se va a retrasar la tercera temporada de *Betty Butterly* por esto!?».

Chase se retiró de la mesa, con lentitud. No podía más. No podía leer ni una línea más. Se tumbó en la cama, destruido y extenuado, un par de horas antes del amanecer.

Lo último que pensó fue…

Que no tenía ganas.

No sabía ya…, no podía decir…, no recordaba qué demonios había que salvar en aquel condenado planeta.

2

Phillips supo que habían estado consultando el estado del mundo en internet cuando los vio aparecer por la mañana.

Estaban pálidos. Abatidos. Agotados.

Sloane tenía los ojos tan pequeños y arrugados que parecía que se había echado el zumo de un limón.

Phillips era consciente de lo que ocurría. Estaba conectado a información privilegiada, en todo momento. Nadie del equipo se había dado cuenta, pero llevaba en el oído un pequeño comunicador por el que un servicio especial le transmitía noticias relevantes, directivas de sus superiores, todo tipo de información que era importante que conociera. Todo mientras hablaba, se sorprendía, escuchaba, trabajaba con el equipo de la Cúpula del Trueno (que ellos llamaban Grupo Interfaz) sin que nadie advirtiera nada. Phillips hacía eso posible porque lo habían adiestrado en técnicas que los traductores simultáneos utilizaban habitualmente para poder escuchar y traducir a la vez. Técnicas de división del discurso, técnicas de desarrollo de memoria a corto plazo y otros procedimientos. Pero nunca, jamás, había dejado que nada de lo que recibía por su comunicador permeara al equipo. Dios sabía que había intentado mantenerlos apartados de las miserias del mundo tanto como había podido, porque…

Los necesitaba atentos. Concentrados.

Optimistas.

Sobre todo optimistas.

Todo eso acababa de desaparecer, y chascó la lengua sin darse cuenta, como reprendiéndose. Debía haberlo calculado; que consultarían sus ordenadores cuando llegaran a su dormitorio, aunque solo fuera por lo que había dicho Hammond.

Ese había sido otro error.

Pero Phillips tampoco era de piedra.

Precisamente por todo lo que sabía, tenía quizá más miedo que nadie. Su único truco…, su único mérito, quizá, era parecer que seguía entero.

Pensó que necesitaba una buena noticia que compartir con ellos, algo que les levantara el ánimo. Pero…, lamentablemente, no disponía de ninguna.

Suspiró y se acercó al equipo con una especie de sonrisa.

—Buenos días, damas y caballeros —dijo—. ¿Han dormido bien? ¡Los necesito fuertes y concentrados, las cabezas despejadas sobre los cuerpos descansados!

—Más o menos —replicó Bill.

—Hoy tenemos por delante un día muy intenso —siguió diciendo Phillips—, sin duda. ¡Vamos a cruzar un umbral que nadie había sospechado siquiera que existía! El señor Hammond está recuperado, por cierto, y se reunirá con nosotros en cualquier momento. Me han comentado que está desayunando con verdaderas ganas.

—Bien —dijo Sloane—. Eso es… Eso es bueno.

—Sí —confirmó Sanz—. Bien por él.

Phillips seguía sonriendo, pero su primera impresión había sido acertada. Sus ánimos estaban absolutamente devastados. Eso quedaba patente en cada sílaba que habían pronunciado.

—Vamos a trabajar —dijo—. Acérquense, por favor.

Se acercaron. Phillips había dispuesto varios elementos sobre una de las mesas. A Chase le divirtió un poco la variedad que había allí, en particular, le llamaron la atención unos plásticos amarillos con diversos chismes prendidos. Dado que nadie más que ellos podía entrar en el nido, asumió que el propio Phillips había llevado todas esas cosas hasta allí, seguramente, a horas intempestivas para tenerlo todo a punto.

—En primer lugar —dijo, cogiendo uno de los plásticos—, estos son trajes NBQ de última generación. Una maravilla. Llevan aquí desde mucho antes que ustedes… La idea era usarlos antes de que Hammond decidiera interpretar al sargento McCane.

Chase confirmó que era una especie de traje estrafalario cuando lo extendió ante ellos. Lo había visto en las películas, por supuesto. Lo llevaban los médicos cuando había una pandemia y también los científicos cuando había un escape de un virus mutante en un avanzado laboratorio que, sin embargo, estaba lleno de probetas de clase de química en un colegio.

—NBQ significa… «Nuclear, Biológico, Químico» —siguió diciendo Phillips—. Proporciona protección contra todo eso, lo cual nos es muy útil. Material impermeable de alta resistencia. No se puede cortar, no se puede perforar, al menos, no fácilmente. Tiene un sellado hermético. Filtros de aire, máscara de gas y bombona de oxígeno. Espero que suponga una diferencia en el tema del mareo.

—¿No lo hay en rosa? —preguntó Sloane.

Phillips recibió la broma con satisfacción. Ese tipo de mecánica de grupo era lo que debían recuperar para mantener el ánimo.

—Lo siento, señorita Sloane —dijo con amabilidad—, tendrá que conformarse con blanco o amarillo.

—Espero que arregle el problema del mareo, sí —intervino Bill—. Porque si el traje es hermético, con ese visor en el casco, vamos a hacer un bonito cuadro abstracto si nos da por vomitar, como Hammond.

—Oh, dioses —dijo Sanz.

—Espero que no tengamos que llegar a eso —comentó Chase —. Entonces, ¿cuál es el plan?

—Bien —dijo Phillips—. Veamos. En primer lugar, vamos a atravesar la membrana y regresar al interior del artefacto. He pensado que dos de nosotros —levantó lo que parecía ser un arnés de seguridad en el aire—. Usaremos un método de seguridad que ya practicaban los antiguos marinos hace cientos de años, cuando se metían en cuevas submarinas buscando perlas. Ellos se ataban una simple cuerda a la cintura; nosotros usaremos algo parecido. Es un poco más sofisticado pero, en la práctica, sigue siendo el mismo principio.

—Un arnés de seguridad con una cuerda de escalada —dijo

Bill.

—En efecto —dijo Phillips—. Si alguien se desmaya ahí dentro, cosa que le podía haber ocurrido al señor Hammond…, solo tendremos que tirar.

—Buena idea —comentó Chase.

Sanz, a su lado, manifestó estar de acuerdo con un ligero movimiento de cabeza.

—Más cosas —dijo Phillips señalando los cascos—. Sistemas de comunicación. Son una especie de *walkie-talkies* convencionales. Los más básicos que he podido encontrar. Las baterías más sofisticadas que hemos probado parecen ser drenadas por el artefacto, pero, tal vez, las pilas convencionales tipo A, doble A o triple A aguanten la embestida.

Levantó una mano en el aire, con una pila sujeta entre el índice y el pulgar.

Sloane asintió.

—Buena idea —dijo—. Son pilas alcalinas…, es un principio diferente a las baterías de litio.

—¿Por qué son diferentes? —preguntó Sanz.

—Son pilas secas —explicó Bill—. La electrólisis interna se mantiene en estado sólido, o gelatinoso, pero no líquido.

—Técnicamente también hay un intercambio de iones…, que es lo que pensamos que estaba fallando —explicó Sloane—, pero… sí. Podría haber una diferencia.

Phillips asintió.

—Había pensado en una cuerda entre dos vasos de plástico —dijo Phillips—, pero quedaría fatal en el informe cuando… todo esto termine.

Sloane y Bill rieron, pero Chase apenas sonreía.

«Se está esforzando», pensó de repente, pensando en Phillips. Lo notaba en su repentino tono de humor. «Se está esforzando por levantar los ánimos. Por levantar la moral». Y, cuando comprendió eso, hizo un esfuerzo adicional por unirse al grupo participando de la risa.

—¿Algún otro… adelanto tecnológico revolucionario? —preguntó Bill con una ceja levantada—. No estamos recurriendo

precisamente a la tecnología más puntera. James Bond se reiría de nosotros…

Phillips asintió.

—Lo sé, señor Valve —dijo—. Pero… con la situación que estamos manejando, me temo que tendremos que usar lo que tenemos en la base, en estos momentos. Y poco más.

—Vale —dijo Sanz—. Traje. Walkies. Arnés… ¿Algo más?

—Sugiero hacer una primera tentativa —dijo Phillips—. Ahora mismo. Veamos cómo nos sentimos ahí dentro. Si todo va bien, los *walkies* funcionan, no hay desmayos ni asfixia, etcétera, intentamos dos estadios de misión. El primer estadio es reconocer el interior. Necesitamos un informe visual de todos los detalles que encontremos. Quizá a Hammond se le pasó algo por alto. Un símbolo en alguna parte. Alguna… característica. Él mismo admitió que no había tenido mucho tiempo.

—Entendido —dijo Sanz.

—El segundo estadio de misión es… intentar comunicarnos verbalmente. Establecer contacto. Señor Sanz, en cuanto a eso, ¿qué sugiere que intentemos?

Sanz sacudió la cabeza.

—Yo sospecho que esta especie lleva tiempo estudiándonos. Apostaría que tienen expertos que entienden nuestro idioma. Tal vez no lo hablen, eso depende de las características de sus… gargantas, si acaso tienen gargantas.

—Eso es —susurró Chase, asertivo.

—Sugeriría emitir sonidos simples. Sílabas sencillas. Afirmativas. Positivas. Quizá, *sí*. Y podemos probar con sílabas que encierren conceptos como *paz*. Es un sonido sencillo con un significado claro.

—Paz —dijo Sloane—. Muy bueno.

—De acuerdo —dijo Chase.

—Muy bien —dijo Phillips—. Si, después de un tiempo prudencial, no obtenemos respuesta alguna, salimos… y probamos a entrar de nuevo con los símbolos.

Chase pestañeó varias veces.

—Espere, Phillips —dijo Chase de repente, con tono de

alarma—. Me ha… Me ha venido una imagen espantosa a la cabeza.

—De… ¿de qué se trata? —quiso saber el director, ceñudo.

—Los símbolos —dijo Chase—. Sé que mencionamos que podíamos usarlos ahí dentro y nos pareció buena idea. Pero la última vez, conseguimos que el huevo se abriera…

—Así es —respondió Phillips. De repente, abrió mucho los ojos—. Ah. Entiendo —añadió—. Ahora… entiendo a qué se refiere.

Chase asintió.

—Espera —dijo Sloane—. ¿Qué quiere decir? No lo pillo.

—¡Claro! —dijo Sanz, dándose un golpe en la frente—. Qué estúpido…, cómo no le pensado antes.

—Chase se pregunta qué ocurrirá si usamos los símbolos con alguno de nosotros en el interior del artefacto —explicó Phillips—. Podría… podría cerrarse, dejándonos atrapados en el interior. Podría ponerse a girar, como aquella vez, y quizá en el interior se produzca también un centrifugado letal. Podría pasar cualquier otra cosa, de hecho.

—Podríamos acabar en el planeta de los marcianitos —dijo Sloane—. Comprendo.

—Tendremos que dejar esas pruebas para hacerlas fuera —dijo Chase.

—Sin duda —dijo Phillips—. Bien visto, señor Ward. Entonces…, designemos el primer grupo. Necesitamos dos voluntarios.

Sanz levantó la mano con rapidez.

—No sé por qué lo imaginaba, señor Sanz —dijo Phillips.

—Yo también —dijo Chase.

Phillips asintió.

—Está bien —dijo el director—. ¿Estamos todos de acuerdo con la designación del primer grupo?

Bill y Sloane asintieron.

—Vaya —dijo Bill, cuyo rostro seguía enrojecido como si hubiera tomado demasiado sol—. Caramba. No sé a vosotros, pero me tiemblan las piernas.

Nadie respondió, pero por algún motivo, Bill supo que todos entendían, perfectamente, a qué se refería.

3

El primer grupo estaba debidamente vestido y preparado ante la membrana. Tenían puesto el arnés de seguridad alrededor de la cintura y los muslos, como los escaladores profesionales, y el casco ajustado sobre la cabeza.

Chase respiraba emitiendo un sonido siseante y grave. Naturalmente, Bill pensó en Darth Vader y eso lo ayudó a mantener la llama de emoción asomando en sus ojos.

—¿La respiración bien? —preguntó Phillips.

Chase levantó la mano con el pulgar levantado.

—Lo celebro —susurró Phillips—. Ha pasado mucho tiempo desde que preparé uno de estos por última vez.

—¿Sanz? —preguntó Phillips.

Sanz confirmó que respiraba sin problemas.

—De acuerdo —dijo Sloane—. Veamos los *walkies*.

Encendió los aparatos y movió la rueda para asegurar el volumen.

—¿Me oís? —preguntó.

—Sí —dijo Chase a través de los aparatos—. La recepción es buena. ¿Se me oye bien?

—Se te oye bien.

—Aquí Sanz, probando.

—Se te oye bien, David.

Bill estaba tirando de la cuerda sujeta al arnés mediante sencillos mosquetones comunes. Sanz se giró, divertido.

—Me gustaría llegar al otro lado con todos mis genitales, Bill —dijo.

—Vaaaale —respondió Bill arrastrando mucho la palabra—. Comprobado.

Phillips dio un suspiro largo.

—Adelante, caballeros —exclamó—. ¿Quién va a entrar

primero?

—El viajero Chase Ward, de la tierra, va a entrar primero —dijo Sanz en tono de broma mientras experimentaba auténticas cosquillas en el estómago. Tenía la misma expresión que un niño de siete años a punto de subir a su primera montaña rusa de mayores.

—Luz verde —dijo Phillips.

Sanz y Chase intercambiaron una mirada de complicidad. Los dos eran conscientes de que se trataba de un momento al que volverían una y otra vez durante lo que les quedara de vida, si… si había alguna vida, por supuesto. Ambos sabían bien que existía un peligro notorio en dar ese pequeño paso. Un paso pequeño, sí, pero al mismo tiempo, un paso descabellado, inabarcable, cósmico. Sanz, de hecho, se sentía como Armstrong cuando pisó la luna en el sesenta y nueve. Peligroso, pero… de algún modo, estaban deseosos de darlo. No había, de hecho, nada en el mundo que les pudiera impedir continuar con sus intenciones de traspasar la membrana; esa puerta desafiante, intrigante. Alienígena. Iban a cruzar. En ese momento. Por fin, iban a ir a otro lado… fuera el interior del artefacto o un lugar remoto. Iban a ir a un lugar alienígena.

Chase traspasó la membrana.

4

—No, ahora no… —susurró Phillips de pronto. Su voz estaba embriagada de desconcierto y hasta cierto pesar.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Sloane, preocupada

Phillips sacudió la cabeza.

—Nada —dijo—. Continuemos… —y luego repitió—. Sigamos adelante.

Se acercó el *walkie* a su boca y accionó el botón.

—¿Chase? —preguntó.

Hubo un momento de silencio.

Sanz los miraba expectante. Estaba preocupado por Chase,

pero también estaba impaciente por entrar.

—Sí —dijo por fin la voz de Chase a través del aparato—. Estoy… estoy bien. ¡Estoy bien! Estoy respirando con normalidad. Eeeh… Vaya. No experimento… ningún mareo. Creo.

—¿Creo? —preguntó Phillips.

—Sí —dijo Chase—. No… Quiero decir. ¡Adelante!

Se miraron, aliviados y exultantes. No solo habían superado un escollo que podría haber sido de consideración, sino que, además, se alegraban de que el mareo que había experimentado Hammond fuera únicamente falta de oxígeno.

—Chase —dijo Phillips—. ¿Das luz verde para entrada de Sanz?

—Todo parece estar bien…, estoy bien. Adelante.

Sanz no tuvo que pensarlo más. Sin añadir o hacer nada, atravesó la membrana.

—Maldita sea —susurró Bill al verlo desaparecer—. Tenía que haberme presentado voluntario.

5

Atravesar la membrana era cuestión de un instante, era un proceso inapreciable, como si la membrana tuviera un grosor de un milímetro. Menos que eso. Para Sanz y para Chase fue, sin embargo, una sensación extraña. Chase no tuvo ninguna duda de que esa sensación había contribuido al mareo de Hammond, quizá debido a su edad, porque en un momento dado estaban en un lugar y al siguiente, en menos de un segundo, estaban en otro. Era, en cierto modo, como experimentar unas gafas de realidad virtual por primera vez.

Sanz pestañeó. Le empezaron a temblar las rodillas.

—Guau —soltó.

—¿Qué? —preguntó Chase—. ¿Qué ha…?

Sanz miró. Estaba en una especie de vacío negro de una extensión abismal, titánica, rodeado de paneles de una suerte de vidrio opaco que contenían símbolos. Esos paneles formaban

hileras que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, tanto horizontal como verticalmente, en todas direcciones. Sanz se sintió pequeño, minúsculo, mirando la inmensidad del espacio que se le sugería. Además, reconoció los símbolos en el acto: eran los mismos con los que él y Hammond habían trabajado. Algunos, de hecho, los recordaba vivamente.

Quiso decir algo, pero la sola visión de aquel despliegue resultaba, sencillamente, abrumadora. Si aquello era el interior del elipsoide y no un lugar diferente, desmarcado del lugar geográfico de la base…, era un buen truco de magia.

—¿Qué ocurre, Chase? —preguntó Phillips a través de su comunicador.

—Eh… Algo ha cambiado —dijo Chase.

—Chase…, los símbolos… —consiguió decir Sanz.

—Ya lo… veo… —dijo Chase—. Madre de… Vale. Dadme un segundo. Ya entiendo el mareo de Hammond.

—Caballeros. ¿Qué ocurre? —preguntó Phillips.

—Bueno —dijo Chase—. Ha ocurrido algo… extraordinario.

Sanz miraba a su alrededor, a uno y otro lado, también hacia arriba, tan superado como sorprendido.

—Está todo lleno de símbolos —dijo Sanz en voz baja.

—¿Símbolos? —preguntó Phillips.

—Pero hace un instante no era así —advirtió Chase—. Quiero decir… Cuando he entrado… la cámara que describió Hammond no estaba. Esto no era en absoluto una cámara.

—No es la cámara de Hammond —confirmó Sanz.

—No. Quiero decir… Tampoco era este lugar, Sanz —dijo Chase—. Esto no era así cuando entré yo. Ha cambiado… —se detuvo, pensativo—. Ha cambiado cuando… cuando tú has pasado por la membrana. Tiene… ¿tiene sentido?

Sanz lo miró, confuso.

—¿Cómo era ese lugar cuando estabas solo, Chase? —preguntó Phillips.

—Era…, bueno. Una especie de… planetario. Es lo que se me ocurre para describirlo. Pensé en un planetario. Una bóveda cuajada de estrellas en… movimiento. Sí. Seguro. Y una esfera en

el centro. Una esfera como la nuestra, André. Como era antes. Pero… solo la mitad. En el suelo. Me hubiera gustado prestar más atención a los detalles, pero… todo se ha ido. De repente.

—¿Cuando he entrado yo? —preguntó Sanz.

—Sí —susurró Ward—. Sé cómo suena, pero… intento ser preciso con mi experiencia.

—Está bien —dijo Phillips—. Me alegra ver que los dos estáis a salvo. Ha pasado un tiempo. Un minuto. Y estáis vivos, respirando, sin mareos…

—No exactamente sin mareos —dijo Chase.

—Explíquese —dijo Phillips preocupado.

—No creo que sea nada grave —se apresuró a decir Chase—. Es… No es fácil la… traslación. El cambio. Estás en un lugar y pasas a otro. Estaba acostumbrándome a ese cambio cuando todo ha cambiado de nuevo. Mi cabeza… lo rechaza. Un poco. Uno se siente extraño.

—Es extraño —confirmó Sanz—. Me pasa un poco lo mismo. Este lugar, amigos…, es inconmensurablemente… enorme.

—Es titánico —dijo Chase—. Estoy intentando contar las hileras de símbolos, pero se extienden hasta donde alcanza la vista, en todas direcciones.

—¿Hileras de símbolos? —preguntó Phillips—. ¿Puede describirlo un poco mejor?

—Son símbolos plasmados en lo que parece una lámina de vidrio —explicó Chase—. Puede que sea otro material. Pero parece vidrio. Tal vez plástico, metacrilato, etcétera. Solo puedo hablar de su aspecto.

—Chase —dijo Phillips—. Su voz se nota agitada, como si le faltara la respiración. ¿Está seguro de que quiere quedarse?

—Sí, sí —dijo Chase—. Es un proceso adaptativo. Estas hileras… no se puede describir hasta dónde llegan… Se hacen más y más pequeñas en la distancia. La próxima vez… tendremos que traer unos prismáticos.

—De acuerdo —dijo Phillips—. Sin embargo, podemos oír vuestra voz. Chase…, escucha. Los *walkies* eran un pequeño truco. Normalmente pueden cubrir varios kilómetros, pero en el último

sótano de este búnker, su alcance se reduce considerablemente…

—Va… vaya —exclamó Chase—. Eso es…

—Le aseguramos que lo que estamos viendo aquí… es demasiado inmenso —dijo Sanz—. No sé en qué lugar puede estar ubicado, físicamente…, pero… mencionamos que podría ser el interior de las ciudades flotantes. Phillips. Creo que este lugar no cabría en el interior de las naves.

—Entiendo —dijo Phillips—. Ya sé la respuesta, pero por confirmar… No hay formas de vida a la vista, ni seres humanos, ni visitantes…, nada.

—Correcto —dijo Sanz.

—Bien. Podemos pasar al siguiente estadio de misión. Intentamos la comunicación verbal.

—De acuerdo —dijo Chase—. Pasamos a voz.

Activaron el micrófono del casco y compartieron una mirada emocionada antes de proceder.

Sanz carraspeó brevemente.

—Sí —dijo.

El sonido se propagó por el espacio, ante ellos, con un eco diáfano que se extinguió con rapidez.

Esperaron, mirando en todas direcciones, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Sin embargo, no recibieron ninguna respuesta.

—Sí —repitió.

Ninguna respuesta.

—Paz —dijo Sanz.

Sanz repitió el proceso varias veces. Probó con varias palabras más. Probó con *humano*. Probó con sus nombres. Probó hasta que tuvieron bastante certeza de que no iban a recibir ninguna respuesta.

—Bueno —dijo Chase—. No íbamos a encontrar a la princesa en el primer castillo.

—Caballeros —dijo Phillips—. Llevan ahí dentro demasiado tiempo para mi gusto. Soy un hombre que prefiere ir poco a poco. Además…, mucho me temo… que hay algo que deben ver.

—¿Qué es?

—Salgan, por favor —dijo Phillips—. Lo más rápidamente que puedan.

Chase pensó en Hammond con un súbito ramalazo de preocupación. Pensó que… algo le había pasado. Una especie de daño colateral invisible, como la radiactividad que recibieron los bomberos en Chernóbil.

Pero se equivocaba.

6

Estaban delante del televisor del nido. Chase y Sanz se habían quitado el casco, pero aún tenían puesto el traje de protección. Dos bultos amarillos, como dos grandes bolsas de basura industrial en una sala, por lo general, blanca como un quirófano.

Phillips les había emplazado para ver el televisor. Se trataba de la operación militar en el Pacífico; le habían avisado por el pinganillo de que estaba produciéndose en esos momentos. Que incluso se estaba televisando, ya que la operación se había filtrado.

Phillips se sorprendió mucho. Muchísimo. Normalmente se enteraba de lo que iba a ocurrir con bastante antelación, porque saber las cosas anticipadamente era parte de su trabajo. La información era la única herramienta útil de la que disponían para seguir manteniendo una posición destacada en el terrible escenario internacional. No los helicópteros ni los tanques ni las bombas almacenadas en silos enormes: la información. La… inteligencia. El hecho de que esa cadena de inteligencia se hubiera roto… le decía muy a las claras lo mal que estaba la situación.

No estaba mal. Estaba… rota.

En la pantalla se veían ya los barcos militares congregados, desde los grandes portaviones del aparato bélico de Estados Unidos hasta las corbetas más pequeñas que se desplazaban de un lado a otro. En el cielo, ligeramente encapotado, escuadras de aviones patrullaban en formación, describiendo una serie de círculos a poca velocidad, por debajo de la ciudad flotante. La voz del presentador informaba de que estaban emitiendo en ese momento

la serie de mensajes que se habían programado, de tantas formas como se conocían. Señales de televisión, de radio, electromagnéticas, digitales usando dispositivos informáticos… y patrones de luces. El presentador quizá no lo hacía de manera intencionada, pero hablaba casi en susurros, como si estuviera en un concierto de música clásica. Una medida inconsciente, como si temiera que alzar la voz pudiera estropear aquel momento histórico tan decisivo.

—André —dijo Chase despacio—. Esto…, todo esto eso es un error.

—Lo sé, señor Ward —dijo Phillips ceñudo.

—¿No puede… detenerlo? —preguntó Sloane.

—Me halaga que me tenga en tan alta estima, señorita Harrison —dijo—. Pero no. No tengo esa capacidad. No puedo detenerlo. Ni siquiera podría ejercer algo de influencia. Esto se ha decidido arriba, muy arriba en la escala de mando.

Bill se llevó las manos a la cabeza y entrecruzó los dedos por encima de su cabello rubio.

—Esto no va a salir bien…

—Eh —intervino Sanz—. ¿Qué pasó con la teoría del… profesor ancestral? ¿De repente pensamos que son hostiles?

—Personalmente, por si quiere saberlo, no creo que sean… hostiles —dijo Phillips—. No sé para qué están aquí…, pero no creo que sea para aniquilarnos por el simple motivo de… aniquilarnos. Ya lo habrían hecho, sin duda. Pero lo que sí sé, señor Sanz, es que no son idiotas. Eso seguro. Si esos barcos y aviones pueden representar un peligro para los visitantes…, créame…, los destruirán. Lo hemos visto antes.

Sanz asintió.

—Lo que más me preocupa es esto —continuó diciendo Phillips, señalando el televisor—. Esto…, el hecho de que sea televisado, de que haya potencialmente miles de millones de seres humanos asustados, cuyas vidas han cambiado ya, quizá para siempre…, viendo en primera fila lo que va a pasar.

—Entiendo —susurró Chase.

—Si ocurre algo… como ese escenario que hemos dibujado…,

puede dispararse el caos. La gente de a pie va a pensar que ya nos han atacado. No habrá vuelta atrás. El que tenía dudas, se convencerá. El que tenía esperanza, la dejará caer. Si hasta ahora el mundo se ha convertido en un caos global absoluto con… pequeñas excepciones singulares, cuando ocurra eso, si ocurre, todo irá a peor. El hombre teme por su vida, damas y caballeros, y hará lo que tenga que hacer para proteger su círculo personal, por encima de cualquier otra consideración. Esa consideración, por supuesto, son todos los otros seres humanos.

Sloane dijo algo, pero nadie consiguió entenderla.

—Ha dicho… ¿pequeñas excepciones singulares? —preguntó Chase.

—Algunos países han conseguido mantenerse sorprendentemente apartados de la enajenación mental que asola al mundo. Están afectados, por supuesto, pero… según los informes, no tanto. Norte de Europa. Dinamarca. Noruega. Suecia. Finlandia. Curiosamente, son países conocidos por una larga tradición de educación de alta calidad.

—Vaya —dijo Sloane—. Espero que el Gobierno incluya un billete a uno de esos sitios cuando todo esto acabe.

Pero… todo eso…

Todo eso acabó en ese preciso instante.

Miraban la pantalla mientras hablaban y, de pronto, tuvieron la necesidad de parpadear. Algo había… cambiado. De repente. Tardaron un poco en comprender qué había ocurrido.

Phillips bajó los brazos, que había tenido cruzados sobre el pecho.

El cámara también debió detectar que algo había pasado, porque el *zoom* se movió hacia delante y hacia atrás, dibujando y desdibujando la imagen. Se cambió a otra cámara, que ahora mostraba solamente el océano, frío y azul, ligeramente encrespado y ajeno a lo que ocurría. Por fin enfocaron al presentador, que miraba a lo lejos con la mano en la frente.

—Johnny, ¿qué…?

Se giró, con el rostro revestido de sorpresa y estupor.

Una mano apareció delante de la cámara, moviéndose con

rapidez.

—Eh —balbuceó el presentador—. No…, no sabemos qué está pasando.

El plano cambió a un gran angular tomado desde una gran distancia, donde estaban los periodistas. Se veía el océano, las nubes bajas y, desdibujada por encima de ellas, la parte inferior de la ciudad flotante.

Pero no había aviones.

No había barcos.

Era como si estuvieran filmando otra parte del océano. Una zona distante, donde no ocurría nada.

—Que Dios nos proteja —susurró Phillips, pasándose una mano por la barbilla.

—¿Qué…? —empezó a decir Sloane.

—Han… ¿han desaparecido? —se preguntó el presentador, mirando alrededor como si acabara de haber nacido allí mismo, un bebé confuso que hubiera brotado del suelo—. La hostia… ¿Ha desaparecido… todo…? El Nimitz, las escuadras… ¿Están… viendo lo mismo que nosotros? ¿Es una especie de truco? No tengo palabras… Me dicen que control de tierra confirma que no hay contacto con el barco que… —miró a la cámara, los ojos muy abiertos—. Parece que… han… sido destruidos. Sí. Creemos que… De verdad que… ¿Lo están viendo? Mírenlo. Aquí, en directo…, todo el grupo de comunicación ha sido… evaporado. Ya no está. Ha sido… destruido.

Phillips cerró los ojos y los mantuvo así por un tiempo.

«Grupo de comunicación», había dicho el presentador.

Era estupendo.

Era lo mejor que podía pasar.

El mejor eufemismo para *grupo de ataque*.

—Estamos jodidos —soltó Bill.

Capítulo 20

El tiempo se agota

Habían pasado unos diez o quince minutos observando las reacciones de la gente, oyendo las opiniones de los expertos. Un tipo espeluznante con una nariz perfecta anunció al mundo que ahora, definitiva e inequívocamente, estaban en guerra.

—Se trataba, claramente, de una operación de contacto —decía un cargo público de la oficina del senador—, de presentación, pacífica y amistosa. Un acercamiento entre culturas diferentes. Les tendimos la mano. Les hemos permitido ocupar nuestro cielo y llenar nuestras ciudades, nuestras cosechas con la sombra que emiten… y nos han barrido. Sin ninguna amenaza, ningún acto de violencia previo, han destruido todos esos vehículos de la paz. Se ha confirmado que ninguno de ellos responde a los intentos de comunicación. Ninguno emite absolutamente nada. Han sido pulverizados, en el acto, en un gesto cruel y vandálico de ostentación de fuerza.

—No puedo creer lo que oigo —dijo Sloane.

Phillips apagó el televisor directamente pulsando en la pantalla; estaba demasiado enfadado para intentar encontrar el mando.

—No tenemos tiempo para esto —dijo.

—Veamos —dijo Chase—, hemos… descubierto cosas. El interior de la nave… no era como tú lo habías descrito, Hammond.

Hammond había recibido su alta médica y se había incorporado al grupo a tiempo de ver la catástrofe en el televisor. Había esperado un recibimiento un poco más efusivo, pero las circunstancias eran, lamentablemente, las que eran.

—¿Cómo? —preguntó Hammond.

—Cuando entré yo, la sala era una especie de planetario lleno de estrellas en movimiento. Sin embargo, eso cambió cuando Sanz entró. El lugar cambió a uno enorme, lleno de los mismos símbolos sobre los que habéis estado trabajando…

—En… ¿en serio? —preguntó Hammond—. Eso es… desconcertante.

—Tan desconcertante como que no hayamos podido establecer ninguna comunicación con los… visitantes —dijo Phillips—, que es de lo que… se trataba.

—Aún no, pero… estamos haciendo avances —dijo Chase.

—El mundo está haciendo avances, señor Ward —exclamó—. Pero en la dirección incorrecta.

—Deberíamos seguir investigando los símbolos que hay dentro del huevo —dijo Sanz—. Está claro que ellos están dispuestos a comunicarse.

—Deben pensar que podemos volar —opinó Sloane—. Dijisteis que los símbolos llegaban hasta el techo.

—No creo que hubiera… un techo ahí dentro —susurró Chase, pensativo. Pensaba en lo que había dicho Sloane…, había dicho algo significativo. Importante, quizá. Si los visitantes sabían cómo eran los seres humanos, sus capacidades, sus debilidades… y les invitaban a entrar, ¿qué sentido tenía construir una sala donde gran parte de los símbolos quedaban… demasiado altos, inaccesibles?

—No creo que… esos símbolos estén ahí para interaccionar con ellos —dijo al fin.

Chase explicó lo que se le había ocurrido y Phillips admitió que era una consideración razonable.

—Sin embargo, es lo único que tenemos por ahora —dijo Sanz.

—No es… lo único —dijo Sloane.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Phillips.

Sloane cambió el peso de su cuerpo de un lado a otro.

—Bueno —dijo Sloane—. Bill y yo… estuvimos trabajando sobre la composición del casco, si os acordáis. Sus debilidades, puntos débiles. Carencias. Tuvimos algunas ideas. Si va a haber

más muestras de hostilidad…, quizá el Gobierno esté interesado en nuestros avances en ese sen…

—¡Sloane! —protestó Sanz, interrumpiéndola.

—¡Qué! —exclamó ella—. Es una vía que hay que considerar.

—No vamos a entrar en guerra con ellos —dijo Sanz—. ¡Es ridículo! ¡Ya has visto lo que han hecho con todos esos barcos, los portaviones, los reactores!

—Quizá lo diga precisamente por eso —exclamó Sloane.

—¡Está bien! —dijo Phillips—. ¡Un poco de calma! No vayamos a pelear nosotros también. Ya tenemos suficiente ahí fuera. Vamos a seguir con los símbolos. Es, por el momento, lo único que tenemos.

—No es lo único —dijo Bill de repente—. No hemos explorado un camino.

—¿Qué camino?

—Bueno. La sala tenía un aspecto para Hammond, otro diferente para Chase y otro más para Sanz. Pero… ¿y el resto? ¿Entendéis por dónde voy?

—Sí —dijo Sanz, asintiendo con gravedad.

—Pues… tal vez el interior del elipsoide cambie por algún motivo cada vez que uno entra.

Se miraron, unos a otros.

—Eso es interesante —dijo Chase—. Sí, claro. Y aún más interesante…

De pronto, Phillips levantó una mano en el aire con brusquedad. Tenía la mirada perdida en el suelo.

—Un momento —anunció—. Un momento… Parece que tenemos aún más problemas.

—Qué… ¿Qué problemas? —quiso saber Chase.

Phillips los miró como desfallecido. Para ser un afrodescendiente, estaba bastante pálido.

—Están atacando esta base —soltó de repente.

Los centinelas que patrullaban el perímetro de la base advirtieron la humareda desde bastante distancia. Había llovido poco por la zona, desde hacía bastante tiempo, y muchos de los pastos estaban resecos y abrasados por el sol. Un coche que circulara a mucha velocidad a través de las colinas podía levantar una buena polvareda. Más de un centenar de vehículos, proporcionalmente, provocaban una columna de consideración.

Los centinelas avisaron a control, y control emitió una alerta de seguridad temprana. Varios vehículos con soldados armados salieron casi al instante rumbo hacia la humareda para averiguar de qué se trataba.

—Grupo de alerta temprana Uno —dijo una voz por el comunicador—, comunique situación.

—Control, nos estamos aproximando. Parece que… sí, confirmo que se trata de… un grupo numeroso de vehículos. Muy numeroso. Más de cien vehículos civiles diferentes. Desde aquí identifico varios camiones, tráileres de gran tonelaje, veo *pick-ups*, diferentes estados de conservación, colores, veo utilitarios de varias marcas. Hay un grupo de motos, sí. *Choppers*.

—¿Rumbo? —preguntó Control.

—Control…, van claramente hacia Inicio.

—Deténganlos —dijo Control—. Averigüen qué pretenden.

—Control, esperen… —dijo el oficial a cargo—. Hay algo más.

—Informe.

—Uno de los camiones que marchan en primer lugar, Control. Lleva una… Sí. Confirmo. Una cruz en llamas sobre la cabina. En llamas, seguro. Control, es casi tan grande como el propio camión.

Control se mantuvo en silencio unos momentos.

—Intercéptenlos —repitió Control—. Que cesen su avance. Bloqueo absoluto. Enviamos refuerzos.

—Entendido —dijo el oficial.

El oficial dio las órdenes a su equipo y avanzaron todavía unos cientos de metros hasta que giraron los vehículos para formar una línea de cierre. Los soldados descendieron y se colocaron con sus rifles apostados tras los vehículos. Algunos de los vehículos

tenían luces de emergencia instaladas sobre las cabinas, con señales de STOP de gran tamaño, levantadas con luces parpadeantes de alta intensidad. Allí, bajo la sombra de la ciudad flotante, destacaban como ascuas encendidas en mitad de una noche sin luna.

El oficial sacó un megáfono de su Jeep y avanzó unos pasos.

—¡ATENCIÓN! ¡ESTA ES UN ÁREA RESTRINGIDA! —dijo a través del megáfono—. HAN TRASPASADO LAS BARRERAS DE SEGURIDAD DE UNA BASE MILITAR. SE LOS INSTA A DETENERSE Y REGRESAR A LA ZONA PERMITIDA. DETENGAN LOS VEHÍCULOS INMEDIATAMENTE.

Se detuvo para calcular el avance de los vehículos. Ninguno había aminorado en absoluto.

—¡POR FAVOR, REGRESEN A LA ZONA PERMITIDA DE INMEDIATO! —Repitió—. ¡SUSPENDAN EL AVANCE DE INMEDIATO!

Los soldados se miraban con expresiones preocupadas. Estar allí con semejante despliegue de vehículos civiles ya era una situación inusual; estar allí bajo la presencia hierática y amenazante de la ciudad flotante que tenían justo encima.

—Maldita sea —masculló el oficial. Bajó el megáfono y tomó su comunicador—. Control. No parece que tengan ninguna intención de detenerse.

—Autorizado el uso de armas de fuego —dijo Control—. No los dejen pasar, oficial.

—Control, son vehículos civiles—exclamó el oficial—. ¿Han recibido esa parte?

—Recibido, Alerta temprana Uno —dijo Control—. Autorizamos uso de armas de fuego. No permitan que avancen hacia la base.

—Entendido —dijo el oficial.

«Madre del amor hermoso», pensó, mientras levantaba el megáfono con rapidez.

—ÚLTIMA ADVERTENCIA —anunció—. SI NO SE DETIENEN DE INMEDIATO, ABRIREMOS FUEGO. REPITO: DETÉNGANSE DE INMEDIATO O ABRIREMOS FUEGO.

Miró los camiones.

Ya estaban tan cerca que podía ver la cruz llameante con verdadera claridad; la velocidad del vehículo hacía que las llamas tremolaran hacia atrás como si estuvieran enfurecidas.

—A la mierda —dijo.

Se volvió, levantó el brazo e hizo unos símbolos con la mano mientras corría para ponerse a cubierto. El resto de los hombres asintieron. Se acomodaron detrás de los vehículos, preparándose para disparar.

El oficial llegó a su coche y activó el botón de un pequeño dispositivo que colgaba del salpicadero. Una locución empezó a sonar por los altavoces.

—ATENCIÓN, ESTE DISPOSITIVO ESTÁ PREPARADO PARA ABRIR FUEGO. ALÉJESE DE ESTA POSICIÓN INMEDIATAMENTE. SI ESTÁ ESCUCHANDO ESTO, ESTÁ INFRINGIENDO LAS…

Los camiones, los coches, seguían acercándose a buena velocidad. Algunos de aquellos camiones hicieron sonar sus bocinas, graves y pesadas como los lamentos de un dragón de fantasía.

El oficial levantó la mano.

Y, de repente, la bajó con brusquedad.

Los soldados empezaron a disparar, todos a la vez, y el sonido de los disparos se mezcló con el de la locución.

…SEGURIDAD, ALÉJENSE DEL DISPOSITIVO. OBEDEZCAN LAS INSTRUCCIONES DEL PERSONAL MILITAR. SU PRESENCIA AQUÍ ES…

Uno de los coches viró bruscamente a un lado y empezó a dar vueltas de campana, levantando una polvareda enmarañada con pequeñas raíces y trozos de tierra reseca. Dio dos, cuatro…, seis vueltas mientras el metal se hundía y cedía, y salió despedido hacia el frente cuando otro vehículo colisionó contra él. Un poco más allá, el conductor de una de las motos levantó los brazos y se cayó hacia atrás, perdiéndose entre el polvo. La moto siguió un par de metros y cayó derrapando. Fue aplastada por uno de los camiones que circulaba justo detrás. La banda horizontal de la cabina, diseñada para proteger del sol, decía: QUE DIOS NOS

BENDIGA.

Hubo otros vehículos afectados y varias colisiones; los cristales de muchos de los parabrisas salieron volando convertidos en pequeñas esquirlas. Pero el grueso de la formación seguía su avance. Eran muchos, como observó el oficial. Eran… muchísimas veces muchos.

«No van a detenerse», pensó.

Estaban ya demasiado… demasiado cerca.

Tampoco habían corregido el rumbo. No iban a rodearlos. Era sin duda una locura, pero… aquella gente iba a arrollarlos.

Miró a un lado.

Muchos de sus hombres estaban retirando los vehículos de contención, moviéndose marcha atrás y girando para alejarse. Otros corrían ya a unos buenos metros, sujetándose el casco con una mano, el fusil en la otra, poniendo terreno por medio.

—Joder —exclamó—. A la mierda.

Saltó del Jeep y echó a correr hacia un lado.

La locución siguió sonando

VIOLACIÓN GRAVE DE LA SEGURIDAD Y PUEDE PONERLES EN PELIGRO

hasta que el Jeep donde estaban instalados los altavoces fue arrollado brutalmente y la voz se ahogó entre crujidos metálicos.

3

Nadie había diseñado la base, realmente, para ser un lugar inexpugnable. Estaba en el centro de Nebraska, para empezar, y su propósito original había sido, únicamente, el de establecer un búnker de seguridad para el caso de un ataque con misiles, nuclear o no. Por lo tanto no contaba con un perímetro blindado con muros altos en su totalidad; en algunas secciones, se había emplazado un sencillo sistema de doble alambrada del cual se ocuparon los enormes camiones de transporte de mercancía, liderados por QUE DIOS NOS BENDIGA.

Las alambradas cedieron con una facilidad pasmosa y

acabaron arrancadas de sus cimientos de hormigón y esparcidas por el suelo.

El personal de la base respondió con fuego sostenido. Los primeros vehículos en acceder acabaron llenos de agujeros y terminaron por aminorar la marcha y detenerse a medida que el piloto dejaba de accionar el acelerador.

Uno de los soldados había descargado varias ráfagas contra un Chevrolet Cruze SW. El modelo de 2012, para ser exactos. Cuando lo vio detenerse bruscamente, pestañeó. Conocía el modelo porque su mujer conducía uno igual, solo que de un color cerezo apagado, algo castigado ya por la intemperie. Pero era un coche familiar, sin duda. Un…. puñetero coche familiar, espacioso y confiable, para que los niños y el perrito de la familia pudieran ir al centro comercial y cumplir con sus obligaciones como consumistas americanos.

La puerta acababa de abrirse, y una mujer de unos cincuenta años y algo relajada con el tema del peso había salido del coche con la mitad de la cara cubierta de sangre. Llevaba unos *leggings* verdes y una camiseta blanca de cuello barca. Y estaba ahí, en la base…

Cubierta de sangre.

El soldado se quedó inmóvil. Petrificado.

No se había hecho soldado para disparar contra señoras.

Soltó el fusil y levantó las manos sudadas y temblorosas, con el corazón encogido en el pecho.

—JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR CONDENARÁ VUESTRAS ALMAS —gritaba un hombre que se había encaramado al techo de su coche. Llevaba una larga barba canosa y un chaleco vaquero de un azul desvaído. El soldado había visto tipos como él por todas partes. En los supermercados. En bares. Por la calle. Apenas había terminado de decir la frase cuando un disparo le destrozó la cara. La convirtió en un espanto rojo, sanguinolento, irreconocible. Fue arrojado por el impacto y lanzado por el aire hasta caer al suelo, convertido en carne triturada con un chaleco vaquero.

El soldado empezó a llorar. Ni ese día, ni ningún otro, volvió a disparar ningún arma.

La base empezó a llenarse de coches. De camiones. De motos. Algunos de aquellos tipos llevaban armas de fuego: pistolas, sobre todo, pero también escopetas, rifles de caza y también algún arma automática que escupía balas a un ritmo desenfrenado. Y una cosa estaba clara, por muy entrenados que estuvieran, no había soldados suficientes para hacer frente a aquella marabunta inesperada.

Los tráileres abrieron sus compuertas para dejar salir a montones de ciudadanos. Los coches se detenían en cualquier parte y sus ocupantes abandonaban su interior. Abrían los maleteros y sacaban bates, palancas de hierro, tablones largos que sujetaban con ambas manos; pero también cajas de cartón, cajas comunes de cadenas comerciales populares como Walmart o Amazon, donde había diversos envases de cristal, cubiertos con pañuelos y telas: cócteles molotov caseros que impregnaban con bidones de gasolina. Empezaron a usarlos contra cualquier cosa que estuviera anclada al suelo, desde cabinas de control, casetas, y… las ventanas de los pisos bajos de los edificios.

Brimstone se encaramó a uno de los tráileres para ver mejor la situación. Estaba cubierto de sudor, la chaqueta que le definía como reverendo estaba sucia y hasta algo tiesa por las sales del cuerpo que había recibido en oleadas desde hacía ya unos días.

Había cuerpos caídos, coches volcados, había fuego llameante, purificador, esparcido por todas partes. Había un grupo de gente que acarreaba cadáveres a una pira de fuego y rezaban un cántico alrededor, cogidos de la mano y meciéndose mientras miraban al cielo, los ojos en blanco por el trance de la mistificación sublime de la entrega y la devoción.

Otro grupo estaba sacando gente de uno de los edificios. Personal de la base, algunos de ellos simples administrativos. Los arrastraban fuera, tirando de ellos por los cabellos o por la ropa. Algunos pataleaban y se estremecían, presas del pánico, pero otros parecían ya muertos: la ropa cubierta de sangre, el rostro convertido en el antiguo vestigio de un rostro humano, desaparecido por las lascas de carne que habían saltado en cualquier dirección. Los exponían a la exangüe luz del atardecer y

allí los condenaban al infierno en juicio sumario por gracia de contundentes patadas en el cuerpo, golpes proporcionados con todo tipo de armas blancas.

El suelo de la base se convirtió en una aborrecible y execrable pesadilla borgoña.

A Brimstone le importaba una mierda aquella violencia, aquellos asesinatos. La gente que moría de maneras horribles, quemados vivos, con dolor. Estaba mirando alrededor intentando averiguar algo. Intentando descubrir dónde. Dónde tenían… aquella bola negra que había salido en las fotos del periódico.

Dónde estaba.

Y miró y miró mientras resonaban los disparos, los cristales rotos, los gritos y el motor de los moteros que aún circulaban de un lado a otro aullando por la gloria del Señor, hasta que divisó algo.

Una puerta.

Una puerta redonda, enorme, inmensa, cruzada por barras metálicas, alta y ancha como para dar cabida a un autobús, y con todo el aspecto de ser la puerta de seguridad de un importante banco del centro-este americano.

—Ahí es —susurró.

Y miró hacia arriba, hacia el cielo, esperando que Dios le devolviera la mirada, pero solo vio la delirante superficie de la ciudad flotante alienígena. Pero no le importó. Cerró los ojos y creyó sentir Su Amor infinito, inabarcable, inconmensurable, cayendo sobre él como una cascada. Y se sintió renovado, bendecido. Se sintió

DESIGNADO

Él era su Palabra y también su Puño.

Y como dando una confirmación providencial a sus delirios, alguien entre la multitud que se arremolinaba alrededor lo reconoció, encaramado en la parte superior del camión, y lo señaló mientras advertía a los demás.

¡ES ÉL! ¡ES ÉL!

¡EL REVERENDO!

¡EZEKIEL NUESTRO PROFETA!

¡BRIMSTONE SALVADOR!

DINOS QUÉ HACER, OH SALVADOR SEÑOR
GUÍANOS

Y Ezekiel, gravitando entre los abismos de la cocaína y el ego desbocado, señaló a la puerta enorme y exclamó:

—Abridla.

La masa rugió y le aclamó, enfervorizada.

4

—¿Qué? —exclamó Sloane.

Phillips acababa de soltar la noticia de que la base estaba siendo atacada y todos le miraban con los ojos muy abiertos.

—Los… ¿extraterrestres? —quiso saber Bill, señalando al techo.

—No, no —se apresuró a decir Phillips—. Un grupo de civiles.

—Jesús —dijo Bill—. Creí que…

—¿Es grave? —preguntó Phillips.

—No lo sé —mintió Phillips—. Ya veremos. Lo que podemos hacer es… continuar con lo que estamos haciendo. Ya sé que les prometí un año de investigación. No deberíamos estar en esta situación… probando cosas al azar, siguiendo intuiciones más que métodos científicos, pero… es lo que tenemos.

—Y no tenemos mucho tiempo —añadió Chase, citando una frase que, tristemente, empezaba a ser muy popular en Centro Horizonte.

Phillips inclinó la cabeza, visiblemente alicaído.

—Cada vez menos —susurró.

5

Un poco más tarde, en el sótano B4, las cosas se habían vuelto acuciantes. Ni siquiera Bill tenía ya inspiración para soltar bromas, aunque se sentían tranquilos, a pesar de las circunstancias. Estar cerca de la membrana y mirarla aunque fuera casualmente, de vez

en cuando, tenía ese efecto relajante que ya habían comprobado anteriormente. Los mantenía enfocados, aún sin que se dieran cuenta.

Chase salía del elipsoide en ese momento. Phillips y Sloane se habían vestido ya con el equipamiento completo.

—¿Lo mismo? —preguntó Phillips.

Chase negó con la cabeza.

—No —dijo—. Los símbolos han desaparecido. Es el planetario de nuevo.

—El planetario —dijo Phillips, pensativo—. Qué… curioso. Demasiado curioso, quizá. Sanz, ¿puedes entrar un momento? Quisiera… comprobar algo.

—Naturalmente.

Chase se echó a un lado y Sanz cruzó la membrana. Salió en solo unos pocos segundos.

—Son los símbolos —anunció.

Phillips pensaba, la mano sobre la barbilla. Últimamente no había sido muy exhaustivo con el afeitado y rascaba bastante al tacto.

—Así que… ¿cada uno va un sitio concreto? —preguntó Bill —. ¿Qué… sentido tiene? ¿Hay una configuración determinada para cada persona en este… planeta?

—Eso es demasiado loco —dijo Sloane—. Incluso para ti, Bill.

—No lo sé —admitió Sanz, y luego repitió—. No lo sé.

—Vamos a… probarlo —dijo Phillips colocándose el casco—. Voy a entrar. A ver qué se ve ahí dentro.

Esperaron mientras Phillips hacía los ajustes y comprobaciones, y cuando hubo completado el cierre y empezó a respirar el oxígeno del traje, se giró hacia la membrana. Parecía que iba a entrar pero se detuvo.

—¿Qué ocurre, André? —preguntó Sanz.

—Un… Un momento, caballeros —dijo—. Para ustedes puede ser ya una operación rutinaria. Saltar a un lugar desconocido, inexplorado. Quién sabe si en este planeta, en esta galaxia o en esta… dimensión, para el caso. Para mí todavía es algo nuevo. Soy mejor director de operaciones que piloto de pruebas. Pero en fin.

Allá voy.

Sloane sonrió.

—No me lo mistifique —dijo—. Yo voy después de usted y ya me estaba pareciendo tan normal como ir a un Burger King.

Phillips cruzó.

6

La titánica puerta estaba, naturalmente, cerrada, y no tenía aspecto de que fuera a ceder ni con un millón de paquetes de explosivo, C4, o lo que pudieran encontrar por la base.

Ezekiel se había acercado, rodeado de gente que lo miraba con absoluta fascinación. Algunos tenían la ropa y las manos manchadas de sangre. A otros, una ristra de gotas rojas les cruzaba el rostro de lado a lado.

Miró a la puerta con la cabeza inclinada.

—Pases —susurró—. Eso es. Alguien debe tener un pase, en alguna parte, seguro. Una tarjeta. Un identificador. Una puñetera llave de acceso.

Sus palabras empezaron a propagarse entre el gentío.

—¡Buscar entre los cadáveres! —gritó alguien.

—¡Registremos las oficinas! —gritó alguien más.

—¡Vamos! ¡Moveos! —decían otros.

Ezekiel se quedó mirando la puerta mientras la masa enfervorizada se repartía para trabajar.

Una señora con el cabello teñido y una gorra roja se acercó a Brimstone con la cara constreñida por una visible emoción.

—Reverendo —le dijo, balbuceante—. Lo amo.

—Yo también te amo, hermana —respondió Brimstone al instante. Su sonrisa era resplandeciente. Triunfal.

—Lo amo, reverendo —dijo alguien más.

Ezekiel se dio la vuelta, sonriendo.

—Os amo a todos, hermanos.

Empezaron a hablarle todos a la vez.

REVERENDO

SU AMOR
SU GUÍA
SU LUZ
GRACIAS REVERENDO
AMOR REVERENDO HERMANO

A Ezekiel no le importó esperar a que trajeran cuantos pases y tarjetas pudieran encontrar. Porque su destino era localizar la Semilla del Mal, exponerla a la luz. Destruirla. Y eso llegaría, en un momento u otro, tarde o temprano. Llegaría.

Había más dudas de si el sol saldría mañana por el este o el oeste, de que él triunfaría en su divino propósito.

LO AMAMOS REVERENDO
REVERENDO LA
GLORIA DE
AMOR

Extendió los brazos y dejó que el Amor de sus hermanos le inundara.

Estaba empezando a necesitar un poco más de coca.

7

—No sé lo que estoy viendo —informó Phillips a través del comunicador—. Pero… sinceramente. No creo que esto sea nada parecido a lo que han encontrado ustedes.

—Algo nuevo —dijo Chase, animado.

—¿Puede tratar de describirlo? —preguntó Sanz.

—Déjeme intentarlo —pidió Phillips—, pero no va a ser fácil. Veamos. Estoy viendo… tres grandes bloques delante de mí. Uno central frente a mí, más grande. Los otros están a cada lado. Son alargados, muy grandes. Ahora imaginen… un montón de protuberancias, formas geométricas, hendiduras…, ranuras, en cada uno de estos bloques. ¿Me siguen hasta ahora?

—Diría que ha acabado usted en un museo de arte abstracto —dijo Sloane.

—Algo parecido, sí —dijo Phillips—. Es acertada su

comparación. Todo tiene el mismo tono. Es gris. Gris como la resina de una impresora 3D. Eso parece.

—¿Qué cree que es? —preguntó Chase—. ¿Puede aventurar algo? ¿Qué le sugiere lo que ve?

—Me sugiere… —exclamó Phillips—. Vaya. Un segundo. Creo que tenían razón con lo del cambio. Afecta un poco. Tengo oxígeno puro directo a los pulmones y aún experimento fatiga al hablar. Sin embargo, no aprecio… presión ni diferencia alguna en la gravedad que me afecta.

—Sí —dijo Chase—. Tómese su tiempo.

—No nos queda demasiado, Chase —recordó Phillips—. Me preguntaba qué me sugiere. Mmm. Puede que me haga pensar en… control. Hay cierto orden en todos estos cachivaches que veo ante mí. Es agradable. Asimétrico pero armonioso de una manera que no puedo definir. Soy un hombre que se viste por los pies… y lo que veo aquí me despierta una sensación de…

—Control —dijo Sanz—. André, ¿puede ser eso un… panel de control?

—No lo sé —admitió Phillips—. No parece… accionable. No parecen partes mecánicas. Pero…, admitidamente, no podemos pretender comprender o imaginar cómo sería un panel de control construido por una civilización alienígena.

—Quizá… —aventuró Sanz—, siempre hemos hablado de especies extraterrestres…, pero ¿y si estuviéramos tratando con… máquinas? En los últimos años hemos hecho importantes avances en inteligencia artificial…

—No hay ninguna inteligencia artificial en nuestras inteligencias artificiales —se apresuró a decir Bill.

—Vale —dijo Sanz, sonriendo—. Pero… no nos desviemos. Decidme, ¿no es lícito pensar que una raza extraterrestre pudiera haber desplegado… sondas como esta o como la flota de naves, dotadas de altos niveles de automatismo informático?

—Es plausible —dijo Phillips a través del comunicador después de unos instantes—. Pero… ¿a dónde quiere ir a parar?

—No lo sé —dijo Sanz—. Estamos buscando la… comunicación con seres, pensando en seres, seres con capacidades

empáticas con los que dialogar… y a lo mejor solo son procesos informáticos… robotizados. A lo mejor no podemos contactar con ellos. A lo mejor están diseñados para acometer una función, sea la que sea que los ha traído aquí, y no es posible alterar esa función. Aunque consigamos contactar con ellos, tal vez no sea posible razonar o convencerles de nada. Lo que tengan pensado hacer… lo harán.

—¿Está diciendo que… abandonemos? —preguntó Hammond —. ¿Qué… qué está sugiriendo?

—Está abriendo posibilidades, solamente —intervino Sloane —. Y no es… descabellado.

—En todo caso —aventuró Chase—. Si se trata de máquinas operando con procesos automáticos, quizá eso nos sea favorable. Las máquinas pueden operarse. Sus funciones pueden cambiarse. Lo que hacen… puede averiguarse, con exactitud. Las personas no pueden ser leídas tan fácilmente y sus motivaciones están enredadas en un montón de fundamentos psicológicos que pueden ser muy complicados. Por no hablar de la mente de una especie alienígena que ni siquiera hemos visto todavía.

—Ojalá tuviéramos tiempo para intentar encontrar datos que apoyen esa teoría, Chase —exclamó Phillips—. Pero…

Se interrumpió.

—Un momento —siguió diciendo—. Acabo de darme cuenta de que… Voy a salir.

Phillips apareció a través de la membrana y se quedó quieto, inmóvil, como si escuchara una voz lejana.

Estaba recibiendo información por el comunicador de su oreja.

—De acuerdo —dijo despacio—. De acuerdo…

—¿Qué ocurre, André? —preguntó Hammond—. ¿Se encuentra bien?

—No, Easton —dijo—. Estoy a mil kilómetros de estar bien. Parece que hay evidencias de que Corea del Norte, quizá debido a lo ocurrido en el Pacífico, podría estar preparando… un ataque nuclear.

—¿En serio? —preguntó Sloane.

Chase agachó la cabeza.

—Por Dios, André —exclamó al fin—. Tienen que… detenerlos. ¿Un ataque nuclear? Eso podría tener unas consecuencias… catastróficas. Obviando la posible repercusión por parte de las ciudades flotantes… la radiación en el aire…

—Exacto —dijo Bill.

—Como comprenderá —añadió Phillips—, no creo que vayan a lanzar los misiles nucleares sobre las ciudades que están encima de sus ciudades. Las lanzarán en otro sitio.

—No pinta bien —dijo Hammond—. No pinta nada bien.

Sloane iba a decir algo, pero el teléfono de la sala, que la mayoría ni siquiera había visto, empezó a sonar.

Phillips corrió hacia él, quitándose el casco por el camino y dejándolo caer al suelo; descolgó el aparato con el cuerpo erguido, casi marcial.

—Señorita Patel —dijo.

Chase compuso una expresión de sorpresa. ¿Se refería a la secretaria adjunta Patel?

—Sí —decía Phillips—, entiendo. ¿Qué se sabe de los atacantes?

Se miraban unos a otros mientras Phillips hablaba. Sloane tenía la mano en el pecho.

Una posible invasión extraterrestre, misiles nucleares, civiles atacando una base militar… No hacía tanto estaba conduciendo hacia la universidad con la ilusión de tomar un buen desayuno y dar una charla sobre materia oscura. Y tal vez almorzar con su amigo Albert, charlar un poco sobre lo que iba bien y lo que iba mal en el mundo. Cómo… ¿Cómo se habían podido torcer tanto las cosas, en tan poco tiempo?

Era como si, cada vez que avanzaban un poco en la buena línea de la investigación, el destino se sacara otra carta de la manga que bloqueaba su jugada.

—¿Han pedido refuerzos? —preguntaba Phillips, y al cabo siguió hablando—. Entiendo… No, Patel, permanezcan escondidos. No abandonen ese lugar. Es una orden. Y no vuelva a arriesgar la vida para informarme. Eso… también es una orden. Buena suerte,

Patel… —se quedó callado unos instantes y susurró—. Yo también la tengo en alta estima. Tenga valor. Volveremos a vernos. Adiós.

Colgó, con el rostro contraído por una especie de reflejo de rabia. Chase tuvo que admitir que jamás le había visto esa expresión.

—Por el amor de Dios —dijo Sloane con la voz temblorosa—. Hable, André.

—Esos civiles enloquecidos… Han tomado la base. Se han hecho con ella. Ahí arriba hay… muerte y destrucción por todas partes.

—Cielo santo… —susurró Hammond.

—La han rendido —continuó Phillips—. Están avanzando rápidamente por este subterráneo.

Todos se miraron, sorprendidos y asustados.

—Pero ¿cómo ha ocurrido? —preguntó Bill, atónito—. Esto es una base militar… no un supermercado cutre con alambradas hechas con carritos de compra en una película de zombis.

—No sabría decirle, Bill. No es cómodo para un soldado que no ha entrado nunca en combate real, como la mayoría de los hombres en esta base, enfrentarse con munición real a una masa de población civil. Son mujeres y hombres avanzando hacia ti, vestidos como tus vecinos, como tus amigos, como la gente que te atiende con una sonrisa cuando compras un café en un puesto de la calle. En esas circunstancias… el enemigo puede ser más formidable que unas escuadras de tanques y seis batallones de infantería.

Todos asintieron. Comprendieron, con bastante exactitud, a qué se refería.

—¿Es grave? —quiso saber Bill.

—Podrían… podrían atravesar esa puerta en cualquier momento —informó Phillips.

—Jesús —soltó Bill.

—Sí. Eso es más apropiado de lo que cree, Bill. Esa gente que intenta llegar hasta aquí son fanáticos religiosos liderados por un predicador televisivo que lleva arengando a la población desde que empezó todo este asunto.

Miró la membrana, pensativo, con un aire casi nostálgico.

—En estos momentos —siguió diciendo—, parece que nuestro mejor movimiento es… mirar esta cosa. Hace que uno se sienta mejor.

Pero Chase estaba pensando. Pensaba a gran velocidad. Lo que había dicho del predicador había puesto en funcionamiento los mecanismos de su mente.

—La Llama —susurró al fin.

Hammond dio un respingo.

—¿Cómo dice? —preguntó Phillips, con los ojos entrecerrados.

—Los sueños —dijo Chase—. Hammond y yo hemos estado soñando con fuego. Una especie de… concentración de lava en movimiento. Es una imagen potente, muy visual, concentrada. Vívida. Y recurrente. Hammond, ¿cuántas veces ha soñado con eso?

—¿Han estado tocando el artefacto? —preguntó Phillips.

—Esperad —dijo Sloane en voz baja—. He estado soñando lo mismo. Lava. Fuego. Y sí…, he estado tocando el artefacto, como usted dijo, André…, al menos hasta que las cosas empezaron a desmadrarse.

Bill y Sanz levantaron la mano casi a la vez.

Era evidente que estaban en el mismo barco.

Todos.

Chase los miró, uno a uno, mientras Phillips se pasaba la mano por la barbilla, sumido en pensamientos.

—Vaya —dijo Hammond—, esto sí que es… interesante.

—Yo también he estado soñando con… fuego. Con lava en movimiento, sí, evolucionando como agua en movimiento en un contenedor no muy grande.

—Sí —dijo Bill.

—Vale… —dijo Sanz, perplejo—. ¿Cómo no hemos… hablado de esto antes?

Sloane se encogió de hombros.

—Porque son sueños, David —dijo—. No existe una… pseudociencia… más abstracta, imprecisa, vaga, que el análisis de

los sueños. Quizá debiera haber contratado a unos psicólogos, André. Tal vez nos hubieran podido decir que sentimos deseos sexuales hacia nuestros primos.

—No —dijo Sanz—. Sin… ¡sin duda debe ser algo! ¡Una pista! ¿Todos hemos estado soñando con fuego, no una, sino repetidas veces? ¿No hay un patrón en eso?

—Es complicado —admitió Chase—. Pero a esta ecuación hay que sumar otra variable que es todo menos perentoria… Cuando estuve recabando información en internet, leí sobre ese reverendo televisivo. Su grupo se hace llamar… La Llama.

—Que me jodan —soltó Bill.

—La Llama —repitió Hammond.

—Está bien —dijo Phillips con tono de verdadero hastío—. Tenemos una amenaza nuclear en ciernes y un grupo de asesinos dirigiéndose hacia aquí… ¿Es a esto a lo que queremos dedicarnos? ¿Nuestro último esfuerzo va a ser en este ámbito?

—No por mi parte —dijo Sloane—. André, ¿la puerta de seguridad que bloquea la entrada y la salida al exterior aguantará? ¿Cómo… cómo estamos, realmente?

—No lo sé, Sloane —dijo—. La gente es… ocurrente, en estos casos. Hay retroexcavadoras en la base. De las grandes. Podrían usarla para hacer saltar el túnel que hay detrás, y ese tramo es susceptible de ser abierto mediante explosivos, de los cuales… también hay en la base.

—Mierda —soltó Bill, dando vueltas sobre sí mismo.

—También hay pases de seguridad que activan la puerta —continuó diciendo Phillips—. Podrían hacerse con algunos, fácilmente. Se me ocurren muchas maneras mediante las cuales podrían plantarse en esta sala. Los centinelas de fuera podrán contener a los primeros en llegar, por ejemplo, pero, si hablamos de cientos de civiles, podrían… —asintió con aflicción— superarlos rápidamente.

—Entiendo —dijo Chase.

Se quedaron en silencio unos momentos, valorando la situación.

—Está bien —dijo Chase al fin—. Entonces…, ¿qué

intentamos en último lugar? Aún podemos intentar algo. No hemos llegado hasta aquí para… fracasar.

—Estoy con Chase —dijo Bill.

—André —dijo Sanz—. Usted dijo que su habitación, dentro del elipsoide, parecía un panel.

—Algo parecido —admitió.

—¿Y si intentamos… accionarlo?

Phillips consideró la idea de Sanz por unos instantes.

—Digamos que lo hago —dijo con suavidad—. Podría volver a entrar y empezar a interaccionar con el panel. No son precisamente botones, no son palancas ni válvulas. Ni siquiera es un teclado. Son formas geométricas, protuberancias, círculos con… rayas. La única opción es empezar a tocar cosas. Al azar. Sin saber nada. Sin información. Podría no pasar nada o podría provocar alguna reacción, que supongo es el objetivo y, por lo tanto, el mejor escenario. Pero en ese caso…, señor Sanz, ¿quién demonios podría decir lo que provocaría? Un panel de control de un artefacto alienígena o incluso de una de esas naves, dado que existe la posibilidad de que estén vinculadas…, podría… hacer aterrizar esas naves sobre nuestras cabezas. Sobre nuestras ciudades. Prácticamente sería condenar el mundo. Podría activar el famoso Rayo de la Muerte. Podrían pasar tantas cosas que…, si quiere mi opinión, es una medida desesperada.

—¿Quiere más desesperación? —preguntó Bill con una repentina voz aguda—. Tenemos misiles nucleares, tenemos una pandilla de locos religiosos que han llegado hasta aquí asesinando… Qué… ¿qué más necesita?

—Bill —dijo Phillips con suavidad—. Tenemos que…

Se interrumpió.

—Más cosas no —dijo Sloane de repente.

Pero Phillips la miró, los ojos entrecerrados.

Y supieron que…

Supieron que sí eran más cosas.

—Pongan… Pongan el televisor —dijo Phillips con la voz rota.

Capítulo 21

La Llama

Theodore Lavoie dejó caer la caja que estaba transportando, súbitamente sobrecogido. El contenido se esparció por la nieve sucia y mil veces pisada, endurecida y resbaladiza. Vieja, por supuesto, porque, debido a las naves, ya no nevaba. Varios paquetes de arroz, al menos seis paquetes de fideos, un saco de harina común.

Se llevó las manos a los oídos.

Había un ruido espantoso en el aire, como el de una turbina o una depuradora de agua. Era fuerte, espeluznante. Una vez estuvo cerca de una desalinizadora y hacía un ruido similar, pero no tan…

No tan fuerte, por el amor de Dios.

Lo sentía en el pecho, en el corazón, vibrante.

Pensó que le iba a taladrar los oídos.

—¡SAM! —gritó—. ¡SAMUEL!

No sabía qué narices había hecho el viejo estúpido de Sam, pero no había nadie en más de treinta kilómetros de gloriosa y eterna nieve canadiense, así que… algo debía haber hecho.

Si se había cargado el generador le iba a dar con su estúpida guitarra en la cabeza hasta que se muriera el último abeto del bosque.

—¡SAM, COÑO!

Samuel salió de la cabaña, vestido con su pijama de una pieza. Tenía la zona de la barba llena de espuma de afeitar.

—¡SAM! ¿QUÉ HAS HECHO?

Sam lo miró perplejo y, rápidamente, miró hacia arriba.

«Qué coño hace», pensó Theodore, pero al verlo allí, mirando hacia el cielo, comprendió.

Levantó la mirada hacia la ciudad flotante que tenían encima, y dejó que la boca se le abriera sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

El sonido venía de arriba, sí.

De las naves espaciales. Del platillo volante.

Y algo había cambiado.

Estaba como…

«Electrificada», pensó. Había arcos voltaicos recorriendo su superficie, aparecían de repente como de la nada, se movían caprichosamente por la superficie y desaparecían. Estaban por todas partes. Era como… una de esas bolas de juguete que cuando se tocan te ponen los pelos de punta. Ese tipo de energía. De… electricidad.

El sonido bajó de intensidad (gracias al Señor por los pequeños favores) pero aún siguió ahí…, un rumor constante, azuzado por pequeños chispazos, como los que emite un cuadro eléctrico averiado.

—Que Dios nos proteja —susurró.

Theodore Lavoie pensó que iban a morir.

2

Ocurrió en todo el mundo. Simultáneamente. A la vez.

Lo que muchos habían esperado o temido, la… respuesta…, el fin de la inacción, estaba pasando en esos mismos momentos. Y a nadie, en ninguna parte, le pareció muy halagüeña.

Las naves zumbaban como si estuvieran concentrando energía para el proverbial Rayo de la Muerte, y los centelleos radiantes azules, que se percibían como eléctricos, no ayudaban a crear una imagen de confianza o tranquilidad. O esperanza.

El pánico se disparó. Muchos abandonaron sus hogares, con lágrimas en los ojos, y usaron las mismas armas que habían usado contra sus vecinos para quitarse la vida. Otros entraron en una especie de Viaje Final que incluía consumo de drogas, ingesta masiva de alcohol, y sexo. En demasiadas ocasiones, no consentido.

Otros quisieron terminar con Algo Grande. Algo que siempre habían querido hacer, pero nunca se habían atrevido. Conducir a la máxima velocidad por la carretera más despejada y recta que pudieran encontrar. Volar la oficina de un banco por los aires. Ir a casa de su jefe y dispararle en la cara.

Muchos, sin embargo, pasaron lo que creían que eran los últimos momentos, en familia. Algunos hicieron una comida especial, como en Acción de Gracias o Navidad, con lo poco o lo mucho que les quedaban. Se abrazaban unos a otros, revivían recuerdos, se sinceraban, lloraban y reían por momentos.

En el interior del nido, sin embargo, no sabían qué pensar.

—Bueno —dijo Bill—. Ahí va nuestra teoría del profesor.

—No… —dijo Sanz—. Debe ser otra cosa… Debe serlo.

—¿Crees que están… despegando? —preguntó Sloane—. Han llegado hasta aquí, han echado un vistacillo a la gente… y ahora se van, simplemente, porque la Interespacial 49 se pone fatal en este ciclo.

Sanz la miró, consternado.

—Quizá es el momento de accionar esos controles, André, después de todo —opinó Bill.

Sloane sacudió la cabeza. Fue hasta la mesa y empezó a colocarse el casco del traje.

—¿Qué… qué haces? —quiso saber Sanz.

—No me voy a quedar sin saber qué hay ahí dentro, si es que vamos a morir —explicó ella—. ¡Ayudadme a ponerme esto!

Chase fue hasta ella y la ayudó a conectar el oxígeno. Sanz intervino también.

—Quién sabe —dijo Chase—. A lo mejor, lo que veas dentro nos ayude.

—Espero que sea una salida de este puñetero sitio —dijo—. Empiezo a encontrarlo un poco demasiado claustrofóbico, sabiendo… lo que viene. Debimos hacer como Makayla y habernos largado a tiempo.

—Venga —dijo Chase con suavidad—. Date prisa.

No exageraba. Creía haber escuchado el sonido de un disparo, todavía lejano, en algún lugar de aquellos sótanos, detrás de las

paredes.

Sloane se acercó a la membrana, pero antes de entrar, apretó los párpados con fuerza, los dientes expuestos, y dio el paso que la hizo cruzar.

Se quedaron quietos y silenciosos, esperando sus noticias en el comunicador. Cada segundo parecía dilatarse en el tiempo.

—Ay, joder —dijo su voz a través del aparato—. Joder, joder…

—Sloane —dijo Chase—. ¿Qué hay? ¿Qué… hay para ti?

—Qué… coño —repitió Sloane.

Bill sonrió e inclinó la cabeza. Supuso que, tratándose de Sloane, debían tener un poco de paciencia mientras llegaban las cadenas sucesivas de exclamativos.

—Estoy en una puta montaña —dijo Sloane de repente.

—¿Cómo? —preguntó Hammond.

—¿Estás en… otro planeta? —preguntó Bill.

—No seas gilipollas —soltó Sloane—. ¿Qué… planeta? ¡Esto es Timp! ¡Es el puto Timp!

—Sloane —dijo Phillips—. Más despacio. ¿Qué es… Timp?

—El Monte Timpanogos —dijo riendo, entre carcajadas—. ¡En Utah!

—El… —empezó a decir Sanz, pero se detuvo

—Sloane…, ¿estás en la puñetera Utah? ¡Explica eso!

—Estoy en el monte Timpanogos. Seguro. Reconozco… estas vistas. He venido aquí muchas, muchas veces, con mis padres, en verano, también en primavera. Ay, señor, qué recuerdos… La vista de las ciudades flotantes desde aquí es… espectacular. ¡Ahora veo que cimbrean! Se… estremecen. Están recorridas por arcos voltaicos, como si estuvieran cortocircuitadas. Deben estar… acumulando energía, quizá.

—Sloane ha encontrado una salida —dijo Hammond—. Qué curioso. Es lo que había pedido…

Chase pestañeó varias veces, por lo demás inmóvil como una estatua.

—Espera… —dijo al fin—. Espera un segundo.

—Dios mío —estaba diciendo Sloane por el comunicador—.

Menos mal que tengo oxígeno. Esto tiene unos tres mil quinientos metros. No es mucho, de acuerdo, pero el cambio de altitud repentino… de un subterráneo a esta altitud me habría causado un mal rato…

—Espera —repitió Chase—. Sloane, ¿puedes… volver?

—Sí, coño —dijo Sloane—. Ya vuelvo. No voy a escaparme, doctor.

Regresó casi en seguida, sonriendo, llena de nostalgia.

—Chase —dijo Phillips—. Tienes una idea en mente… Escúpelo ya.

Chase asintió.

—Sloane, te vi cerrar los ojos antes de entrar —dijo—. ¿Qué era eso?

—Un deseo. Pedí que, al otro lado, hubiera un sitio… —se interrumpió, engarzada en una maraña de sus propias conclusiones —. Ay, coño. Joder.

Chase asintió, sonriendo. Sloane acababa de comprender.

—Pedí ir a un sitio que nos sacara de aquí —dijo—. Pero… no solo que nos sacara de aquí. Pedí ir a un sitio que nos ayudara a entender lo que ocurre…

—Un momento —dijo Sanz—. ¿Estáis pensando que… el artefacto puede… conceder deseos?

—No deseos —dijo Chase—. Pero… sí que hace un intento por… ayudar.

—Esas ciudades flotantes estremeciéndose en nuestro cielo no parecen muy dispuestas a… ayudar —intervino Bill.

—Pensad un momento —dijo Chase—. El hombre primitivo no disponía de un lenguaje, así que… tal vez construyeron este artefacto para explorar… ondas mentales. Conceptualizar pensamientos, aunque fueran inconscientes o íntimos, o la suma de conceptos mentales más que ideas concretas…

—No estoy muy seguro de seguirte —dijo Hammond.

—Yo vi un planetario —dijo Chase—. ¡Es lo que he hecho toda mi vida! Obsesionarme con los planetas, con las estrellas, con el universo en general. Tiene mucho sentido. Sanz vio símbolos. Los símbolos con los que ha estado trabajando tanto tiempo. Los ha

mirado, los ha dibujado, escaneado, girado, los ha manipulado tantas veces en la base de datos y eran tan importantes en ese momento concreto, cuando se suponía que iban a servirnos para comunicarnos, que todo lo que vio ahí dentro, fueron… más símbolos.

»Phillips vio un panel de control. ¡Es el director! Su trabajo es tener todo bajo control. Él acciona controles, es lo que hace, desde su puesto de director. Nos pide cosas a nosotros y luego usa su panel para ver cómo va la cosa.

—Es una idea —dijo Phillips—, pero… un poco demasiado especulativa todavía.

—Mil millones de centellas —dijo Hammond—. Acabo de darme cuenta. Lo que yo vi… no era una sala cualquiera. Era una estructura construida como se hacían los hogares en la antigüedad. Mantenían la parte alta abierta para que saliera el humo, la… claridad… La he estudiado mil veces y…

Phillips puso los ojos en blanco.

—Estamos cayendo en unas conclusiones absolutamente… festivas —dijo Phillips—. Ese lugar, tal y como lo describió, podría ser tanto un tipi indio como el interior de un Starbucks, ¿no cree, Easton?

—En absoluto —dijo el historiador—. Resulta que estuve trabajando con petroglifos que se habían encontrado en ese tipo de hábitats, en relación con el trabajo que nos incumbía, aquella misma noche y la noche anterior, y todo el día entre ambas noches. Aún lo debía tener en mente. No lo reconocí porque… porque el material de las paredes… era el del elipsoide, para empezar. Pero también por las circunstancias, claro.

—Me cago en la puta —soltó Bill.

Phillips le dirigió una mirada severa, pero en ese momento, Sloane, que se había quitado ya el casco, alzaba la mano, tímida y prudente.

Todos la miraron.

—Desde que… ha empezado esto del peligro nuclear —susurró, los ojos húmedos—, y todo lo demás…, no he podido evitar pensar en mi familia. Hace bastante tiempo que no veo a mis

padres. He… pensado en ellos. De una manera inconsciente, supongo.

—Dios mío —susurró Hammond.

Phillips se puso ambas palmas de las manos en las sienes.

—Reconozco que estoy confuso —digo.

Pero Bill se estaba poniendo el casco mientras hablaba.

—Conéctame, Chase —dijo, resolutivo—. Falto yo. Quiero probar algo.

—Espera…, debemos pensarlo bien…

—Un cuerno —dijo Bill—. No he entrado, y quiero entrar.

—Espera, Bill —dijo Chase—. Ahora que sabemos que hay realmente un vínculo entre lo que pensamos y el aparato, que de alguna manera representa físicamente los pensamientos que pueblan nuestra mente inconsciente, quizá debamos tener cuidado con el bagaje que nos llevamos al interior…

—¡Conéctame! ¡Tengo una idea!

—¿Qué va a hacer, Bill? Tiene que exponerlo al grupo.

Bill suspiró.

—Voy a entrar preguntando, muy alto y claro, qué demonios hacen aquí.

Se miraron brevemente y estuvieron de acuerdo en que no era un mal pensamiento para trasladar al otro lado.

Bill entró con decidida determinación, casi sin previo aviso, y como en todos los otros casos, esperaron un tiempo prudencial. Estaban emocionados y hasta albergaban alguna esperanza. Era una línea de investigación que se escapaba bastante de sus competencias; ciertamente habían esperado contribuir con otros parámetros un poco más alineados con su campo, pero, a esas alturas, cualquier avance era bienvenido. En el tiempo en el que Bill estuvo dentro y se hizo el silencio, todos estuvieron bastante seguros de escuchar más disparos en algún lugar de la base, pero nadie dijo nada.

Justo cuando Chase iba a echar mano del comunicador para ver si Bill estaba bien, el científico matemático volvió a aparecer.

—¿Qué has visto? —preguntó Sanz con rapidez.

—Pues…

—¿Qué, maldita sea? —quiso saber Sloane.

—Estoy… estoy bastante seguro de que, lo que he visto…, grande y enorme en frente de mí, como si yo flotara en el puñetero espacio…, ha sido… el sol.

3

Maxwell Brun, junto a la incombustible Lisa Lefevre, por supuesto, eran prácticamente los dos únicos científicos que quedaban ya en la sala central de control del programa «Viviendo Con Una Estrella», una iniciativa de la NASA.

Los otros colegas habían sido realojados, trasladados a otros departamentos relacionados con el estudio de las ciudades flotantes, que era un tema de importancia crítica en aquellos momentos. Se movían en centros de análisis que, de repente, habían recibido contribuciones presupuestarias de altura. Algunos, sencillamente, se habían ido a casa para no volver jamás.

El suyo no era un trabajo muy emocionante, a decir verdad: recibían datos del SDO, el Observatorio de Dinámica Solar, que se encontraba en el espacio, orbitando alrededor de la tierra, y con esos datos monitorizaban el sol para entender las causas fundamentales de su variabilidad solar. Max sabía más de la atmósfera, la fotosfera, la cromosfera y la corona solar que de lo poco que le quedaba ya de familia, sobre todo desde que su hermano se había ido a la vieja Europa.

Pero le daba envidia las dotaciones presupuestarias. Max codiciaba una pequeña renovación de equipos informáticos, pero… ¿a quién le importaba el sol, en aquellos días?

Estaba sentándose en su mesa con una taza de cereales *Bigsbie* cuando el monitor lanzó una señal de alerta.

—Oye, Lisa… —llamó.

Miró los datos.

Era una señal de alerta del Observatorio, del DDO.

Era una Alerta de Cambios identificada como un T1.

La *t* era de *tragedia*.

El uno indicaba el índice de prioridad.

A Max le tembló tanto el pulso que dejó caer el cuenco de cereales al suelo. La leche se esparció por el suelo con un montón de pequeñas bolas de colores entretejidas.

No le importó.

En los dos años y medio que había estado trabajando allí, jamás había visto un aviso T1.

—¡LISA! —gritó, y luego gritó otra vez—. ¡LISA! ¡VEN AQUÍ CAGANDO LECHES!

4

El sonido de los disparos se hizo más claro al otro lado de la puerta. Sloane dio un respingo.

Había gritos y otros ruidos que no pudieron identificar. Forcejeo, quizá.

El grupo de estudio que Phillips había formado no dijo nada, pero este se adelantó para interponerse entre ellos y la puerta.

Por fin, se abrió.

Un numeroso grupo de hombres y mujeres vestidos con ropas comunes de civiles irrumpió en la estancia, los ojos despavoridos. Estaban claramente excitados, eufóricos, y todos portaban armas de algún tipo, desde palancas de hierro hasta bates, y algún hacha de emergencia con la hoja roja, como las que usan los bomberos. Se quedaron mirando la sala, repentinamente sorprendidos por el tamaño y la altura, y, cuando su visión se cruzaba con el elipsoide, parecían quedarse petrificados. Extendido en altura desde su base central, su visión era claramente inédita.

—¡Alto! —dijo Phillips.

Un hombre con una chaqueta blanca manchada con lo que parecía ser sangre se abrió paso entre los atacantes. Llevaba a uno de los centinelas veteranos que custodiaban la puerta asido por el brazo.

—L-lo siento, director —dijo este—. Son… demasiados. He tenido que abrirles, ¿sabe? Yo… tengo familia.

—No se preocupe, Aaron —dijo Phillips—. Lo entiendo perfectamente.

El hombre de la chaqueta blanca tenía el cabello oscuro revuelto alrededor de la frente, pegado a esta como si estuviera esculpido. Era por el sudor. El rostro estaba tan cubierto de él que parecía brillante, húmedo, pegajoso. Y sus ojos… sus ojos representaban todo el decálogo completo de Efectos Secundarios por Ingesta de Drogas. Miraba el elipsoide como un ladrón de tumbas miraría un sarcófago egipcio lleno de incrustaciones de gemas.

—La Semilla —susurró.

—La semilla… —repitieron todos, asintiendo. Las bocas abiertas, pensó Sloane, les conferían un aspecto de bobalicones que han identificado una palabra conocida en una pizarra llena de poemas de Shakespeare.

—No sé qué creen que están haciendo —dijo Phillips—. Pero están complicando las cosas.

Brimstone lo miró.

—¿Nosotros? —preguntó—. ¿Nosotros… estamos complicando las cosas? Eso tiene… eso tiene mucha gracia.

—Esto es una instalación reservada del Gobierno de Estados Unidos —dijo Phillips—. Y…

—¡YA SÉ LO QUE ES! —bramó Brimstone—. ¡No me tome por idiota! ¡No nos puede engañar porque tenemos el CORAZÓN PURO!

Phillips cerró los ojos. Empezaba a darse cuenta de que aquello no iba a tener un final feliz para ellos, fuera cual fuese el destino de todo el planeta, justo después.

—Nos han disparado…, han asesinado a muchos de nuestros hermanos solo porque hemos venido aquí a decirles… ¡QUE PAREN! —gritó de repente—. ¡QUE PAREN DE UNA VEZ! ¡Paren de mentirnos! ¡Paren de conspirar! ¡Paren de arañar la gran bolsa de dinero al que todos contribuimos con nuestros trabajos, nuestro sacrificio, nuestro esfuerzo!

—¡SÍ! —gritó la masa de gente.

—¡Paren de hacer lo que les dé la gana sin pensar en

nosotros, la gente!

—¡SÍ! —bramaron todos a la vez, levantando los brazos.

Brimstone miraba ahora el elipsoide. Sus ojos reflejaban fascinación.

—Es eso… ¿verdad? —susurró.

Phillips no respondió.

—Esa es… la Semilla —añadió, dándose la vuelta para que sus seguidores pudieran verlo bien—. ¿No es la Semilla? ¡Lo es! ¡La hemos encontrado!

La habitación entera se entregó a vítores exaltados. Aclamaron a Brimstone. Lo llamaban por su nombre y añadían muchos calificativos como… salvador, héroe, ídolo. (Sustantivos en cursiva)..

Phillips empezó a hacer gestos con la mano, oculta a su espalda. No tuvieron ninguna dificultad en entenderle porque eran gestos comunes, coloquiales, de la calle. Decía: MARCHAOS.

Sloane supo a qué se refería.

Podían ir a la montaña. Al monte Timpanogos, en Utah.

A través de la membrana.

Miró a los demás. Todos parecían haberse dado cuenta. Ni siquiera necesitaban el oxígeno…, solo era un salto. Un instante. Podía hacerse…, pensaba…, si ella entraba la última y cambiaba lo que los demás veían, como cuando Chase y Sanz entraron en primer lugar. Podían escapar.

Pero escapar… para qué, pensó. Qué más daba, si las ciudades flotantes estaban condensando energía o produciendo un proceso energético de algún tipo, con alguna finalidad. Si las bombas nucleares estaban volando o a punto de volar. Si las ciudades estaban vandalizadas. Si el hijo asesinaba al padre para arrebatarle un kilo de alimento. ¿Escapar dónde?

Escapar… ¿para qué?

—Escuche, Brimstone —decía Phillips—. Hemos estado trabajando con este artefacto para tratar de determinar una posible solución a esta situación que tenemos…

Brimstone sacudió la cabeza, fingiendo que bailaba con una expresión burlesca en el rostro.

—Bla, bla —dijo con desdén—. Hemos estado trabajando por la democracia y la libertad, para proteger su seguridad…, bla, bla. ¡Ay, cállese! ¡CALLE DE UNA PUTA VEZ!

—¡Sí, cállese! —dijo la masa—. ¡Basta de mentiras!

—No, señor científico del Gobierno con su… trajecito de científico —siguió diciendo Brimstone—. Parece muy seguro, por cierto. El traje, me refiero. Es tan… amarillo. Tan brillante. Seguro que está a salvo en su interior, ¿no?

—No soy…

—Cállese —interrumpió Brimstone—. Como vuelva a abrir la puta boca lo mandaré a reunirse con nuestro Señor, ¡y él lo juzgará! ¡Juzgará sus pecados y lo condenará, y ahí abajo su traje de científico NO SIRVE! ¡NADA PODRÁ PROTEGERLE DE LA OSCURIDAD QUE SU CORAZÓN HA CREADO!

Empezó a caminar, dando vueltas sobre sí mismo, resoplando como un buey enfermo.

Realmente estaba empezando a necesitar un poco de coca, pero…, al mismo tiempo, estaban tan cerca ya del final…, del último capítulo del emocionante título BRIMSTONE SALVA AL MUNDO.

—Los hemos encontrado escondidos en este… espectacular búnker —siguió diciendo el falso reverendo—, con su protección, sus trajes de seguridad, sus… cascos, su oxígeno…, pero no han pensado en nosotros, ¿verdad? ¿Cuándo pensaban distribuir esas protecciones entre la gente como nosotros, los creyentes honrados, puros de corazón, de almas abiertas, blancas, hijos de Dios?

MARCHAOS, decía Phillips con la mano. MARCHAOS.

Chase se impacientó.

—Oiga, señor Brimstone —dijo, adelantándose unos pasos para acercarse.

El tipo que estaba al lado del reverendo se llamaba Jules. Jules vivía en una caravana, al oeste de Oregón, pero pasaba por la carretera conduciendo un coche robado cuando vio la comitiva religiosa de Brimstone dirigiéndose a la base. No tenía ni idea de qué iba todo aquello, entre otras cosas porque, como el líder religioso que tenía al lado, se había regalado una o dos ayuditas

para ayudarle a sobrellevar el estrés de la invasión extraterrestre. Y pensó: «Qué coño». Hizo girar el vehículo y se unió a la caravana, que era un follón de mil pares de narices, quizá el mayor follón que había visto jamás en su alocada vida, y había sido loca… muy loca. Loca de verdad. Desde ese momento había participado en un berenjenal con el que había disfrutado como nunca, ni en sus mejores sueños. Había disparado contra unos tipos por la espalda, solo porque los tenía a tiro y nadie miraba en ese momento, y había arrojado unos molotov contra un edificio. ¡Alucinante! Después había ayudado a matar a una mujer vestida con uniforme a base de golpes, hasta que sus zapatos se pringaron con la bilis viscosa de sus ojos, y ahora…

No había escuchado gran cosa de lo que se hablaba en aquella sala. Demasiada cháchara. Solo quería… seguir con la fiesta. Tenía una escopeta que había cogido de la mano de un muerto, un tío bastante feo con el pecho lleno de sangre. «Por favor…», le había dicho, suplicando como una nenaza. Pero Jules no era una nenaza. Le disparó en la cara, ¡BUM!, y se rio cuando su cabeza se abrió como una puñetera sandía. Eso le había gustado. Le había flipado. Había estado a punto de gritar: «¡Eh, disparemos cosas!», en lugar de hablar tanto. Ya tenía echado el ojo a todas aquellas pantallas de mierda, el tipo de pantallas que la gente de la oficina de empleo le pedía que supiera utilizar. Jules no sabía nada de pantallas. No quería ver ninguna pantalla, estaba deseando machacarlas. Ver cómo explotaban. Golpearlas hasta que echaran chispas, humo, y quedaran reducidas a un montón de circuitos inútiles.

Qué risa.

Ahora… había detectado una amenaza.

Ni siquiera lo pensó.

Vio que uno de aquellos tipos estrafalarios se estaba acercando a ellos y, sencillamente, levantó la escopeta y apretó el gatillo. ¡BUM!

—¡NO! —gritó Phillips.

Sloane chilló, cerrando los ojos, las manos sobre las orejas. Escuchaba el silencio sepulcral a su alrededor, roto tan solo por el latido encendido de su corazón.

El… silencio.

—La madre que me parió —escuchó decir a Bill.

Abrió los ojos. Esperaba ver a Chase tirado en el suelo, el traje NBQ roto y expulsando sangre, sus ojos abiertos vueltos hacia el techo de la sala…

Pero en lugar de eso, vio a Chase ligeramente agachado, incorporándose y apartando las manos del cuerpo, mirando alrededor…

Phillips estaba a su lado, mirándolo como si nunca hubiera visto antes a un ser humano.

Y…

«Espera», pensó.

La gente…

Los atacantes.

El falso reverendo.

Su corazón latió con fuerza.

No estaban en la sala.

No había nadie, salvo sus colegas. Hammond, Bill, Sanz… y, por supuesto, Chase. Y Phillips. Y Aaron, el centinela de la puerta, que miraba alrededor con una expresión de desconcierto tan absoluta que, si le hubieran hecho una foto, habría servido para ilustrar el término *estupefacción* en una enciclopedia. Pero el resto…

—Por lo más sagrado —decía Sanz.

El resto no estaba.

Como si nunca hubieran estado.

Solo Aaron daba un extraño testimonio de lo que había ocurrido. Aaron y un olor a pólvora, a metal caliente, a quemado… que flotaba en el aire.

Se quedó mirándolos y, curiosamente, optó por salir corriendo. Cruzó la puerta y desapareció.

—Cielo santo —dijo Chase—. Creí que me había alcanzado…

—Te hubiera alcanzado —decía Phillips—. Te disparó a bocajarro.

Chase se volvió para mirar al resto.

—Lo… lo entiendo… —dijo de repente—. ¿Lo veis también?

—Veo que… que me estoy volviendo loco —dijo Hammond.

—Dios mío —dijo Sanz—. Lo entiendo… Ha sido… ha sido el elipsoide, ¿verdad?

Chase asintió.

—Los ha teletransportado —dijo—. Como… como a aquellos investigadores que acabaron en Francia…

—¿Qué? —graznó Sloane.

—Pues, claro —dijo Bill—. Pero… ¿por qué?

—Creo que… nosotros teníamos razón —dijo Chase, repentinamente animado. Tan animado que empezó a reír—. ¡Teníamos razón!

—Ha eliminado la amenaza —decía Phillips, pensativo.

—¡Exacto! —dijo Chase—. Ha visto peligro…, hostilidad…, ha visto muerte… y ha actuado.

—¿Qué amenaza hubo cuando desplazó a los investigadores a Francia? —quiso saber Sanz.

Chase se encogió de hombros. Aún se palpaba el cuerpo como buscando heridas de bala, intentando asimilar que un artefacto extraterrestre le había salvado la vida. Su mente jugaba entre bastidores con el concepto de una bala teletransportándose a una ubicación remota, desconocida. Una bala apareciendo repentinamente en el aire, con el mismo *momentum* y velocidad que llevaba, y estrellándose contra el tronco de un árbol, quizá. O la pared de un garaje.

—Quién sabe, Sanz —dijo Bill.

—Bueno —dijo Chase—. Si seguimos con la teoría de que el artefacto puede leer nuestros…, patrones cerebrales, ondas, pensamientos inconscientes generales…, igual determinó que aquellos investigadores podían constituir una amenaza.

—A lo mejor querían… probar un misil contra la esfera —aventuró Sanz—¿No activaría eso su sistema de defensa, de… autoprotección?

—A lo mejor eran terroristas pirados —apuntó Bill—. A lo mejor tenían intención de destruir toda la instalación.

Phillips levantó la cabeza, de repente, pero no dijo nada. Chase pensó que Bill había dicho algo que debía casar con algún

tipo de información, o informe, que se había barajado alguna vez.

—¿Puede ser que los barcos y aviones del Pacífico… no fueran destruidos entonces? —quiso saber Hammond.

—Es posible —dijo Chase—. No lo sé. Pero creo que… Creo que sí. Que este artefacto… fue traído para ayudar. No para organizar una invasión.

—Pues espera a ver eso, Chase —dijo Bill con un tono lúgubre, señalando el televisor—. Parece que ahí fuera está pasando algo. Quizá tengamos que ajustar otra vez esa teoría de amistad y cooperación…

Miraron y comprobaron que a Bill no le faltaba razón.

Chase sintió un pequeño desmayo.

No era posible. No lo creía. No.

Todo indicaba que…

Y, sin embargo, las imágenes rápidas que mostraba la televisión, una emisión en directo, mostraba una panorámica de una ciudad. Las ciudades seguían ahí… pero el cielo.

El cielo se había vuelto rojo.

Rojo infierno.

5

Habían salido, usando la membrana, tal y como Sloane había pensado: entrando uno por uno, con Sloane la última. Al entrar ella, el escenario cambió, y aparecieron en la montaña de la infancia de Sloane. La sensación de mareo fue inevitable, a pesar del oxígeno, pero lo peor fue la sensación de caída, como si se precipitaran desde cierta altura. Hammond estuvo a punto de resbalar al caer, pero Bill y David Sanz lo sujetaron.

No tuvieron tiempo de decir nada.

El cielo ya no era como Sloane lo había visto, unos momentos antes. Era un infierno rojo, como el que habían visto en la televisión.

No pudieron evitar agacharse, como si al estar de pie pudieran quemarse. Ardía el aire, se notaba caliente, y las ciudades

flotantes eran de un rojo intenso, como si estuvieran a punto de explotar.

—Dios mío —dijo Sanz—. ¿Esto es… el final?

—No… —dijo Chase—. No se suponía que… debía ser así. No tiene sentido.

—Volvamos —dijo Sloane—. ¡Rápido!

Por encima de las ciudades explotaron llamaradas con una potencia tan desbordada que, por unos momentos, las sombras que proyectaban sobre el suelo se volvió grotescamente negra. El fuego envolvía las naves, impertérritas ante semejante holocausto, y Chase y todos, a decir verdad, pensaron en las bombas atómicas.

«Alguien se ha vuelto loco y ha desatado el infierno nuclear», pensó Chase.

—¡Volvamos dentro! —gritó Sloane, pero la algarabía de las llamas en el cielo creaba un estruendo monstruoso, casi imposible de soportar y nadie consiguió oírla realmente. Era el fin, de todas maneras, como si el cielo estuviera colapsándose, y ante eso, no había ningún búnker que pudiera salvarlos.

Era, además, de una forma irónica, un espectáculo tan grandioso y, desde cierto punto de vista, hermoso… que nadie pensó en nada más que en mirar.

Hasta que Chase observó cómo el fuego lamía el espacio entre las naves, y comprobó que… se arrastraba como si recorriera la superficie de un vidrio.

No traspasaba hacia abajo.

No llegaba a la tierra.

A la tierra.

Y, de repente, levantó los brazos en señal de victoria, la expresión exultante, llena de una ilusión exuberante, inaudita, más propia de un niño que de un adulto.

—¡NOS ESTÁN SALVANDO! —gritó.

Todos lo miraron.

—¿Qué? —aulló Sloane, a su lado.

—¡La Llama! —gritó Chase—. ¡Bill, cuando les preguntaste por qué estaban aquí, viste el sol!

—El sol… —susurró Bill—. Te juro que no te entiendo, Chase,

pero… lo que quieras. Lo que tú quieras, de verdad. Eres un buen tío.

Chase soltó una carcajada mientras bailaba sobre los dos pies.

Pero mientras Chase celebraba, el fastuoso y exuberante infierno pareció empezar a disminuir. Se quedaron mirando, viendo cómo el fulgor de la luz remitía, y las ciudades empezaban a enfriarse poco a poco y recuperar su color grisáceo. Y cuando quisieron darse cuenta, el cielo estaba recuperando de nuevo su color azul…, despejado, limpio, mientras la temperatura descendía de nuevo y parecía sentirse otra vez menos cargada.

—Qué… —dijo Hammond.

—¡Mirad! —dijo Chase, señalando al cielo con el brazo—. ¡Mirad, mil millones de galaxias! ¡Mirad!

Pero no habían dejado de mirar ni un solo instante.

Estaban embobados, mirando el cielo.

Y las ciudades.

—No me… jodas… —dijo Bill.

Las ciudades flotantes estaban empezando a moverse. Lentamente al principio, pero cada vez a mayor velocidad.

—Qué ocurre —dijo Bill.

—Se van —dijo Sanz, con lágrimas en los ojos—. ¿No lo veis? ¡Nos han protegido, y se van! ¡Teníamos razón! ¡La teoría era buena!

Se iban, sí. Desapareciendo de la vista, haciéndose más y más pequeñas, más borrosas, como si se confundieran con el azul del cielo, todas a la vez, y la luz llegó de nuevo a la tierra, que había estado en sombra demasiado tiempo, y se despertó una corriente de aire limpio que los sacudió inesperadamente y los hizo agacharse.

Hasta que no quedó rastro alguno de las naves.

—Dios mío —dijo Chase, llorando y abrazándose a Sanz.

—Pero… ¿de qué nos han salvado? —preguntó Sloane—. ¿De las… bombas atómicas?

—Del sol —dijo Phillips señalando su oído—. Me están informando en este momento.

—Del sol —dijo Bill—. El sol que yo vi.

—¡El sol que viste cuando les preguntaste por qué estaban aquí! —exclamó Chase—. ¡Tú lo supiste primero!

—Y una mierda —dijo Bill—. Aún no me entero.

Phillips carraspeó.

—Me informan que… tanto el Observatorio de Dinámica Solar como el Observatorio Solar y Heliosférico detectaron, hace escasamente una hora, una llamarada solar inesperada, explosiva, letal. Sin precedentes. Un titán cósmico. Un verdadero holocausto de partículas cargadas y radiación electromagnética que viajó por el espacio a gran velocidad y alcanzó nuestro planeta, mezclándose con el oxígeno y produciendo un desgarrador fenómeno. Efectivamente, un… Destructor de Mundos. De no haber sido por esos… escudos gigantes que cubrieron todo el planeta…

—Nos hubiéramos destruido —susurró Bill.

—Total, absoluta y contundentemente —exclamó Hammond.

—Entonces…, nos han salvado —dijo Sloane. Y se quitó el casco para dejarse caer en el suelo y hundir la cara entre las manos.

—Bueno —dijo Phillips—. Menuda… aventura.

—Hay alguien ahí fuera… velando por nosotros —dijo Chase —. No es… ¿maravilloso?

—Lo es —dijo Sanz—. Es… abrumador. Es…

—Histórico —dijo Phillips.

—Lo es —confirmó Chase sonriendo.

Miró hacia atrás y se alivió de ver que la membrana de vuelta seguía ahí.

—Gracias a Dios que todo se ha acabado —dijo Hammond.

Chase señaló la membrana, sonriendo.

—En eso se equivoca, Easton —exclamó con suavidad—. En realidad no ha hecho más que empezar.

—Por Dios —dijo Sanz—. Realmente hay mucho, muchísimo trabajo que hacer. Nuestro artefacto sigue ahí… Ya no estamos solos… ni hay necesidad de mantenerlo oculto. Es como… estar en los albores de una nueva era de conocimiento… —decía, presa del entusiasmo, risueño y feliz—. Tenemos que elaborar un plan de trabajo, tenemos que…

—¡Ah, no, no, no! —protestó Sloane—. ¡Necesito unas vacaciones! ¡Voy a pensar en una playa y viajar hasta allí por la vía rápida, y esta vez sin casco! ¡Solo quiero llevar un puñetero bikini y cien dólares!

Todos rieron a la vez. Con ganas. Embriagados de aire puro.

Allí, en lo alto del Monte Timpanogos, en Utah.

Bajo el cielo azul y maravillosamente despejado que se extendía bajo las estrellas infinitas, distintas y no tan desconocidas.

El siguiente artículo se publicó originalmente en el New York Times *y, debido a numerosos factores, se viralizó con rapidez. El motor de búsqueda Google reemplazó su página principal con una copia del artículo durante diez días y otros sitios web populares, incluyendo algunas redes sociales, impulsaron la misma acción.*

En la actualidad existen copias esculpidas en varios tipos de formatos emplazados en instituciones públicas, colegios, institutos, universidades, bibliotecas, museos, oficinas gubernamentales, embajadas y otros lugares como plazas, parques y lugares destacados, en todas partes del mundo. Se ha traducido a casi cinco mil idiomas.

LO QUE HEMOS APRENDIDO

Por Chase Ward, doctor en Astrofísica

El año de la llegada de las ciudades flotantes debe ser recordado, históricamente, como el año que lo cambió todo. Aprendimos algo importantísimo, no solo que no estamos solos en el universo, sino que, ahí fuera, hay alguien que vela por nosotros. Alguien que nos cuida. Alguien a quien le importamos. Y alguien, como se ha descubierto, que nos guio en los albores de nuestra civilización para que prosperáramos como especie.

Pero es a la vez alguien que, tristemente, no desea aún revelarse ante nosotros.

Se me ocurren motivos para ello.

Cuando llegaron las ciudades, demostramos muy a las claras por qué no estamos preparados para una presentación; porque tenemos demasiadas carencias, todavía. Medidos en la inmensidad del espacio, somos como niños. Pero niños egoístas. Demostramos estar desunidos, desligados. Desconfiamos, de manera atroz y absoluta; tuvimos miedo. El miedo es lo opuesto al amor, porque el miedo es duda, el amor es certeza, confianza. El miedo surge porque se esperan cosas; el amor no espera nada. El miedo es Yo. El amor es… dar, tender la mano, saber que, pase lo que pase, uno está en armonía con todo. Pero espoleados por el miedo, nos comportamos como niños crueles, nos entregamos a actos de destrucción, de barbarie, de terrible violencia. El estado en el que quedó el mundo después de la ayuda de las ciudades flotantes fue deplorable. Triste, sobre todo. Pasarán décadas hasta que podamos recuperarnos de las pérdidas humanas, de las heridas que nos infligimos a nosotros mismos. Pasarán generaciones enteras hasta que podamos vislumbrar algo firme y bueno entre las cenizas de

este patio de recreo.

Hasta que surja algo que merezca la pena haber sido salvado. Algo hecho con amor.

Durante incontables generaciones nos hemos ido disgregando, convirtiéndonos en seres individuales, celosos de nuestras posesiones, de nuestro ego desproporcionado, siervos de un miedo cerval a cualquier cosa que parezca diferente bajo el color del cielo que hemos dibujado en nuestras mentes. Tenemos problemas, problemas graves que hay que poner sobre la mesa y analizar con cuidado, infinita paciencia y mucha bondad. Problemas de odio. Problemas de color, de fronteras, de preferencias sexuales, de identidad, de maneras de pensar, de decir, de hacer, de ser. Somos crueles, sí; somos egoístas, indolentes, indolentes, indiferentes. Padecemos de una grave, sistémica y notoria ausencia de amor, que es, precisamente, el corolario de la… bondad.

Tenemos que examinar los fundamentos de nuestro comportamiento, de nuestras sociedades y, sobre todo, de nuestros métodos educativos. De nuestros valores. Educar la mente, sin educar el corazón, no sirve de nada. Estos temas importantísimos, desdeñados tradicionalmente en los centros educativos donde nuestros hijos empiezan a formarse, deben ponerse sobre la mesa, en un lugar destacado, visible, alcanzable. No se trata de una reforma, es volver a poner los cimientos. Es urgente reexaminar nuestro comportamiento antes de que nos convirtamos en unos monstruos tan feos que nadie quiera darnos la bienvenida a la Comunidad del Espacio. Una Comunidad que podrá, por fin, darnos la mano y nos explique quiénes somos, a dónde vamos. Nuestros descendientes y todas las generaciones venideras no pueden, bajo ningún concepto, seguir nuestra senda. Pensar como pensamos. Debemos dejar de ser Yo y ser Nosotros. Debemos desaprender. Debemos tener conciencia de que somos… seres humanos en la tierra, un pequeño lugar en el espacio. Todos juntos. Unidos.

Uno.

Una especie.

Este el único camino en la senda de la auténtica evolución

que puede reconducirnos.

Es una tarea ímproba, desde luego, y debemos admitir la comprensión de que las generaciones que disfrutamos de este planeta que han salvado para nosotros, no lo conseguirán. Porque los cambios profundos requieren tiempo, y este ha de ser el más profundo y sincero cambio que tendremos que afrontar. Requieren muchísimo tiempo. Y paciencia. Bondad. Amor. Confianza.

No desdeñemos esta oportunidad que nos han brindado. Por favor. No malgastemos el tiempo concentrados solo, y otra vez, en nosotros mismos.

No olvidemos que, gracias a ellos, sean quienes sean, tenemos… otra vez…

Futuro.

FIN

Gris
Carlos Sisí

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-450-1798-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!